



UNA PROPUESTA

IRRESISTIBLE

EMILIA HOVER

Una Propuesta IRRESISTIBLE

EMILIA HOVER

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Para mis hermosas lectoras. Sin vosotras nada de esto sería posible.

Gracias por dedicar su valioso tiempo a leer mis líneas.

Gracias a cada una de ustedes.

CONTENIDO DE LA NOVELA

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

Capítulo 1

Aunque bajar el consumo de carbohidratos era una buena idea para mantenerse en forma, cuánta falta estaba haciéndole en ese momento haber comido una gran dosis de carbohidratos durante la tarde.

Para contener al tipo borracho que había ingresado al servicio de traumatología, a Andrea Márquez le hacía mucha falta comer la gran dona con chocolate extra y su gaseosa habitual de los jueves en la mañana. El hombre estaba muy alterado.

—¡Te ordeno que me dejes en paz, zorra! —No sería fácil controlarlo.

Andrea había tenido 'suerte'. Era la enfermera de guardia cuando llegó la chica. Isaías, otro de los enfermeros de guardia, llegó a auxiliarla, y ella también peleó contra él.

—Rosa, no te preocupes. Adminístrale el medicamento. Hazlo ya —dijo, con sus hombros tensos.

Rosa mantuvo sus manos firmes. ¡Carajo! —dijo la chica, maniobrando con sus manos. Introdujo la aguja en la vena del tipo y le administró un potente sedante.

Andrea e Isaías mantenían el pulso con la chica, pero ella no soportaría mucho más. Empezaba a cansarse.

El sujeto tenía fuerzas todavía. Era increíble que el sujeto no tuviera grandes heridas en su cuerpo después de haber sufrido un choque frontal a alta velocidad en la autopista. Además, había estado forcejeando con los enfermeros.

No había podido usar sus extremidades superiores para lastimar a los enfermeros ni herirse a sí mismo porque tenía heridas leves en uno de sus brazos y fuertes contusiones en el otro.

Pero su pie derecho estaba ileso. Lo usó para patear la mesa cercana a la camilla. Había tenido la intención de lesionar a la enfermera que cortaba sus pantalones para revisar sus piernas. Los instrumentos cayeron y el ruido fue estruendoso.

—¡Aléjate de mí! ¡Vete, zorrита! —gritó.

Andrea tomó el brazo del paciente para que no se quitara la aguja de su brazo. Presionó con todas sus fuerzas.

—Aumenten la dosis —dijo Andrea en voz baja.

Todos lo veían y él seguía maldiciendo. El sujeto buscó herirse con su brazo

libre, pero solo pudo gritar. Tal vez la mezcla de alcohol con el sedante dificultaba su recuperación. Además, tenía una gran contusión en su cabeza que sangraba a cántaros, aunque el personal había intentado infructuosamente coserla.

Unos momentos después dejó de luchar. Giró para ver su aguja. Tal vez era el efecto del sedante o estaba agotado. Andrea lo soltó y se alejó con extrema precaución.

Antonio Peña entraba. Andrea suspiró al oír las puertas abrirse lentamente.

Andrea respiró profundamente.

Él llegó a la sala, con su aire elegante y atractivo. Ver a Antonio siempre la hacía sentir nerviosa. Andrea pensó en miles de cosas que se habían retirado de su mente hacía mucho tiempo. Cosas como partes del cuerpo de Andrés sobre el suyo o su abdomen esculpido. Era inoportuno, porque estaba en un hospital. La vida de los pacientes dependía de ella.

No importaba si él estaba tenso. Como en ese momento. La presencia maravillosa del doctor Antonio Peña siempre tenía ese efecto en ella.

Sus músculos estaban rígidos. —¿Y los hijos? —preguntó alguien.

—Murieron durante el traslado —dijo Antonio. Una enfermera le entregó unos guantes quirúrgicos a Antonio. Él se los puso. Su mirada se dirigía al paciente.

—¿Y la madre? —preguntó Isaías.

—No sobrevivirá. Está en coma inducido por su abundante sangrado —respondió Antonio. Se acercó a la camilla del paciente.

Andrea olvidó sus pensamientos sexuales. Todos quedaron en silencio con su respuesta. Vio a Antonio. Su frase había sido dura, sí, pero era frecuente en un hospital grande como ese. Y Antonio se había expresado como si no le importara. Ella nunca lo había oído expresarse con ese tono. Los enfermeros retrocedieron. Lo tenían como un doctor muy profesional, con experiencia en la unidad de Emergencias, pero que siempre mantenía la compostura y la calma. Una intensa molestia reemplazaba esa serenidad.

—¡Maldito! —dijo el paciente, y los gritos retumbaron en las paredes.

El hombre intentó ponerse de pie, o al menos sentarse, pero el dolor terrible de su brazo lo frenó y lo tiró a la camilla de nuevo. Gritó varias veces.

Los enfermeros volvieron a acercarse a la camilla. Uno de ellos se apuró a decir. —¡Administren otra dosis! —De inmediato, uno tomó una inyectadora. Andrea buscó el brazo del sujeto. Pero no pudo hacerlo. El hombre tomó su bata y la llevó a su cara.

—¡Mierda! ¡Los odio! ¡Déjenme en paz!

Ella quiso decir algo para calmarlo, tomar el brazo del hombre con los suyos, pero Antonio se acercó y tomó la muñeca del tipo. El hombre gritó varias veces, dijo otros improperios y sintió un gran dolor. Isaías se acercó a Antonio. Ambos pusieron sus manos en el pecho del hombre. Lo obligaban a acostarse nuevamente. Andrea retrocedió.

—Respira profundo —le pidió Antonio.

—Vete a la mierda.

Estaba tenso. Andrea notaba esa expresión en su rostro. —Los enfermeros quieren ayudarte —le dijo Antonio.

—Métanse su ayuda por el culo ¡Y tú también vete a la mierda! —le gritó a continuación.

Quiso tomar el brazo de Antonio, pero él tomó su brazo y lo hizo gritar.

Antonio. Seguía tenso. —Parece que me olvidaste, Alejandro —le dijo—. Hace tres meses estrellaste tu auto y yo te operé. Tu cuerpo quedó como nuevo.

El sujeto seguía muy enojado, pero parecía calmarse lentamente.

—Yo lo recuerdo —dijo Antonio. —Pudiste recuperarte después de que te ayudáramos. Y una vez que pudiste caminar, viste el sol de la mañana, le sonreíste a la vida y te reincorporaste a ese trabajo que te permitía ayudar a la gente... Un momento —dijo mientras lo veía fijamente y se acercaba a él. Una de las personas que se suponía que ayudabas, una chica, está con tubos en su boca en la habitación que está justo al lado. Hoy, cuando se despertó temprano, besó a sus pequeños hijos y salió a trabajar, lo hizo por última vez. Y ella no lo sabía. Todo gracias a ti. —Hablabla con frialdad.

Todos contenían la respiración. Andrea estaba tensa, al igual que los demás. Solo podía ver cómo Antonio hablaba mientras su cara expresaba un mar de emociones.

Estaba molesto. Como si lo odiara. Alejandro vio hacia otro lado, pero Antonio tomó su mentón y llevó sus ojos sobre los suyos.

—¿Puedes ver tu cuerpo? —le preguntó Antonio—. No te pasó nada si lo comparamos con esos pobres niños. Y, sin embargo, estos enfermeros se quedan a ayudarte. Ellos podrían usar este tiempo para hacer algo mejor. Por ejemplo, yo estuve cinco horas operándote en ese quirófano para que salieras de aquí con vida. Cuando manejaste tu auto más temprano, solo querías decirme que no te importara lo que yo hiciera. Mataste a tres personas—. Hablabla con rabia y en

voz baja.

Andrea sintió que en cualquier momento Antonio lo mataría.

—Si yo no te hubiera ayudado, esa mujer y sus hijos estarían vivos y felices.

Qué pensaban los demás era la pregunta que sacudía la mente de Andrea. Pero solo podía ver los ojos de Antonio y escucharlo.

—No vale la pena ayudarte. Me aseguraré de que vayas a prisión —le dijo.

Alejandro lo vio fijamente y trató de levantarse nuevamente. Trató de alejar sus brazos. —¡Váyanse al carajo! ¡Los odio, malditos! ¡Quiero irme de aquí!

Andrea estaba cerca de Antonio. Reaccionó al escuchar los gritos. Se reservó para sus adentros el temor que su presencia le hacía sentir y avanzó.

Antonio le propinó un fuerte golpe a Alejandro. Andrea soltó un largo suspiro.

Antonio notó la sangre en su nariz inflamada y trató de levantarse y pelear. Se mostró furioso. Los enfermeros se quedaron congelados y silenciosos.

—Doctor Peña, aléjese —dijo Isaías cuando puso sus manos en el pecho de Antonio, reaccionando primero que sus colegas.

Antonio escuchó y se alejó del sujeto. Alejandro cayó en la camilla, afectado por el dolor. Isaías tensó su mandíbula y se armó de valor para contener al paciente.

Andrea le dijo a Isaías que no se preocupara. Como pudo, se abalanzó sobre Antonio y puso sus manos en su pecho.

Ella lo empujó. Sintió su corazón con sus manos. No se había atrevido a tocar al doctor de esa manera, excepto cuando lo rozaba para entregarle algún instrumento.

—Doctor Peña —le dijo, esperando que él sintiera sus manos y la viera.

Antonio era mucho más alto que ella. Además, era mucho más musculoso. Andrea era hermosa, pero eso no significaba nada delante del abdomen perfecto de Antonio cuando de una pelea se trataba.

—¡Doctor Antonio! —gritó Andrea con más fuerza.

Entonces Antonio la miró. Dio algunos pasos hacia atrás. Andrea notó sus ojos persiguiendo el cuerpo del paciente.

—Tu golpe fue tan fuerte que pudiste haber fracturado su nariz —dijo. Solo Antonio pudo escucharla. Lo dijo en su oído.

—Esa era la idea.

Andrea entendió que, ciertamente, había tenido las ganas de hacerle daño. Se sorprendió y levantó sus ojos. Pero no pudo responder. Tampoco pudo deshacerse del calor que sentía en sus manos y se extendía por su cuerpo.

No se había acercado desde su llegada a Palma Sola. Había decidido mantenerse lejos de ella, pero finalmente la había visto. Era una linda mujer. Su aroma y su cara eran agradables. Y ahora podía sentir sus manos sobre su pecho. Por fin.

Entonces vio al hombre en la camilla. Sintió un deseo irrefrenable en su cuerpo. Quiso llevar sus pensamientos a un lugar más agradable. O a una persona más hermosa, como la chica cálida frente a él.

Alejandro Castillo había manejado en estado de ebriedad y había causado una tragedia. Eso le impedía a Antonio concentrarse en otra cosa.

Y no se arrepentía de haber golpeado su nariz. Su dolor nasal era una ínfima parte del dolor que todos sentían por la muerte de dos niños de apenas seis y tres años. Su intención era que él sintiera, aunque fuese una mínima parte del dolor que le había causado a esa familia. Sin embargo, se había sentido relativamente feliz de haber conectado con fuerza su cara. Pero era consciente de que había perdido la compostura y se había comportado como él. Un error cayendo sobre otro error. Todo eso no le importaba: lo había golpeado y se sentía mejor.

Antonio necesitaba esas sensaciones. Las necesitaba hacía mucho tiempo, pues su vida había sido difícil.

Especialmente por querer poner algunas cosas en orden. Cosas que se escapaban de sus manos.

Su mente volvió a detenerse en Andrea. Sus manos seguían sobre su pecho y su rostro demostraba sus pensamientos: para ella, era un notable cirujano, todo un profesional con una exitosa carrera, que se había dejado llevar por su rabia y había golpeado la nariz de un paciente.

Entonces pensó cómo podía sentirse mejor por unos instantes.

Besó sus labios apasionadamente. La tomó por sus codos y la subió un poco para que llegara a su cara.

Los enfermeros llevaron sus manos a sus bocas para contener sus palabras. Sí, esa sensación lo había hecho sentirse mejor.

En cualquier caso, una sanción sería inevitable por su comportamiento con el paciente. Podrían incluir 'acoso sexual a una enfermera en el lugar de trabajo' a su expediente. No le importaba.

Y Andrea no había reaccionado como si Antonio estuviera acosándola sexualmente. Había sujetado sus labios con los suyos. Llevó sus manos a sus hombros y ella deslizó sus labios con calidez sobre la boca de Antonio. Su cuerpo se acercó al suyo y dejó que la lengua de Antonio entrara fogosamente por su boca.

Antonio solo pudo detenerse, en lugar de hacerle el amor allí mismo, porque dos vigilantes habían aparecido de la nada.

—Doctor Peña, debemos acompañarlo a la entrada del Hospital Universitario.

Se alejó de Andrea, a pesar de que quería pegarse a ella y continuar sintiendo esa sensación de felicidad. Quería mantener su boca sobre la suya.

—No se preocupen. Los acompañaré. —Estaba decidido a marcharse.

—El sedante está haciendo efecto —le dijo una enfermera que se había acercado al paciente y luego a Isaías. Antonio escuchó todo. Las cosas habían salido bien para él.

—Salgamos entonces. —Antonio giró para desalojar el lugar. Tenía que haber dado ese paso hacía muchos años. Pero solo lo había hecho tras golpear al paciente.

—Necesito un favor de ti, Andrea. —Era su hermano quien pronunciaba esas palabras. Y Andrea recordaba que, definitivamente, era la frase que más odiaba en el mundo.

Ella respiró profundamente. —No ha sido el mejor día de mi vida, Fernando —. Quería descansar, ver programas viejos en la televisión, ponerse ropa de dormir y llenar su cuerpo de comida grasosa como la de El Rincón del Pollo.

—Lo necesito, hermana. —No te lo pediría si no me hiciera falta tu ayuda — le respondió Fernando. Hablaba como si quisiera invitar a una chica a salir.

Su voz siempre convencía a las chicas tímidas. Pero Andrea no era precisamente una chica de esas. —Tengo... muchas cosas que hacer.

—Mejor termina de arreglarte para que salgamos. Es un asunto importante —dijo.

Andrea se vio en el espejo. Estaba arreglándose. Guardó silencio. ¿Cómo

lo sabía él si no estaba con ella en la sala sino en otro lado de la ciudad, conversando con ella por teléfono? Se asustó un poco.

—Como te dije, tengo cosas que hacer.

—Me dijiste ‘tengo’ y luego te tomaste un tiempo para completar tu frase.

—Andrea se molestó con sus palabras.

—¿Entonces?

—Entonces te descubrí. Buscabas cómo sonar convincente con tus mentiras.

Su hermano tenía razón. No supo qué decir. Lo había logrado. Otra vez. Mierda.

—Andrea, tienes que ayudarme. El solo hecho de que yo te diga que es un asunto importante debería bastarte —le dijo su hermano. Ya ella no tenía “cosas que hacer. —Ya simplemente estaba aburrida. Ese asunto no le concernía.

Además, cuando su hermano decía la palab. —importante —podría referirse a todo, porque para él todo lo era.

Importante para él era que no sabía dónde hospedar a dos amigas que vendrían a la ciudad para las vacaciones. Que necesitara dinero para apostar. O que una chica que se había acostado con él ya quería casarse y él tenía que buscar a una 'verdadera' esposa para salir del atolladero. Ese recuerdo molestó a Andrea. Fingir que era la esposa de su hermano era especialmente perturbador. Fernando la convencía de actuar como una zorra enojada y ella se sentía triste por la chica engañada.

—Mi día en el hospital fue complicado. —Sí. Por el doctor Antonio Peña.

Su beso había sido mágico y profundo. El director del departamento de Recursos Humanos había pedido una junta de emergencia. Lo había hecho para que ella presentara una queja formal por acoso sexual. Andrea había tenido que hablar con los miembros de la Junta y los abogados del hospital. Además, Antonio había sido suspendido sin paga. Todos en el hospital estaban preocupados. Querían cerrar el tema de una manera agradable y rápida. Pero ya había delitos y acusaciones, lo que dificultaba el panorama. El paciente Alejandro Castillo era incriminado por homicidio de tres personas, incluyendo dos menores. Y el doctor Antonio era responsable de agresión física.

Ella apenas se había incorporado como jefa de la Unidad de Emergencias hacía unos cinco meses. No estaba en sus planes trabajar sin el mejor cirujano de traumatología del sur del país. Uno de los más calificados de toda la nación. Él

era una pieza vital en el hospital. Además, Andrea lo quería. No para besarle de nuevo o por sus manos sobre su pecho, sino para que su esfuerzo salvara vidas en el hospital. Así que los días por venir serían más complicados para Andrea. Los días, las semanas

Ella entendía que él salvaba vidas. Admiraba su labor. Era una de las razones por las que no quería ocupar una oficina y alejarse de los pacientes. Le gustaba mucho estar allí, cerca de la acción. Y al dirigir toda la unidad, sentía que podía salvar más vidas. Podía incluso tomar turnos adicionales para tener más casos. Y esos turnos los tomaba justo cuando Antonio estaba trabajando. Era un beneficio de estar al frente de toda una unidad.

Pero ella sabía que estaba bajo el escrutinio y cualquier acto podría considerarse indecente. En su opinión, cualquier cosa que significase estar juntos era incorrecto.

No podían tener una cita. Ni siquiera sonreírse indiscretamente. Si se desconcentraban, los pacientes a su cargo podrían morir. Su atención debía estar siempre sobre ellos. Y no solo eso. Las reglas del hospital eran claras. Salir con algún compañero de trabajo no era una restricción, pero ella era la encargada de la Unidad de Emergencias.

Andrea sabía, de todos modos, que vivía un momento esplendoroso, en el que no necesitaba salir con un hombre ni acostarse con él. Estar al lado de un excelente cirujano la hacía sentir muy bien. Incluso más que si tuviera relaciones sexuales con él.

Un pensamiento volvió a la mente de Andrea. Antonio estaba suspendido. Estaba molesta porque por primera vez desde que trabajaban juntos, él había dejado que su rabia lo controlara. Ella había sentido esa furia muchas veces. Sus colegas también. Era habitual cuando se trabajaba con personas airadas. Entendía que la unidad de emergencias podría verse en aprietos por lo que estaba pasando. Pero también sabía que Antonio podría pasarla peor.

—Supe lo que sucedió —dijo Fernando.

Su hermano era paramédico. Claro que lo sabía. Dirigía el equipo con el mayor número de ambulancias en todo el estado. Conocía a todos los enfermeros y doctores de emergencias en casi todos los hospitales, Además, era amigo de la mayoría de ellos, como Antonio.

—No quisiera tomar mi tiempo para....

—Andrea Moreno Márquez, siento mucha pena por ti —dijo él, interrumpiendo su frase. —No quieres ayudar a tu hermanito. El único que

tienes.

Aunque él había nacido cinco años después, su tamaño era mayor que el de ella. Así que sí, era su único hermano masculino. Pero no su 'hermanito'.

Usaba la palabra hermanito con frecuencia. Sabía que era la verdad. Era su pequeño hermano. Andrea sentía que debía estar a su cargo, aunque hubiera crecido y ya rondara los veintisiete años. —Pues no me siento bien —le dijo, aunque sabía que él no le creería.

—Es, como te dije, una pena.

Intentó pintar sus uñas y toar su celular con su mano libre. —¿De qué se trata? —le preguntó.

—Un trabajo como niñera. De eso se trata.

—¿Niñera? ¿Oí bien? —Se sorprendió y puso la pintura de uñas en la mesa de noche.

—Pero debo preguntarte si tienes ropa sexy.

—No entiendo nada. —Andrea contuvo su respiración.

—Tienes que usar esa ropa. Si no la tienes, pídelo prestada —le contó Fernando. —Ah, y lo olvidaba. Tacones altos... Um... No creo que los tengas —dijo con dudas.

—Tengo tacones. —Aunque no recordaba dónde los había guardado, sabía que tenía un par.

—¿Y el vestido?

—También lo tengo.

—¿Es sexy? Tiene que serlo. ¿Puedes llamar a Gabriela y decirle que te preste uno?

Algo pasaba, y Andrea no sabía qué era. ¿Cómo que Gabriela le prestaría un vestido sexy? Eso no pasaría, porque ella jamás vestía de forma sensual. Al contrario, era muy recatada al momento de elegir su vestuario.

—¿De verdad este es un trabajo de niñera? —preguntó Andrea, y suspiró.

Se inclinó por ponerse unos vaqueros, una corta camiseta gris y una chaqueta amarilla. Lo del vestido sexy había quedado en el olvido.

No se encargaría de un niño. Buscaría... a un tipo en un bar.

De todas maneras, había decidido usar tacones.

Recordó que había tomado la decisión de usarlos esa noche, pero de inmediato se arrepintió. El sonido de los tacones golpeando el piso la molestaba. Nunca los usaba. O al menos hacía mucho tiempo.

Para ella, camino al bar, seguía siendo un arrebató. Andrea no recordaba en qué momento se había dejado llevar por ese impulso. Pero maquillar su cara con tonos que combinaran con su vestuario no lo había sido tanto.

Los ojos de Andrea vieron el inmenso cartel con letras amarillas que daba la bienvenida al bar. Se suponía que Antonio tomaba allí y se comportaba como un idiota después de unos tragos. Tomó su gran bolso rojo y lo llevó sobre su hombro, intentando no caer. No sabía cómo se llamaba el lugar, pues casi todas las luces de neón del cartel ya habían dejado de funcionar. Recordó sus tacones y volvió a gruñir de la molestia. Una inmensa camioneta negra estaba estacionada. Ella pasó a su lado. Las luces del auto la iluminaron y luego se apagaron. Sucedió varias veces.

Siguió murmurando su molestia. Ella casi se cae por los tacones incómodos.

Estaba en una zona que no conocía bien. Además, estaba sola, maquillada y vestida como para ir a una fiesta. Hubiera sido mejor para ella no ir a ese lugar, pero ya estaba allí. Como le había sucedido otras veces, sin quererlo ya estaba involucrada en los problemas.

Tomó la puerta del bar con la intención de entrar, pero el claxon de la camioneta irritó sus oídos.

Volteó asustada y vio el auto negro. De nuevo, los faros alumbraron su cara. Por el lado del conductor se asomó un sujeto.

—Quería verte vestida de esa forma, cariño.

Andrea respiró profundo. —¿Qué te sucede, Marcos?

Fue al encuentro de Marcos, con suma cautela para no tropezar por sus tacones. Oyó cómo se reía Marcos en la enorme camioneta. Él era uno de los mejores amigos de Fernando. Marcos parecía un habitante de La Bahía. Estaba muy bronceado y su cabello era dorado. Pero era un paramédico de la zona más retirada de Casa de Campo.

—Me encanta tu atuendo. Todo. —Sonreía maliciosamente. Era Lorenzo Montes, otro amigo de Marcos, quien estaba sentado en la parte trasera de la camioneta.

Él ya no era bombero sino paramédico. Para ella, todo el personal de salud era parte de una hermandad, pero esas palabras le agradaban más que si vinieran de un

hermano. Sabía que él o cualquiera de ellos hablaría con honestidad al dirigirse a ella de esa forma. —Hola Lorenzo. —Andrea lo saludó sin mucha alegría.

Los vio a ambos y luego se detuvo en los ojos de Carlos Barrios, otro paramédico moreno sentado detrás de su hermano Marcos.

—Quisiera saber qué hacen acá.

—Vinimos para que el idiota de Torres no saliera del bar y manejara borracho antes de tu llegada —dijo Carlos. Su ojo estaba inflamado y tenía hielo sobre él. La veía de arriba abajo.

Andrea se sorprendió. —Carajo, ¿qué pasó?

—El pendejo de Torres —dijo.

A Andrea le resultaba increíble que eso hubiera pasado. —¿Él te golpeó?

Había agredido a un paciente y ahora había tocado a uno de sus mejores amigos. Y no solo eso. Parecía que Antonio se había vuelto loco, aunque era una gran persona. Si bien era de contextura fuerte, Carlos había estado en la Liga Nacional de Lucha Libre. Evidentemente, era más alto, más pesado y con más experiencia en cuanto a peleas. Golpear su ojo no era buena idea. Para ninguna persona.

Carlos estaba molesto. —Él no estaría en ese bar si lo hubiera hecho —dijo.

—Quiso quitarle las llaves del auto a Antonio, pero un codo llegó al ojo de Carlos sin querer —dijo Fernando viendo a su amigo y sonriéndole levemente.

Fernando rió al escuchar las palabras en voz baja que dijo su amigo Carlos. —Y Antonio no pidió disculpas. Entonces Carlos está molesto por ello.

—¿Y por qué está en esta pocilga? —preguntó Andrea, con su índice señalando el bar.

Lorenzo sonrió al ver el bar. —En realidad no lo trajimos. Vinimos porque lo seguimos.

Fernando le dio la razón. Ya no sonreía. —Como queríamos que se relajara, lo acompañamos a tomar unos tragos. Como mañana trabajamos, decidimos irnos. Pero él quería seguir bebiendo, así que se vino acá. Dijo que quería terminar de joder su cuerpo. Entonces notó que lo seguíamos.

—Como si fuese un hijo rebelde —dijo Marcos, interrumpiendo la explicación. Fernando asintió ante sus palabras—. Tienes razón. Mierda.

—Sí, como si fuese nuestro hijito descarriado —dijo Lorenzo.

—El punto es que se molestó al vernos y quiso distraernos para que no lo

siguiéramos —dijo Fernando tras escuchar. Abrió sus ojos ampliamente.

Andrea evitó sonreír, aunque le costaba hacerlo, pues los imaginaba a todos vestidos como madres preocupadas buscando a sus hijos. —¿Qué quieres decir con ‘distraernos’?

—Que primero fue a un bar de música tropical y trató de esconderse allí.

Marcos contuvo su aliento y Andrea no pudo contenerse más. —¿Y te sentiste mal por ello?

—Un poco.

—Había chicas con faldas cortas y sombreros azules —dijo Lorenzo.

—Y luego vino aquí —dijo Andrea.

Marcos vio a las chicas de neón que apenas se veían en el anuncio. —Sí, a buscar otras bailarinas.

Andrea notó la expresión de Carlos. No estaba muy contento de estar ahí. Ahora profesaba la fe cristiana. Aunque quisiera golpear a Antonio, no lo haría. Sus principios eran muy fuertes. No podía acercarse tampoco a mujeres con trajes cortos. Solo había ido a los bares con sus amigos porque era el único que no tomaba alcohol. Quizás los acompañaba también para ayudar a Antonio en caso de que lo necesitara.

Ella llevó su mirada al otro lado de la acera y cerró su boca sonriente. Suspiró e imaginó la charla bíblica que le habría dado Carlos a sus amigos en la camioneta.

—Entonces ahora me esperan a mí.

—Puede decirse que sí —dijo Marcos. Su voz reflejaba tranquilidad.

—Soy la chica que resuelve los problemas que cuatro hombres no pudieron resolver.

—Quizás un par de buenas tetas y una ropa sexy como la tuya lo atraiga más —sostuvo Lorenzo. —Me pareció una buena idea después de todo.

—No estás vestida tan sexy como imaginamos —dijo Marcos mientras la veía.

—Es cierto —le respondió Andrea—. Igualmente puedo resolverlo.

—Eso espero. Luces linda —le dijo Carlos.

—Gracias.

—También espero lo mismo —dijo Marcos. —Fernando nos comentó... —continuó—. No importa lo que yo dije —le interrumpió Fernando.

—¿Cómo dices? —le preguntó Andrea—. ¿Exactamente qué dijo Fernando?

—Nada. —Fernando vio a Marcos con mucha firmeza.

Marcos ignoró la mirada. —Lo que dijo fue que estabas hecha para soportar una noche en un sitio como este. —A Andrea no le gustó mucho la frase. Vio a Fernando. Sí, había estado en un bar como esos, pero desde la última vez había pasado ya casi una década. Aunque, ciertamente, hacía tiempo frecuentaba esos bares de mala muerte, ellos no conocían esa antigua faceta de su vida. Había transcurrido un tiempo desde la muerte de su padre. Solamente conocían a la Andrea que trabajaba en Emergencias. La lideresa profesional y quisquillosa. Ella se había convertido en esa mujer. —Y añadió que estarías muy interesada en saber qué hace ‘tu’ Antonio por las noches.

No pudo evitar que sus mejillas se sonrojaran al oír esa frase. Vio a Fernando. Él sabía todo sobre ella. Lucía muy distraído.

Miró filosamente los ojos de Marcos, como si esperara otra frase más contundente. —Es verdad. Debo saber adónde tengo que llevarlo —dijo Andrea.

Marcos sonrió. Descubrió la intención de Andrea y le respondió. —Llévalo a su apartamento. Así no vomitará en mi sofá ni dejará una diarrea en mi sanitario. —Andrea negó con su cabeza. —Deberíamos dejarla entrar — interrumpió su hermano. —Puede que ‘la Superrubia’ decida irse con él.

—¿Una rubia, dijiste? —preguntó Andrea.

—Sí. Es una de las chicas que vino con él —le respondió Marcos.

—¿‘Una’?

—Sí. La otra es una morena alta. —Marcos sonrió ampliamente.

Andrea apretó sus puños. —Chicos, no puedo perder más tiempo. Entraré. Le daré a Antonio lo que le hace falta.

—¿Una jefa de Emergencias molesta como nunca? —le preguntó Marcos.

Andrea sonrió y se relajó. —No exactamente. Mira, me preocupas y sé por qué dices esas cosas, pero creo que ya es hora de madurar y actuar como adulto.

—Ana y yo no nos motivamos de esa forma —dijo Fernando, viendo hacia otra dirección.

Ella encogió sus hombros. No le importaba. —Has estado lejos de la prisión y del hospital, como paciente, gracias a esas palabras.

Marcos rió con las frases de Andrea. —Ya lo veo. Podrás lidiar con Antonio si has lidiado con Fernando tanto tiempo.

—Tienes toda la razón. —Andrea volteó, se despidió y abrió la puerta del bar.

—Pero Antonio no te ve como una hermana —agregó Marcos.

De nuevo, sus tacones la incomodaron. Y ya no era por el piso, sino por otra razón.

Capítulo 2

En el lugar no había bailarinas ni chicas con cortos vestidos.

Andrea pensó que tal vez hacía algunos años las esquinas poco decorosas del bar estaban llenas de mujeres sexys, pero ahora esas chicas habían envejecido y se reunían en cantidades a fumar y jugar cartas en el fondo del bar o yacían en una cama de hospital, agotadas por la edad. Un hombre mayor servía tragos. Veía el juego de básquet en una pequeña televisión de blanco y negro. El viejo y el televisor eran lo más antiguo del bar. Solamente podía ver dos chicas, además de ella. Estaban sentadas justo al lado de Antonio.

El aroma era inconfundible. Era propio del lugar. Y Andrea lo odiaba. Olía a aserrín, a alcohol y perfume barato.

El sector de fumadores estaba repleto de gente con cigarrillos en sus bocas y ceniceros atestados. Y ciertamente, una chica era rubia y la otra morena. Tomaban cerveza y tequila. Del lado izquierdo, se llenaba una mesa de billar con hombres fuertes y de barba larga. Olían a cerdo.

Antonio lucía unos pantalones negros y una camisa gris. El resto de la gente vestía pantalones rasgados y camisetas con frases humorísticas, pero que no daban risa. Un taco de billar tocó levemente su rodilla. Pidió cerveza, y así pudo sentir que era parte del bar.

Un hombre caminó desde la mesa de billar y se acercó a Antonio.

—Ya perdiste por cuarta vez. Tienes que pagar.

Se limitó a sonreír y obedeció. Le entregó una gran cantidad de billetes doblados. El tipo contó el dinero y sonrió con malicia. Después lo metió en su bolsillo. —Te faltan trescientos pesos. ¿Y ahora quién sigue? —preguntó el sujeto entre gritos, mirando al resto del bar.

Antonio solo era apto para las labores del hospital. Andrea se estremeció.

Entonces la chica rubia se acercó a Antonio y puso sus senos en su abdomen. Tomó un trozo de comida de la barra mientras su cuerpo acariciaba el de él. Pero a Andrea no le gustó. Se sintió molesta, incómoda, celosa. Incluso estuvo a punto de ponerse de pie.

Quizás Fernando se había equivocado con esta loca idea. Agitó su rostro y respiró profundo.

Al final, tal vez no podría persuadir a Antonio de irse del bar con ella.

Su tarea era sacar al doctor número uno del Hospital Universitario para que el alcohol no lo impulsara a hacer cosas malas, como agredir a otra persona, estrellar su auto o pasar la noche en un hotel con un depravado que lo sodomizara. Aunque a ella eso no le parecía tan mal. Tenía que intentar sacar al doctor de ahí de todas formas.

Pensó en su vestuario y se sintió tensa. Si bien sentía que se vestía de ese modo para ir al bar, lo más importante para ella era su actitud para portar esa ropa. Andrea movió su cabeza para pensar en otra cosa.

Pero ya no era una chica de esas que van a los bares a lucir su cuerpo. Ya no tenía esa actitud. La había extraviado en medio de los preparativos para el funeral de su padre, su asistencia temprana a las charlas para padres y profesores y el tiempo que pasó entre loncheras, las llamadas a las compañías de electricidad y agua o los arreglos del hogar. Y todo simultáneamente, a pesar de su tristeza. Era una huérfana repentina. Y, además, empezó a ejercer la función de madre de sus dos hermanos menores.

Se alisó la blusa y frunció su ceño. Antonio, por su parte, llevó sus labios al oído de la pelirroja. Ella sonrió al oírlo y retiró su cabello de sus hombros.

Antonio era un profesional. Salvaba vidas todos los días. Un hombre muy meticuloso, responsable, puntual. Todos lo estimaban por esas cualidades. Era incomprensible para Andrea.

Entonces verlo allí, borracho y con dos chicas en medio de la nada, la hicieron sentir muy triste. Contuvo el aliento. Antonio tomó otro trago de su cerveza.

Si fuese por Andrea, lo tomaría por el pecho y lo sacaría a trompicones de allí.

Ella sabía que eso no daría resultado. Entonces recordó que no debía actuar de ese modo, aunque sí sabía cómo proceder. Fernando lo había intentado, sin éxito. Y a ella le costaría mostrarse como una linda chica, una bomba sexual. Además, la rubia estaba sobre él. Entonces decidió mostrarse como una chica acomodada, llena de ocupaciones por todos lados, con poca actividad sexual. Ellas se sentirían muy sorprendidas.

Andrea llevó su cuerpo entre él y la pelirroja. —¿Antonio? ¡No sabes cómo me alegra verte! —Levantó sus pies y lo besó levemente en su mejilla. Sintió su aroma y su cuerpo se estremeció. Recordó el aroma de su piel durante el beso. Entonces no sintió tanta lujuria, pues todo transcurrió tan rápido entonces que no había podido disfrutar la caricia de sus labios.

Antonio la vio. Su rostro era inexpresivo. Unos segundos después, sus ojos recorrieron su ropa y bajaron a ver sus dulces senos sujetos por la blusa. Posteriormente bajaron a su ombligo y contemplaron sus caderas. Caminaron por sus piernas enfundadas en los pantalones y llegaron a los tacones.

Andrea sintió que su cuerpo recibía descargas eléctricas con la mirada de Antonio. Aunque le costó omitir esa sensación, siguió mintiendo. Vio a las chicas y las apuntó con sus dedos índices. —Veo que estás bien. Me alegra. Me preocupaban las complicaciones de la operación. Supongo que mis galletitas de vainilla y la sopa de verduras te ayudaron a recuperarte. Ya le había dicho que tarde o temprano la vida le permitiría encontrar una mujer que lo hiciera feliz—. Vio a las chicas y les sonrió. Buscó una silla vacía y se sentó.

—¿Operación? —preguntó la rubia. Hablaba exactamente como Andrea supondría que lo haría.

Se sentó justo frente a Antonio. Lo vio de arriba a abajo. Sabía que él también la miraba de ese modo. Luego Andrea vio a la chica rubia. —Qué inocente eres. Veo que para ti el implante no es un problema, aunque en realidad sí lo es —le dijo Andrea, sonando alegre.

La morena se sorprendió—. ¿Dijiste implante? —preguntó.

Andrea sonrió con su pregunta. —Si empleas otra palabra, está bien. Que digas pene en mi presencia no es algo grave. Me da igual.

Se agitó y Andrea pensó que se molestaría mucho. —Vaya... Pene —dijo la rubia.

No quería confundir más a la pobre chica rubia, cuya inteligencia notablemente no era una de sus cualidades. —Así es. Un implante de pene —dijo Andrea. Vio a Antonio. —Parece que no se los has contado.

Antonio escuchaba como si no estuviera allí. Vio a Andrea y miró hacia el techo. Su mirada estaba perdida y sus manos sujetaban la cerveza y el respaldo de la silla. La rubia se detuvo en los ojos de Antonio. —¿Qué le pasó a tu hombrecito?

Su mano se puso en su corazón. —Una experiencia catastrófica —le comentó Andrea. —Imagina, ya su pene estaba mal, y fallaron con dos operaciones, al ponerle implantes muy grandes. Después lo cosieron mal. Y por si fuese poco, vino la complicación de la infección. —Cerró sus ojos y una expresión de asco se mostró en su rostro. —Antonio se ha ganado mi respeto por soportar eso, y también a ustedes, chicas, por no darle importancia a ese asunto.

—Vaya... —dijo la morena en voz baja. —Tal parece que ella conoce tu pene

muy bien —dijo la pelirroja a Antonio, con un tono poco educado. La morena vio sus pantalones.

—Así es —dijo Antonio. Vio a Andrea y tomó la palabra después de un rato. —Y veo que pasa su tiempo pensando en mi pene.

Andrea rió incómodamente y sus ojos finalmente recorrieron el bar. Era una vista poco agradable, pero la ayudó a recomponerse.

La rubia tenía más curiosidad que preocupación. —¿Ella es tu novia o la chica que llevas a la cama? —preguntó.

—Para nada —respondió Antonio. Todavía veía a Andrea. Apenas si sonreía al mirarla. —Parece que esta noche Andrea es como mi niñera. Mi chaperona.

La rubia, entre tanto, parecía desanimada después de escucharlo. —¿Y Antonio podría...? —preguntó mientras veía a Andrea. La pelirroja estaba sorprendida.

—Para nada. Aunque quiere adoptar hijos, así que podrías tener hijos adoptados si lo deseas —dijo Andrea, negando con su cabeza.

—¿Hijos?. —La rubia los vio a todos detenidamente. Se sorprendió más —. No somos novios. Solo acabamos de conocernos. Apenas sé cómo se llama.

—Entiendo. —Andrea habló en voz baja. —Debes disculparme. Pensé que ya dormían juntos.

La rubia se alejó de Antonio. —Nada que ver.

Andrea evitó sonreír descaradamente. —Eres una chica soltera.

—Sí. Completamente soltera —afirmó la rubia con premura.

—Supongo que ustedes son las dos chicas por las que me preguntaron afuera —agregó Andrea. Llevó su dedo índice a su labio.

—¿‘Preguntaron’? —dijo la pelirroja. Las chicas se miraron y luego vieron a Andrea.

—Sí. Cuatro tipos que están afuera, en una camioneta negra. Me contaron que estaban esperando a dos chicas. Que las que seguían desde otro bar.

—¿Y quiénes son esos hombres? —preguntó la morena con inquietud.

Andrea encogió sus hombros ante la pregunta. —Escuché comentarios. —Improvisaba, pero también recordaba haber leído alguna noticia sobre una película que filmarían en la ciudad y los actores famosos que estarían en ella —. Parece que el tipo que está sentado en el asiento trasero de la camioneta es parte del equipo de producción de una película que va a filmarse aquí.

—¿Qué más oíste?. —La rubia estaba alegre con sus palabras.

—No mucho. Solo que el chofer es adinerado. Y ‘adinerado’ se queda corto. Quizás es el productor y no quiere decirlo. Y en cuanto al hombre del asiento trasero, el que tiene hielo en su ojo derecho, es el director. Sabe lo que hace, ¿me entiendes?—. Andrea bajó su voz.

Sí. Las chicas parecían entender a Andrea. Carlos no estaría feliz con dos chicas encima de él, aunque sí se sentiría satisfecho de alejarlas de Antonio.

—¿Y el otro? —preguntó la morena con curiosidad.

—Escuché que es homosexual —dijo Andrea, cerrando sus ojos. —Mis cuentas me dicen que tres de cuatro no es una mala idea, chicas. —Entendió que una de ellas tendría que conformarse con uno.

Era la primera vez que Andrea usaba un recurso tan bajo y efectivo. Antonio tomó lo que quedaba de su bebida y vio a Andrea. Vio a las dos chicas alejarse. —¿Homosexual?

—Fernando es el ‘homosexual’ —dijo Andrea.

—Claro... —Antonio frunció su ceño. —Fernando quedará solo esta noche.

—Es mi hermano y lo conozco. Las hará entender que siempre han querido tener sexo agradable con un homosexual —dijo Andrea cuando se acercó a él y suspiró.

Antonio sonrió tímidamente. Era un hombre muy atractivo y su sonrisa, aunque fuese tímida, la seducía. Andrea se contuvo como pudo.

Era una sensación que no tenía hacía mucho tiempo. Su cuerpo se tensó y su vientre se volvió un mar de mariposas. Era un estremecimiento muy distinto al que había tenido con la llamada de su hermano. Una sensación de —qué cagada.

—Tuve que inventar una historia de un pene con problemas —le comentó con tranquilidad.

Andrea sonrió levemente—. Fue lo que llegó a mi mente.

—¿Mi pene fue lo que llegó a tu mente?

—Sí. Quizás fue lo primero en lo que ellas pensaron —dijo, encogiendo sus hombros.

—No deja de ser inmaduro.

Andrea sonrió ampliamente. Tal vez Antonio no recordaba quién era Fernando por los efectos del alcohol.

—Sí, lo admito. Pero ellas cayeron como si nada.

Antonio no le dio la razón. —Puedes ser inmadura. Desconocía esa

cualidad tuya.

Andrea vio el bar. —Aquí parece que todos lo son.

—No me parece que ir a un bar a tomar o jugar billar sea inmaduro —dijo Antonio.

Uno de los hombres que jugaba billar eructó y sus compañeros rieron sonoramente. Andrea repasó los ojos de Antonio. —Ya veo. Todos son muy maduros.

Ambos rieron y Antonio vio su bebida.

Andrea recordó lo que llevaba en su bolso. Lo buscó.

Puso las cosas en la barra. —Antonio, tengo buenas noticias para ti —le dijo. Había agua, dos tabletas amarillas, cuatro rojas, una banana y una bebida isotónica. Puso el bolso en una silla vacía y destapó la botella de agua. —Vine para ayudarte a salir ileso de este lugar. —Vio la mesa de billar y luego lo miró fijamente. Antonio estaba silencioso.

—Estas son pastillas de vitamina B —le informó—. Funcionan con las resacas. —Lo sabía porque había tenido que lidiar con ellas durante muchos años, cuando aún no conocía a Antonio.

Él se mantuvo en un absoluto silencio.

Andrea tomó el agua y las pastillas. Hidratarse era elemental para sacudirse una resaca. Pero ya Antonio lo sabía.

Él hizo la botella a un lado.

Andrea entrecerró sus ojos y empezó a hablar con firmeza. —Ya veo que colaborarás bastante. Imagino que entiendes que estoy de tu parte.

Qué hijo de puta había sido Fernando. Había enviado a Andrea.

Antonio pensaba que Fernando Márquez era un buen tipo, un hombre que podía calmarse una noche en un bar o que no tenía espacio en su mente para nada más que su ego. Fernando no había notado que él deseaba a su hermana mayor, y la había enviado al bar donde él quería olvidar su malestar.

Para él, era increíble que Fernando se hubiera atrevido a hacer eso. Andrea era la enfermera más respetada del hospital. Una chica muy bondadosa y preocupada por el bienestar de los pacientes, y también mandona. Y, además, la chica que había estado en sus pensamientos en casi un año.

Ella había ascendido y era la jefa de Antonio, así que él no pudo cumplir su deseo de invitarla a salir. Él tenía otros jefes, como el responsable de Cirugía y el de Personal, pero en el área de Emergencias, ella era la lideresa.

A Antonio le había agradado la noticia. Así, él no estaría tan pendiente de ella mientras trabajaban. Pero en la práctica no era así. Se veían durante los turnos de enfermería varios días y noches a la semana. Él había logrado conocerla más durante esas jornadas, y se sintió maravillado de ver cómo ella mandaba, asumía cualquier responsabilidad y preveía cualquier escenario para atender a los pacientes.

Antonio llevaba la cuenta. Eran noventa y siete días desde que ella se había inclinado para atender a un paciente fracturado. Él estaba a su lado y notó parte de sus bragas asomados por sus caderas.

Para los demás en Emergencias, ella era “la dictadora. —Para él, era la mujer que llevaba unas ricas tangas azules.

El tiempo había pasado. Se mostraba como una dictadora frente a él. Y, además, podía tener unas tangas azules como las que llevaba entonces.

No debía mostrarse como un patán ante ella. Sabía que Fernando era un malnacido y la usaba para manipularlo.

Y ella también parecía querer hacer lo mismo. Entonces ella tomó un sorbo de agua y lo vio, como si esperaba su reacción.

Bananas, pastillas, agua. Eran las cosas que ella había traído para él. Incluso se dirigía a él sin la intención de darle un sermón.

Ella lo hacía porque quería ayudarlo. Tenía que hacerla sentir bien.

Él no quería perder la concentración con unas tangas azules. Tenía que curar a las personas y que volvieran a sus casas. Antonio era consciente de que la deseaba. Hacía muchos meses, pero su trabajo lo mantenía ocupado. Y no era cualquier trabajo, como regar las plantas o vender boletos para un juego. Era un trabajo en el que se salvaban vidas.

Pero ya no tenía que ir al hospital. Ahora podía tomar todo el whisky que quisiera y pasar la noche con quien quisiera.

Entonces bajó de su silla y se acercó a ella. Se ubicó detrás de la silla de Andrea y la giró. Ella lo vio y su cuerpo rozó el suyo.

—Imagino que me pedirás algo por este favor que me haces esta noche.

Él sonrió, y ella trató de ver hacia otro lado en medio de su incertidumbre. Suspiró levemente mientras él sonreía. Se mantuvo inmóvil.

Solo habían trabajado juntos en un hospital, que, como todos los centros de

salud, era un lugar lleno de pacientes, sangre y reclamos, así que se preguntó si sentía lo mismo que ella. Debían estar siempre concentrados y actuar en segundos. No podía despistarse mientras un hombre mayor o un niño sangraban y su madre lloraba a su lado. Antonio se detuvo a pensar en las palabras que había dicho Andrea y ella abrió su boca para responder.

Estaba nerviosa, pero no quería demostrarlo. —Solo me alegra saber que esta noche no te harás daño ni le harás daño a nadie —le dijo al cabo de un rato. Tomó el agua y la puso en la barra.

Pero él quería honestidad por parte de ella.

—Imagino que tu hermano está pagándote.

—Eso jamás sucedería. —Ella se molestó.

—Pero igualmente te doy lástima.

—Tampoco es verdad. No me das lástima. —Andrea suspiró profundamente. Fue un largo suspiro.

De nuevo, Antonio se inclinó para acercarse más a Andrea. Ella inevitablemente sintió su calor y su fuerte aroma. Lo vio profundamente y notó la inclemente expresión en su rostro.

—Entonces te preocupas por mí.

Antonio quiso besarla. Quería saber si realmente se interesaba en él o su respuesta a su beso había sido producto del nerviosismo. Andrea humedeció sus labios y busco las palabras correctas para responder.

—Lo que me preocupa que mi departamento pueda contar con uno de los mejores cirujanos que tiene esta ciudad —le dijo—. Y los pacientes que tienen que ser atendidos en tu ausencia. También me preocupa que ames tu carrera, pero la dañes en un momento de locura. Y también... —frenó sus palabras y luego continuó... —le preocupas a Fernando.

Eran palabras que usaba Andrea para darle ánimo. Él dio otro paso mientras sonreía.

—¿Fernando? Lo que él piense o sienta me sabe a mierda. Lo que quiero saber es qué sientes tú. —No pudo contenerse más. Sintió que debía tocarla. Entonces llevó su pulgar sobre su boca

Sentía deseos. De que él llevara a una cama. Y la desnudara para poseerla.

O a una mesa de billar, pensó Andrea. Sabía que había una cerca y allí también podía hacerle el amor.

¿Estoy más nervioso que ella o ella está más nerviosa que yo?, se preguntó. Ella abrió su boca cuando sintió el dedo de Antonio, y él sintió

que se erizaba su piel. Su jefa, la que siempre sabía cómo reaccionar y resolver hasta el imprevisto más grande, estaba temblando frente a él.

Pensó que Andrea no sabía sobre sus deseos por ella. Él sabía cómo enfocarse en su labor, a pesar de los constantes problemas que se presentaban, y no dejarse llevar ni por los sonidos tortuosos del hospital o los gritos de los pacientes adoloridos ni por los pensamientos sexuales sobre su jefa.

Pero tenía que reconocer que ella le había gustado desde que la había visto por primera vez. La había visto luchar con todos en Emergencias. Y no se había perturbado ni sentido nervioso. Al contrario, ella siempre se mostraba firme y alegre, incluso cuando se encargaba de las labores más desagradables o los pacientes más incómodos. Y no solo eso, sino que luego tenía el temple necesario para acercarse a los familiares mientras lloraban y les contaba que todo había salido bien.

Entonces vio su tanga y tuvo una erección justo en medio de una operación de corazón.

Y solo pudo pensar cuántas tangas tendría esa deliciosa mujer.

Ese pensamiento le inquietó. Y una inquietud como esa en Emergencias puede resultar en la muerte de un paciente.

Pero no había distancia ni normas que seguir, por lo que podría tocarla como quisiera y siempre había deseado. Ya no estaba en un hospital.

—¿Qué sientes tú?. —Se movió más hacia ella y volvió a hablar.

—Siento que... has tenido un largo día y quieres que alguien te ayude, aunque no quieras reconocerlo. —Pensaba bien cada palabra que decía.

—Entonces quieres ayudarme.

—Exacto.

Andrea se quedó sin palabras—. En ese caso, puedo decirte varias cosas para las que me contaría contar con tu ayuda —dijo Antonio mientras movía su pulgar sobre su boca húmeda y luego lo llevaba sobre su mejilla.

Le costaba encontrar las palabras para responder. Seguía en silencio. —Tal vez pueda ayudarte a conseguir algunas jarras de agua y una buena dosis de café negro —le dijo.

Antonio sintió la necesidad de decirle al oído lo que realmente estaba pensando y apretar su cuerpo.

—Me refería a que me prepararas el desayuno.

Ella notó la expresión en su rostro. Entendió sus intenciones. —Amigo y

colega doctor, solo estoy aquí para asegurarme de que llegue a su casa sano y salvo. Quiero montarlo en un auto y dejarlo en su casa. Fin de la historia.

Pero él la tomó por su cintura y sacudió su cuerpo contra el suyo. Él la apretó con fuerza y ambos quedaron adheridos. Andrea quedó entre Antonio y la pared. Él quería que ella notara el tamaño de su inmensa erección creciendo en sus pantalones.

—Ah, sí. ‘Colega, doctor’. Entiendo que lo dices para recordarme que trabajamos juntos y estoy a tus órdenes, que debo ser profesional, etcétera. Pero cuando me hablas de esa forma tan sensual y se notan tus nervios en tu tono de voz, me cuesta verte como mi jefa.

Ya tenía que satisfacer sus deseos por ella. Sentía que era el momento. Cerró su boca y buscó sus labios. Quería excitarla con un beso apasionado, o más, si notaba que ella le correspondía.

Notó su respiración cálida y entrecortada y sus ojos cerrados. Quiso tomar su culo y apretarlo. Entonces pensó en penetrarla.

—Doctor....

Dio unos pasos atrás y suspiró profundamente. Carajo, pensó.

—Podríamos conversar una vez que pase el efecto del alcohol —le dijo.

—Lo menos que quiero es conversar.

Andrea no sabía exactamente qué hacer. Y eso era inédito para ella. Él solo la conocía como una profesional siempre preparada para saber qué hacer.

Antonio no quería guardarse ninguna palabra. —Lo que quiero es ver tu cuerpo. Desnudo. Aquí y ahora.

—¿Totalmente desnudos los dos? —preguntó ella, con la duda aún en su expresión.

—Sí. Incluso dejaré que me digas las palabras más sucias que se te ocurran —respondió él, con una sonrisa maliciosa.

—Doctor Peña, como verá, no le hablo de modo sucio. —Llevó sus brazos a su pecho, aunque quería llevarlos al cuerpo de Antonio.

Aunque quería que lo hiciera.

Tomó aire con tranquilidad. —No me importa si prefieres guardarte el deseo que sientes por mí.

—Creo que actúas diferente por el alcohol.

Él vio sus ojos durante un largo rato. —Parece que estás convencida de eso.

—Lo estoy. Y no te preocupes, entiendo tu actitud. Te comprendo

totalmente. Es normal que nuestro trabajo nos agote.

—Mi actitud por mis ganas de acostarme contigo. Y para ser honesto, tengo ese deseo desde que te vi por primera vez. —Sonrió y la vio nuevamente.

Andrea vio hacia el fondo del bar y luego vio los ojos de Antonio. —Me cuesta mucho creerte.

—Soy una persona creíble. No entiendo.

—Sí, pero esta noche te atreves a decirme esto. Justo cuando apuestas y pierdes, bebes hasta emborracharte, buscas chicas y te peleas con tus colegas.

Él sentía que ella se equivocaba. Había sido un mal día, pero no había peleado con sus colegas. Antonio volvió a dar unos pasos para sentir su cuerpo y posó su dedo en la mejilla. No soportó más. Llevó sus labios a los de Andrea. Y pensó que no quería que ella hiciera esos comentarios. Solo quería que ella gritara mientras acababa en su pene.

Ella sintió la dulzura de su garganta y el calor de sus labios.

Entonces ella titubeó, pero Antonio se dio cuenta de que ella lo quería. Pensó que debía renunciar a su beso, pero ya era tarde. Al contrario, se acercó más a su cara, con sus manos descansando sobre sus hombros y pasándolos por su cuello. Él inmediatamente respondió, seduciendo su boca e inclinando más la suya para sentir su lengua.

Andrea se sintió feliz con el agradable sabor de su paladar.

Él dio un paso hacia atrás. Buscaba recorrer su boca, sentir su sabor, pero ella se mantuvo cerca e incluso lo acercó y puso sus manos en su cabello.

Antonio sintió que debía complacerla.

Impulsó el pecho de Andrea contra el suyo y luego la abrazó. Puso una mano en su cintura y llevó la otra a su culo. Ella sintió la erección y dejó deslizar otro gemido.

El ambiente estaba lleno de tensión y la excitación era enorme. Pero Antonio estaba molesto. Había una pila de ropa que separaba sus cuerpos y o había dónde apoyarla. Y también estaba molesto porque se sentía feliz de besar la boca de Andrea, pero no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Al mismo tiempo, le parecía un absurdo haberse atrevido a hacerlo en el hospital. Había sido un día loco, sin margen para respirar.

Andrea suspiró profundamente y se alejó por completo de él, como si fuese a hacerle daño. Dio varios pasos hacia atrás.

—Hay que frenar esto —dijo ella—. Creo que no es lo correcto. —Negó

con su cabeza.

—Somos dos adultos y estamos de acuerdo. Además, mañana es mi día libre. Ahora todos lo son, así que no veo la razón para no hacerlo.

—Ese es precisamente el problema—. Ella levantó sus manos.

Exactamente ese era el asunto: a ella le preocupaba su bienestar. Y también estaba preocupada por su departamento y todo el hospital en el que trabajaba. Por esa razón, él le molestaba. No parecía querer esforzarse por recuperarse ni volver al trabajo. Andrea, por su parte, era una profesional motivada, responsable, segura. Palabras que la definían muy bien y reflejaban su naturaleza cautelosa. Antonio ya conocía esa parte de ella. Desde que la había visto por primera vez.

Ella no podía salir de ahí sin él, porque ella estaba convencida de que lo mejor para él era volver a su casa con ella, pero no cargarlo ni sacarlo de ahí a golpes. Estaba con él en una barra de un bar con olor a perfume barato. Y tenía que llevarlo a su casa antes de que hiciera cosas de las cuales luego se arrepentiría.

—En ese caso, creo que solo me restan dos cosas que me gustaría hacer —le dijo.

—Y esas cosas son... —preguntó.

Se retiró de la barra y buscó a los jugadores de billar poco adiestrados con los que había perdido dinero durante toda la noche. —Tomar mucha cerveza y bañarme en una piscina —dijo al levantarse.

Ese tema no le quitaba el sueño a Antonio. Estaba en el bar para olvidar sus molestias y que el tiempo pasara sin que él se diera cuenta. Tampoco le quitaba el sueño que sus colegas y amigos estuvieran preocupados por él y quisieran saber si se sentía bien.

De hecho, era uno de los temas de los que menos quería conversar. No le parecía bien que se preocuparan tanto por él. Tampoco le gustaba la idea de que tuviera que dar explicaciones. Ya no quería ejercer la medicina. Ya no quería cuidar ni sanar a los demás. Quería pensar solo en él. Ya le aturdía la idea de que las enfermedades y los pacientes sangrantes o adoloridos jamás dejaran de llegar. No encontraba el sentido de esa situación.

Ya nada le preocupaba. Él se había ido. Le habían pedido que se fuera. Le daba igual. Era el fin. Entonces buscó unas bolas de billar y se preparó para jugar.

—Jugaré esta ronda.

Antonio volteó. Andrea estaba detrás de él y tenía un taco de billar en sus

manos.

—No creo que sepas jugar —dijo Antonio. No le parecía que Andrea acostumbrara visitar esos lugares ni jugar billar. Sin embargo, ella parecía sentirse muy cómoda. Se veía relajada. Y eso le parecía sensual a Antonio. Se sorprendió y luego rió.

—Puede que seas el peor jugador, así que no tienes que preocuparte si juego bien o no lo hago, pero, de todos modos, he jugado muchas veces —dijo Andrea.

—Es suficiente para mí —le respondió Antonio. —Veamos cómo juegas. — Señaló su taco.

—¿Y qué apostamos? —añadió él.

Andrea encogió sus hombros. Frotó la tiza azul en su taco y lo vio.

Inclinó su cuerpo para empezar a jugar. —No lo sé. Apenas cuento con cien pesos. —Con su cuerpo casi por completo en la mesa, sus pantalones azules mostraban su trasero apretado. Él imaginó que quizás tendría otra tanga azul. Puso su taco entre sus dedos de la mano derecha. Se preparó para impulsar la pelota.

Antonio pensó dejarla ganar solo para que mantuviera esa posición.

Sonrió con malicia. —Te llevaré a casa si gano esta partida. —Lo vio desde su posición y descubrió sus ojos en sus nalgas.

—Acepto. —Después de todo, no le parecía mal jugar contra ella. Al contrario, había sido una excelente iniciativa de su parte. Ella se mostró segura de sí misma cuando encontró sus ojos de nuevo.

—¿Y si pierdes? —le preguntó, viéndola con deseo.

—Dime qué planeas.

—Pasar tres días contigo. Mañana, el día siguiente y el siguiente.

—¿Cómo dices?. —Andrea se levantó y lo vio fijamente.

—Que te quedarás conmigo tres días.

—¿Eso es todo?

—Así es. Me llevas a casa, pero te quedas conmigo. —Antonio encogió sus hombros.

Dudaba de sus intenciones. —¿Para qué? —preguntó.

Sí, por su mente pasaban muchas cosas sucias que podría hacerle. Sin embargo, ella también tenía ganas de hacer otra cosa, aunque no parecía tan sucia. Para hacerte lo que me provoque, pensó decirle.

—Pasarla bien.

Andrea Márquez tenía que relajarse. Lo necesitaba. Y él quería ayudarla, aunque no fuese haciendo el amor.

—¿A qué te refieres con ‘pasarla bien’? —preguntó ella, con una expresión de incertidumbre.

Él suspiró. Sintió que era la primera chica con la que quería acostarse. No sentía tanto deseo en mucho tiempo. Quizás nunca. Y era normal que ella reaccionara de esa manera.

—¿Podré decirte lo que planeo si te aseguro que no nos desnudaremos? —dijo.

¿No se desnudarían? Eso sí era una sorpresa.

—Podría considerarlo. —Andrea tomó aire.

Antonio estaba muy serio y calmado. —Solo planeo que pasemos todo el día juntos —dijo Antonio.

—Bueno, tres días. Serían setenta y dos horas a tu lado.

Andrea debía cumplir con su labor en el hospital. Estaba un tanto irritada. Tenía un registro histórico, pues nunca había faltado por alguna enfermedad. No obstante, sintió que su cuerpo se enfermaba al imaginar a Antonio acostándose con otra mujer o llenando sus entrañas de licor.

—Hagámoslo —declaró después de un rato.

—¿Aceptas?

—Con reservas, pero acepto.

—Perfecto. —Antonio estaba contento.

Andrea empezó a jugar. Pudo sacar ya que Antonio cedió la apertura. Entonces metió una de las bolas. Sus ojos contemplaron la mesa.

Ella sonrió unos segundos después. Antonio vio algunas de las bolas que habían caído con el saque de Andrea.

Dio unos pasos para buscar una posición cómoda. Empujó su taco y pensó que solo le restaría un tiro adicional para terminar el juego. Sin embargo, justo cuando iba a impulsar su taco para disparar, Antonio se acercó a ella.

—Qué agradable panorama —le dijo suavemente. —Tienes un palo grande entre tus manos, varias pelotas duras, acercaste tu cuerpo a la mesa.... —Andrea erró la bola.

Vio la bola azul. Rebotó en uno de los bordes de la mesa y luego retornó en su dirección.

Era un disparo sencillo y había errado. Carajo, pensó.

Él reaccionó riendo con sorna. Se puso cerca de la esquina izquierda de la mesa. Le ‘pidió permiso’ quitando su cadera con la suya.

—Vaya. Ahora recuerdo que hablaste de inmadurez —dijo.

—En el juego todo vale, dictadora —dijo.

Ese apodo. Andrea sabía que en el departamento de Emergencias todos se referían a ella con ese apodo—. La Dictadora —o, mejor dicho, “la Pequeña Dictadora” en Emergencias. No en la calle. Ni frente a ella.

Se separó para que él se sintiera cómodo y tirara. —Bueno, campeón. A ver si triunfas sin mi ayuda.

Él inclinó su cuerpo. Andrea vio las bolas golpearse. Entonces el ruido que ellas producían cayó en sus oídos. Eran dos bolas cayendo de una sola vez. Caían a los hoyos de los lados opuestos.

No parecía estar borracho. Había sido una estupenda jugada. Se notaba su experiencia. No entendió entonces por qué había apostado y perdido.

Antonio continuó jugando. Todas las bolas cayeron.

La última bola caía. —Fin de la ronda —dijo Antonio. Dejó su taco en la mesa y tomó su vaso, pero ya no tenía cerveza. La dejó en la mesa también.

Andrea estaba sorprendida mientras miraba la mesa vacía

—Hora de irnos. —Antonio la tomó de la mano y salieron por la puerta.

—Sabes jugar —dijo ella. Tomó su bolso de la mesa antes de salir y volvió a tomar su mano.

—Tengo algo de experiencia. —Él vio hacia atrás.

—¿Y por qué te dejaste ganar de esos tipos? Perdiste dinero —le dijo mientras él la sacaba al estacionamiento y sonreía.

—No tenía ninguna motivación para ganarles. —Encogió sus hombros.

A ella le pareció un caso difícil. Estaría muy ocupada con él.

Buscó las llaves del auto y lo abrió. Andrea no supo qué la sorprendía más: si el final abrupto del juego de billar o que ya pudiera caminar son problemas por los tacones. Sí, definitivamente *podría estar muy ocupada con Antonio, pensó. En unas actividades muy sucias.*

—Oye....

Volteó, pero no pudo reaccionar. Solo unos segundos después, él fue sobre ella y puso su cuerpo sobre su auto.

Besó su boca y Andrea sintió que sus pies se congelaban. Él se acercó más, y sus labios apretaron los suyos.

Entonces ella descubrió el olor a alcohol.

Andrea retrocedió, aunque le costó. Quiso abandonar las ganas de contener el aliento y dejar que el momento transcurriera y ella lo disfrutara. Al fin y al cabo, le haría bien. No habría problemas. Pasaría una noche de placer con un hombre muy apuesto. Era una buena recompensa después de todo.

Y si lo pensaba, se daría cuenta de que solo sería un rato. Era adulta y todo era lícito. Entendía que no sería como volver a su pasado atroz, lleno de licor barato y cigarrillos mientras las noches se evaporaban. A la mañana siguiente, no estaría drogada ni tendría tatuajes incomprensibles en su piel. Podrían protegerse mediante el uso de un condón. Y a la mañana siguiente, fin de la historia.

O a la tarde siguiente. Quizás la noche siguiente, si las cosas salían bien.

. Ella sintió que su cuerpo iba a caer. Andrea se sacudió sus pensamientos cuando Antonio besó su cuello. Notó que los dedos de Antonio en su cabello y la mejilla cálida cerca de la suya. Después su boca recorrió todo su cuello y llegó a su oreja.

—La verdad es que siempre te he deseado —le contó Antonio con frialdad. Puso sus dedos en su cabello y luego los llevó a su cuello. —Quise controlarme para mantener una distancia profesional entre nosotros. Y no tocarte.

—Sí. Somos colegas —susurró.

—Pues ya no tengo que hacerlo. —Él movió su cabeza

Estaba suspendido. Ambos lo recordaron. Y él también recordó que no había sido precisamente el hombre con el mejor comportamiento durante su estadía en el bar. De hecho, si ella no hubiera ido a buscarlo, él probablemente estuviera teniendo sexo con una chica... o con dos.

Andrea sentía cosas por Antonio desde que habían trabajado juntos hacía unos ocho meses. Siempre había conservado el respeto y el profesionalismo, especialmente cuando él se acercaba a hablar con la familia de una víctima. Contestaba todas sus preguntas e inquietudes. Él se dirigía a ellos con firmeza, pero con educación. Les informaba que haría todo lo que estuviera a su alcance, aunque no se comprometía a hacer nada milagroso. Él les hablaba de tal forma, con tanta tranquilidad y educación, y transmitía tal confianza con su lenguaje corporal, que los familiares se sentían calmados y le permitían hacer su trabajo sin molestarlo.

Antonio seguía allí. Y Andrea era consciente de ello. Esa personalidad no lo abandonaría fácilmente. Esos atributos como la motivación, la necesidad de ayudar, la solidaridad, estaban ahí. Solo tenía una crisis. Sin embargo, el hospital, sus pacientes, todo el personal de Emergencias lo necesitaban. Su experiencia, su habilidad para operar, su mano estable para abrir la piel y cerrar heridas, su noble espíritu y su alegría que reconfortaba y animaba a seguir adelante.

Ella también estaba allí para darle una mano y ayudarlo a dejar atrás esa crisis o lo que fuese que le pasara. Tenía que evitar que fuera a prisión. Y luego, lograr que volviera a ejercer su carrera. Sin embargo, eso no incluía acostarse con él. Si llegaba a ese punto, cuando regresara al hospital, ya no podrían trabajar juntos. Estar con él de manera superaría cualquier intención de tener un encuentro de una noche.

Tocó su cara. —Te llevaré a tu casa para que duermas —dijo—. Solamente para que duermas y descanses —añadió sin darle tiempo para decir algo.

—Nunca te dejas llevar, por lo que veo. —Parecía estar convencido de que ella siempre se guiaba por sus principios. Él la vio y frunció su ceño.

Andrea asintió. —Pues sí. O al menos eso trato. —Decía la verdad. Desde que había empezado a trabajar en el hospital, hacer lo correcto demandaba casi toda su energía.

—Supongo que te cansas —le dijo.

Pareció que el alcohol había desaparecido de su cuerpo. Antonio la vio con calma. Pensó qué responderle. —De acuerdo, Andrea. Vayamos a mi casa.

Andrea se asombró con su respuesta. —Parece que después de todo sí aceptas mis recomendaciones.

—Andrea, quiero que me des algunas cosas, pero las recomendaciones no forman parte de ellas. —Él miró sus ojos con calma. La besó con suavidad, y luego caminó sobre el auto. Se sentó en el asiento del copiloto y se quedó en silencio.

Capítulo 3

Fueron a casa de Antonio en absoluto silencio. Fernando y él vivían en la misma zona, por lo que Andrea llegó rápidamente cuando él le dijo la dirección. Ella se incorporó a la autopista y Antonio se durmió de inmediato.

Andrea buscó una bolsa de viaje en el asiento trasero del auto. Él despertó con los ruidos.

—Tengo una bolsa en mi auto en caso de que alguien en algún bar lejano tenga la intención de llevarte a casa —dijo mientras tomaba su bolsa y caminaba hacia el apartamento.

Giró y la vio con asombro. —La única persona que hace eso eres tú.

Andrea rió con su comentario. —Fernando me contó de mi trabajo de niñera y decidí que pasaría esta noche contigo.

—Le debo una a tu hermano.

Abrió sus ojos de par en par y se sorprendió. —Fernando sabía que estabas en ese bar. No puedes dejarlo ahí como si nada pasara si tu amigo te preocupa.

Tocó su corazón. —Qué lindo. Amistades.

—Supongo que prefieres el término colega —dijo—. O en tu caso, subordinado.

—Puedo quedarme con la palabra amigo. De todas formas, ya no trabajamos juntos. —Andrea respiró profundamente, contestó.

—Aunque entiendo que para todos eres ‘la Dictadora’.

Andrea lo llevó hacia su puerta y sonrió. Estaba satisfecha con el humor de Antonio. Apenas si lo mostraba en Emergencias. Al ser cirujano, no tenía tiempo para chistes. Cada vez que había que realizar una operación acudía rápidamente, y no eran momentos para hacer ninguna broma. Sin embargo, era amigo de Fernando, Marcos, Lorenzo y Carlos. Para ser amigo de hombres como ellos se necesitaba tener mucho sentido del humor.

—Gerardo, ¿cómo estás? —le dijo al portero de su apartamento.

Era un señor de avanzada edad. —Bien, doctor Peña —dijo el portero.

Había poca gente en el edificio, así que podían subir por el ascensor. Llegaron al sexto piso en unos segundos. Antonio abrió su apartamento y encendió una luz. Dejó sus llaves en una mesa y abrió paso para que Andrea

pasara.

—Buscaré algo para el dolor de cabeza. Ponte cómoda —le dijo.

Caminó por el pasillo. Andrea supuso que iría a su cuarto o al baño. Pero cuando vio de nuevo, notó que era una sala de estar. Se asombró con el descubrimiento. Había sospechado algunos rasgos de la personalidad de Antonio, pero no tantos como para recrear su hogar. Tenía un apartamento distinto a los que había visto. Aunque siempre había pensado que ese lugar estaría lleno de artefactos costosos, quizás por el hecho de que fuese doctor y tuviera un sueldo alto. En su mente había imaginado que la sala de estar del apartamento de Fernando tendría un televisor enorme, una consola de videojuegos y una nevera llena de cervezas. Lo había imaginado porque sabía que era amigo de Fernando.

Pero resultó ser lo contrario. Su apartamento solo tenía algunas cosas básicas. Un gran mueble, un pequeño reproductor de música y una mesita para café que seguramente había resultado barata. En ella había ejemplares de revistas de medicina y deportes.

Y en el comedor, nada. Absolutamente nada. Ni mesas ni sillas. Ni siquiera tenedores. Y la cocina era lo mismo. No vio licuadoras, tablas para cortar las verduras ni delantales. Pensó que quizás guardaba los platos y los cubiertos en su cuarto.

Solo un gran cuadro con colores llamativos y algunas esculturas decoraban la sala de estar y le daban cierto aire de majestuosidad.

Andrea recordó que objetos como esos solían estar en una galería o algún museo, pero era la primera vez que los veía en un apartamento.

—Andrea, puedes dormir en mi cama.

Volteó al oír su voz. Antonio estaba detrás de ella, con un pie reposando en la pared.

—¿Disculpa?

—Acá hay dos cuartos, pero tengo una sola cama. Puedes dormir en mi cama.

Andrea pensó cómo sería dormir en la cama de Antonio y en su pecho despertó un mar de vibraciones. Le costó verse en esa misma cama con él, porque en ese caso despertaría un océano de vibraciones en su pecho y el resto de su cuerpo.

Pero...

Tenía dudas. —¿Y tú dónde dormirás esta noche? —le preguntó.

—Pues....

—Solo dime —le pidió ella con gentileza.

Él rió. —Pasaré la noche en mi sofá.

Entonces ella descubrió que dormiría sola. En el cuarto de Antonio. En su cálida cama. La cama en la que él dormía todas las noches. Podría dormir desnuda. Posar su cabeza en su almohada, sentir su aroma masculino.

—No. Yo dormiré en tu sofá —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Tú dormirás en mi cama y yo en el sofá, así que eso no va a pasar.

—¿Y si tienes que ir al baño de madrugada?—. Le costaba creer que dormiría en la cama y él en un sofá... solo. A fin de cuentas, le costaría conciliar el sueño.

"No tienes que preocuparte. No creo que necesite el baño.

—Pero me gustaría quedarme en el sofá —dijo ella. Sonaba firme en su petición.

Antonio estaba decidido. Dio unos pasos. Su rostro mostró una expresión de molestia—. Andrea, todas las mujeres que vienen a mi apartamento, duermen en mi cama. Solo hay una excepción: cuando son mis familiares. Tú y yo no somos familia. Y tú, más que cualquier persona, tienes que dormir en mi cama.

¿‘Más que cualquier persona’?, pensó en esa frase y quiso preguntar qué quería decir, pero no supo cómo articular su interrogante. —Antonio, no quiero....

—Pero hay otra opción. Puedo dormir en mi cama. Contigo. Quizás no necesite el baño, pero te necesite *a ti*.

Esa frase bastó para callar los pensamientos de Andrea. Antonio decía que la necesitaría, de madrugada, en su casa, lo que sacudió su cuerpo y su mente.

Entonces ella frunció su ceño. Quizás Andrés se refería a las resacas que tendría. O a los posibles problemas para respirar, los latidos de su corazón, sus vómitos o sus posibles convulsiones.

Esas posibilidades le dieron la certeza de que, efectivamente, no dormiría. —Puede ser.

Él rió levemente. Ella vio su rostro y entendió que él no hablaba de ayudarlo con sus posibles vómitos.

—Quiero que te quede claro que no me acostaré contigo—. Eso solo pasaría si él insistía. Y continuaba viéndola con deseo.

Fue a la cocin. —Puede que te convenzas de no hacerlo si lo repites. Me gustaría saber si tienes apetito —dijo.

—Gracias, pero no. —Vio nuevamente las esculturas. —¿De dónde

vienen? —dijo señalándolas.

Antonio regresó con golosinas en sus manos y una botella de agua.

Tomó algunos caramelos. —Hice un viaje a Tailandia. Estuve en el norte del país. Cuando regresé los traje conmigo.

Andrea lo vio a sus ojos. —¿Cuánto tiempo duró tu viaje?

—Viví en ese país unos años.

Increíblemente, no lo sabía, a pesar de que tenía la intención de investigar todo sobre él. Fernando tal vez tampoco sabía nada sobre esa temporada. —¿Me dices que viviste en Tailandia?

Antonio vio las esculturas. —Como mi padre era diplomático, viví en varios países durante mi adolescencia. Cuando cumplí dieciocho volví al país para empezar mis estudios universitarios. Cursé Medicina, volví a Tailandia como voluntario y viví allí hasta que me tocó retornar... por mamá.

Antonio había vuelto a Palma Sola por la muerte de su madre. Le correspondió hacerse cargo del funeral, el testamento y todo lo demás que tenía que ver con la muerte de un familiar. Esa parte sí la sabía. También sabía que Fernando desconocía las razones por las cuales Antonio había decidido establecerse en Palma Sola una vez que todo lo que tenía que ver con su madre estuvo listo. Sin embargo, Fernando no se caracterizaba por ser curioso. Antonio se habría rehusado a contar sus motivos, y Fernando habría renunciado a insistir.

—No sabía que habías vivido esa experiencia.

—Porque no suelo hablar de ello.

Antonio comió otros caramelos.

—Pero te arrepientes de tener que volver.

Negó con su cabeza. —Volví para hacerme cargo de las cosas de mi mamá. En ningún momento me he arrepentido.

—¿Pero regresarás?. —Hasta ese momento, no se había imaginado que Antonio podría marcharse nuevamente. Apenas había regresado.

—No lo creo —dijo tajantemente.

—¿Nunca lo harías?

Dejó el paquete de caramelos en la mesa. —Quizás nunca lo haga. Que tengas dulces sueños.

La vio de arriba abajo y esperó que girara para encontrarse con ella en el medio del pasillo. Pero siguió caminando, con mucha molestia. Ella no entendía la situación, pero quería que se sintiera cómodo y olvidara las causas

de su molestia.

—Entiendo que me llamarás si me necesitas —dijo ella, viendo sus ojos.

Su cara ya no lucía triste ni irritada. —Puede que sí te necesite —le dijo de forma sugestiva. Mostró una amplia sonrisa.

Abrió sus ojos de par y par y respondió su sonrisa. Su humor seguía allí y ella lo notó. —Veamos si realmente me necesitas. Puedes llamarme si presentas vómitos —dijo, mientras levantaba sus dedos—, o problemas para respirar, fiebre o falta de concentración.

—Entonces cuento contigo si siento que estoy envenenado por el licor que tomé. Nada más —dijo con frialdad.

—Así es.

—Entiendo.

Andrea rozó su brazo. Él estaba un poco asombrado por esa caricia. Ella supo que él se sentía de esa forma, así que le regaló una sonrisa.

—Entonces, Antonio —le dijo en voz baja. —¿Ya te decidiste?

Era una pregunta clara y un tanto indiferente. Sin embargo, al haber acariciado su brazo él sabía que solo quería actuar con delicadeza.

—Solo me gustaría que supieras.... —Andrea frenó sus palabras. Lo hacía para mofarse de su reacción.

—Dime. —Hablabla con voz más baja.

—Que yo....

—¿Tú qué?. —Dio unos pasos hacia él.

Ella recordó sus palabras en el bar. Tenía que cumplir su promesa. Tenía que mantener la distancia entre ella y su doctor favorito. Si no lo hacía, no habría forma de volver a tener una mínima distancia. Caería bajo sus pies y su hechizo. Y supo que era el momento de renunciar a esas preguntas y respuestas. Podría acostarse con él si seguía la corriente. Olvidaría que él estaba bajo los efectos del alcohol. En lo profundo de su corazón y su mente, Andrea sabía que él podía controlarse y era consciente de todo lo que pasaba. Y que también lo recordaría después.

—Debes saber que quiero....

Humedeció su boca. Antonio dio otros pasos y puso sus manos en su cintura. —¿Quieres qué?. —Estaba decidido a besarla.

—...Dormir en tu sofá. No aceptaré un no como respuesta—. Él aceptó sus palabras. Asintió con su cabeza.

—¿Entiendes que nunca dejas de dar órdenes?

—Siempre me lo dicen.

Entonces Antonio retrocedió. —Lo que te lleva a pensar que tus órdenes benefician a todo el mundo.

Él tenía razón. —Sí, porque casi siempre tengo razón y hago lo correcto.

Él respiró profundamente. —Entiendo. Lo menos que quiero hacer ahora es discutir contigo.

Andrea sonrió. —De acuerdo. Mejor ve a tu cama. Mañana en la mañana hablaremos.

Antes de que ella se fuese al sofá, tomó su brazo con delicadeza y puso sus labios sobre su boca. Fue un beso rápido y sin mucha emoción. —Puedes encontrarme al final del pasillo, a la derecha —dijo. Se alejó mientras su rostro mostraba alegría por su acción.

Ella se sorprendió y creyó que él hablaba de esa forma por su cara asombrada. —Podré ir si necesitas que haga algo por ti —dijo.

—No creo que eso vaya a suceder —le respondió.

—Eso podría cambiar mañana temprano. —Guiñó su ojo.

Antonio se quitó su camisa mientras miraba de reojo para comprobar que Andrea lo miraba. Se quitó su correa y sus pantalones y caminó hacia su habitación.

Ella suspiró. Giró su cabeza y mantuvo su mirada sobre su cuerpo tanto como pudo.

Andrea tenía un cuerpo espectacular. Desde su posición, podía ver el esplendor de sus grandes tetas, aunque no podía mirarlas completamente.

A pesar de ello, Antonio se sentía muy feliz.

Andrea se había puesto una toalla para bañarse, pero se había deslizado por su cuerpo cuando intentó tomar la botella de enjuague que estaba en el botiquín del baño. Él recordó que todas las cosas del baño estaban en la parte alta y se sintió contento. A él le pareció perfecto haber dispuesto su cuarto y toda su casa de ese modo. Ella intentaba alcanzarla, y cada vez que lo hacía, la toalla bajaba más. Pero ella no estaba al tanto de que él podía verla a través de puerta. Su anatomía se veía en el espejo de su habitación.

Andrea estaba en su casa, metida en su baño, con solo una pequeña toalla, mostrando parte de su cuerpo y con su cuerpo mojado. Era una forma excelente

de comenzar un día después de una noche de alcohol.

Andrea hizo otro esfuerzo, ahora para buscar el hilo dental. Entonces él supo qué tenía que hacer.

Podía hacer muchas cosas, porque se sentía mejor durante la mañana, Además, solo se le ocurría hacerlas con Andrea. Le parecía absurdo sentir eso después de tantos años, pero su vida había transcurrido sin ningún sentido. Era el momento de hacer algo diferente para sentirse mejor.

Algo como interactuar con ella.

Quería hablarle sin tapujos. Se levantó de su cama.

—Andrea, espero que hayas tenido una linda noche.

Ella se sorprendió y tomó la toalla con rapidez. Descubrió que uno de sus pezones estaba al aire.

Subió su toalla y le respondió—. Así fue.

Antonio estaba semidesnudo. Solo tenía unos calzoncillos que mostraban su alegría al verla de esa forma. Andrea trató de ver sus ojos, pero no pudo deslizar su mirada por el pene creciente.

Iba a ser un buen día para ambos, sin duda.

—Bueno... —trató de decir ella. —Espero que tú también. —Tomó aire, vio sus ojos y entrecerró los suyos, y luego se concentró en el techo.

—No sabía lo linda que luces por las mañanas.

Seguía viendo el techo para evitar mirar su erección. —Gracias por tus palabras.

—Te enfermarás del cuello si no bajas la mirada —le dijo entre sonrisas Antonio.

—Creo que deberías limpiar ese techo. —Veo arañas entre las lámparas —dijo, cambiando el tema.

Él vio las lámparas. No había notado las telarañas, pero no le importaba ese asunto en ese momento. —Podrías venir un día y limpiarlas —sugirió Antonio.

Andrea vio su cara y se mostró molesta. Iba a responder, pero descubrió cómo bajaba su toalla nuevamente. Entonces lo entendió. Su toalla estaba abajo, él se había acercado a ella en calzoncillos...

¿Los pensamientos de Antonio habían sido tan atrevidos como los suyos?, se preguntó. ¿Él se imaginó tomar su cuerpo, poseerla allí mismo y chupar sus tetas después de despojarla de su toalla? Sí, y él se maravillaba de que eso pudiera pasar. De hecho, su pene se puso más erecto. Pero ella no lo supo. Seguía viendo el techo.

Él suspiró y vio la puerta del baño. Desistió de la idea de continuar. En ese momento. Podría ver su cuerpo totalmente desnudo más adelante—. ¿Ya tienes todo lo que buscabas?

—Así es. Gracias. —Ella continuó viendo las luces.

—¿Ya no te hace falta nada más?

Empezó a dar algunos pasos sin dejar de ver el techo. —Pues sí. Café —dijo ella—. Me vendría bien una taza de café.

La vio de pies a cabeza y se convenció de que tarde o temprano la desnudaría para que *necesitara estar con él*. Antonio sonrió con su respuesta.

—Tomaré una ducha rápida.

—Me parece.... —Andrea no pudo terminar su frase. Él cerró la puerta y la dejó con las palabras en la boca.

Como no había máquinas para preparar café ni cápsulas, se sintió un poco molesta. Rápidamente se puso toda su ropa.

Entonces buscó en comida entre los estantes del apartamento de Antonio. Cualquier comida, algo comestible, que no fuesen golosinas y que saciara su hambre matinal. Y trataba de mantenerse calmada también.

Eso era imposible. Solo pensaba en el cuerpo de Antonio. Desnudo.

Completamente desnudo. Mostrando su pecho esculpido. Y caliente. Con una gran erección.

A ella no le parecería mal si él siempre anduviese desnudo. Todas las mujeres debían disfrutar ese cuerpo sin ropa en la calle.

Buscó en la alacena. Apenas encontró un envase de mantequilla. Nada más.

Un producto que podría usar para untar el cuerpo de Antonio... y luego lamerlo.

Cerró la alacena y abrió un cajón que estaba al lado de la nevera. Encontró algunos chocolates. Le pareció que eran unos pequeños penes. Luego los vio con calma, y notó que no tenían esa forma exacta. Pero en ese momento su cerebro solo podía recrear esos órganos. Suspiró por sus pensamientos.

Abrió la nevera. Un mar de cerveza y agua se mostró frente a ella. Las botellas de licor le recordaron cómo Antonio había apretado su cuerpo y besado sus labios apasionadamente. La cerveza le recordó el bar de anoche y la forma en

que Antonio la había presionado contra el coche. Y las botellas de agua le recordaron el baño que estaba tomando en ese momento. Sin ropa. Encontró pan en el mostrador, y pensó que podría usarlo sobre Antonio para... Andrea se sorprendió con sus pensamientos. Le costaba pensar en algo que no fuese sexo, pero al final le pareció interesante.

—Andrea, ¿qué haces aquí?

Andrea se sobresaltó con la voz y volteó. Antonio estaba vestido decentemente. Afortunadamente, pensó ella. Pero luego se sintió desanimada al no poder ver sus músculos.

—¡Me asustas cada vez que me hablas de ese modo! —dijo.

Antonio buscó uno de sus vasos. Luego sonrió. —Pues no pediré disculpas. Me encanta verte desde atrás.

Con solo unos minutos despiertos, ya le había dicho varias cosas para excitarla. Se imaginó cómo se sentiría Andrea cuando estuviera totalmente excitada.

—Por cierto, quiero hacerte el desayuno. El detalle es que no hay nada que preparar —le dijo, buscando conversar sobre otro tema,

Él puso su espalda sobre el mostrador. Tomó agua. —Parece que quieres ser una mandona. Igual que en el hospital.

—¿Dirás que nunca cambio?

—Solo si no te pones así. O pides comida.

—Veo que no sabes cocinar.

—En realidad no quiero hacerlo.

—¿Has querido hacerlo alguna vez? —le preguntó. —Para que sientas el sabor de la comida casera.

—Renuncié a ella cuando estuve en Tailandia. No se puede conseguir mucho pollo casero allá. —Vio su vaso de agua.

No había contemplado esa posibilidad. —Supongo que de todas formas debes estar cansado de comer en la calle o de la comida de hospital.

—Solo como cuando siento mucho apetito. Debo hacerlo de ese modo, pues si no, no podré trabajar. Los alimentos no son un tema que me preocupe. Antes pensaba que la comida era algo obligatorio. Encontrarás lo único que haya en mi alacena porque es lo único que he comprado.

—¿‘Antes’? —le preguntó Andrea.

—Sí, antes. Ahora soy una nueva persona —le respondió. —Quiero disfrutar más mi vida, experimentar cosas nuevas y no permitir que mi trabajo

me absorba. Y quiero experimentar nuevos sabores, pero solo de vez en cuando.

Andrea pensó que sería interesante preparar una sopa de pollo para él. Sería la forma de llegar a su corazón. Pero no entendía por qué quería conquistarlo. ¿Qué ganaría con eso? Entonces se molestó.

Tomó más agua. —Te noto molesta —le dijo.

—Por nada. Solo pensaba dónde podré comprar huevos. Los prepararé para tu desayuno.

Vio sus ojos mientras bebía su agua. —No lo sé. Pero podremos buscarlos.

—¿Tienes ganas de tomar un paseo? ¿Y la resaca?

Ella no veía efectos de la resaca por ningún lado. Al contrario, lucía muy atractivo esa mañana.

Su barba estaba recortada perfectamente. Había salido de la habitación descalzo y una camiseta azul con algunas arrugas y unos vaqueros negros.

—No tengo resaca —le respondió.

Encogió sus hombros. —Nada.

—¿Y tu cabeza?

—No me duele. Pero me gustaría. Así me harías té caliente mientras me consientes y pondría mi cabeza en tu pecho para que me la acariciaras. .

—No suelo hacer eso con los pacientes que se causan ese tipo de daño —le respondió, aunque le parecía buena idea.

—Pero te quedarías conmigo si estuviera muy enfermo.

—Puede que lo haga, si me lo pide de forma muy educada, doctor.

—Sé pedir las cosas de forma muy educada, jefa. —Antonio sonrió y se movió hacia ella. Tocó su antebrazo con dulzura.

Ella tomó aire y se propuso ignorar el calor que emanaba de su vientre.

—Sé cocinar muy bien —le dijo, con cierto nerviosismo.

Antonio vio su mirada dulce. —Por supuesto. Estoy seguro de eso. Haces muy bien todo lo que te propones.

Estaba impactada. —¿Hago todo muy bien? —preguntó Andrea. —¿Por qué estás tan seguro?

—Porque siempre das lo mejor de ti.

Andrea se quedó en un profundo silencio. No entendía cómo había llegado a esa conclusión. Quizás trabajar con ella en Emergencias lo había convencido de ello.

—Lo digo como cumplido —le comentó mientras apretaba su antebrazo.

—¿Lo dices en serio?. —Quizás lo decía porque Fernando se lo había comentado. Pero si había sido de ese modo, él habría hablado por la frustración de ser el hermano menor de una mujer perfeccionista.

Se retiró de su cuerpo y puso el vaso en el mostrador.

—No me parece mal dar lo mejor de ti —dijo.

—Ojalá todos hicieran lo mismo —dijo ella—. Se enojan cuando se los pido.

Antonio rió. —A mí no me molesta en absoluto.

Andrea ya tenía mucha hambre—. ¿Y cocinarías si te lo pido?

A ella no le importaría preparar algo para el desayuno. Ya era una cocinera experimentada y quería demostrárselo a Antonio, pero se sintió como una tonta al querer hacerlo. No le gustaba cocinar después de cometer tantos errores. Se sentía incómoda pensando en preparar recetas intrincadas. Prefería comer alguna pizza o papas fritas. Pero ya no era partidaria de esa idea. Creía que todos debían comer saludable, incluyendo los niños. Cuando tuvo que hacerse cargo de sus hermanos, tuvo que conocer cada detalle alimenticio sobre las frutas y verduras. Se había metido de lleno en libros de comida y había aprendido a cocinar gracias a su naturaleza de lideresa.

—Puedo hacerlo. Sin embargo, ya tengo un compromiso. Podemos desayunar fuera. Pagaré la cuenta —le dijo.

Entonces Andrea terminó de ponerse sus zapatos y tomó su bolso. Él tomó su mano y actuó como si fuesen novios desde hacía mucho tiempo. De hecho, él se sentía muy satisfecho de poder poner sus manos sobre ella. Andrea debería poner un coto a la situación, pero también se sentía cómoda con sus manos sobre ella.

Ella lo vio mientras él abría la puerta de su camioneta. Notó que tenía un semblante muy diferente al de la noche anterior. Estaba muy distinto. En sus recuerdos, Antonio siempre aparecía con su ropa de hospital y el atuendo que había usado para ir al bar. Pero ahora se veía elegante, tranquilo. Antonio generalmente se mostraba muy serio, pero ahora sus ojos tenían un brillo distinto. En las jornadas de trabajo se reía con cierta frecuencia, pero no era una risa juguetona. Más bien era un hábito que tenía para demostrar que siempre estaba preparado para operar a cualquier paciente que llegara y exponer sus habilidades. Unas habilidades que todos sabían que tenía.

Ahora era un tipo común y corriente que salía a la calle a desayunar. Ya esa imagen era parte de la historia.

Se distrajo tanto en sus pensamientos que no se percató del rumbo que tomaban.

Unos minutos más tarde, Antonio apagó su camioneta cuando llegaron a una cafetería en medio de una calle llena de grandes tiendas. Todas estaban del lado izquierdo de una vieja calle con piedras en lugar de asfalto. Estaban en el sur de la ciudad. Los habitantes llamaban a esa zona “el Viejo Distrito Sur. —Las mercancías del tren que tenían a Palma Sola como destino llegaban a esa calle en épocas antiguas y allí eran distribuidas al resto de la ciudad. Las tiendas habían sido remodeladas y ocupaban la zona de las calles de piedra por las que los turistas solían pasear en carruajes coloridos. También había pintores y bailarines en las tardes.

Tenía pisos de madera de pino recuperados y repintados y un techo que parecía no tener fin. Había varias mesas de madera donde los comensales se sentaban a conversar, además de grandes sofás y sillas pequeñas que incluso salían del local. Se enamoró de inmediato del inmenso mostrador que se sujetaba al fondo de la cafetería y las puertas corredizas que dirigían hacia la cocina. El menú se mostraba en una gran pizarra que ocupaba toda la pared. A Andrea le encantó la cafetería desde el principio.

Una camarera se iluminó al ver al doctor. —¡Antonio Peña! Nos hiciste falta durante dos días.

Antonio sonrió tímidamente. Antonio tocó el codo de Andrea. —Te presento a Andrea Márquez. Elisa es la propietaria de Café del Centro.

—Andrea, es un gusto.

Era una señora mayor. Andrea se imaginó que así se vería la esposa de Santa Claus. Un cabello lleno de canas, unas mejillas rojas y una sonrisa amable.

Sentir el brazo de Antonio en su cuerpo también le daba gusto. —El gusto es mío, Elisa.

—Me imagino. Y más si Antonio ha estado ‘ocupado’ contigo.

Andrea sintió el rubor en sus mejillas. Quiso interrumpir a la señora, pero Antonio rió sonoramente y la haló hacia su cuerpo.

—Si no ha sido así, me metiste en aprietos —dijo—. ¿No crees?

Guiñó su ojo a Antonio. —Sí lo creo —le respondió la señora. —Pero si decidiste traerla a mi cafetería, tienes que asumir las consecuencias, doctor Peña.

Ambos rieron plácidamente. Andrea sonrió de forma incómoda. No entendía los chistes entre ellos. Parecían conocerse desde siempre. Era como

si fuesen cómplices en sus aventuras.

Ordenaron sus desayunos. Andrea pasó algunos billetes para pagar. Después buscó una mesa.

Encontró una mesa cerca de la ventana. Las demás estaban ocupadas. Notó a un par de amigas conversando en voz baja. En otra mesa, un joven estudiante leía libros y tomaba café. En otras solo había personas pensativas. Un hombre elegante, que tomaba café en una taza del tamaño de una olla, tecleaba y tomaba café sin parar. Además, una anciana tomaba café negro mientras veía los autos pasar. Estaba distraída.

Antonio llegó a la mesa y Andrea sonrió. Puso su café en la mesa.

—Me gusta este sitio.

—Sí, es un lindo lugar. —Él vio la cafetería. Puso los billetes de Andrea en la mesa, justo frente a ella. Tomó la silla y se sentó.

Ella se molestó al ver el dinero, pero no quiso discutir. —Parece que eres un cliente habitual.

—Vengo todos los días a desayunar. Y Elisa sabe cómo aconsejarme.

Andrea sonrió con su comentario. —Es una costumbre que los hombres acudan a pedir consejos a sus camareros.

—Sí, pero la mayoría de ellos no sabe preparar una buena torta de manzana ni saben cómo quitar manchas de lápiz labial.

Andrea se rehusaba a saber las razones que tendría Antonio para deshacerse de algunas manchas de lápiz labial—. Pareciera que te hace falta.... —Se quedó en silencio y sus mejillas se ruborizaron.

—¿Una madre? —completó él.

Andrea se sintió avergonzada después de decir eso. Quedó impactada. Recordó que su madre había muerto de cáncer y él se vio obligado a regresar a Palma Sola. —Antonio, lo lamento.

—No pasa nada.

—Comprendo lo que pasa cuando no tienes a nadie que te ayude con esas cosas. Y honestamente, no sé cómo sacar una mancha de lápiz labial. Perdí a mi madre cuando tenía once años —dijo ella con cruda sinceridad.

—Unos años después murió tu papá.

Fernando se lo había contado a Antonio. Ya sabía que había conversado con él, al menos sobre su difunto padre. Entendió que se tenían confianza mutua, pues de lo contrario no le contaría algo tan íntimo. Apenas se refería a su padre cuando en algún momento recordaba algo de su infancia o alguien

mencionaba a los padres.

Ella tomó algo de café y recuperó sus fuerzas. —Yo tenía veintiún años —dijo unos segundos después. Ya no era una jovencita, pero tampoco una adulta madura.

—En mi caso, mi papá falleció en un accidente de avión. Yo tenía diecinueve años —confesó.

—Lo lamento mucho.

—Yo también lo lamento. Todos los días.

Ambos quedaron en silencio.

Antonio se movió después de un rato y buscó un trozo de papel que guardaba en uno de sus bolsillos traseros.

—Necesito un bolígrafo.

Ella se sintió feliz de que el silencio se hubiera roto. —Acá tengo uno. — Buscó en su bolso y encontró dos. —¿Quieres uno azul o negro? —le preguntó. Los puso entre sus manos.

Antonio seleccionó el negro. —Parece que siempre estás lista —dijo.

Era cierto. Volvió a meter las cosas en su bolso, que tenía bolígrafos, pañuelos y un compás. Nada había cambiado desde la muerte de sus padres. Debió aprender a estar preparada para todo cuando se descubrió como la madre de sus hermanos menores. Se sorprendió al ver el desorden en su vida y decidió que ya no sería así. Todos los artículos en su bolso habían sido útiles. Como en ese momento. Volvió a quedar en silencio.

Antonio comenzó a escribir.

Tomó el café mezclado con vainilla. —Quisiera saber qué escribes.

—Es una solicitud de trabajo —dijo y continuó escribiendo.

—¿Buscas trabajo? —preguntó. Claro que sí. Quedó claro cuando relleno la casilla *Nombre y apellido*. *Andrea estaba sorprendida*.

—Así es.

—Pero ya tienes un buen empleo —dijo—. Podrás volver cuando expire tu suspensión. En el hospital eres bienvenido. —Hablaba con incredulidad, pues no creía que estaba viendo a un doctor exitoso llenar una solicitud de empleo.

—Puede que tengas razón, pero ya no quiero volver —dijo. Siguió llenando las casillas.

Andrea se inquietó con esas palabras. —¿Cómo dijiste?

—Lo que oíste. Quizás no me gusta mucho ser médico.

Lo vio fijamente. —No entiendo —dijo Andrea. —¿Qué quieres decir?.

—Lo que estoy diciendo—, señaló.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no me gusta ser doctor—. Él vio el techo.

—¿La parte de salvar pacientes o curarlos? —dijo ella con frialdad.

Se sintió molesto. —No siempre puedes salvarlos.

Ya no quería ser doctor. Salvar vidas. Ella no supo cómo responder. Entendía su argumento, pero su aporte en el hospital era necesario. Así que intentó convencerlo con esas ideas.

—Puede que perdamos pacientes. Es verdad. No puedes salvar a todos los que llegan al hospital. Pero solo Imagina que todos los doctores hicieran lo mismo que tú. ¿Qué pasaría con nuestros pacientes?

—No lo sé. Y no me importa—. La expresión de molestia seguía en su rostro. Reclinó su silla y le entregó el bolígrafo. —Y tienes que tomar en cuenta que hay sueldos altos. Entonces siempre habrá miles de médicos.

Andrea lo vio levantarse y pasarle su solicitud a Elisa.

Ella se sintió enojada. Como si Antonio se burlara de ella. Lo de la suspensión no era tan grave. Quizás Antonio creía que sus sentimientos habían sido lastimados, pero había fracturado la nariz de un paciente herido. Su rabia se mantuvo cuando él volvió.

—Explícame cómo es que sabes preparar café, porque en tu apartamento no tienes ni una cafetera —le pidió ella cuando él se sentó.

—Suelo hacerlo en el trabajo.

—Exacto —le respondió. —Nadie lo toma porque sabe terriblemente mal.

Puso sus brazos en la mesa y se animó a sonreír. —A veces me sale bien —le dijo. Andrea sintió que realmente no le importaba abandonar a sus pacientes y comenzar una nueva vida trabajando en una cafetería.

Andrea estaba muy molesta. —Solo llené la solicitud como algo protocolar En realidad ya estoy contratado.

—¿Y cuándo lo decidiste? —le preguntó.

—Hace unos días.

Se decidió a buscar otro argumento. Tomó aire y se concentró. Bajó su tono de voz. —No entiendo tu afán por trabajar en una cafetería. Te graduaste en la universidad, eres un doctor reconocido, con amplia experiencia y mucho que aportar. Te necesitamos.

Antonio se mostraba reflexivo frente a ella. —En esta cafetería todo es simple —respondió. —Solo entran personas que vienen a tomar café. Lo

preparo para ellos, me pagan, y se lo toman. Fin.

Quiso contestar de inmediato, pero escuchó un largo sonido.

Tomó su bolso y él subió las manos. Andrea lo vio con curiosidad. —
Recuerda que estoy suspendido—. Decir esas frases lo alegraba.

Era un mensaje en su celular. De Fernando.

¿Tienes algún problema?

No.

Fui a tu oficina, pero la recepcionista me dijo que no habías ido.

*Es mi día libre. Quería evitar que su hermano supiera que estaba aún
con Antonio.*

¿Estás con Antonio?

Carajo. Ya lo sospechaba. Respiró profundamente.

*No responde llamadas ni mensajes. No sabemos dónde está. ¿Sabes algo
de él?*

Se preocupaban por Antonio. Los entendía perfectamente. No tuvo más
opciones. Debía admitir los hechos. *Sí. Estamos desayunando.*

¿Pasaré el resto del día contigo?

No lo sabía. El trato era pasar setenta y dos horas. Sin embargo, las cosas
habían tomado un rumbo diferente.

Tal vez lo haga.

*Perfecto. Sigue con él. Alguien le dijo a Omar que Antonio había
golpeado a su compañero.*

Omar era el director del hospital.

Ella frunció su ceño. Ya se sentía impaciente. ¿No fue un golpe accidental
con su codo?

Sí, pero como fue en el bar de Raúl, todo se convirtió en un gran chisme.

Muchos doctores y enfermeros solían ir al bar de Raúl luego de la
jornada de trabajo. Estaba cerca del hospital. Andrea sintió que su cabeza
empezaba a doler.

*Omar y los abogados no saben aún qué hacer. Te pido por favor que no
dejes que se meta en más líos.*

¿Y qué puedo hacer? Ella se sorprendió.

Lo que sea necesario.

Se congeló al oír esa frase. Si su hermano no fuese tan pesado, pensaría
que estaba tratando de unirla con Antonio. Pero eso no podía pasar. Si ese
fuese el caso, le diría una frase como “hazle el amor hasta que se sienta tan

cansado que no pueda salir a la call. .

Lo que sea necesario se convirtió en una noche llena de sexo para que Antonio no saliera. Sintió que su imaginación estaba traicionándola.

Puedo darte juguetes sexuales si te hacen falta.

Esa sí era una frase típica de Fernando. La parte que ella conocía y le molestaba. Sabía perfectamente que él disponía de juguetes sexuales.

Con un hermano le bastaba. Sentía que podría deshacerse de él, pero luego se arrepentiría. Solo tendría que cambiar sus números telefónicos para que no la contactara.

Sin embargo, parte de lo que había dicho su hermano le parecía interesante. Recordó que siempre había fantaseado con él. Podría usar esos juguetes con Antonio. Quizás no tendría que usar juguetes tan absurdos, pero sí quería jugar con él y pasar tiempo agradable a su lado.

Y podría usar otras cosas mientras hacían el amor.

Perfecto, le respondió.

No lo descuides ni un segundo.

Fernando le parecía una persona agradable. Actuaba como un inmaduro con mucha frecuencia, y no se tomaba en serio sus responsabilidades, pero sí se preocupaba por sus amigos. Y un amigo como Antonio le preocupaba bastante, así que entendió la petición de su hermano.

Permítele que te cuide también. Después le envió una imagen sexual a su celular. La simpatía que sentía por su hermano se convirtió en ira. Era el único hermano que invitaba a su hermana a acostarse con un hombre. Sin duda, era un hombre que salía del renglón.

—¿Qué quieres hacer hoy? —dijo mientras guardaba su celular.

Una tenue sonrisa brilló en sus labios. —Cualquier cosa. Lo que decidas. —Antonio se reclinó.

Andrea imaginó muchas cosas al escuchar esas palabras. Cosas muy atrevidas. —Debo hacer algo a las cinco, pero podemos hacer algo hasta esa hora —dijo.

—Perfecto. ¿Te has escapado alguna vez?. —Se levantó y la ayudó a incorporarse.

—¿Escaparme?

Antonio caminó para salir de la cafetería. —Me refiero a tomarte un día para ti. Un día entero para divertirme en varios lugares sin pensar en nada más. —Tomó la mano de Andrea.

—Lo dices porque crees que no me divierto —le comentó Andrea. Había tenido esa sensación varias veces.

Antonio rió a carcajadas. —Sé que eres una persona que suele divertirse. De todos modos, no dejo de pensar que cada vez que lo haces, te sientes mal. Crees que es tiempo que podrías dedicar a otra cosa.

Si le respondía afirmativamente, sería como darle la razón. —Honestamente, creo que no puedo descuidar mis obligaciones —le contestó.

Su mano seguía sobre la de Andrea. La tomó con fuerza.

—Hoy podrías hacer una excepción y divertirme conmigo.

Fernando no había sugerido que pasaran el día juntos. Sin embargo. —"acepto tu propuesta" fue la frase que salió de su boca al oír su petición.

Capítulo 4

—Dime adónde vamos —le pidió Antonio al salir de mientras salían del restaurante y se marchaban con rumbo al norte de la ciudad.

Piensa, piensa, se dijo Andrea entre sus pensamientos. Había visto un gran cartel a la orilla de la carretera invitando a la gente a conocer a los animales. —Podríamos ir al zoológico —dijo unos minutos después.

Él se negó. —Para nada. No pensaba en un lugar tan cultural como ese para pasar el día. Nada de saber sobre animales ni visitar museos. No quiero que pasemos la tarde hablando sobre los pingüinos o la pintura europea del siglo pasado. No. Quiero hacer algo alocado y entretenido.

Sus palabras la asombraron. —¿Te refieres a algo como ir al cine?

También rechazó la idea. —No, porque quizás la película nos dejaría un mensaje positivo que no quiero recibir hoy. No me interesa.

—Me parece que lo mejor sería ir a tu apartamento a distraernos. — Andrea respiró profundamente.

Antonio sonrió. —Exacto. O... —se contuvo y giró su auto para cruzar hacia la derecha. —ir a uno de mis lugares favoritos.

Recordó cuánto le gustaban las salas de videojuegos cuando era niño. Se emocionó al ver la vieja tienda de juegos en la esquina.

Ella abrió sus ojos de par en par para contemplar las inmensas máquinas de juegos llenas de coloridas luces y peluches. Antonio canjeó sus billetes por monedas de baja denominación.

Compró algodón de azúcar para Andrea.

—Esto no te alimentará —le dijo—. Pero tiene un sabor agradable.

Se le hizo agua la boca.

—Solo hay una regla: gastar todas estas monedas —le dijo—. No tiene que ser solo en algodón de azúcar—, comentó mientras señalaba el azúcar en su mano.

Andrea aceptó la propuesta. —Por mí está bien. —Estaba entusiasmada con la idea de jugar, pero no sabía cuál por dónde comenzar a divertirse.

Él caminó con prisa hacia el fondo de la tienda de videojuegos. Andrea buscaba alguno que le interesara. Vio una máquina y se decidió de inmediato. Después de unos minutos de buscar, encontró el perfecto. Era la Carrera del Infierno. Un simulador de auto azul con volante y efectos muy realistas. Puso

su algodón a la izquierda después de devorar un gran trozo y llenó el auto con muchas monedas de veinticinco centavos.

Rompió un récord y el nuevo tiempo apareció en la pantalla. Siguió jugando y perdió la noción del tiempo. Antonio se acercó a ella y puso un brazo en el respaldo del asiento.

Abrió sus ojos de par en par. —Guao. No sabía que eras buena para esto—. Andrea sonrió con alegría.

Mostró una amplia sonrisa—. No me extrañaría que cuando manejes siempre respetes el límite de velocidad, aunque aquí conduzcas a doscientos kilómetros por hora.

—Algunos de mis pacientes han muerto por manejar a alta velocidad —le respondió.

—¿Estás preocupada por tus pacientes o quieres mejorar tu récord personal en este juego?

—Entiendo tu envidia. No podrías superar mi récord.

—Puede que sí te supere, aunque hoy no quiero hacerlo —le dijo—. ¿Aún tienes monedas?

Hurgó en sus bolsillos y encontró las monedas. —Parece que sí, pero solamente tres. —Había pasado todo tan rápido que no se dio cuenta. Se sintió desanimada.

—También tengo algunas. ¿Quieres que juguemos algo juntos?

—Hagámoslo—. Las ideas locas de Antonio le parecían cada vez más geniales.

Veía cómo los ojos de Antonio se iluminaban cada vez que ella aceptaba alguna propuesta. Estaba extralimitándose al sonreír con tanta frecuencia y mostrarse tan abierta, pero pensó que de eso se trataba el día. De ser diferente y divertirse.

—Tienes que tomar el baúl que tiene los tesoros sin que esos alienígenas te devoren primero —dijo Antonio para explicarle el juego.

—Es pan comido.

Ambos tomaron sus controles. Jugaron varias veces y se turnaron el primer lugar. Al cabo de un rato, empezaron a reírse de sus muertes, pero luego Antonio superó fácilmente a Andrea.

—Parece que está llegando el jefe del hospital —le dijo Andrea.

Pero Antonio ni se movió. Sí, era un hombre el que llegaba, pero no el director del Hospital Universitario.

—Y ahí llegó una espectacular rubia —añadió.

Avanzó de nivel al matar a un zombi. —Las rubias que no son naturales no son de mi agrado —respondió Antonio.

Andrea sonrió mientras recogía su cabello—. Pero no es tan rubia —le contestó. No bastaría con esos comentarios para distraerlo. Era una de las razones de su éxito como cirujano. También sus capacidades motoras. Pero ella no se dejaría derrotar fácilmente. Se acercó a él, lo acarició y dejó sus dedos en su brazo.

Él tensó sus hombros y comprobó que había pasado al siguiente nivel.

No sabía qué ocurriría después, pero llevó su abdomen más cerca de él.

Antonio seguía viendo la gran pantalla. —No deberías hacer eso —le dijo Antonio.

—¿Por qué no? Para mí es parte de mi defensa —respondió. Palpó su brazo izquierdo, sabiendo que era su mano más hábil.

—Es una buena estrategia. Lo admito —respondió mientras hábilmente volteaba para eludir tres zombis.

Pero ella no se detuvo. Desabrochó un botón de su camisa y tocó su espalda.

Un zombi lo devoró. Ella se sentía atraída por él. Rió sonoramente al experimentar esa sensación de libertad. Había olvidado lo que esa emoción le causaba. Tras la muerte de su padre, había renunciado a tener novios. No podía dedicarle tiempo a otra persona. Estar pendiente de sus hermanos absorbía casi todos sus días y tenía que forjar su carácter para hacerlo. Ellos eran unos jóvenes que acababan de quedar huérfanos. Ana acaba de culminar sus estudios universitarios, por lo que Andrea tenía algo más de libertad, pero sentía que, aunque crecieran y ellos ya casi fuesen adultos, seguiría siendo como una madre para ellos. Nunca se despojaría de la idea de tener que estar siempre cuidándolos.

—¿Te rindes o aprovecharás tu última oportunidad? —le preguntó Antonio.

Tomó su control. Su camisa seguía desabrochada. —Claro. No me rendiré si aún puedo ganar.

Rió con su comentario. —Me alegra que lo hagas, porque quiero darle un giro a mi defensa.

—Aunque parece imposible que te alcance. Me llevas casi cien mil puntos de ventaja —dijo. Su cuerpo se estremeció y su corazón saltó en su pecho.

—Y espero mantener esa ventaja —dijo.

Andrea sabía competir. No renunciaría. Fernando sabía cómo hacer trampa en todos los juegos de mesa. Su tarea era poner toda su atención en la pantalla y que Antonio se distrajera. Funcionaría para ganar, pero también para evitar que él notara los efectos que le causaba. También quería demostrarse eso a sí misma.

Andrea presionó su control para dar inicio al juego. Había comenzado a moverse entre los zombis cuando notó que él se posó detrás de ella. Puso sus manos sobre sus caderas y su aliento cálido cayó sobre el oído de ella.

—Qué rico aroma —le dijo con delicadeza.

Notó cómo sus manos bajaban hasta llegar a sus nalgas.

Apenas pudo evitar que el monstruo la comiera usando velozmente sus dedos sobre el control.

Él besó su cuello y bajó a su hombro. Andrea no entendía cómo podía hacerlo, pero pudo continuar la partida. Lo hacía para que él no parara. Él no lo hizo. Llevó sus manos traviesas a sus caderas e impulsó el cuerpo de Andrea hacia atrás para que quedaran muy cerca. Un huracán de vibraciones recorrió su abdomen.

Ya es hora, pensó él, buscando actuar de forma más atrevida. Deslizó sus dedos por su vientre y subió a uno de sus senos. Con sus dedos índice y pulgar Andrea se abalanzó sobre dos monstruos y pasó al nivel siguiente unos segundos antes.

Pero no pudo evitar saltar por la conmoción. Movié sus dedos ágilmente, pero igualmente el zombi se la comió.

Fin del juego, se asomó en la pantalla. —Creo que se mantiene mi récord. Está claro que soy el mejor.

—Claro, hiciste trampa. —Andrea se giró y su rostro estaba lleno de deseo.

Se mantuvo sobre ella. —Tú iniciaste las trampas. —Entonces sonrió.

Ella se inquietó. Decía la verdad. Le molestaba saberlo. Había perdido de la forma más absurda. —Creí que si lo hacía podría ganarte.

—Casi lo logras. Y me pareció bien —le dijo—. Además, desde que te encontré con la toalla en mi baño he querido poner mis manos en tu cuerpo.

Ya estaba excitada. —La verdad es... que... —Le costaba articular las palabras. —Podemos ir a jugar béisbol —sugirió.

—Allí no podrás tocarme. Tendría un palo de madera en mi mano —sostuvo Andrea, aunque no le importaba y sabía que a él tampoco.

—Después podremos escalar —anunció.

Ella vio la hora en su celular. —Pero recuerda que mi hermana me esperará a las cinco—. Estaba más molesta de lo que pensó que estaría. Era la primera vez que se disgustaba por tener que buscar a su hermana—. Entonces vamos —dijo él. Se separó de ella y vio sus ojos. —No debes decepcionarla. Eres la jefa.

Ella suspiró. —Sí, te entiendo —dijo.

Tomaron el auto y unos quince minutos después llegaron al Centro Juvenil Márquez.

—¿Este lugar tiene este apellido por ti? —dijo Antonio.

Andrea sonrió tímidamente y bajó del auto. —En realidad es por mi padre. Él lo inauguró y después de que falleció con el monto de su seguro abrimos más programas y cursos.

Antonio bajó y caminó rumbo al centro juvenil. —Imagino que vienes con frecuencia.

Ella asintió. —Ana es mi hermana. Y es una de las encargadas. Recientemente se graduó en Trabajo Social. Fernando y yo somos voluntarios y estamos a cargo de algunos cursos y programas. Algunos amigos nuestros y allegados de papá también vienen a ayudar.

—Es increíble. Era de esperarse viniendo de ti, pero aun así me parece increíble —le respondió.

—Me parece extraño que Fernando no te lo haya dicho. —Lo decía porque era consciente del amor que sentía él por ese lugar, al igual que ella y su hermana.

—Me parece que me lo mencionó en alguna ocasión —dijo mientras abría la puerta principal para que Andrea pasara. —Pero no pensé que era un centro bajo la dirección de tu hermana ni tu responsabilidad.

—Entremos para mostrarte lo que hacemos. —Pasaron y ella lo llevó por cada sala de estudios. Llegaron a una de las aulas principales.

Una voz femenina saludó a Andrea. Antonio la escuchó y se puso detrás de ella.

La saludó efusivamente al verla en la fotocopidora. —Te presento a mi

hermana Ana.

—Qué lindo verte de nuevo, Ana —dijo al abrazarla.

Antonio por fin conocía a la hermana de la que tanto hablaba Fernando.

—Yo también estoy feliz.

Antonio notó las similitudes en los rostros de ambas hermanas cuando Ana sonrió, aunque a simple vista no eran tan semejantes. La piel de Andrea era ligeramente más oscura, al igual que su cabello, que era rizado. En cambio, Ana era más blanca y su cabello era más largo, dorado y liso.

Ana, además, conservaba ese aire ingenuo y risueño propio de la juventud. Él entendía que Andrea había tenido que renunciar a las cosas que haría cualquier joven porque tuvo que responsabilizarse de sus hermanos, de tal forma que Ana pudiera vivir su adolescencia con tranquilidad. Fernando le había contado que Andrea se había hecho cargo de todo tras la pérdida de su padre.

Fernando no se lo había contado, sino algunos de sus compañeros de trabajo, pero Antonio sabía, además, que la muerte de su padre no había sido un evento natural o un accidente. Había sido un asesinato. Tres jovencitos de apenas veinte años forzaron la puerta para entrar a robar el apartamento de Andrea. Él desafortunadamente estaba ahí. Cuando Andrea llegó, estaba vivo, pero apenas respiraba. Entonces lo llevó a Emergencias. Era demasiado tarde. Imaginaba por qué ella adoraba ayudar a todos los pacientes después de esa experiencia.

Pudiera ser que ese atributo de Andrea lo atrajera. Sabía lo que se sentía, porque él también había perdido a su papá de una forma tan abrupta. Aunque se había sentido atraído por ella desde el principio. Era como si la vida uniera a las personas que habían vivido episodios de mucho dolor.

—Hermana, te presento a Antonio. Él...

Antonio estaba expectante. Giró hacia ella. Le inquietaba escuchar las palabras que diría Andrea para contar quién era y por qué estaba acompañándola.

—Trabaja conmigo en el hospital —completó Andrea. —Además, es amigo de Fernando.

Antonio contuvo su aliento mientras notó la mirada de Ana sobre Andrea y luego sobre él.

—Y puede ser que tu hermana tenga un romance alocado conmigo pronto —le dijo mientras estrechaba su mano.

Ana frunció su ceño con la declaración repentina de Antonio. Pero luego sonrió. Andrea hizo un ruido con su garganta, pero ambos omitieron esa reacción.

—Es bueno saberlo —respondió Ana. —Mi hermano dice que justo un romance alocado es lo que le hace falta.

Él sonrió. Notó que Ana también se parecía a Fernando con sus palabras desaforadas. Y esa característica le encantó. Era previsible. Ella prácticamente la había criado, pero tenía un espíritu salvaje.

—Ana, por favor —le dijo Andrea. Su voz era fuerte.

—Siempre es lo mismo. Digo algo y recibo varios gritos de ella —dijo Ana, abriendo sus ojos de par en par.

—A... na... —dijo Andrea. Habló con más fuerza.

Ana miró los ojos de Andrea. —¿Acaso miento? —dijo. Andrea quiso hablar, pero no pudo.

Ana movió su cabeza mientras ponía su mano en la cintura. —Tomaré ese silencio como un no. —Le parecía normal que Andrea reaccionara así.

Andrea se molestó al recordar que Ana pasaba mucho tiempo con Fernando y se contaban cosas sobre ella. —Para tu información, no hemos tenido relaciones —le dijo a Ana.

—Todavía —añadió Antonio.

A Ana se le escapó una risa. —Disculpen.

—Mejor le enseño el centro a nuestro invitado —dijo Andrea mirando hacia el exterior.

Antonio tocó su espalda. Ella se acercó a él y quiso ponerse a su lado.

—Debes estar alegre por la actitud agradable de Ana —dijo Antonio, manteniendo sus dedos en su hombro. No se atrevía a moverla hacia otra parte.

—No entiendo. —Andrea lo vio fijamente.

—Ana ha crecido y estudiado gracias a ti. Es lo que sé por lo que tú y Fernando me han contado.

Seguía pensando que tener sexo con él era una mala idea, pero al hablar de esa forma tan educada y masculina, ella sentía que podía quitarse su ropa y lanzarse sobre él para pasar toda la noche juntos. Y no moverse de allí en

ningún momento.

Tomó aire para responder. —Agradezco tus palabras.

Andrea quería que él pudiera conocerla de verdad, sin escudos ni trampas. Su carácter solo mostraba una parte de su personalidad que todos conocían, pero que no mostraba todo su interior, pero quería abrirse con él porque sabía que Antonio la veía como una gran mujer. Una buena lideresa en el hospital, dedicada de lleno a su trabajo, y una excelente hermana, que había tomado las riendas de la situación para sacar adelante a sus hermanos cuando más lo necesitaron. Era la imagen que ella quería transmitir.

Él sabía que había descuidado aspectos de su vida. Se había olvidado de sí misma. Cuidaba a sus hermanos, pero no se cuidaba a ella. Él sabía que Andrea podía hacerse cargo de cualquier situación, dar órdenes a tiempo, resolvería algún problema y seguiría adelante. Ya no era una persona completa sino una madre a tiempo completo. Se había tomado el tiempo necesario para atenderlos, prepararles succulentos desayunos y luego recogerlos después de la escuela. Aunque le había costado adaptarse, sobre todo cuando se trataba de temas más delicados como el pago de la hipoteca o el agua. También se preocupaba por Fernando. Sus necesidades estaban cubiertas, pero no era fácil ayudarlo a superar la muerte de su padre y hacer lo posible para que madurara.

Ella se concentraba e inspiraba en las historias de madres que habían superado pruebas difíciles desde el principio.

Antonio sabía que habría muchas cosas de Andrea que lo harían sentir feliz.

Ella lo vio fijamente. Detuvo sus pasos. —Cuando Ana solo tenía tres años y yo once, nuestra madre nos abandonó. Cuando conoció a mi padre, que era mayor que ella por varios años, ella huía de la justicia.

Antonio se sorprendió. No podía decir ni una palabra. Ella tampoco esperaba una reacción positiva o negativa de él. Solo quería contar su historia.

—Nuestro padre la amó, se encargó de que ella dejara de tomar. Después se casaron —dijo—. Lo hizo para salvarla. Estoy convencida de que él estaba seguro de sus sentimientos por ella, de su amor, pero ella solo un plan más para él. Él estaba seguro de que todos venimos al mundo con un fin, una meta. Que todos debemos plantearnos un objetivo. Entonces le dio una meta a mi madre: ser madre. Ser *mi madre*. Cuando él descubrió que estaba ansiosa, la embarazó de Ana. Después vino el embarazo de Ana. Allí se rompió todo.

Sus ojos vieron fijamente a Antonio. Él seguía en silencio, oyendo cada

frase con mucha atención. Recordó que no sería fácil hacerlo sentir nervioso. Él había estado en Tailandia y que había operado muchos pacientes. Entonces descubrió que ese aspecto de él también le encantaba.

Quería a alguien con nervios de acero.

—No me cabe duda de que nuestro padre apostaba alto —dijo—. Y me pongo en el lugar de mi madre. Viví con él y sufrí también. Puedo entenderla perfectamente. Además, era sumamente tacaño. Para él, era importante gastar solo en lo estrictamente necesario. Limitarte a cubrir tus necesidades. Lo demás era derroche. Y pensaba lo mismo del tiempo que invertía en cada cosa.

—Lo que hizo que tu madre perdiera la cabeza —preguntó él después de un rato.

Ella asintió. —La comprendí entonces y la comprendo ahora. Maduré y entendí las razones de su partida. Odié a mi padre. Se había ido por él. Se preocupaba por todo el mundo, menos por nosotros, y era tacaño con cada centavo.

—¿Y ustedes? —preguntó él. —¿Cómo lo superaron?

—Papá buscó a una niñera. Luego yo me involucré en la crianza de mis hermanos. Ana olvidó esa parte de su vida. Fernando casi olvida todo también.

—Andrea, lamento escuchar eso.

Ella tomó aire y bajó la cabeza. —Por el tiempo que compartimos, sé que mi padre nos amaba. Acepto que los padres enseñen el principio de austeridad a sus hijos. Pero sentí que yo no podía contar con mi madre por su culpa. Necesitaba a mi madre y no la tenía por él. Cuando cumplí veintiún años lo perdoné, pero no pude hablar con él porque falleció.

Andrea subió su cara y vio a Antonio. —Por eso hago lo que hago. Para demostrarle que su esfuerzo valió la pena. Que me llevó por el camino correcto. Que mi vida es exitosa. Defendía sus principios con sus dientes. Iba al límite, pero su corazón era muy noble. Ayudó desinteresadamente a muchas personas. Le gustaba demostrar su generosidad. —. Tomó aire nuevamente. —Esa es mi historia. Y la historia de nuestro centro. Y el origen de mi temperamento. Creo que es hora de enseñarte el resto del lugar.

Antonio había sabido más sobre su infancia y su familia, lo que no había estado en sus planes, pero lo alegraba. Se había enterado sobre los comienzos del centro y se sintió feliz de saber más de ella, hablando sobre temas tan distintos a los que habían tocado. Ella se había abierto con él.

Andrea lo guiaba y él seguía sus pasos.

Le hubiera encantado pasar una temporada con ella en Tailandia. Era una excelente enfermera. Antonio no recordaba una profesional tan espléndida como ella. No le hubiera importado trabajar en situaciones difíciles, con pocos instrumentos o un clima poco amistoso. Él, por su parte, se sentiría satisfecho de ver que los pacientes mejorarían con ese esfuerzo encomiable.

Andrea no solo era una excelente trabajadora. Su personalidad era aún mejor. También defendía sus principios, como ella aseguraba que hacía su padre, tenía unas firmes convicciones y esperaba que el personal bajo su cargo se esmerara.

Lo cual lo recordó que era una estupenda directora.

Y que quería acostarse con ella.

Llegaron al aula de recreación. Había mesas de ping-pong y billar, televisores grandes con videojuegos y muebles gigantescos. Unas grandes letras amarillas sobre fondo azul decoraban el fondo: *"Tratamos al hombre como es y lo hacemos peor de lo que ya es. Lo tratamos como si ya fuera lo que podría ser y lo convertimos lo que debería ser. —Johann Wolfgang von Goethe.*

Otras letras estaban escritas en verde oscuro sobre otra pared: "Saber que incluso una vida ha respirado más fácilmente porque has actuado. Esto es ser exitoso. —Ralph Waldo Emerson.

Unas más se leían en otra pared: *"Haz lo correcto. Siempre. Esto gratificará a algunas personas y asombrará al resto —Mark Twain.*

Antonio leyó las frases y sonrió. Andrea llegaba allí a pasar la mayor parte de su tiempo cuando no estaba en el hospital. Era una segunda casa para ella. Recogía algunas cosas del piso y sabía dónde debía ubicarse cada objeto. Además, se mostraba feliz. Él se sintió contento al descubrir su cara regocijada. Sus ojos brillaban con intensidad. Estaba orgullosa y sonreía.

Tomó su brazo y la llevó sobre su abdomen. Sintió su cálido aliento mientras se acercaba a su boca. Recordó que ese aire le encantaba.

—Eres la mejor enfermera con la que he trabajado. —Sus ojos la vieron con intensidad.

—Es la primera vez que me lo dices.

—He estado trabajando contigo estos meses y aún olvido que tu presencia me excita al límite. Y no me pasa solamente en el hospital, aunque parte de mi excitación viene de saber que te encanta trabajar en ese lugar. Imagino que también te encanta estar aquí y apoyar a los jóvenes.

Solo se percató de ello en ese momento.

El centro juvenil le producía muchas emociones. Tristeza, alegría, satisfacción. Sin embargo, Antonio quería hacerle entender que su esfuerzo en ese lugar había valido la pena y mejorado su vida.

A él le maravillaba tanto su profesionalismo como su ropa interior. Ella le contagiaba su espíritu dinámico y lo complementaba al momento de atender a los pacientes que más sufrían. Por esa razón la respetaba muchísimo. Y eso lo confundía. Porque quería hacerle el amor. Y también se sentía muy confundido por querer acercarse a alguien que quería seguir trabajando en el área de salud.

Tocó su mejilla. —Lo que te emocione también me emocionará a mí —dijo—. Me pasó en la sala de videojuegos y ahora me pasa aquí.

Parecía que estaba en aprietos. Si ella se emocionaba, él se sentiría aún más excitado.

Andrea tensó sus hombros. Posó sus labios sobre los de Andrea suavemente. Después retrocedió.

—Qué lindas palabras, doctor Antonio.

—Siempre que pueda te las diré. Podrías pasar más tiempo conmigo para demostrártelo.

—Parece que mucha gente quiere hacer lo mismo—. Iba a preguntarle el significado de su respuesta, pero Andrea volteó y revisó el resto del salón. Antonio no quería separarse, pero lo hizo.

Retrocedió y cruzó sus brazos. —Emergencias me encanta —dijo—. Esto es... otra cosa. Lo que digo es que siempre hay muchas emergencias y mucho trabajo. Pero solo tengo un centro juvenil Márquez.

—¿Lo dices por el centro o por tu papá? —preguntó él con inquietud.

Evitó responder la pregunta. —Tengo muchos recuerdos de esa época. Siempre me acuerdo de que mi padre siempre trabajó para abrir este lugar.

Ya no le importaba mostrarse educado. Quería usar su sinceridad para conocerla más. —Supongo que era su deseo que tú siguieras su trabajo —dijo.

Andrea lo vio de nuevo. —Nunca pudo hacerlo. Y no creo que lo hubiera hecho. —Suspiró profundamente y después vio el techo.

Lo que le pareció increíble. Si había una candidata para dirigir el centro, era Andrea. —¿Por qué no lo haría?. —Quiso indagar más y más.

Ella tomó aire. —Porque me dediqué a mí misma y no compartí más con él. —Ni con él ni con nadie, excepto cuando quería obtener algún beneficio. Si me hubiera escogido, habría arruinado el centro juvenil—. Levantó sus manos.

Antonio sintió que ella estaba segura de lo que decía, lo que le pareció insólito.

—Entonces fuiste muy egoísta.

—Esas fueron las palabras de mi padre —dijo, dándole la razón.

—¿Qué otra palabra usó?

—Muchas. Terca, temperamental, molesta.

Él sonrió. Le costaba crearse una imagen más clara de la personalidad de Andrea. —Pues debo decir..." comentó, pero no pudo seguir.

—¡Hermana! ¡Ven pronto!

Era Ana quien gritaba. —Creo que nos necesitan, Antonio. —Andrea vio por la puerta.

—¿‘Nos’ necesitan? —dijo Antonio con inquietud.

Ya ella corría por los pasillos. —Será mejor que vayamos.

Ana salió de la oficina, pero no pudo decir ni una sola palabra. Se abrieron las puertas y el sonido del metal resopló en toda la habitación.

Gritos de varios jóvenes sucedieron al sonido de las puertas. Entraron varios de ellos corriendo. En sus brazos, dos llevaban a un niño. Andrea lo conocía como Juan. Solo Juan.

Ella vio una gran cantidad de sangre saliendo del chico y Antonio también la notó. Se movieron de inmediato. El desorden no haría mella en él. Había pasado meses trabajando en Emergencias. A ella tampoco la asustaría.

Los jóvenes mantenían a Juan entre sus hombros. —Cuéntenme qué sucedió—, preguntó ella mientras palpaba el rostro de Juan. Estaba lleno de sangre. —¿Quién es él? —preguntó uno de ellos y trató de separarlo.

—Lo veo muy débil —dijo Ignacio, uno de los jovencitos. —Fue fuerte—. Estaba desmayado.

"Saquémoslo al parque—, agregó.

—¿Qué carajos sucede? —preguntó Antonio.

Antonio entró apresuradamente por el pasillo, escoltado por Ana y los

jóvenes.

—Mejor ayúdenme —les dijo a los chicos. —Ana, búscame suturas. — Ana buscó las medicinas y las suturas.

Los chicos ayudaron al joven y este quedó en un mueble—. Tuvieron una pelea —le contó Andrea a Antonio. No quería narrar nada más por la presión que tenía.

—Y llevó la peor parte —dijo Antonio con frialdad.

—Y es una lástima. Ya ha pasado cuatro veces en lo que llevamos de mes —completó Andrea. Vio la cara del chico en busca de heridas mientras Antonio permanecía de pie al lado de ella.

Aparentemente, lo habían golpeado con los puños cerrados, quizás una persona con anillos en sus dedos. Juan tenía heridas en su boca y su mejilla estaba inflamada. Era ilegal tener peleas en el centro y también usar anillos, zarcillos u otros objetos de metal, pero era difícil vigilar a todos los jóvenes. Juan también tenía un golpe en un ojo, el mismo en el que lo habían golpeado en una pelea unos días atrás. Esa parte estaba bastante lastimada. Y además de todo, seguía inconsciente.

—¿Esto es usual para ti? —preguntó Antonio. Tomó algunos medicamentos que le entregó Ana y se puso guantes quirúrgicos. Limpió las heridas de la cara y Andrea palpaba en busca de golpes más profundos.

—¿Recuerdas que te dije que no podía dejar de venir a esta hora? Suelen pelear cada miércoles y viernes a las cinco en punto. —Sus dedos dejaron de buscar cuando se dio cuenta de que Juan no había recibido más golpes. “Ahora te toca atender a este joven—. Le entregó algodones, gasas y algunas agujas.

Se inquietó un poco por las palabras de Andrea, pero de inmediato se puso manos a la obra. Comenzó a atender al jovencito. Auscultó sus pulmones con un estetoscopio y sus ojos con una pequeña linterna. Revisó su pulso y su presión arterial. —¿Comprobaste que no tenía más heridas en el resto de su cuerpo? —preguntó a Andrea. Se puso el estetoscopio en el cuello y se inclinó sobre su pecho.

Andrea se percató de lo atractivo que se veía con los implementos médicos. Y también al lidiar con la situación de una manera ordenada y eficiente. Transmitía respeto. Vio al grupo de adolescentes—. ¿Quieren contarme algo más?

Negaron con sus cabezas. —No. La pelea solamente duró unos cinco minutos —dijo Javier. —Parece que su cuerpo se resentía por la pelea que tuvo

la semana pasada. Lo digo porque lucía terriblemente mal.

Andrea vio a Antonio. —Claro que se veía terrible. Los golpes bajos no están permitidos.

—¿Y los chicos solo veían? —le preguntó Antonio, apuntando a los jóvenes con su dedo.

Andrea asintió. —Sí. Suelen hacerlo. Javier está siempre pendiente de que no se les vaya la mano.

Antonio la vio con extrañeza. Luego vio fijamente a Javier. —¿Estás seguro de que no golpearon su vientre o su espalda?

—Sí, en dos ocasiones, pero la peor parte la recibió su cráneo —contestó Javier.

Javier ya no peleaba. Había recibido muchos golpes y decidió no hacerlo más. Entendía las consecuencias de los golpes. Por eso había actuado con prontitud cuando vio que Juan se desplomaba por la paliza.

Antonio tomó aire y exhaló profusamente. —Dos ocasiones —dijo con lentitud. Se acercó más al pecho de Juan y revisó su pecho y su cintura. —Hagamos algo —dijo después de chequear su anatomía. —Suturaré sus heridas mientras nos cuentas qué pasó exactamente.

¿Por qué traje a Antonio?, se preguntó Andrea. Escuchaba con atención, pero le costaba concentrarse. Quizás él no podría soportar la crudeza de los jóvenes del lugar. Pero recordó que era un lugar muy especial para su corazón, así que se ilusionó con la idea de que Antonio comprendería que lo hacía por una buena causa.

—Hace unos tres años que empezaron con estas peleas callejeras. Van a un edificio abandonado cerca de aquí y se caen a golpes. Luego vienen aquí y los ayudamos.

Antonio estaba tenso. —Pero no los convences de parar —dijo.

—No, porque eso no nos corresponde. Algunos nos ayudan a traerlos si no pueden caminar. Queremos voluntarios para que nos ayuden. Y ya contamos con varios.

—¿Cómo es eso de ‘voluntarios’?

—Voluntarios del centro juvenil, que vengan aquí y nos ayuden con el resto. Así se sentirán aceptados.

—¿Entonces esto tiene que ver con pandillas? —preguntó él. Sus manos suturaban el pómulo maltrecho de Juan.

—Son pandilleros. Fin.

Andrea y Antonio vieron a Javier fijamente mientras aguardaban su

respuesta.

—¿Te parece que lo único que podemos hacer los jóvenes pobres es pelear y ser parte de una pandilla? Déjame decirte que no todo tiene que ver con pandillas —respondió Javier.

—Javier, por favor. Lo que quiere decir Antonio es... —dijo Andrea tratando de calmar los ánimos.

—Entonces explícame —dijo Antonio interrumpiendo. Javier lo veía con molestia, pero él ni se movía.

Andrea conocía muy bien a Javier. Sabía que no le haría daño a Antonio y respetaría su decisión de no ceder. Sin embargo, si lo retaba demasiado, él intentaría agredir al doctor para defender a sus amigos y sus razones.

—Pelean por un motivo —contestó Javier. —Lo hacen porque quieren algo. Para demostrar valor. De todas formas, creo que no es la manera. —Javier dio unos pasos adelante. —Eso no los convierte en criminales o pandilleros, como les dices.

Andrea recordó que Javier había peleado y también había sido curado en ese mismo lugar. Sonrió con los recuerdos. —¿Y sientes que en algún momento demuestran valor u obtienen lo que quieren? —le preguntó Antonio. Seguía inmóvil. Vio fijamente a Javier. Él hizo lo mismo. A Andrea le pareció que eran dos hombres tratando de poner sus límites.

Javier abrió la boca después de un rato. —No he visto eso todavía.

—Pero siguen peleando —dijo Antonio y se concentró en la cara de Juan.

Javier vio las manos de Antonio. —Porque creen que algún día lo lograrán. O eventualmente maduran y entienden que pueden actuar de otra forma. —Antonio finalizó las suturas. Vio a Javier y se quitó los guantes—. ¿De qué otras formas pueden actuar?

Javier puso sus manos en su cintura. Parecía invitar a Antonio a refutar su argumento. —Venir a este centro, por ejemplo.

Andrea disimuló sus ganas de sonreír. Javier podía discutir con cualquier persona que se pusiera al frente. Estaba totalmente segura. Sabía que con su inteligencia y su sarcasmo podía avanzar. Por eso estaba en el centro. Para ayudar a los que iban por mal camino y hablarles sobre su experiencia. Sus convicciones lo habían llevado a abandonar la violencia. Además, su madurez le permitía ubicarse y entender su presente y sus virtudes. Difícilmente otra persona podría persuadirlo de algo que le pareciera molesto.

Antonio se levantó. Se puso frente a Javier y lo vio con molestia.

Andrea se asustó. Podía decir algo que hiciera que Javier o sus amigos se enojaran y reaccionaran de forma incorrecta. Pero él era un hombre mesurado pese a todo. Se percató de que simpatizaba con los chicos por haber ayudado a su amigo y por el temperamento de Javier. Y pretendía que Javier se pusiera del lado de Antonio. Que fuese un modelo a seguir.

Pero Javier se defendió de los señalamientos de Antonio. No iba en la dirección de Antonio. Antes de mostrar confianza rechazaba contundentemente a todos los que se acercaban a él.

—Tú peleabas todas las semanas —le dijo Antonio.

—Así es.

—¿Y cuál era la razón?

—El dinero.

Antonio reaccionó con sorpresa. —¿Dabas golpes y los recibías por dinero?

—Sí. Porque los jovencitos ricos llegan para apostar. Si ganas, te llevas el dinero de las apuestas.

Antonio se molestó terriblemente. Vio los ojos de Andrea. —¿Y la Policía está al tanto de eso?. —Tensó sus hombros.

Andrea ya había experimentado el carrusel de sensaciones que ahora vivía Antonio. Y había superado la frustración. Muchas veces. Hasta que logró superarla definitivamente—. Solo hay una forma de parar a los boxeadores: convencerlos de que ese no es el mejor camino —respondió lentamente

Antonio se agitó. —¿Y eso da resultado?

—Eso puedes preguntárselo a Javier. —Vio a los otros chicos y los señaló. —También a Matías. O a Manuel. Ellos podrán responderte.

Antonio los vio uno por uno. Ellos también lo vieron fijamente. —¿Ustedes peleaban también? —le preguntó a Andrea.

—Exacto. Pero ahora están con nosotros —respondió con gran satisfacción.

—Pero a pesar de ese cambio, los demás siguen peleando —señaló Antonio.

—Ellos ya no pelean. Para mí, eso es importante.

Sonrió mientras veía la cara molesta de Antonio. —Pero hagas lo que hagas, no puedes pretender que los salvarás a todos con esa estrategia —dijo Antonio con tono irritado.

Andrea giró y vio a los jóvenes. Lucían tranquilos. Ella había aprendido más de ello que en muchos años de su vida. Se sintió muy contenta. Sabía que

era un grupo de adolescentes buenos y con una gran personalidad. Y Andrea los motivaba, que entendieran que las peleas no llevaban a nada y que podían hacer algo mejor con sus vidas, y que había otras peleas en el camino que no incluían golpes y valían la pena.

—Sí, igual que en el hospital. Hacemos el esfuerzo porque nos damos por satisfechos cuando salvamos a todos los que podemos —dijo mientras giraba de nuevo para ver a Antonio. —No se puede curar a todos los pacientes ni salvarlos a todos, pero lo intentamos.

Antonio movió su cara. Andrea se percató de que él recordaba a Alejandro Castillo, el paciente del que se arrepentía de haber ayudado. Ella esperó con ansias que se refiriera a él, pero él se abstuvo de hacerlo.

—¿Y este chico? —preguntó Antonio apuntando a Juan.

—Lo intentaremos una vez más. Y otra. Y otra —le respondió Javier.

—No entiendo por qué lo hacen —dijo Antonio, dándole la espalda.

Javier encogió sus hombros. —Es nuestro amigo. Y no hay nada que perder.

—Le ofrecemos alternativas —dijo Andrea—. Él decidirá si las toma o no.

—¿Y si vuelve a pelear? —le preguntó Antonio.

Entrecerró sus ojos—. Quizás no lo haga más. —No le gustaba el escepticismo de Antonio.

—¿Pero ¿qué harás si vuelve a hacerlo? —insistió Antonio.

—Curaremos sus heridas.

Antonio suspiró. —Eso me desanimaría.

—A mí también —reconoció Andrea—. Pero lo hacemos por ellos. Nadie les ha dado una oportunidad. Nosotros lo estamos haciendo. Nos gusta.

Los chicos salieron del aula después de ver que Juan estaba mejor. Algunos empezaron a jugar billar, otros encendieron el televisor para ver una película y el resto recortó fotos para un presente que le entregarían a una chica adolescente embarazada de diecisiete años llamada María.

Antonio la vio con incertidumbre. —Pero debe ser agotador para ti. Simplemente no lo entiendo.

Andrea rechazó ese comentario en su interior. Pensaba que haría lo mismo que había hecho en Tailandia. Que no se detendría en la inmadurez de los chicos. Había ayudado a gente de un país lejano de forma voluntaria. Era prácticamente lo mismo que ella hacía en el centro juvenil.

Pero no dijo que quería formar parte del centro—. Tengo mucho apetito —

se limitó a declarar.

Andrea resopló. —Estaré aquí hasta las ocho, cuando empiece la guardia de Lorenzo.

Él vio el aula. —Puedo esperarte.

—No es necesario —le dijo, aunque quería que se quedara.

—Sí lo es —dijo él. —¿Y qué piensas hacer hasta esa hora? ¿Coser otras heridas?. —Estiró sus brazos y buscó una silla.

—Lo haré si tengo que hacerlo.

—¿Pero si eso no sucede?

—Jugaré con los chicos, conversaré con ellos, contaré los suministros, entre otras cosas.

—Yo quisiera jugar Máquina del Terror.

Un videojuego como ese no sería el mejor ejemplo para unos chicos que ya tenían antecedentes de violencia. Y menos si lo jugaba un cirujano.

Andrea vio a María en el salón de las chicas. Conversaban mientras recortaban trozos de papel y fotos para pegarlos al álbum de regalo. —Se me ocurre que podemos hacer otra cosa.

Antonio vio a Andrea. Ella se fijaba en la chica embarazada. Se detuvo de nuevo en el rostro de Andrea. —Podríamos hacer una cesárea.

Andrea rió con el comentario. —No será necesario por ahora. O al menos eso creo. Solo me gustaría que le hables sobre las etapas del embarazo. Que sepa que debe cuidar su salud, atender al bebé y consejos como ese.

La expresión de Antonio denotaba asco. —Eso podrías hacerlo tú —comentó.

—Pero eres doctor —le respondió.

—Sí, pero no soy especialista en ginecología.

—Estoy segura de que tus profesores te hablaron sobre el embarazo cuando estudiabas Medicina. ¿O me dices que si estás en medio del tráfico no atenderías a una mujer parturienta? —le respondió con molestia.

—Entonces le hablaré sobre cómo dar a luz en medio de un atascamiento —le dijo con ironía.

Andrea volvió a reír. —Puedes hacerlo, pero asegúrate de hablar también sobre las vitaminas y los cuidados del bebé.

Antonio no lograba demostrar que estaba ansioso. Más bien sonaba como si quisiera escabullirse del asunto. —Le hablaré sobre la operación de apéndice, aunque no creo que pueda decirle nada más —respondió Antonio.

—Tal vez le mencione algo que no la tranquilice.

Andrea notó que no podría convencerlo, pero seguía intentándolo. —
Supongo que no hablarás con ella —le dijo.

—Eres un tanto ilusa.

—Algo que tú no eres—. Se agitó un poco.

—Y eres insistente —agregó.

Andrea encogió sus hombros. —Ya lo sé.

—Convénceme de hacerlo.

—Eres doctor. Hiciste un juramento. Debes ayudar a todos los pacientes.

—Continúa.

—Tienes años de experiencia. Eres un cirujano reconocido.

—¿Algo más?

Andrea tomó aire. —Son temas que les importan a los pacientes. Es increíble que no aceptes. Confían en ti porque saben que fuiste a la universidad para aprender sobre tu especialidad y ponerla en práctica para salvar vidas. Creen que entiendes todo sobre el cuerpo humano y procederás en el quirófano para ayudarlos.

—También lo hago por dinero, como la mayoría de los médicos.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué lo dices?. —Frunció su ceño al ver sus ojos.

Le costaba contestar de forma contundente a esa pregunta. Solo se por la experiencia. Sin embargo, su mayor guía era su intuición. La sospecha de que él era un buen hombre, algo que ella no sentía con frecuencia por nadie. También recordó las palabras de Fernando sobre su amistad con Antonio y lo que sabía sobre él.

Su memoria también se trasladó al momento en que lo conoció. Él llegó a Emergencias como un teniente llegando a un campo de batalla. Había sangre y nerviosismo, preocupación y gritos, pero Antonio transmitió tranquilidad a todo el personal y los familiares de los pacientes. Andrea no sabía nada de él, pero la calma que él brindó en ese momento se quedó en su memoria. Una paz que ella amaba. Que quería sentir siempre. Que él se quedara con ella para apaciguar los tiempos difíciles y la abrazara cuando hiciera falta. Y no solo en el trabajo.

Pero se rehusaba a decírselo. Él no entendería sus palabras. Antonio encarnaba ese espíritu, esa calma y esa armonía. Era el hombre que ella buscaba. Pero estaba mostrándose como un patán en lugar de actuar como un hombre solidario. Se

molestó al recordarlo. Y luego se desanimó. Después se culpó por sus sentimientos.

Andrea esperaba que Antonio fuese ese hombre que ella esperaba. Sin embargo, no era lo mejor para él y ella lo sabía. Él vivía una crisis y no estaría preparado para iniciar una relación. Además, no se sentiría a gusto con alguien tan sensible como ella. Que demostraba esa emoción a cada momento. En el centro juvenil, en Emergencias, cuidando a sus hermanos. Sería igual con él.

Sin duda lo sería. Siempre.

—Si te importara tanto el dinero, te hubieras quedado en el hospital —le dijo—. Tampoco dejarías a tus pacientes si realmente te importara su salud.

Antonio la vio en silencio. —Pero existen miles de chicas iguales a María —le respondió—. No tendría que preocuparme tanto.

Andrea frunció su ceño y cruzó sus brazos. —A mí sí me importa María —respondió.

Él volvió a verla fijamente. —Hablas como si quisieras que te hiciera un favor.

Humedeció sus labios mientras contemplaba su cálido rostro. Se miraban de tal forma que no podían romper el contacto.

—Si tengo que hacerlo, lo haré —le dijo, sin darle oportunidad de hablar—. Quedarás en deuda conmigo.

Estaba nerviosa y quiso disimularlo frunciendo su ceño. —Como eres un cirujano, me imagino que quieres ayudarla.

Dio unos pasos hacia ella—. No estoy muy seguro. Lo que quiero es una mujer a mi lado. —Andrea pensó decirle que lo tomar un favor y que ella pronto se lo pagaría.

Tomó aire. Sintió que no haría falta decir algo más, porque de todos modos no tendrían relaciones sexuales. Estaba completamente segura—. ¿Cuento contigo sí o no?

—Solo si tienes una cita conmigo después de que termine tu jornada.

—Eso suena a chantaje.

—No. Es una negociación. Yo me muevo por mis principios nobles y bondadosos, y tú actúas para divertirte y pasarla bien. Por cada acción solidaria que yo haga, tendrás que hacer algo divertido conmigo. —Guiñó su ojo derecho.

—¿Divertirme? —dijo entre risas.

—Sí. Sabes lo que es eso y podrías demostrarme cómo lo haces.

Bailemos. —En realidad, se lo pedía para verla reír. Le hechizaba su mágica sonrisa.

Su respuesta fue totalmente distinta a la que ella esperaba—. Antonio, ¿hablas en serio?

—Claro. Aunque si quieres regresar a mi apartamento y acostarte conmigo me encantaría. También me divertiría de ese modo.

Esa sí era la respuesta que esperaba. Divertirse de esa manera era lo que siempre había querido hacer, aunque no estaba bien. Estaba convencida, aunque no por completo. O lo había estado. Antes de conocerlo. Antes de verlo por primera vez. —Bueno....

Antonio rió. —Supuse que bailar te inquietaría, aunque no tanto.

—No estoy nerviosa. No tengo por qué estarlo. —Llevó sus hombros hacia adelante.

—Yo creo que sí. Te sientes nerviosa por la posibilidad de tener sexo casual. —Antonio movió su cara hacia la derecha.

Sería una aventura. Sin compromisos. *Sexo casual. Se había congelado al oír esas dos palabras. Entendía que Antonio solo quería estar con ella por una noche. Sintió una punzada en su vientre. Un dolor que se afianzó cuando recordó que lo había imaginado como el hombre de sus sueños más profundos. Solo había algo bueno: podría olvidarlo rápidamente por esas palabras tan crudas.*

No obstante, Andrea sabía que debía moverse con cautela. Tras unas horas compartiendo con él, tenía que cerciorarse de que no se metiera en más problemas. Sabía que el sexo casual podría ser agradable. Pudo haberlo tenido antes de la suspensión. Debía enfocarse en cuidarlo. Había sido la petición de Fernando, pero también quería hacerlo. Más problemas como sacar su pene frente a ella en su cuarto antes de que volviera al hospital.

Andrea sintió que Antonio quería divertirse de otras maneras también. Eso le gustó. Con eso sí podría lidiar, porque calmaba su evidente nerviosismo.

—Bueno, bailar me parece una buena idea.

La vio con inquietud. —¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Te parece mejor que hacer el amor?

—Claro.

—Pero puedo hacer algo para que lo pienses mejor.

Aunque le costaba rechazarlo, entendía que tenía poco tiempo conociéndolo

y acostarse con él no sería buena idea. Cualquier chica en su situación lo haría. Sin embargo, podré dar el paso con él, pero no se lo diría. Tal vez con esas palabras él dejaría de poner sus manos en su cuerpo cada cierto tiempo. Todo sería mejor para ambos si él lo hacía. —Gracias, pero no —dijo.

Antonio no había sido muy respetuoso con ella hasta ese momento. Y cuando oyó sus palabras, se mostró sorprendido. Y quiso saber más.

—¿No quieres hacer el amor conmigo? —le preguntó.

Tengo un vibrador que me satisface y no me complica la vida, pensó decirle. —Soy un ejemplo para los chicos. Me abstengo de tener relaciones sexuales hasta que me case—. Andrea apuntó a los jóvenes del centro. El argumento salía de su boca por primera vez y le parecía sólido.

Dio unos pasos y bajó su voz. —¿Abstenerse? Yo creo que sí quieres hacerlo.

Notó cómo sus mejillas se enrojecían. Bastante. Con su frase había bastado bastó para calentar su cuerpo. Andrea vio a Antonio caminar hacia María y saludarla para presentarse.

Andrea suspiró mientras veía la sonrisa de Antonio. La sonrisa que hacía que su cuerpo temblara. No podría resistirse mucho tiempo a ella.

Bailar con Antonio le traería menos dificultades que otras actividades que él planeaba. Bailar era su propuesta. Ella la aceptaría. Y si era en un bar, ella debía estar muy atenta.

Capítulo 5

Después de hablar con María se sintió agotado. Un cansancio que no era común en él.

María era una jovencita. No era consciente de todo lo que implicaba traer un hijo. Le contó todo desde el comienzo. Desde la gestación. Ella le había preguntado unas cuantas cosas. Inquietudes que reflejaban su inmadurez e inocencia.

Y ahora, era el momento de dar un gran paso. El momento de bailar con Andrea. Y divertirse.

Él la vio cuando pasó al aula de recreación. Jugaba cartas y luego empezó a jugar billar. Ellos reían y se preparaban para hacer sus jugadas. Andrea movió su taco de forma magistral. Entonces él recordó el juego en el bar y cómo la había subestimado. Y no solo en el billar.

Andrea se movía con inteligencia con los chicos, conscientes de que podía ser una buena influencia para ellos. Notó su alegría al hablar con los chicos y jugar tranquilamente con ellos. Y aunque no jugaba como una profesional, los jovencitos se divertían.

Él se inclinó sobre la puerta del salón y vio su cuerpo.

Recordó cuando la había conocido en el hospital. Andrea tomaba a un adolescente con sus brazos, igual a Javier o Juan, mientras lo alejaba del cuerpo de su hermano, que tenía la ropa llena de sangre. Él había llegado después a atender al jovencito, cuyo estómago estaba lastimado por una ventana que había caído sobre él.

Conocía su hora de entrada y salida, sabía qué ropa usaba y cuáles pacientes atendía.

Siempre estaba pendiente de ella cuando trabajaban juntos, aunque se enfocaba en los pacientes.

Propinar un golpe tan contundente a un paciente en su última jornada laboral había sido una salida rápida. Un movimiento hecho con la cabeza caliente. Antonio debía lidiar con estos idiotas todos los días. Él sacó toda su ira a relucir cuando él tocó a Andrea. Fue la excusa perfecta para darle un puñetazo. Andrea había sido esa excelente excusa. Esos tipos se emborrachaban, salían con su auto y conducían como si fuese el dueño de la

carretera. Siempre había tenido ganas de golpear a un pendejo como ese. Y se presentó la oportunidad. Además, sintió más ganas de dejarlo inconsciente cuando supo que el niño más pequeño había muerto justo en el quirófano de al lado.

Se sintió liberado cuando lo hizo.

Entendió que los directores del hospital tomarían represalias contra él. Y de todas formas no le importó. Lo hizo. Porque tenía años acumulando esa ira. Contra todos los sujetos que actuaban como él. Sintió que todos habían recibido su merecido. Y lo que pasara después no le importaba. En realidad, nada le importaba mucho desde que había sido voluntario en Tailandia y enterarse de la tragedia.

Agitó su cabeza para omitir esos pensamientos. Recordarlos no cambiaría nada. El pasado no podía alterarse. Se concentró en la persona que robaba su atención. Andrea, una chica que no quería tener relaciones y objetaba sus ambiciones o sus nuevos planes. Increíble.

—¿Podemos irnos?

Ella giró y le mostró una sonrisa para calmarlo. “Aún no. Tengo que seguir aquí al menos una hora más.

—En ese caso, yo también me quedaré. —Antonio pensó que Andrea podría usar esa hora en otro lugar. Un sitio con una cama y unas almohadas. En su compañía. Desnudos.

—Puedes irte si quieres.

—No quisiera hacerlo. —Si se marchaba, no podría hacer lo que quería: convencerla de bailar con ella. O abrazarla. O besarla.

—Bueno, podrías ayudarme con otra cosa.

—¿Qué cosa?

Andrea giró para señalar algo con su dedo índice.

Una señora de unos setenta años estaba sentada. Acompañaba a uno de los chicos que había llevado a Juan mientras estaba inconsciente. Usaba un largo vestido azul y unas medias largas antiguas, sandalias negras y un collar de perlas.

—¿Esa señora de dónde salió? —le preguntó Antonio.

—Acaba de llegar. Es la abuela de Manuel.

Antonio notó su nerviosismo. Andrea tomó aire y se acercó a él para hablarle.

—Su pie está bastante lastimado. Tiene una infección hace días. Manuel fue a su casa corriendo cuando supo que eras doctor para que viniera a verte.

Las cosas estaban complicándose para él. Y si quería evitar algo, era precisamente que todo se saliera de control. Hacer café era todo lo contrario. Solo tenía que memorizar las mezclas y prepararlas. Así de simple. Entonces cruzó sus brazos.

Estaba ahí, en un centro juvenil, atendiendo pacientes en medio de su intención de salir de allí para bailar con Andrea. Las complicaciones estaban dificultando ese camino.

—Parece que cambió sus planes —dijo.

—Se vistió para ti.

—Ya veo. —Antonio se molestó.

Andrea ya estaba inquieta. —Sé que el trabajo en Emergencias no se parece en nada es muy distinto a esto, pero sabes que necesitamos gente como tú en todas partes. Los pacientes te necesitan.

—¿Tanto como para vestirse así?

—Sí, porque así quieren mostrar su mejor cara y demuestran que eres importante para ellos.

Él suspiró. Ya no podía contenerse: estaba mostrando abiertamente su deseo de que la ayudara. Un deseo que no se limitaba a esa ayuda.

—Bueno, Andrea, voy a revisarla —dijo—. No será gratuito.

—¡Oye, Antonio! —gritó. —Ellos son muy...

—Entiendo que son pobres. No espero dinero. —Caminó hacia ella y vio su boca con malicia.

Andrea comprendió lo que quería decir Antonio. Él humedeció sus labios mientras se deleitaba con su boca.

—No me digas que.... —Hizo un ruido con su garganta y tomó aire. — Dime qué pretendes.

Antonio pensó en unas cuantas cosas. Podía contestar de muchas maneras. Se recreó con su cuerpo desnudo y su boca cálida.

Él la vio y su corazón latió con más fuerza. —Que mañana y pasado mañana también los pases conmigo.

Abrió sus ojos de par en par—. ¿Un día más?

—Un día más. Los dos que restan, que forman parte del trato que hicimos, y ahora un día que estoy agregando al acuerdo.

—¿Las veinticuatro horas?

—Las veinticuatro horas. Como hoy.

Andrea tuvo dudas.

Él vio a la anciana. —Deberás hacerlo por la señora.

—Qué rudo eres —le respondió.

Lo había dicho porque sabía que Andrea quería ayudarla. Accedería por ella, aunque no le gustara su propuesta. —Es lo que ofrezco —dijo.

—De acuerdo.

Respiró con alegría. No había dicho palabras fuertes, lo que interpretó como si ella también quisiera estar con él un día más.

—Son veinticuatro horas —dijo.

Andrea rió. Él se alegró de habérselo pedido. —Pero ahora, anda a ver su herida —le pidió.

—Lo haré porque quiero bailar contigo.

La señora se dirigió con delicadeza a Antonio, como era de esperarse, pero le solicitó claramente que Andrea también estuviera durante la revisión. Antonio fue a buscarla. Andrea lo hacía sentir bien. Lo distraía, pero también lo hacía sentir muy bien. Especialmente su linda sonrisa

Él dejó de pensar. Solo planeaba acostarse con ella. No pensaba casarse con ella ni nada por el estilo. Punto.

Él ya no estaba en Emergencias. Trabajaría en una cafetería y su ritmo de vida será más relajado. Nada de velocidad. Tampoco movimientos rápidos en una sala de urgencias. Ella tenía que buscar a un hombre con una personalidad fuerte, que le brindara mucho amor y mostrase determinación en todo momento. Recordó su nobleza. Sus ganas de ayudar a los jóvenes... Tenía que alejarse de ella. Si pasaba mucho tiempo a su lado lo convencería de volver al hospital, trabajar como voluntario en un centro juvenil y escribir libros de autoayuda.

A él le pareció que parte de esa personalidad se la había transmitido su padre. Era una virtud, pero también era como una especie de adicción. Una necesidad inmensa de ayudar a todos los desvalidos de la que no se desharía completamente. Y cuando la droga se le acabara, buscaría más y más.

Lo sintió cuando empezó a revisar el pie de la anciana.

Intentaba enfocar toda su atención y su mirada en la anciana y no en la mujer a su lado que lo excitaba. —Veamos ese lindo pie —le dijo Antonio a la señora.

—No me he sentido bien. Mi pie duele mucho —le contó la señora a Antonio. Andrea se dispuso a ayudarla con sus zapatos. —Incluso siento que vibra.

Él lo palpó y entendió la sensación. Sus uñas empezaban a ennegrecerse.

Sus dedos estaban muy inflamados y el color morado se extendía por el resto del pie. Lo demás lucía un poco mejor, aunque también era preocupante el nivel de hinchazón. La parte superior de la pierna lucía un poco más sana.

Antonio recibió guantes quirúrgicos de Andrea. Él revisó toda la extremidad. Escuchó los gemidos de dolor, aunque cuando tocó otras partes del pie, la señora ni se movió.

—¿No sientes mis dedos? —le preguntó Antonio mientras tocaba con fuerza su dedo pulgar.

Ella negó con su cabeza. —Solo algo de presión. Pero nada más. —Sus nervios estaban comprometidos.

—Usted sufre de diabetes, supongo.

La señora se fijó en su nieto. Después vio los ojos de Andrea y finalmente hizo un gesto afirmativo a Antonio.

—¿Cumple su tratamiento? —le preguntó Antonio.

—A decir verdad, he olvidado hacerme los exámenes sanguíneos —dijo—. Además, las medicinas son costosas para alguien como yo. —Ella vio su pie y respiró profundamente.

—Puede solicitar ayuda —le comentó él, si bien consideraba que ella estaba clara al respecto. —Te sugiero que no olvides chequear tus valores sanguíneos. Sufres de una enfermedad muy seria como la diabetes.

Ella escuchó con atención.

—¿Te han dado alguna charla o folleto sobre tu enfermedad? —le preguntó, al tiempo que veía su pie nuevamente.

—Nunca.

—Pediré que te den una charla en el Hospital Universitario. No tendrás que pagar nada —le dijo.

—Pero no sé cómo llegar.

—Tomarás un autobús que te dejará justo al frente. Son cinco charlas, una cada viernes por la noche.

—¿Son sesiones nocturnas? Prefiero salir de día —dijo ella con inquietud.

Él respiró profundamente. —También imparten charlas antes del mediodía. Ella se puso pensativa. Buscaba cómo negarse.

—Señora Martínez —dijo Antonio, aclarando su garganta. —Debe hacer algo para cuidar su salud. Tengo las manos atadas si usted la descuida.

Ella frunció su ceño. Antonio le hablaba con firmeza. Se había esmerado en vestirse bien para él y el doctor la trataba de una forma muy descortés.

—Doctor —le dijo Andrea, con cierta irritación.

Andrea se sentía molesta por su tono de voz. Y frustrada. Él siguió viendo a su paciente. No había terminado.

La anciana no estaba preocupada por su pie. Él no tenía razones para exigirle que lo estuviera. Era una cagada. Antonio estaba cansado de esa actitud. Muchas personas la mostraban. No querían preocuparse por su salud. Si ellos no iban al hospital, no podía obligarlos.

—Doctor, yo puedo acompañarla —dijo el joven.

—Ella iría en la mañana, en tu horario de clases. Faltarías y no te graduarías —dijo Antonio, viendo al adolescente. —Tus estudios tienen que ser tu prioridad.

—Está enferma —dijo el chico.

Antonio volvió a ver a la señora. —Pero no tienes que hacerte cargo. Ella puede hacerlo. ¿O me equivoco, señora?

Ella asintió con muchas reservas.

—Muy bien —le dijo. Su cara era de satisfacción. Pero aún había que administrar tratamiento a la anciana. —Por favor, dale a la señora el número telefónico de la unidad de heridas del Hospital Universitario —le pidió a Andrea.

Andrea salió y Antonio sacó su billetera. Buscó un billete de cien pesos y se lo entregó a la señora.

—Hay una unidad adicional que se especializa en heridas por complicaciones diabéticas. Pueden ver a una de ellas —les sugirió Antonio. Aún su cuerpo estaba relativamente sano, pero podría necesitar algo de ayuda. Una de esas enfermeras, llamada Alejandra, podría conversar con ella y darle un susto para que se preocupara en serio por su enfermedad. —Tomen este dinero para que paguen sus boletos de autobús —les dijo. Le cedió el billete a la anciana. —Es necesario que vayas, aunque sé que pueden presentarse problemas.

La señora tomó el billete con una amplia sonrisa. —Muchas gracias, doctor Peña —le dijo.

—Puedes agradecerme de dos formas.

Ella lo vio con curiosidad.

—Asiste a las sesiones. Sin falta—, resumió. —Prométeme que lo harás.

Ella asintió con su cabeza.

—La otra forma es que la señorita Márquez no se entere de lo del dinero. Guarda el secreto.

Le daba dinero porque sentía la necesidad de ayudarla. Pudo haber tomado ese monto para irse a un bar y jugar billar. Sin embargo, al ayudarla, sentía que Andrea pensaría que él tenía ganas de volver a trabajar en el hospital. Y no quería animarla.

Antonio se imaginó que ya estaba en el bar, tomando algunas cervezas y bailando con Andrea. Ella volvió unos momentos después. Él se vio cantando, como solía hacer cuando salía a divertirse después de las clases de la universidad. Se atrevería a entonar un tema romántico si alguien se lo pedía.

Esos recuerdos juveniles le hicieron pensar que al estar al lado de Andrea pasaba por uno de esos romances de adolescentes. Quería que ella sintiera lo mismo. Notó la frescura de su cara y cómo había peinado su cabello antes de entrar. Se notaba que cuidaba su apariencia. Recordó que mantenía esos hábitos de belleza incluso en la unidad de Emergencias. Esa parte de su personalidad le encantaba, porque sabía que no tendría que dedicar parte de su tiempo a recordarle que se maquillara o recogiera su cabello. Ella sabía hacerlo. Y muy bien.

Aunque él sólo quería alborotar su cabello. En una cama...

—Fuiste muy amable al hablar con María primero y atender a la abuela de Manuel después. Agradezco tus gestos —le manifestó Andrea con mucha honestidad. Antonio caminó a su lado una vez que se lavó las manos.

Él decidió hablar de otro tema. —Me preguntaba si todavía quieres bailar conmigo o ya te decidiste a que hagamos el amor.

Sonaba como una oferta irrechazable.

—Me invitaste a bailar. Yo acepté. Ese fue nuestro acuerdo original —le respondió.

Fueron a la camioneta. Él abrió las puertas con sus llaves. —Imaginé que me responderías exactamente eso —le respondió.

Al cabo de un rato llegaron a un club. Andrea no conocía el local. Entraron por una gran puerta, pero luego debieron bajar por una larga escalera azul. A medida que bajaban, ella escuchó cómo la música subía su volumen. Antonio iba delante de ella, con su mano sobre la suya. Entraron y ella sintió cómo su cuerpo se llenaba de calor y humo. Él la invitó a pasar cuando notó que ella detenía sus pasos. Andrea avanzó lentamente.

Tomó aire y simuló que estaba calmada. Vio a la gente bailar animadamente, con grandes sonrisas, y se sintió contagiada con tanta energía. Era como si alguien hubiera inyectado cafeína en sus venas. Sentía calor y la vibración de la música la hacía saltar.

Solía visitar discotecas similares a esa cuando era una chica. Se relajaba en ellas y se olvidaba del mundo en esas horas de baile. También olvidaba a su padre. El recuerdo vívido llegó a su mente.

Se agitó por completo. Vio el centro de la pista de baile.

Músicaailable sonaba a todo dar en el sistema de audio. La gente bailaba con frenesí mientras se tocaban sin parar.

—¿Tomarás algo? —le preguntó Antonio en voz alta.

Negó con su cabeza. Una mujer espigada con un corto vestido naranja besaba a su pareja mientras mostraba parte de sus senos. Él reaccionó recorriendo su vientre con sus dedos y luego llegó a su seno derecho.

Se excitó mientras evocaba las manos de Antonio sobre su cuerpo. Luego se calentó más, pensando que él pronto volvería a tocarla de esa forma tan rica.

—Andrea —dijo Antonio.

Ella sacudió sus pensamientos. Vio sus labios y se imaginó que recorrían su pecho. Su vientre. Todo su cuerpo. —Dime —dijo. Dio unos pasos lentos hacia Antonio.

—¿Tomarás algo? —le preguntó mientras ella se acercaba. Empezaba a gritar para que ella escuchara.

Movió su cabeza. —Mejor bailemos.

Llegaron a la pista y empezaron a bailar. De inmediato, Antonio puso sus manos sobre su cintura y la hizo girar. La apretó con mucha fuerza para que ella no se marchara.

Ella no quería hacerlo de todas formas.

Él se acercó. Sus caderas quedaron sujetas a las de ella. Su abdomen también. Definitivamente, no se movería.

Sonaba una canción muy movida, con sonoros ritmos bajos, que hacían vibrar su vientre. Iban a bailar para calentarse. Apenas si bebían o hablaban. Solo se decían algunas frases susurrantes al oído. El resto del contacto era completamente visual o corporal. La tensión sexual estaba en el ambiente.

—Espero que entiendas por qué vinimos a este sitio —le dijo Antonio en su oído. Ella se estremeció con su cálido aliento.

—Creo que lo entiendo perfectamente.

—No es eso, aunque te cueste creerlo. —Él sonrió.

Retrocedió y lo vio con extrañeza. —¿No me trajiste para eso?". Ella no sabía qué emoción debía sentir. Si tristeza, tranquilidad o incertidumbre.

Él respondió con rapidez. —Bueno, sabes que yo también lo deseo. Es lo que más quiero hacer—. Y esas ganas crecían cada vez que la veía.

—Sin embargo, vinimos a este club —le dijo al oído, causándole más escalofríos. —porque quiero que te confundas.

—¿Cómo dices? —dijo con inquietud. —La confusión no es precisamente mi emoción favorita.

Apenas si podía escuchar su risa. —Diriges un servicio de Emergencias. Imagino que debes haberte sentido confundida muchas veces.

Negó con su cabeza, pero entendía el argumento. Estaba calmada, aunque no le gustaba la dirección que estaba tomando Antonio. —Creo que mi trabajo es totalmente diferente. Se trata de eliminar confusiones hasta donde pueda hacerlo. Que todo se equilibre.

—Claro. —Movi6 su cuerpo para no rozar el de las otras parejas que bailaban. De todos modos, no bailaban mucho. Más bien apretujaban sus cuerpos. Con suavidad. —Igual que en el centro juvenil. ¿O me equivoco? —le preguntó.

—No te equivocas. Es exactamente igual. Mi padre falleció y tuve que elegir entre dejarme vencer por la incertidumbre del futuro o actuar. —A esas alturas, ya no tenía que disimular sus pensamientos o sensaciones.

Ella era una inspiración para varias personas por su actitud en situaciones límite como esa, aunque no le parecía algo tan espectacular de todas formas.

Sentía que era su obligación. De lo contrario, sus hermanos habrían ido a un centro de acogida.

—Lo que me incida que la confusión no es algo que te importe mucho —le respondió Antonio mientras tocaba su cintura. El cuerpo de Andrea sintió las cosquillas pasar por todos lados.

Entonces ella respiró profundamente. —Tendrás que ser más explícito.

En lugar de preguntarle si finalmente había decidido regresar a trabajar en el Hospital Universitario o empezar en una clínica privada, prefirió preguntarle por sus acepciones de confusión. Sintió que había ironía en sus pensamientos.

—En lugar de explicarlo podría mostrarte —le contestó.

Ya sabía que Antonio tomaría un rumbo sexual. —Creo que es mejor que

me lo digas.

Él tomó su cuerpo con más fuerza, y Andrea notó que quería ponerla entre su pecho y la pared. Movi6 sus piernas hacia adelante y dejó su codo en la columna. Su mano se trasladó a su cara. Uno de sus dedos se deslizó por su cuello y acarició el inicio de sus senos. Recorrió la entrada de su blusa con lentitud.

—Confundirte es que haya desorden en tu vida, que te atrevas a intentar cosas que nunca has vivido y que sientas emociones totalmente nuevas para ti.

Entiendo, pensó ella.

Su boca bajó y quedó contra su cuello. Andrea recibió una bocanada de su caluroso aliento—. Me encanta tu aroma.

—Es un perfume de almendras —dijo ella. Lo vio nerviosamente.

—Me gusta —dijo Antonio en voz baja. —Es uno de mis olores favoritos. —El olor a almendras refrescó sus recuerdos.

Ella se emocionó con las vibraciones en su cuello. Si seguía viéndola así, ella podría usar hasta el más succulento de los perfumes.

—¿Te aplicaste ese perfume aquí? —le preguntó él mientras uno de sus dedos acariciaba su oreja.

“Así es —le respondió. Entonces Antonio bajó su cara y rozó su oreja aromática con su lengua. Gimió de placer, y pensó que pudo escucharla.

—También sabe delicioso —le dijo—. ¿En qué otra parte de tu cuerpo lo usas?. —La vio con malicia.

Andrea respiró con ansiedad. Mojó su boca y él mantuvo sus ojos sobre ella. Subió su mano izquierda. Él tomó su brazo y puso su mano hacia arriba. Pasó su lengua por su mano. Su abdomen palpitó. Su vagina también. Inhaló con calma, pero Andrea no estaba calmada en absoluto

—¿Alguna otra parte? —le preguntó unos segundos después.

Señaló la parte baja de su cuello, tratando de fingir tranquilidad. Él podía sentir la vibración en sus senos.

Bajó su rostro. Su boca se paseó por el pecho de Andrea. Ella reaccionó reclinando su cabeza. Él notó que ella lo invitaba a seguir, así que succionó su cuello para calentarla.

—¿Dónde más? —le preguntó. Quiso desnudarla de inmediato.

—Aquí —dijo titubeante, señalando el espacio entre sus senos. Estaba temblorosa.

Inclinó sus pies. —Qué buena noticia —dijo con malicia. Su boca cayó

sobre sus senos. Aún sus manos mantenían su cadera apretada. Podría sujetarla de ese modo, pero sintió que podía llevar sus manos por muchos lugares.

Se movió con cautela. Ella apenas se percataba.

La boca de Antonio paseó apasionadamente por sus senos. Los chupaba con locura mientras tomaba sus caderas y la apretaba contra su pene necesitado.

Si decidían tener relaciones sexuales en la pista de baile, a nadie le importaría. De hecho, muchas de las parejas tenían la misma intención al tocarse de forma tan salvaje. Buscarían una esquina oscura y los demás no se quejarían.

Antonio tocó sus nalgas con lujuria. Uno de sus dedos se movió velozmente por sus piernas y la vagina, ya humedecida. Andrea podía notar cómo sus cuerpos se buscaban a pesar de la ropa que los separaba. Él era muy hábil para seducirla. Era de esperarse. Estaba motivado. Y quería que ella sintiera tantas ganas de hacer el amor que estallara al momento de acabar.

Sus pensamientos la llevaron de nuevo a la realidad.

Su adolescencia había transcurrido precisamente en esos bares. Y ya no quería estar cada noche ahí. Ya no tenía sentido estar en discotecas como esa. Ya era una mujer madura, con una carrera respetable y unos hermanos que la admiraban. Aun cuando estuviera con Antonio, no esperaba retornar con frecuencia a esos lugares.

Especialmente por estar con él.

Él, después de ser voluntario en Tailandia, que había salvado vidas durante largas noches y había atendido a una señora con un pie diabético, que incluso le había dado dinero para el autobús, como ella supo después, ahora quería frecuentar lugares como ese y dedicarse a preparar cafés. Ya ella había pasado por esos momentos que ahora él creía que necesitaba. Y comprendía que después no sería reconfortante. Al contrario, se sentiría solo. Andrea no se permitiría volver a transitar ese camino de espinas.

Entonces ella se alejó un poco.

Él quiso besarla, pero Andrea se negó. La miró con sorpresa. Andrea respiraba entrecortadamente y no daba indicios de querer tocarlo.

—Andrea, ¿qué tienes?

—No quiero que hagamos esto aquí —respondió con dudas.

—Entonces dime qué quieres —le pidió, mientras deslizaba sus dedos y le arrancaba otro gemido de placer.

—Ya te lo dije. No quiero hacer esto aquí ni de esta manera —le respondió.

—Si te vas, no lo haremos ni aquí ni en ningún lado —dijo. Él la vio con molestia.

—Exacto. No lo haríamos esta noche —le señaló.

—Pero puedo hacer algo para convencerte—. Acercó su cara, al tiempo que sus intrépidos dedos bajaban de nuevo.

—Sí —dijo ella, dejándose llevar por el deseo.

—Pero como me consideras un hombre respetuoso, no crees que trataré de convencerte —dijo, rozando sus labios con los de ella.

—No es una opinión personal. Es un hecho. Eres un hombre respetuoso. Un sujeto que vale la pena.

—Pero con chicas como tú soy aún más respetuoso —dijo mirándola con malicia.

—Lo tengo muy claro —le respondió con firmeza. —Y como lo eres, no me obligarás—. Se movió hacia ella y sujetó su cintura. —¿O me equivoco?

Él ya no quería seguir la corriente. Se alejó de él mientras veía su rostro vencido. Ella se sintió satisfecha. —Tomaré una cerveza —dijo al separarse de ella. —Esta vez, el alcohol no afectará mi juicio. Siento que mi mente está más lúcida que nunca"

Ella acomodó su blusa mientras lo oía. —Lo cual me parece bien.

Andrea se limitó a pedir una gaseosa. Él ordenó una cerveza y la tomó de un solo trago. Buscaron dos sillas y se sentaron. Antonio no perdió tiempo para poner su mano sobre el muslo de ella.

A Andrea ya le daba igual. Unas bebidas después, fue ella quien lo tocó a él.

—¿Quieres un trago de verdad? —le preguntó mientras pedía su cuarta cerveza. —Bebo porque no tengo nada más que hacer. —El trago bajó por su garganta.

—¿No se te ocurre nada más para pasar el tiempo? —le preguntó con brusquedad.

—Bueno, sí —dijo, mientras veía a las parejas besándose—. Pero te negaste.

—¿Solo piensas en tirar y beber?

—Digamos que sí.

Ella siguió el hilo de la discusión solo para expresarle sus opiniones y sus ganas de que volviera al hospital. —Se me ocurre que podrías hacer algo

como... trabajar como cirujano.

Sonrió con sarcasmo. —He estado de guardia en el hospital hasta por dos días continuos. No tienes que hablarme de trabajo porque he estado en eso desde que cumplí quince años. ¿Sangre, sudor y lágrimas? Ya he derramado todo eso—. Tomó otro sorbo de cerveza. —Pero no sirve de nada, porque las personas siguen padeciendo hasta morir. Espero que entiendas que ya no quiero vivir eso.

—Sí, ahora quieres vivir tomando cervezas hasta perder la razón —dijo ella, apretando sus puños.

—Funciona para pasarla bien.

—La pasarías bien ayudando a las personas.

—Carajo, Andrea. Me cansas. Las personas que atiendo en el hospital no se arrodillan cuando me ven ni besan mis pies —dijo, subiendo la voz y golpeando la barra.

Se dispuso a responderle, pero él siguió mostrando su molestia. Golpeó de nuevo la barra. Cada palabra sonaba más fuerte que la anterior.

—Ellos no saben dónde vivo ni todo lo que hago por ellos. No me conocen en realidad. Además, cuando los enviamos a sus casas no van a descansar, sino a cagarla de nuevo. Pararán en una esquina y fumarán o beberán. Se llenarán de pastillas para dormir hasta causarse una sobredosis o golpearán a sus hijos y estos a sus hijos para soportar el maltrato que arrastran—. Otro puño cayó sobre la mesa y la chica en la otra silla se asustó. —Mi trabajo no sirve de nada. Solo los ayudo a recuperarse para terminar de autodestruirse.

El Antonio amable o el seductor habían desaparecido. Su pecho latía con fuerza.

Ella no entendía cómo podía sentirse inútil si había curado a tanta gente. Estaba en silencio.

—Si las cosas se ponen cuesta arriba, huyes —le reclamó. —¿Entonces para ti todo tiene que ser un cuento de hadas para que te sientas a gusto?—. Le pareció que su pecho empezaba a arder.

Antonio jamás imaginó que se sentiría así, pero sus últimas palabras lo habían arruinado todo, y Andrea no lo sabía. Estaba muy molesto con ella.

No le había contado lo que le había pasado. La razón exacta de su salida de Emergencias. —Mis pacientes han sufrido mucho —le dijo.

—Y yo también, porque he perdido más pacientes que todos mis colegas juntos —respondió Andrea.

Se percató de que quería desahogarse. No sabía la razón, pero quería contarle a ella. Probablemente ella entendería lo que había pasado en Tailandia.

Al principio, intentó que ella se convenciera de que solo la buscaba para divertirse. Ella había puesto el listón muy alto con él, y no podía cumplir esas expectativas tan altas. Y, sin embargo, quería contarle todo. Entendía que defendía sus convicciones con firmeza. Hacía todo lo que le parecía correcto. A la hora de las acciones, no titubeaba ni pensaba con la cabeza caliente. Había pasado tanto tiempo queriendo divertirse y olvidar su dolor que en un momento no supo cómo avanzar. Y Andrea podría ayudarlo.

—"Estuve a cargo de un grupo de doctores que iba a los lugares más remotos y empobrecidos en Tailandia. Ese país fue mi hogar por varios años —dijo cuándo se calmó.

Tomó aire para continuar. Su memoria recordaba cada instante. Esos doctores que mencionaba eran como su segunda familia.

No había ido a esos lugares tan lejanos por dinero o ganar algún premio. Su papá le había enseñado que, al tener algunos privilegios, estaba obligado a colaborar con aquellos que no tenían tanto dinero. Era su caso: Antonio contaba con mucho dinero, habilidades médicas y buena salud. Había pasado un tiempo con su padre en Tailandia y sintió ganas de volver. Entonces regresó poco tiempo después de culminar su residencia. Y allí, en el fin del mundo, pasó dos años más de lo previsto. Entonces Andrea se sorprendió con sus revelaciones. Podía sentir que comprendía su dolor. Lo admiraba por su temple y su noción de amistad. Era admiración precisamente lo que no quería sentir.

—¿Y qué ocurrió después? —le preguntó Andrea con voz baja.

Sintió una llama que se elevaba desde su abdomen y llegaba a su boca. Andrea llevó sus manos a su boca. Él repasó los rostros de sus amigos médicos en Tailandia. También recordó a sus pacientes. Eran gente que había establecido grandes lazos con él. La tristeza lo arropó.

—No sabes cuánto... —dijo Andrea, pero se calló y tocó su brazo derecho.

Entendió su gesto, pero no quería que ella sintiera lástima por él ni se entristeciera.

Él no podía sacarse la culpa de su cuerpo.

—Con cierta frecuencia nos atacaban, pero no pasaban de robarnos o amenazarnos. Podíamos comenzar todo de nuevo. Aun no comprendo qué sucedió el día del ataque. Si fueron otros asaltantes o mis colegas se resistieron en esa ocasión, pero lo que sí sé es que todo lo que hacían acabó trágicamente. Me duele, porque Fueron mis compañeros por cinco años.

Él se sentía derrotado, a pesar de que afortunadamente no había estado en ese lugar. Había estado caminando por las calles de Palma Sola, en el estado de Casa de Campo, el día de los asesinatos.

—Lo que recibimos en calidad de donativos, la labor que hicimos por años, la simpatía que nos ganamos de los locales y los programas de salud que impulsamos para mejorar su salud, se fue. Curamos a todos los pacientes que pudimos, pero a los malditos no les importó. Igualmente mataron a mis colegas.

—Puedes... —dijo Andrea titubeante. Vio que Antonio estaba a punto de llorar.

No quería sus palabras afligidas. —Parece que no lo entiendes —le dijo con firmeza mientras se distanciaba un poco de ella. —Yo los operé, les enseñé a lidiar con enfermedades como la diarrea, el sarampión o la fiebre, males que acababan con sus vidas, y al final, fueron otros quienes los mataron.

—Y te sientes culpable —dijo Andrea con inquietud.

Sí. Por irse y abandonarlos allí. Aunque hubiera estado con ellos, no habría podido salvarlos, pero alguno de ellos hubiera podido salir con él. Y también sentía ese remordimiento por decidir ser cirujano. Una carrera que le daba más tristezas que alegrías. Su padre había pasado por fases de profunda tristeza y ahora era él quien sentía ese dolor por llevar el mismo estilo de vida.

Buscó un modo correcto de mostrar lo que sentía con palabras. —No los asesiné —le dijo, "pero tampoco estuve ahí para salvarlos. Cuando comencé, me llenaba la satisfacción de ayudarlos. Quería cambiar sus vidas para bien. Y nada de eso valió la pena. Ayudé a las enfermeras con los partos para que luego esos niños murieran unos años después—. Andrea no tenía oportunidad de hablar. —Qué iluso fui. Me creí el héroe de Tailandia y ni siquiera pude salvar las vidas de mis amigos.

Lo tomó con fuerza de su brazo. No quería que se marchara con tanto dolor. Ella estaba muy agitada, casi tanto como él.

Y él no quería irse.

Andrea aclaró su garganta sin saber cómo reaccionar. Se dejó llevar por las emociones. Se levantó y lo abrazó con suavidad.

Él le correspondió. La tomó con fuerza y ella pudo escuchar los latidos de su triste corazón. Andrea se dejó llenar con el sonido de su pecho.

Antonio dejó su mejilla sobre su hombro mientras exhalaba profusamente. Lucía feliz. Ella también se sintió feliz de poder ayudarlo a estar en paz consigo mismo.

Empezaron a pasar sus manos por todo su cuerpo. Pero no lo hacían para excitarse, sino para alimentar sus espíritus. A Andrea le encantó esa sensación.

Luego de sumergirse en ese profundo abrazo, la tristeza de Antonio se había apaciguado levemente. Retrocedió para verla.

—Mis necesidades han cambiado —le dijo con crudeza. —Ahora quiero vivir mi vida al máximo, disfrutar todo el placer que pueda y sentirme bien. ¿Soy mezquino? Puede que sí, pero no veo otro modo de hacer las cosas. No después de todo lo que pasé. Dejé de vivir muchas cosas para ir a Tailandia. Incluso dejé de pasar tiempo con mi madre. Y fue inútil.

—Antonio, la parte dura es solo un átomo en comparación con las alegrías que te dieron tus amigos y tus pacientes.

Silenció sus labios con un gesto. —Solo quiero pasarla bien. Ya invertí mucho tiempo ayudando. Hice lo que me correspondía.

—Y es el momento de disfrutar.

—Sí. La parte buena de la vida. Los placeres, el baile.

“Y el alcohol.

—No precisamente —dijo y de inmediato besó sus labios.

Sus besos se movieron con suavidad, por lo que Andrea los recibió tranquilamente. Sintió que él lo hacía para sentirse mejor y recuperarse. Lo supo: Antonio requería momentos como ese y hacer una pausa.

Retrocedió mientras lo veía a los ojos y tensó sus hombros. No dejaba de sentir preocupación por él. Se preguntaba si dedicarse a preparar cafés sería un buen plan a largo plazo. Tampoco si “pasarla bien” sería garantía de

felicidad. —Creo que es mejor que te lleve a tu apartamento.

Antonio la vio con calma. Notó que él quería conocer sus intenciones. —Tienes que recuperarte todas las veces que sea necesario —dijo suavemente.

—Caer es lo más sencillo. Es más fácil regodearse en el dolor. Eso lo hace la mayoría de la gente.

Él tomó aire y aceptó con resignación. Vio su vaso, en el que quedaban algunas gotas de cerveza. —Y lo hacen cuando no hay nadie que te motive.

Andrea entendió que se refería a ella. Pero la cara de Antonio no estaba precisamente contenta. —Necesito llevarte a tu apartamento —insistió.

—No lo haré —dijo mientras la miraba. Estaba decidido a quedarse allí. —Sé que no me acostaré contigo. Pero tal vez lo haga con otra mujer.

Andrea se molestó con sus frases. Intencionalmente se expresaba como un patán. Y no entendía las razones, salvo que solo pretendía alejarse de ella.

Decidió aceptar su decisión, aunque supo que, si él se acostaba con otra mujer, estaría perdida.

Y debía frenar sus deseos y emociones. Empezaba a sentir amor por Antonio. Estaba costándole negarse a sus peticiones. Y también costaba aceptarlas, sabiendo todo lo que estaba en juego.

Tomó su celular y llamó a su hermano. Él respondió.

El camarero vio la situación, pero se abstuvo de hablar. Solo aceptó la propuesta después de oír y guardó el billete mientras leía la dirección del apartamento de Antonio.

—Y tú, pórtate bien —le dijo a Antonio mientras besaba su mejilla. —Hasta luego—. Andrea retrocedió y lo vio, esperando su respuesta. No quería despedirse, pero tenía que hacerlo.

Capítulo 6

—Tú no eres mujer.

Fernando cocinaba emparedados de jamón cuando Antonio llegó a la cocina.

Fernando se movió, sorprendido. —¿Cómo dices?

Antonio le extendió la botella que encontró en el baño—. Te lo recuerdo por si no entiendes por qué esto no te produce un efecto adecuado.

Fernando leyó las instrucciones de la botella. Decía que el aceite lubricaba y excitaba el clítoris, pero debía usarse antes de tener relaciones sexuales. Entendió las palabras de Antonio y sonrió. —Bueno, en mi caso funcionó, de cierta forma.

—¿Cómo las bragas para ir a la playa? —dijo Antonio. Recordó que también los había visto en una caja abierta en el depósito del baño.

Fernando dejó la botella en el mostrador. Volvió a revisar el emparedado. —Lo uso cuando no tengo las bragas a la mano.

Antonio rió a carcajadas. —¿De dónde salieron esos objetos? —preguntó. Tomó una manzana de la nevera.

Fernando encogió sus hombros. —Las mujeres las olvidan aquí.

Antonio probó la manzana. —¿Mujeres? ¿Cuántas?.

—La misma cantidad de objetos que hay allí. —Fernando apagó la cocina y puso el emparedado sobre un plato.

—Son tres bragas, un sostén, una falda y el lubricante.

—Seis chicas entonces —dijo Fernando.

—¿La misma chica olvidadiza o seis chicas?

—Seis chicas.

—¿Y cuando volvieron no te pidieron que les devolvieras sus cosas? —le preguntó Antonio.

Fernando volvió a encoger sus hombros. —Ellas no vuelven. Solo vienen una vez. Es el trato. —Sonrió mientras ponía pimienta sobre su emparedado.

Antonio abrió sus ojos ampliamente y volvió a morder su manzana. Se impresionó por la declaración de Fernando. Entendió que no le importaba meterse de lleno en la vida de los demás. Sus amigos se pasaban de la raya en un club, y él le pedía a alguien de confianza que los buscara. Una chica pasaba una noche con él y él dejaba sus cosas en su baño.

A Fernando no le importaban sus pacientes tampoco. En una ocasión le contó a Antonio que solo trabajaba como paramédico porque podía trabajar exclusivamente de noche y solo se limitaba a mantener a los pacientes con vida hasta que los llevara al hospital. La parte complicada del trabajo de recuperación correspondía a otros. Como a Antonio.

Fernando le cedió un plato con un par de emparedados.

Fernando le sirvió la comida en platos de plástico para no tener que lavar. Antonio quiso aprender incluso eso.

—No tengo que enseñarte a usar el lubricante. Trae instrucciones —dijo mientras probaba su emparedado mientras sonreía con picardía.

—No me refiero a eso sino a actuar sin que los demás te importen —dijo Antonio mientras también probaba su comida.

—¿Quieres que me sienta ofendido? —dijo Fernando. Tomó un sorbo de leche.

—Al contrario, deberías darme las gracias —le respondió Antonio con firmeza. —Haces lo que te provoque y a los demás les da igual.

Fernando siguió comiendo. Estudiaba qué responderle a Antonio. —Tienes que ser un inconsciente y un patán. Es simple.

Antonio frunció su ceño. —Me encanta. Tengo que aprender de ti.

Fernando sonrió de nuevo. —¿Entiendes lo que te digo?

—Sí. Déjame darte un ejemplo —le dijo Antonio. Llevó su dedo índice a su frente. —Tengo buena memoria. Tanto, que puedo recordar los nombres y cumpleaños de las mujeres que han tenido sexo conmigo, excepto una. ¿Tú también?

Fernando se asombró al escucharlo. —Por supuesto que no. Imagino que es un mal chiste.

—Tuve sexo casual con ellas. Y, aun así, recuerdo sus nombres y sus cumpleaños. También he tenido relaciones largas y serias con tres chicas.

—Eso no me parece mal. Les demostraste que las querías al pasar tanto tiempo con ellas —dijo Fernando. —Tú eres del grupo de hombres responsables.

—Lo mismo debe haber pensado la chica que dejó el lubricante aquí —respondió Antonio con ironía.

Fernando rió sonoramente. —Seguro. Pero solo esa noche. Después no supe de ella ni conocí a su familia.

—Eso te convierte en un buen hombre —le respondió Antonio. —Puedes dar

un paso al costado si lo deseas. La vida de los demás te sabe a mierda. Tu intención no es complacer a todo el mundo. No te complicas la vida.

—Tú no eres esa clase de persona —le respondió Fernando mientras asentía.

—Te doy toda la razón. Hay momentos en los que no sabes cuándo dar un paso al costado, especialmente en el trabajo.

Mi padre nunca me lo enseñó, pensó Antonio bruscamente. No pudo evitar recordar a su padre.

Esteban Peña sintió que debía ser voluntario y no lo pensó dos veces. Él pasó casi toda su vida en un hospital. Su vocación y empeño causaban admiración en las personas. Pero ellos no eran su familia. No sabían el sacrificio que implicaba meterse de cabeza en un quirófano y olvidar a la familia. Había amado a Antonio, pero siempre estaba en segundo lugar. Lo mismo pasó con su madre. Les enseñó a valerse por sí mismos hasta el punto de no tener que necesitar su amor ni su presencia.

Esteban se convenció de que su trabajo era su vida. No quería una vida familiar. Solo había tenido sentimientos por la madre de Antonio sin querer. Y nació Antonio. Aunque a él le costaba ver a su padre como un hombre arrepentido de haberse casado y tener hijos, pero le costaba creer que tendría espacio para otras personas. Había vivido para trabajar. Y para enseñarle a su hijo a amar el trabajo. Operaciones y más operaciones. Quirófanos y más quirófanos. Esfuerzo, sacrificio, perseverancia. Principios que Esteban le transmitió a su hijo. Había tardado para darse cuenta de que no podía pasar toda su vida así. Que también debía vivir otras cosas.

La diversión o un pasatiempo tan sencillo como ir al cine eran imposibles para Esteban. Convenció a su hijo de que no hiciera cosas así.

Ciertamente, Antonio creció y pudo hacer cosas como ver un juego de básquetbol en la televisión, pero no podía dejar de estudiar ni en un momento como ese. Salía a un bar con algunos amigos después de clases, y en su mente seguían los cálculos de fórmulas y estudios de casos médicos. Los encuentros con mujeres no eran diferentes. Aunque ellas nunca lo notaron, nunca le había dedicado toda su atención a ninguna chica.

Pero llegó Andrea.

—Enséñame a negarme —pidió Antonio.

—Es más simple de lo que crees —dijo Fernando. —Busca personas que no esperen mucho de ti.

Antonio intuyó que salir de Emergencias le permitía estar lejos de muchas

personas que tenían grandes expectativas sobre su trabajo. Escuchó las palabras y sintió punzadas en su vientre.

Había personas que no podía dejar de lado.

—Luces como una mierda —le indicó Fernando mientras buscaba algo en la nevera.

Le cedió una lata a Antonio.

Él tomó la lata a regañadientes. Aunque podía evitar los efectos de las resacas, sabía que había tomado mucho en los últimos días. Más que en los últimos años. Le molestaba la idea de hacerse alcohólico. Su cuerpo podría resentirse. Era habitual que sintiera algún malestar matutino después de una noche de licor. Y no le gustaba la idea.

Iba a entregarle la lata a Fernando, pero se percató de que era una gaseosa. Abrió la bebida y vio a su amigo.

—No puedo decir lo contrario.

Aunque no tenía una resaca fuerte y había dormido tranquilamente toda la noche, su despedida de Andrea lo hacía sentir molesto. Y ella no había pasado la noche en su cama.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó. Antonio estaba caliente y su humor era tenso tras esa noche.

Fernando era un cliente habitual de los bares. Era difícil encontrarlo en su casa en la madrugada, no solo porque trabajaba de noche sino porque al salir iba a los clubes. Era como un vampiro: solo salía de noche.

—Me siento perfectamente bien. —Fernando encogió sus hombros. Probó su gaseosa y sus ojos revisaron la sala de estar y el pasillo.

Antonio también sorbió la gaseosa. Vio de reojo el partido en el televisor de la sala de estar.

—Supongo que te molestó que le pidiera a Andrea que te buscara en el bar —le dijo Fernando.

El solía cambiar de tema con velocidad. Antonio lo sabía. El personal médico tomaba decisiones que podrían significar la vida o la muerte de un paciente, así que era normal que en el hospital hablaran con rapidez y sinceridad. Y también lo hacían en otras áreas de su vida.

Antonio vio la cara de Fernando. No le molestaba que Andrea hubiese ido a buscarlo. —Para nada.

Fernando sonrió. —Imaginé que me dirías eso.

—Pero no era necesario que lo hicieras —dijo Antonio.

—Bueno, en realidad sí lo era. —Fernando buscó una silla y se sentó. Antonio cruzó sus brazos. Le molestaba una situación: no que Andrea hubiera ido en su búsqueda, sino que él no sentía que necesitara una niñera para evitar los líos.

—Pero la pasé muy bien —dijo para defenderse. Se sentó en el gran sofá. Fernando sonrió con sorna. —No lo creo.

Antonio frunció su ceño y gruñó. —¿Por qué lo dices?

Fernando sonrió con su pregunta. —Mira, eres un hombre muy divertido. Podemos salir y tomar algunas cervezas. Pero no creo que puedas hacerlo por tu cuenta.

—En realidad estaba acompañado.

—Sí, con dos chicas que querían lanzarse sobre tu billetera hasta que supieron que ‘tenías’ un implante. Por supuesto que estabas solo.

—Porque quería estarlo.

—No quería dejarte abandonarte en una situación como esa —respondió Fernando. —Pudiste volverte loco o agredir a alguien. Hemos atendido muchos pacientes alterados por el licor.

Lo escuchaba con atención, pero no pretendía darle las gracias. Fernando no era precisamente un ejemplo, pues había cometido muchos errores, había tomado mucho más alcohol a pesar de ser más joven que Antonio y la lista de mujeres que se habían acostado con él no era corta.

Sin embargo, tenía varias virtudes, y una de ellas era que se preocupaba por él. Demostraba su amistad. Y Andrea había ido tras él gracias a Fernando. —Oye, agradezco lo que haces por mí —respondió—. Aunque....

—Detente ahí —le ordenó Fernando. —Ya imagino por qué lo dices. Pero déjame interrumpirte para decirte que ahora Andrea también se preocupa por ti. Ya puedo controlarla. Y, además, ella quería acostarse con alguien. —Puso sus pies sobre la mesa de café.

Antonio lo vio con molestia, pero él solo veía el juego. Fernando mantenía su actitud irreverente y despreocupada, lo que le hizo preguntarse si habría algo en el mundo que lo enojara. Ya sabía que no eran el trabajo ni las mujeres. Entonces recordó algo.

—Fernando, hubo una camarera del bar de Alfredo con la que te acostaste hace unos tres meses."

—Sí, Carla. —Después empezó a pensar—. ¿O se llamaba Carola? No, definitivamente se llamaba Carla. Carlita, como le decía con cariño. Pero lo importante es que sí la recuerdo —dijo Fernando. Se veía contento y se

concentró en el juego.

—Me parece que nos contaste muchas cosas sobre esa chica y que quería hacer muchas cosas.

—También lo recuerdo —dijo, arrojándole otra sonrisa.

—Pues yo quisiera hacerle todo eso a Andrea. Y más. Por lo menos tres veces —dijo y se quedó en silencio.

Fernando dejó de ver el partido y lo vio. Pero le respondió de una forma totalmente inesperada. —¿Entonces no te has cogido a Andrea?. — Definitivamente, nada podía alterar a Fernando Márquez. No había manera.

—Reconozco que no lo hemos hecho... todavía. —Antonio frunció su ceño. —Pronto lo haremos.

—Me parece que has perdido el tiempo —le dijo Fernando con asombro.

—Fernando, no te juzgo por traer a chicas a tu casa y que ellas dejen cosas aquí. ¿Pero en serio te parece bien alentar a un tipo a cogerse a tu hermana?

—Me pareces un buen hombre.

—Pero sería bueno que la cuidaras.

Fernando sonrió y puso su brazo en su hombro. —Andrea puede cuidarse sola. Podría defenderla si se presentar un problema grave. No he visto que le hagas daño hasta ahora.

Eso no estaba en sus planes. Sin embargo, no sabía lo que pasaría. —No pasa nada entre nosotros —dijo.

—Creo que sí —le respondió Fernando. —La ayudas a relajarse y pasarla bien. Haces cosas con ella que le permiten relajarse. En otras palabras, la haces feliz, algo que, sin duda, ella necesita.

Antonio no necesitaba oír eso. Pero sí quería escucharlo. Y entendía los riesgos de ese nuevo escenario. Un escenario que implicaba que él también se preocupaba por ella. Lo que lo llevaba a concluir que acercarse a ella y mostrarle un supuesto interés basado en simple diversión había sido inútil.

Lo que le molestó.

Lo había hecho todo bien. Antonio era inteligente y hábil para todo. Y escuchar a Fernando hablar de “felicidad” lo alteró.

—Fernando, lo que quiero es tirarme a Andrea. En todas las posiciones y lugares posibles. Y acabar en su vagina.

Le parecía un buen plan, sobre todo al decirlo en voz alta. Una buena idea. Que lo haría sentir satisfecho. Con un único fin: satisfacción sexual. Para los dos.

Ambos hicieron silencio. Luego Fernando preguntó. —¿Pero ¿qué pasará después?

—No entiendo. —Antonio lo vio fijamente.

—¿Qué pasará cuando ya la hayas cogido en todas las posiciones?

—Pues... —*fin de la historia, pensó decir Antonio*. Incluso pensó que se había oído a sí mismo soltar esa frase. Sintió que estaba obligado a decirlo, pero no pudo.

—¿Pues qué? —inquirió Fernando después de la larga pausa de Antonio.

Él podía responder con sinceridad. Sabía que Fernando lo conocía muy bien. —No tengo planes de establecerme con ella, amigo.

Estaba diciéndole toda la verdad.

Si bien no eran sus planes, eso no quería decir que no pasaría.

Fernando soltó un largo silbido. —Eres un cirujano, pero no pareces muy astuto.

Antonio frunció su ceño. —Mejor explícame.

—Abres los cuerpos de las personas y revisas sus órganos, pero tu mente no puede entender que lo tuyo con Andrea va más allá del sexo casual —dijo Fernando con ironía. —Prepararé palomitas de maíz para ver el final de esta historia.

A él no le gustaba la reacción de Fernando, pero no podía rebatir sus argumentos. —Fernando, ¿recuerdas que te debo setenta pesos?

—¿Los doy por perdidos?.

—Exacto.

En la tarde, los chicos vieron con alegría cómo llegaba Antonio. Ocupaban la mesa al final del aula y aplaudieron al ver que tenía cinco pizzas familiares y varias gaseosas. Todos sonrieron, menos Javier, que mantenía su actitud de reserva.

Sus brazos estaban cruzados y tenía su espalda casi sobre sus rodillas. —¿Qué trajiste? —le preguntó de forma defensiva.

Antonio lo vio fijamente—. Imaginé que se alegrarían de verme llegar con mi comida favorita.

Javier lo escuchó y asintió. Comprendió que hablaba con sinceridad. —¿Y

por qué quieres que nos alegremos de tu presencia?

—Porque espero que Andrea se sienta feliz conmigo, como antes. Si comparto con ustedes se sentirá feliz. Sospeché que la pizza sería una buena idea para que compartamos.

—¿Y por qué quieres que ella se sienta feliz? —le preguntó Javier tajantemente.

Porque me equivoqué en el club y quiero enmendarlo, pensó decirle Antonio mientras ponía las pizzas en la mesa y se sentaba en una silla. —Para poder besarla tranquilamente.

Hablar con tanta sinceridad lo hacía sentir bien. Sabía que los chicos estaban acostumbrados a recibir dosis constantes de realidad, en ocasiones muy fuertes, y seguramente habrían presenciado muchos besos. Entendía que ellos podrían verla como una mujer atractiva, aunque Javier seguramente la veía como una tutora o una madre.

Todos quedaron en silencio. Ya algunos comían, pero Javier quería seguir haciéndole preguntas.

—¿Y ahora se siente feliz? —le preguntó. Señalaba algo con su dedo. Antonio volteó y vio a Andrea en la esquina izquierda de otro salón. Conversaba animadamente con María, la adolescente embarazada.

Andrea podía ver desde su lugar lo que los jovencitos y Antonio hacían. Absolutamente todo. Y no había sido una casualidad que ella se ubicara allí.

Él volvió a girar para ver a Javier. —Tú la conoces muy bien, así que puedes decirme cómo la ves.

Javier vio a Andrea, y después miró a Antonio. Antonio entendió que sus palabras habían dado en el clavo. Javier la conocía muy bien.

Encogió sus hombros. —La he notado diferente en los últimos días.

Antonio sintió curiosidad. —¿Qué tan diferente? —dijo, aunque se contuvo de no mostrarse tan sospechoso. Debía evitar que los chicos pensaran que él había actuado mal con ella.

Javier quería expresar algunas cosas, pero Antonio pensó que su opinión no debería importarle. —¿Diferente para bien? —preguntó, sin embargo.

Javier recorrió la mesa con su mirada. Dos jóvenes veían el celular de uno de ellos. Otro había comido tanto que llevó sus manos a su vientre y eructó.

Javier contempló a Antonio. —La veo más tranquila.

—¿Es decir que siempre está estresada?

Javier frunció su ceño. —¿Para qué quieres saber?

Antonio volvió a ver a Andrea. Se detuvo en la pregunta. Ella se movía hacia la pequeña biblioteca. Su pene reaccionó de inmediato, sin que él pudiera frenarlo. No le importó que alguien pudiera notarlo o que ella estuviera enojada. O decepcionada por su actitud. O que experimentara ambas sensaciones.

Antonio vio la fuerte mirada de Javier sobre sus ojos. —¿Ya lo olvidaste? Acabo de decirte que quiero besarla —le respondió.

—Para besarla no hace falta que sepas tanto sobre ella —contestó Javier de inmediato, y Antonio pensó que tenía algo de razón.

—Es que no sé mucho sobre su vida.

—Y quieres saber más.

Exactamente, se dijo Antonio, aunque entendía que sus intenciones eran movidas por el deseo. Lo que más quería conocer era su piel, escuchar sus gemidos y darle placer mientras le hacía el amor y descubría más sobre las posiciones que le gustaban. Solamente era una parte de lo que quería saber de ella. —Así es.

—¿Y ella también quiere hacerlo? —le preguntó Javier.

Antonio asintió. —Estoy segura. —Si ella quería hacerlo, sería emocionante para ambos. Y excitante.

Javier dejó de hablar finalmente. Vio a Antonio, y se sentó. —De acuerdo —dijo mientras agitaba sus dedos sobre la mesa. —Aunque a veces quiere mostrarse como una chica ruda y liderar todo acá, me parece que debería distraerse más. Está claro solo con verla. Me parece que parte de esa personalidad es fingida.

Sus frases lo asombraron. Javier le pareció que era un joven muy inteligente, con una gran capacidad para observar cada tramo de la personalidad de cada persona. Y además de eso, estimaba a Andrea y sabía cómo analizarla. Descubrió la verdad en las palabras del chico. O, mejor dicho, la recordó.

Eso le hizo sentir celos a Antonio. Envidia. Javier la había conocido hacía mucho tiempo, pero no debería saber sobre ella a ese nivel. Más bien le parecía que no debía pasar de saber cuáles eran sus colores favoritos o su hora de dormir. Pero él sabía mucho sobre ella. Más de lo que Antonio sabía. Mucho más.

Su intención era ser la persona que notara ese tipo de aspectos de la vida de Andrea y poder simpatizar con ello. Pero eso implicaría que se

involucrará mucho.

Y todo eso pasaba por su mente, aunque no habían hecho el amor.

—Ya viene —dijo uno de los jóvenes en voz baja.

Uno de ellos abrió un libro que tenía frente a él. Otro escuchó y guardó su celular en su chaqueta. Seguían muy cerca, simulando que leían con atención.

El joven con ganas de dormir sacó un libro idéntico de su mochila y empezó a leer. Abrió sus ojos y comenzó la lectura en voz baja. Desde la posición de Andrea, parecía que había leído durante largo rato.

Javier también sacó un libro y lo ubicó sobre la caja de una de las pizzas. Ella no notaría que el libro no había estado allí, o al menos eso pensó Antonio.

—Puntual como siempre —dijo Javier en voz baja mientras le sonreía tímidamente a Antonio.

—¿Qué tal? —dijo Andrea solo unos segundos después.

Antonio escuchó su saludo y volteó para darle un beso en la mejilla. Andrea quedó impactada por la calidez de su rostro y su atractivo. El físico no le parecía tan importante en un hombre, pero un tipo tan atractivo como él hacía que su cuerpo se derritiera.

—Todo bien por aquí —respondió Antonio.

—¿Puedo saber de qué hablaban? —dijo Andrea, intentando hablar con tono informal. Ya Antonio conocía más a los chicos y entendía su actitud.

La presencia de Antonio agitaba sus nervios. Ella aún no entendía la razón, pero desde que lo había visto pasar por la puerta, con su aire sensual, se sentía... temblorosa. Y tras la charla en el bar, supuso que no volvería a recibir otra descarga de emoción como esa, o que ya no le importaba, pues seguramente él no volvería. Se había equivocado.

Entendía el pesar de Antonio. La masacre en Tailandia había sido muy dolorosa, sin duda. Después de pasar esos años de pesadumbre por sus vivencias personales, entendía lo que les costaba a algunas personas avanzar.

Pero él estaba avanzando. Estaba en el centro porque quería. Conversaba con los adolescentes y comía con ellos. Evidentemente, había pensado las cosas dos veces y entendido que podía ayudar. Y si además lo hacía para pedirle perdón a

ella, pues había sido una estupenda decisión.

—Nos ayuda con los apuntes de Historia Universal —afirmó Javier.

Antonio giró rápidamente para ver a Javier. Andrea solo podía ver su espalda. —¿Qué lees? —le preguntó.

Javier mostró su libro. La vida de Napoleón Bonaparte.

Ella revisó el libro y pensó que tal vez Antonio también lo había leído o sabía algo de historia. Encogió sus hombros. Sin duda alguna, la vida de Napoleón no era precisamente un tema de conversación entre ellos. Ella alzó la vista para encontrar los ojos de Antonio.

Vio la expresión de curiosidad de los otros jóvenes en la sala. Antonio podría hablar sobre el contenido del libro para demostrar que era cierto y así evitarse otro aprieto.

—Mejor lleguemos al capítulo que narra la muerte de Napoleón y así podremos hablar con conocimiento total de su vida —pidió Antonio.

—¿La muerte? —dijo Javier con inquietud.

—Sí, la parte... donde muere —respondió Antonio, moviendo sus dedos.

—Pero ya estoy cansado —dijo Javier.

Andrea buscó algún indicio de duda en la cara de Javier, pero él apenas se movió. Se mantuvo en silencio y ella concluyó que ambos comenzaban a agradarse mutuamente.

Antonio dio unos pasos hacia atrás y su mano derecha quedó cerca del cuerpo de Andrea. Andrea se asombró de la tranquilidad que mostraba Antonio al poner sus dedos casi sobre su trasero. Ella se sintió contenta de volver a tener su piel rozando la suya. Y él tampoco escondía las ganas de acariciarla... o tocarla con más fuerza.

—Sé que mentías —dijo cuándo se dieron la espalda.

—No entiendo —dijo él mientras abría la puerta del salón.

—Ya leí ese libro.

—A mí me encantó.

Andrea rió con complicidad. —No hay ningún capítulo sobre su muerte.

Ella sonrió con más fuerza, y él volvió a sentir ganas de poseerla. —Ya lo sabía. Solo quería que lean todo el libro para darse cuenta de que esa parte no existe.

Salieron del aula. Estaban solos en el pasillo, a medio camino entre las aulas y la oficina.

Ella volvió a sonreír. —Cuando lo sepan, no serás bienvenido al club de

lectura.

Él rió sonoramente—. Pero obtendrán buenas calificaciones y estarán agradecidos por mi ayuda—. Vio hacia todos lados—. Quisiera besarte — confesó.

Ella supo que no era el mejor momento ni el lugar ideal, pero quería saborear sus labios. —Yo también —le respondió con sinceridad.

Él reaccionó con asombro, pero luego se movió hacia su boca. —Entonces hagámoslo.

—No debemos hacerlo aquí —le dijo. Sus manos se posaron sobre el pecho de Antonio—. Podrían descubrirnos.

—Ya hablaste con María —le dijo Antonio, que trataba de acercarse, aunque los brazos de Andrea se lo impedían. —Ella sabe mucho sobre sexo. Y supongo que los demás también.

Andrea rió con su respuesta. Sintió que perdía la respiración cuando Antonio puso una mano sobre la pared del fondo. —Eso no me exonera de mis responsabilidades. Quiero ser un ejemplo para todos. Que sepan que pueden negarse a vivir cosas, aunque les traigan satisfacciones inmediatas.

—Tú eres la mujer que más se ha negado a vivir cosas en este planeta.

—Y tú eres el hombre que más insiste en convencerme para que las viva — dijo Andrea. Tenía razón.

—Si dices que aceptas, me harías el hombre más feliz. También estoy dispuesto a ir con calma.

La emoción corría por las venas de Andrea. Volvió a sonreír mientras su nerviosismo se incrementaba.

Antonio rozó sus labios con los suyos. —Quiero pedirte disculpas por mi actitud en el bar.

—También debo disculparme. Y me alegra mucho que no te haya pasado nada —dijo ella, moviendo su cabeza.

Él la besó levemente. —Cuando me dejaste perdí el deseo de beber. Me desanimé por mi actitud. Tu hermano llegó poco después.

—Agradezco que hayas venido a charlar con los jóvenes —le dijo en voz baja.

—¿Me gané tu confianza otra vez?

—¿Entonces viniste solo por eso?"

—Honestamente sí —le respondió—. Aunque confieso que me siento feliz por varias razones.

“Tendrás que explicarme eso —dijo Andrea riendo. —Y con calma.

—Lo haré mediante la práctica. Te haré preguntas y me responderás afirmativamente —dijo mientras tocaba su cintura. —¿Te gustaría que te besara?

—Así es.

Él recibió su respuesta con alegría, pero luego agitó sus brazos. —¿Y tú me besarás también?

—No creo que lo haga.

Cruzó sus brazos mientras retrocedía. —Entonces jugarás con los chicos.

—¿Por qué jugaré con ellos? —preguntó Andrea.

—Yo estuve con ellos, ayudándolos. Tienes que hacer algo divertido para compensarme.

Ella tenía que honrar sus compromisos.

Capítulo 7

Andrea vio las paredes del Centro Juvenil Francisco Márquez. Su pecho se llenó de orgullo al recordar a todos los jóvenes que habían caminado por los pasillos y cómo los había ayudado, aunque la trayectoria había tenido muchos altibajos.

El lugar había sido acondicionado para varias actividades, como recibir clases de música o pintura o divertirse en un aula de recreación. Además, había una cocina con los suministros básicos y medicinas para primeros auxilios. Había cinco literas en las habitaciones para los chicos que no tuvieran dónde quedarse y un grupo de voluntarios dispuestos a quedarse durante esas noches. El centro se sustentaba con donativos, que llegaban de varias empresas con regularidad, pero los fondos del Estado también eran necesarios para garantizar que los jóvenes tuvieran ropa limpia y una comida diaria.

Andrea estaba feliz de ver el fruto del esfuerzo de su familia, pero sabía que había sido difícil recorrer el camino prácticamente sola.

Antonio llegaría una vez más y ella tuvo que maquillarse y peinarse cuidadosamente. Además, se aplicaba perfume, lo cual le parecía absurdo. Nunca se había maquillado ni usado perfume, salvo en ocasiones muy especiales. Adicionalmente, ella sabía que él la había visto con las manos llenas de sangre y una mascarilla en la cara.

Y, aun así, estaba maquillándose.

No había llegado a la hora exacta, así que empezó a distraerse con sus pensamientos. Se recreó pensando en Antonio con un aspecto desordenado, lleno de alcohol mientras dos chicas superficiales lo toqueteaban.

Sacudió su mente mientras se aplicaba lápiz labial. Se dijo que llegaría pronto, pues estar en su apartamento le aburriría. Además, estaba acostumbrado a las cirugías, que además eran sumamente largas. Tenía que estar activo, pues su cuerpo y su mente le demandaban movimiento.

Pero no quería que ese movimiento fuese sobre otra mujer o bajo ella. Solo tendría que buscar alguna actividad que lo relajara. Como un pasatiempo.

O un empleo.

—Andrea, ¿estás ahí?

Antonio había llegado y ella se calmó. Cerró su estuche de maquillaje y lo saludó.

—Antonio, me alegra verte.

Estaba arreglado y olía a loción de afeitar. Su cara se veía bien.

Lucía unos vaqueros casuales acompañados de una camisa blanca de algodón. La había planchado, pues se notaba muy lisa. Y supuso que no había sido después de una noche de sexo caliente.

Aunque podría haber usado esa y dejar la otra arrugada en el piso de su cuarto.

Antonio se acercó a ella para demostrarle que estaba contento de verla. Pero Andrea quería demostrarlo con más ímpetu.

Se movió hacia él, tomó su cuello y sus labios atraparon su boca. Antonio se sorprendió, pero rápidamente reaccionó atrayéndola hacia su cuerpo. Ya el beso no era delicado. Se había convertido en una ráfaga de placer y lujuria. Sus manos se movían al ritmo de sus labios.

—No se detengan —dijo una voz femenina. El deseo se evaporó.

Retrocedieron simultáneamente. Andrea pudo moverse unos pasos más e invitó a Ana a pasar por completo a la oficina. Ella sonrió y los saludó, pero luego se quedó en silencio y se sentó en la silla de su escritorio. Actuaba como si todos los días hubiera gente besándose en la puerta de la oficina.

—Nunca me habían recibido así —dijo Antonio al ver a Andrea.

Ella sonrió con complicidad. El aroma de sus besos era distinto. No había licor en su garganta. —Tus besos huelen a cafecito recién hecho. —Era cierto. Parecía que se hubiera arrojado por una cascada de café.

—Es porque estaba en la cafetería —le respondió.

—Me alegra que hayas llegado.

Antonio tocó su mentón. —Sí, pero quiero que nos vayamos.

Ella se negó. —Sabes que no puedo irme aún.

Antonio lanzó varios suspiros, pero no estaba molesto.

—Y me gustaría que te quedaras conmigo —completó Andrea mientras tocaba su brazo.

—A mí me gustaría que cancelaras tus compromisos y te dejaras llevar por un sujeto alocado.

—Supongo que tú eres ese sujeto alocado.

“Exacto —dijo. La vio con intensidad.

Humedeció sus labios. El calor de su cuerpo le impedía pensar con

claridad. No era exactamente una sensación ventajosa para ella, pues Antonio tenía sus dedos en sus labios.

—¿Pero no sabes qué podrá pasar después? No eres del tipo de personas que planea.

—Me descubriste. Solo revisa todo lo que he hecho en mi vida y mi trabajo.

—¿Y no quisieras establecerte con alguien?

Llevó su pulgar a su boca. Después se acercó tanto a ella que sintió su aliento. —Podría establecerme contigo si dejas que ponga tu vida de cabeza y olvides tu agenda.

Andrea tomó aire y Antonio se preguntó si sus palabras la habían impresionado. Ciertamente, él no era una persona con relaciones sólidas. Se había criado en el seno de una familia de doctores que se mudaban con frecuencia, lo que los llevó a entender y apreciar las cosas mediante el sacrificio. Solo sabía que más y más pacientes llegarían para que los curara.

Y su madre, la única figura familiar que le había brindado estabilidad, ya no estaba a su lado.

Estable. Sólida. Firme. Andrea encarnaba esas palabras. Antonio lo supo al verla. Era firme con todo el mundo. Pensó que había decidido ser enfermera precisamente para brindar estabilidad a los pacientes o familiares que sintieran que su mundo se desmoronaba. Y parecía que ahora quería regalarle estabilidad a él.

Antonio necesitaba esa estabilidad, moverse en un mundo previsible. Lo ansiaba. Poco, pero lo ansiaba.

Y quería ver el lado atrevido de Andrea. Ser la primera persona que llegara hasta él.

No quería llevarla al punto en el que su reputación se enlodara como la suya. Sin embargo, con tanta excitación que sentía y después de ese apasionado beso que se habían dado, supo que no podía dar marcha atrás. Pero entendía también que sin tanto fuego en el cuerpo o la mente de Andrea, ella solo lo vería como el tipo que preparaba cafés en lugar de atender a los enfermos.

Él entendía lo que ella pensaba. También lo pensaba cuando no estaba atrapado por su deseo y sus erecciones. Era una cagada experimentar ambas cosas.

Como no podía encontrar un modo seguro de resolver la situación, le había dado un beso suave en lugar de uno más apasionado. Entonces retrocedió.

—No veo a ningún chico acá que tenga que recibir mi ejemplo positivo — dijo Antonio al ver a los lados.

Andrea miró en todas las direcciones y no encontró a nadie. Se sorprendió, pero reaccionó rápidamente. —Todos estudian en las aulas.

—Entonces no querrán que les quite su valioso tiempo.

—Deberías esperar que terminen para... que hagas lo que quieres hacer.

—No puedo esperar. Quiero hacerlo aquí y ahora.

—Pero ellos deben estudiar. ¿No crees que es un asunto importante para ellos? —dijo Andrea con firmeza mientras él daba rápidos pasos por el pasillo.

—Sí, ¿pero ¿cómo se divertirán? ¿Esto será lo único que recordarán después? No me parece. Debemos cambiar un poco las cosas para ellos. Y también para ti—. Buscó su celular y puso sus manos en la puerta del aula de juegos. —Será mejor que te apures —le dijo mientras abría la puerta.

—En un rato voy.

Andrea se negaba a participar y él sonrió. Le costaba confiar en él, pero al final entró, dejando que cerrara la puerta. Antonio puso el celular en su oído.

Aunque le costaba creer en Antonio, le dio un voto de confianza.

Quizás su idea no era tan mala.

—¡Dos chicos quieren verte, Antonio! —gritó Ana en la puerta del aula de recreación aproximadamente una hora y media después.

Él la escuchó y sonrió. —Chicos, vuelvo en un rato —les informó a los jóvenes con los que leía sobre álgebra.

Andrea le preguntó si todo estaba bien cuando lo vio salir.

Antonio asintió. —Seguro —dijo.

Él salió mientras ella veía. Sintió que seguía siendo un hombre de imprevistos. Había planeado hacer algo y luego lo había dejado, lo cual le parecía interesante a Andrea. Si tan solo pudiera dejarse llevar y tener sexo salvaje con él. Sin embargo, recordó que él aún estaba suspendido... y que no debería estar con un hombre solo para venirse encima de él. Un pequeño detalle.

Antonio volvió acompañado de Ana al cabo de un rato. Ambos sonreían como si hubiesen escuchado un chiste malo. —Cierren sus cuadernos —gritó Antonio.

Todos aplaudieron.

—Antonio preparó algo. Está en el jardín —informó Ana al término de la ovación.

Antonio le pidió a Andrea seguirlo y le sonrió mientras los chicos caminaban rumbo al jardín. Estaban felices de recibir una sorpresa. Javier los guiaba, como de costumbre. Llegaron al espacio que llamaban jardín, aunque solo había algunas plantas rodeando a una cancha de tenis que no tenía red. Un espacio vacío alrededor de la cancha había sido rellenado con grama artificial.

Como tenían otra cancha más grande y además estaba techada, no se habían dedicado a arreglar la de tenis.

Llegaron primero los jóvenes a las plantas, sin pisarlas, y mostraron sus caras de ilusión.

Javier volteó para ver a Antonio. —¿Y entonces? —le preguntó con impaciencia.

Antonio escuchó e inmediatamente caminó hacia un gran cubo de basura de plástico. Levantó la tapa con alegría—. ¡Sorpresa! —dijo.

Javier fue antes que los demás y vio el contenido. —¿Qué es esto? —le preguntó con incertidumbre.

—Parece que no conoces las bombas de agua —le dijo Antonio mientras tomaba una grande.

Andrea vio la escena con asombro.

—¿‘Bombas’? —le preguntó Javier.

—Además —agregó Antonio mientras caminaba hasta el lugar donde estaba Ana junto a una pequeña caja, —tenemos pistolas de agua—. Ana mostró una gran sonrisa mientras miraba a Andrea. Estaba contenta con la idea.

Andrea se negó. —Pero no tienen más ropa que la que traen puesta.

—Solo es agua. No les pasará nada grave —respondió Antonio mientras tomaba su globo con una mano.

—¿Sería una competencia de ‘todos contra todos’? —preguntó Santiago al tomar una pistola.

Antonio le dijo que sí e iba a agregar una frase, pero Andrea se adelantó. —Me parece que deberíamos establecer las normas. Por ejemplo, nada de

lanzamientos hacia la cara, los testículos o la vagina.

Antonio tomó otra vez el globo para lanzarlo hacia arriba y luego dejarlo caer sobre sus manos. —No, no, no. Nada de eso —respondió. —La única regla es que no hay reglas.

—¿Los lanzamos sobre los cuerpos de otros y ya? —le preguntó Manuel.

—Exacto.

Andrea recibió el primer bombazo en su pierna derecha. El dolor la estremeció. Todos sus pantalones se mojaron.

Antonio notó su asombro. Los jovencitos quedaron mudos esperando las palabras de Andrea. Él se limitó a sonreír.

Ella parpadeó con frialdad.

Ana le entregó una pistola de agua extra grande. —Ya está cargada.

Andrea tomó aire. Apuntó y lanzó todas las bombas sin detenerse ni un segundo.

Antonio recibió dos tiros contundentes sobre su camisa. Su cuerpo quedó empapado.

Entonces los chicos tomaron sus pistolas y empezaron a jugar. Todos sonreían y se disparaban con alegría.

Andrea recibió otros bombazos. Necesitó más bombas para su pistola. Ana se encargó de poner más bombas en su arma y llenar más bombas. Supo que las pistolas más grandes y las recargables podían hacer más disparos que las otras.

Los chicos notaron que si se dividían en grupos tendrían la ventaja de disponer de armas y bombas en la misma cantidad, así que decidieron jugar contra las chicas.

Andrea se divertía. Era imposible no hacerlo. Rió con los chicos y ayudó a las chicas mientras ellos se acercaban para bombardearlas. Intuyó que había sido idea de Antonio.

Ellas querían contraatacar, pero estaban lejos de los grifos. En cambio, los chicos avanzaban sobre ellas sin disparar, les quitaban sus pistolas, seguían avanzando y acortando el círculo alrededor de las chicas y obligándolas a rendirse. Las chicas quedaron sin bombas y se apilaron unas sobre otras. Eran conscientes de que los chicos las rodeaban. Pidieron piedad y levantaron sus manos, pero los chicos ya declaraban victoria mientras se abrazaban y saltaban.

En lugar de responder sus súplicas se mantuvieron en silencio y se

limitaron a sonreír mientras veían las caras de las chicas. —¡Chicos, prepárense! —les dijo Javier. —¡Levanten sus armas! —Los chicos obedecieron—. ¡Destruyan a las chicas!

Se escuchaban gritos, bombazos y risas de felicidad. Las chicas estaban empapadas y apenas podían respirar de tanto reír. El agua helada se desparramaba por la grama.

Antonio caminó en medio de los chicos.

Era el único con cara seria entre tantas risas de felicidad. Andrea se conmocionó al verlo.

—Acompáñame —le pidió con su ceño fruncido.

La tomó por su mano y llevó hacia la salida del centro, lejos de las miradas de todos. Los chicos abrieron paso en silencio.

Andrea no sabía qué pasaba. Caminó con rapidez para alcanzar a Antonio. Intentó mirarlo, pero él eludía su cara. La habían pasado bien. Aceptó sus normas, o, mejor dicho, la falta de ellas. Y no había mencionado algo sobre secar sus cuerpos para evitar un resfriado, mojar el piso o ser cuidadoso para no caer. *Carajo, pensó Andrea cuando descubrió que había actuado por impulso.*

—Antonio, dime qué sucede.

Cerró la puerta y se acercó a ella.

Andrea caminó hacia él al sentir que el aire acondicionado abrumaba su cuerpo. Su piel se erizó. Antonio vio sus senos sin disimulo. Una expresión de pasión apareció en sus ojos y él se quedó anclado a ella.

—Nada. Te traje aquí para asegurarme de que todo esté bien.

Ella vio su pecho. Su blusa se adhería a su abdomen, y la tela blanca, casi cristalina, se pegaba a sus senos, revelando sus pezones erectos con el frío. Antonio la miraba justo ahí.

—No pensé en tu ropa. Solo lo descubrí cuando los chicos te mojaron.

—No te preocupes—. Andrea tapó sus senos.

Antonio tomó sus antebrazos para evitar que ella ocultara su cuerpo tras ellas. —No estoy preocupado, porque ahora estamos solos.

Ella lo vio al sentir su voz cálida. Antonio no notaba las gotas de agua cayendo por su nariz. Más bien parecía querer mojarse con su ropa.

—Andrea, eres una mujer hermosísima.

Le dio la razón, porque se sentía una mujer muy hermosa y sensual con su mirada tentadora sobre su cara. Y no quería que él se limitara a verla así.

Quería que la tocara con placer.

Pensó en otra cosa que no fuese ese deseo. Los chicos entrando, Ana... Entonces pensó en algo para zafarse—. ¿Y no viste si las chicas llevaban blusas blancas? —le preguntó.

—No —le respondió Antonio con frialdad. —Te vi solo a ti. Luces preciosa cuando te olvidas de tus obligaciones. —Caminó hacia ella y tocó su boca.

—Hablas así porque estoy mostrando los senos —dijo ella con ironía.

—No lo digo por eso, aunque verte sonreír y alegrarte me excita. Ya quisiera verte sin ropa.

—Antonio, por favor —le dijo, temblando por la excitación. —Sabes que no podemos hacer nada aquí ni ahora.

—Claro. Aunque no puedo contenerme. —Aceptó con decepción.

Tocó su seno y lo recorrió con lentitud. Ella contuvo el aliento mientras contemplaba su mirada de satisfacción y deseo. Su índice se hundió en su pezón y ella se apoyó en la pared para no caer.

Entonces quitó su dedo repentinamente. —Salgamos de aquí.

Sus cuerpos quedaron juntos cuando ella avanzó hacia él. Antonio la tomó de la mano y la llevó por el pasillo hasta que llegaron al primer cuarto con puerta. Se trataba del depósito.

Una luz tenue se encendió cuando entraron. Él la besó con furia y un deseo inconmensurable, dándose apenas tiempo para cerrar la puerta. Tomó su cabello con sus manos y apretó sus caderas. La empujó contra la pared y empezó a pasear sus manos por su cuerpo.

—Oh... —gimió Andrea. Había estallado un volcán de placer.

Su mano derecha pasó por su blusa humedecida. El frío del agua de las bombas ya no significaba nada. El calor y la excitación derrotaban la gelidez de ese líquido. Tocó su pezón nuevamente y ya solo quedaba el sostén separando sus cuerpos. Reclinó su cabeza y un fuego tremendamente intenso lo atrapó.

—Tengo que ver tu piel —le dijo con frialdad.

Andrea se percató de su deseo. Aceptó y los dedos de ambos tomaron su blusa. Quiso tomarla y quitársela, pero rápidamente cayó. De inmediato se quitó el sostén para que sus pieles se encontraran. Todo estaba mojado.

Antonio disfrutó con esa mirada. Jugeteó con sus senos, se inclinó, chupó uno y después atrapó el otro. Andrea sintió el ardor de su lengua y soltó

alaridos de placer.

—Oh... —dijo otra vez.

Se desabrochó sus vaqueros y buscó los de Andrea. —Sí, ya lo sé.

Ella retrocedió sus manos para que Antonio desabrochara la cremallera y llevara sus vaqueros a sus rodillas.

—Me encantas —le dijo, y sonó como una reverencia.

—Quiero que me toques.

Antonio la besó con fuerza mientras sus dedos se deslizaban por sus muslos tensos. —Con gusto.

Su piel estaba muy mojada, pero el contacto del dedo de Antonio con su clítoris la hizo sentirse extremadamente caliente. Ella llevó su dedo al lugar donde quería recibir su caricia.

—Entiendo —le dijo él con seguridad. Pasó su curioso dedo índice bajo sus bragas. El fuego se desató en el vientre de Andrea cuando él tocó su clítoris.

—Continúa —le pidió con firmeza.

—Lo haré —le dijo. Tocó con más fuerza y dibujó círculos sobre él. Al cabo de unos segundos, deslizó el dedo por la entrada de su vagina. Retomó las caricias en su clítoris y Andrea contuvo el aliento. Una vez más pasó por la entrada de su interior, pero ahora entró en su vagina, y Andrea gimió.

Él también estaba excitado—. Me encanta tu voz gimiendo.

—Antonio, concéntrate —dijo entre jadeos.

—Claro, jefa. —Un dedo más entró en su cavidad con lentitud. Ella perdería la cordura si él no se apuraba

—Hazlo....

—Qué mandona eres. —Antonio rió con suavidad.

Antonio obedeció. Metió dos dedos con furia mientras su pulgar quedaba en su clítoris y llevó su mano libre al cuello de Andrea. Después la besó. Ella acomodó su cuerpo con rapidez. Gimió, pero sus jadeos quedaban atrapados en la boca de Antonio. Él seguía tocándola y ella seguía recibiendo ondas de electricidad con cada caricia.

Se incorporó para recobrar el aire y calmarse un poco. Unos segundos después puso su mano en la anatomía de Antonio y sintió su enorme erección. El deseo era mutuo. Los alaridos vinieron de ambas bocas y Antonio se sintió débil. Tanto, que casi cae frente a ella. Andrea tomó su pene con intensidad y él retiró sus dedos, los puso en su cadera y se sostuvo de su cintura.

—Tus manos me dan un placer infinito.

Andrea se sintió poderosa al escuchar esas palabras. —Yo quiero tu placer. Todo el que puedas darme —le pidió.

Se deshizo de la cremallera e introdujo sus dedos en la ropa interior, sintiendo el calor de su piel. No sabía cuánto tiempo había pasado Antonio esperándola, pero estaba asombrada.

Sus gemidos delataban el inmenso deseo que sentía. Su mano alcanzó el glande de inmediato, lo tomó sin contemplaciones y bajó por el tronco grueso y empapado.

—Todo el placer que puedas darme tú también —le dijo con ansiedad. Andrea subió y bajó sus dedos y él gritó unos segundos después. —Todo. — Ella se movió con intensidad y la respiración de Antonio se volvió pesada.

—Tómalo —dijo con firmeza.

Se escucharon ruidos al fondo. Una puerta de metal sonaba al chocar contra una pared. Se separaron rápidamente con el eco de las risas y las frases altisonantes que se oían. Eran los chicos.

Carajo.

Los sonidos se callaron. Andrea se sintió calmada. Antonio también respiró con tranquilidad. Sus manos quedaron en el aire.

Qué cagada. Nunca había tenido ganas de no estar en el centro. Y tampoco de no ser un ejemplo. Quería estar en otro sitio y desenfrenarse.

Levantó sus vaqueros. Se vistió de nuevo. Se molestó de verse otra vez vestida y empapada. Quería estar viendo la piel desnuda de Antonio en lugar de soltar gotas de agua con cada paso que daba. Era la consecuencia de buscar un depósito para hacer el amor. En un centro de atención de adolescentes. Que tenía el apellido de su papá. Quizás había sido él quien hubiera instalado el depósito. Todo eso debería ser suficiente para que ella sintiera pena de sí misma. Y, sin embargo, solo sentía molestia. Y una excitación desvaneciéndose.

Antonio subía sus hombros mientras respiraba profundamente. La miró con atención. —Creo que una disculpa está demás.

Ella tomó aire profusamente. —No te preocupes.

—Retomaremos esto cuanto antes—. Retrocedió y puso su pulgar en su mentón.

Andrea exhaló largamente. —Buena idea.

Recibió su respuesta con alegría. Su mirada se quedó atrapada en sus senos. Ya no sonreía. Solo temblaba. Caminó en dirección contraria a la de Andrea una vez más.

—Conseguiré algo de ropa para ti —dijo—. Y sería bueno que esperaras para salir.

Ella aceptó su sugerencia. Lo vio salir del depósito.

A Antonio le costaba asimilar todo lo que había pasado. O, mejor dicho, lo que no había pasado. Se esforzaba arduamente por sosegar su cuerpo y pensar en cualquier cosa que no fuese la piel de Andrea, el sonido de sus gemidos y sus pechos perfectos.

Un lugar como ese, con olor a desinfectante y paredes llenas de botellas de cloro y jabón, no era el sitio ideal para hacerle el amor a una chica como Andrea. Y menos con tanto temor de ser encontrados.

Está bien que pienses de esa forma. Que quieras ser delicado. Que actúes como un caballero. Y que pienses en sus sentimientos.

Sin embargo, no lo había hecho del todo. Aunque sí había querido satisfacerla, especialmente cuando vio su piel mojada y adherida a su blusa blanca como la nieve.

Pensó en chupar sus tetas deliciosas y revolcarse entre ellas. Lo había querido desde que había visto parte de ellas en su baño. Tocarlas, recorrerlas, sujetarlas. Todo lo que se le ocurriera hacerle a ese par de senos tan hermosos.

Y luego Andrea lo había tocado. Y posteriormente, se había inclinado para darle una buena dosis de sexo oral. Pero los chicos aparecieron de la nada.

Buscaría un espacio mejor que ese cuarto oscuro y atestado de productos de limpieza. Incluso pensó que podría decorarlo con rosas y aromatizarlo con agradables perfumes. Imaginó que pondría música romántica mientras la tocaba.

Sería fenomenal. Y excitante.

Buscó ropa para Andrea en el armario donde guardaban las mudas extra de ropa, y sintió cómo su abdomen se apretaba terriblemente. Trató de calmarse asiendo la puerta, dejando que sus uñas rasgaran la madera al tiempo que su cerebro redescubría sus encantos. Y no solo los físicos, que eran muchos.

Él recordó que ella una agradable mujer, con un espíritu bondadoso y una alta estima por su trabajo. No podía restringirse a sí mismo con perfumes o

música para parejas. *Ella tenía que recibir palabras sinceras de amor y un anillo de diamantes. Y él debía ser quien se los diera. No podía quedarse de brazos cruzados y ver que ella hacía lo que le gustaba. Él quería acompañarla en el camino y ayudar a los demás como ella ya hacía.*

Pero no estaba pensando en cualquier cosa. Entendió que la presión y la seriedad del tema podrían ponerlo en riesgo. Sabía que lo que imaginaba era algo grande.

Imprecó varias veces con una voz que apenas podía oír y quitó los dedos de la puerta. Le parecía absurdo porque nunca le había asegurado que avanzaría. Desde el principio, todo estuvo claro. Quería acostarse con ella una vez. Y punto. Andrea también quería hacerlo. Estaba contenta de tocar su pene erecto. Lo hacía voluntariamente. Así que pensó que ella no podría esperar un repentino cambio de planes.

Tomó un buzo y regresó para encontrarse con Andrea. Pensó cómo sería regresar y finiquitar el asunto. Sacular su sed y llenarse de placer. Así tomaría fuerzas para huir y no volver a pensar en casarse con ella. No quería ser héroe sino villano.

Habían pasado catorce días.

Ya habían transcurrido catorce días sin que Antonio le pidiera que fueran a su apartamento.

Ella llegó a la oficina de su hermana. Tenía varios documentos entre sus manos, incluyendo copias de los nuevos almanaques, aunque no tenía que verlos para contar los días que habían pasado sin sentir los dedos de Antonio en su cuerpo.

Dos semanas. Era como vivir... en las tinieblas.

Ella quería dejarse llevar y tirar con él hasta perder la razón, pensando que él no volvería a tocarla después de estar juntos y se sentiría mal. Pero eso no había pasado. Antonio había dejado el tema atrás. Parecía que ya no le interesaba.

Parecía.

Conversaban sin parar sobre todos los temas posibles. Él seguía muy pendiente de ella. Pero no decía nada sobre tener relaciones sexuales. Y eso solo le hizo querer abalanzarse sobre él. Andrea jamás dejaba de insistir cuando quería

algo.

Y Antonio se había vuelto un asunto pendiente.

Él no ponía de su parte. Sí, se sentía a gusto con él, porque cada vez que conversaban él sonreía con sus palabras. Además, se preocupaba por los chicos del centro juvenil. Pero Andrea no estaba contenta con eso. Quería recibir más de él. A solas.

Le daba pistas sobre lo que quería y trataba de atraerlo, pero hábilmente él cambiaba el tema. Sin ambages ni pausas de ningún tipo. Y a Andrea no le parecía para nada emocionante su actitud.

Aunque podía besarlo cuando notaba que estaba solo y los chicos no los veían, sus besos eran muy cortos. Pero si ella insistía, su boca se deleitaba con la suya por más tiempo y sus manos pasaban por su piel con ansiedad. Lamentablemente para ella, él retrocedía antes de que ella reaccionara. Entonces se excusaba diciendo que ayudaría a los chicos con sus deberes mientras ella recuperaba el aliento.

Catorce días había sido el lapso en el que se había repetido esa historia.

Andrea recordó las lindas palabras de Antonio. Le había dicho que era preciosísima. Que su labor con los chicos era admirable. Había donado medicinas para el centro juvenil y atendió a dos chicos que se habían golpeado en las peleas nocturnas. Además, se ocupó de otros pacientes que llegaban diariamente después de que se corriera el rumor de la presencia de un cirujano en el lugar. Incluso compraba su café preferido en el Café del Centro y se lo regalaba, aún caliente.

Era la rutina. Ambos se sentían cómodos con ella. Trabajaban durante la mañana o la tarde y eran voluntarios en el centro los lunes, miércoles o viernes, o los martes, jueves y sábados. El resto de las noches era para descansar.

Había una norma que seguía en pie. Si Antonio hacía algo bondadoso o desinteresado, ella estaba en la obligación de realizar una acción entretenida. Habían ido a disfrutar de un juego de fútbol, a un bar con karaoke en el que ella había cantado y mezclado bebidas, había rentado autos de lujo por un día, ido al cine para ver una película antigua y hasta a un concierto de ópera.

Eran días agradables. Actuaban como si fuesen novios.

Solo que Antonio no le pedía pasar la noche en su apartamento.

Antonio era gentil y respetuoso. No había mencionado nada sobre hacer el amor. En su apartamento, en un hotel de lujo o en su auto. Ni siquiera en el

depósito.

Lo que ya enojaba a Andrea.

Ella podía tomar la iniciativa. Su perversa mente se regodeó viéndose a sí misma con él en el aula de juegos, los sanitarios o la cancha de tenis. Estaba tan caliente que solo con llegar al centro empapaba su vagina. Experimentar esas sensaciones le irritaba. Su centro juvenil era un hermoso lugar donde ayudaban a los chicos en problemas y hacían del mundo un espacio mejor para ellos. No entendía cómo podía erizarse su piel solamente con estar ahí.

Supuso que atravesaba por una situación como esa por los besos que se daban. Y no solo por eso, sino porque Antonio la ayudaba allí. Eso la excitaba aún más. Aunque habían trabajado juntos en Emergencias por varios meses, las cosas habían cambiado. Ahora Antonio estaba en el centro y se había puesto al mando. Ordenaba cosas sin temor y se involucraba en actividades para que las cosas mejoraran.

Conversaba con todos de forma amena cada vez que se le acercaban. Los oía con atención y él mismo narraba sus historias y chistes, algunos de los cuales no causaban ninguna gracia. Las charlas podían extenderse hasta por dos horas. Sus pacientes lo abrazaban para expresar su gratitud e incluso le daban presentes, como galletas o emparedados, que él recibía con orgullo. Estaba sumergido en sus tareas. A ella le pareció que él se sentía útil y reconfortado.

Esa circunstancia hacía que Andrea quisiera estar más tiempo con él y que la empujara contra la pared más cercana. Su expresión de satisfacción solo la ponía más y más caliente.

Sí, podía tomar la iniciativa. Pero no quería hacerlo. Y no entendía la razón. Aceptaba que sus fantasías eran constantes, pero no quería complicar las cosas. No tendría sentido que quisiera moverse sobre él para causar un enredo entre ellos.

Su clítoris no pensaba lo mismo.

Ordenó los calendarios y unos segundos después recibió un mensaje de texto. ¿Tener un vibrador llamado Antonio será una locura?, pensó.

Le informaban que en Emergencias requerían su presencia pues una enfermera había faltado. Les escribió que contactaran a otra, pero borró el texto. Decidió responderle a la enfermera que iría. Iría para olvidar a Antonio por un rato. Sabía que eso no sucedería, pues estar en el hospital también le haría recordarlo, pero con tanto trabajo y pacientes por lo menos se enfocaría en otros asuntos.

Dejó una nota en el escritorio de Ana. Luego le escribió a Antonio. Ella tendría que esperarlo cuando él terminara de trabajar en el cafetín. Escribió voy al

hospital porque... Pero se frenó. Era mejor hablar con él cara a cara. Había planes ya establecidos.

Podría verlo al menos unos minutos.

Qué bajo he caído, se dijo.

Capítulo 8

Andrea abrió sus puños y se animó a no sentir odio alguno por el cafetín frente a ella. Vio el aviso del Café del Centro mientras respiraba profundo. Elisa o los clientes que iban a pedir café todos los días no tenían responsabilidad alguna sobre lo que sucedía con Antonio. Y el delicioso café que convertía al lugar en una tienda exitosa tampoco la tenía.

Quizás la culpa sea de los caficultores por cosechar un café tan bueno, pensó Andrea. Luego le pareció una idea absurda.

Un encantador aroma a café recién preparado bañó la nariz de Andrea mientras el olor a galleta dulce abrió su apetito. Entró a la pequeña cafetería y un sonoro timbre anunció su llegada. El ruido de las tazas de café sobre la mesa contrastaba con el traqueteo de los suaves pasos de los comensales que recién llegaban y cuyos zapatos se bañaban con la luz del sol que caía por las ventanas.

Música suave sonaba en el sistema de audio de la tienda. Las orejas de Andrea captaron las lentas melodías, así como también escucharon los ecos del vapor lácteo y la frase “¿cómo quiere su café? —varias veces. Un lugar ideal para leer y conversar, se dijo Andrea.

Caminó hacia el fondo del cafetín para buscar a Antonio. No tuvo que avanzar más. Divisó a un grupo de clientes comiendo galletas y su estómago se llenó de mariposas cuando después vio a Antonio.

Antonio parecía haber tenido la misma sensación. Notó su presencia en medio de un grupo de chicas de unos veintitantos años que degustaban sus bebidas. Él guiñó su ojo y le sonrió. Ella saltó sobre las mesas y se despojó de su ropa para besarlo... pero solo en sus pensamientos.

Ella pudo oír la charla amena que tenía con las chicas veinteañeras. Ellas querían saber más sobre la variedad de cafés y él respondía sus inquietudes con un tono amable y paciente. Pero solo querían ser cada una más atrevida que la otra para captar la atención del hombre nuevo de la cafetería. No querían aprender nada sobre café.

—Esa chica de allí —dijo una voz detrás de Andrea, “la morena, nunca falta desde que Antonio empezó a trabajar. Me parece muy amigable y educada, y como siempre viene acompañada y compran por lo menos cuatro cafés grandes, estoy contenta.

Era Elisa quien hablaba. Limpiaba sus manos. Estaba detrás de Andrea, en el mostrador. Andrea notó su lindo uniforme color avellana. Vio su grata sonrisa. —Pero te pido que no marques tu territorio. No quiero perder clientes como ella. Mi tienda está bien gracias a gente así. Si sabe que eres su dueña, empezará una dieta de limonada en la esquina del gimnasio.

La sonrisa de Andrea no pudo esconder su molestia con la cafetería. Elisa era tan gentil como Antonio. Ella solo aprovechaba esa virtud que él tenía. Además, era un hombre hábil, conversador y cuya presencia le daba buenos dividendos al cafetín.

Elisa llevó sus manos a sus caderas. Observó a Antonio. —Espero que acepte la oferta que le hice.

Andrea estaba sorprendida con las palabras de Elisa. —¿Cuál oferta?

—Una oferta para asociarnos. Está claro que lo lleva en la sangre. Es un hombre muy talentoso para este negocio —dijo Elisa sonriendo.

Elisa puso sus ojos otra vez sobre él. Andrea se quedó callada. Sabía que Antonio simpatizaba mucho con ella. Ahora hacía café y sonreía a los bebedores de café negro, pero antes había estado en un hospital operando órganos que esas veinteañeras jamás habían visto. Sin olvidar que ellas quizás nunca habían visto cadáveres, como él.

Antonio usaba el uniforme del Café del Centro. Era un delantal blanco y avellana que acompañaba de un gorro gris. Esa mezcla sobre sus pantalones deshilachados y su vieja camiseta de los Leopardos de Las Palmas. Quizás esa era su intención. Las manos de Andrea querían tocar ese pecho duro. Dejaba que sus vaqueros revelaran sus formados muslos y su formado culo mientras su camiseta se adhería a su abdomen extremadamente plano. Y pensar que esas chicas no lo habían visto con bata de hospital. *Qué ricas imágenes, pensó Andrea.*

Su musculatura no parecía importarle a nadie. Las chicas se sentían atraídas por su sonrisa. Andrea tomó aire en grandes cantidades. —Quiere inyectar nuevas ideas a la tienda —contó Elisa.

Andrea la vio con firmeza. Quizás estaba siendo demasiado expresiva. Y decidió seguir siéndolo, ahora con ironía.

—¿Ideas sobre cómo preparar café negro o con leche?

Elisa sonrió. Estaba contenta. —No me refería a eso sino a ideas empresariales. Ideas para ganar más dinero.

Ciertamente, Antonio era un hombre con una larga lista de atributos,

incluyendo su habilidad para detectar problemas y resolverlos o explorar nuevos campos laborales. Andrea también entendía perfectamente que podía hacer centenares de operaciones quirúrgicas distintas con resultados exitosos. Pero cuando se trataba de cafés con crema o pasteles de chocolate, ella no sabía qué pensar.

—Nómbreme alguna de esas ideas —le pidió Andrea. Quería saber cómo Antonio había desarrollado esa habilidad que tanto maravillaba a la dueña de la cafetería. Elisa apuntó con su dedo índice unas letras negras y rojas escritas sobre un pizarrón.

—Café gratis —se leía en la pizarra—. Oferta para todos los choferes designados de El Pez Dorado. —Dio unos pasos y leyó las letras pequeñas. Si alguien decidía no beber alcohol en el bar que estaba a la izquierda para llevar a sus amigos a sus casas, la cafetería le regalaría café cada vez que lo necesitara. Podían incluso contar con un pequeño celular desechable para que sus amigos lo llamaran.

—Entonces Antonio tuvo la genial idea de regalar tu café —dijo Andrea.

Elisa rió—. Es un aporte a la sociedad —le respondió. —Y aunque sea gratuito, ellos entran a nuestra tienda, ven el resto de nuestros productos y se llevan una imagen positiva de nosotros. Si su grupo de amigos quiere salir a tomar algún café o comer alguna galleta, recuerdan el lugar y nos visitan. Así me lo planteó Antonio. —Sonrió con el recuerdo. —Y nada mejor que acompañar una buena taza de café que un trozo de torta.

Andrea reconoció que era una idea interesante—. Él sabe que manejar en estado de ebriedad trae problemas —contestó mientras recordaba a Alejandro Castillo.

Ella movió su cabeza en señal de afirmación. —Y también me sugirió el encuentro de las madres.

—¿El encuentro de las *madres*?

Elisa vio el asombro en la cara de Andrea y no pudo evitar sonreír. —Así lo llamó. Quiere que vengan madres, algunas con hijos mayores para que se reúnan con otras madres más jóvenes. —Elisa movió su cabeza—. Tiene claro que algunas de esas chiquillas aún no han madurado, así que no saben cómo cuidar a un niño o estudiar mientras buscan un sitio para que lo atiendan en su ausencia. Nadie tiene más capacidad y experiencia para ayudarlas que una mujer que ya ha pasado por eso.

Recordó a María. Se preguntó si había sido ella la inspiración detrás de la

idea. Andrea la escuchó y quedó en silencio. Ese hombre podría cambiar el mundo para siempre si lo elegían presidente de algún país. —¿Cuándo tuvo esa idea? —le preguntó Andrea, mientras su nerviosismo se expandía.

Elisa la vio con firmeza, pero no estaba molesta. —Cuando se dio cuenta de que debía oír atentamente a las personas para saber sobre sus necesidades, y poder actuar desde su puesto para satisfacer esa necesidad. Antonio tiene ese talento y esa humildad.

Antonio atendía a las chicas y Andrea lo vio mientras se contenía para no abrazarlo. Un cliente llamó a Elisa y ella se despidió de Andrea tocando su hombro—. Talento y humildad. —Quizás siempre había estado equivocada pensando que él solo era bueno para operar a las personas.

Él estaba en un cafetín, moviéndose como pez en el agua, conversando, sirviendo café y tomando órdenes. Se divertía. Mostraba el mismo candor y la misma firmeza que había tenido en el hospital, pero ya no era el mismo. Se sentía mejor.

Andrea entendía la razón de su mejoría. Era la misma razón de su presencia en el centro juvenil. Ya no estaba presionado ni tenía que desplazarse intensamente en medio de un mar de sangre y jeringas. Todo era muy simple: estaba feliz.

¿Ya no siento nada por él?, se preguntó Andrea. Sería una buena noticia. Pero esa noticia no llegaría. Se había ilusionado con él y no sería fácil desprenderse de ese sentimiento. Era un buen hombre. Y muy atractivo.

Qué cagada.

Podría hacerle cualquier cosa y ella no podría reclamarle nada, porque lo deseaba y quería verlo feliz.

Carajo.

Antonio caminó hacia ella después de servir los cafés a las chicas. Sus ojos brillaban con lujuria. Un brillo que la hacía olvidar la calma de la cafetería y usar la crema y el chocolate para otras cosas que lo incluían.

Tomó su mano y con la otra levantó la encimera para que ella pasara. —Qué bueno que viniste —le dijo—. Acompáñame para que veas algo.

—No necesitas ir al centro. Trabajaré en Emergencias esta noche. Solo vine a avisarte.

—Pero les avisé que iría a las cinco —dijo Antonio encogiendo sus hombros.

—¿A quiénes?

—A Javier, Manuel, Santiago —dijo Antonio.

—¿Entonces irás?. —Andrea guiñó su ojo.

Antonio asintió. —No creas que solo tú estás ahí por algo.

Vaya. El tiempo seguía pasando sin que él le pidiera nada. Parpadeó varias veces.

—¿Irás por algo? ¿Javier y Manuel te ofrecieron algo?

—Jugaremos baloncesto.

Había sido una tonta. Sus palabras la sacudieron.

Sabía que Antonio ahora contaba vasos de café y contaba cucharadas de azúcar o miel. Se concentraba en la cantidad exacta de crema y que la máquina diera una dosis adecuada de cafeína. Pero a pesar de que no le pidiera nada por esa razón, ella ya no sentía solo ilusión. Comenzaba a amarlo.

Notó su temor. —¿Te sucede algo, Andrea? —dijo mientras se acercaba.

—No.

—Andrea, por favor... —dijo quedándose sin aire.

—¿Lo del grupo de madres te vino a la mente después de la charla que tuviste con María?

Sus palabras lo extrañaron. Sin embargo, reconoció los hechos segundos después. —Hace unos días entró una joven madre con un recién nacido. Sus ojos estaban enrojecidos. Parecía desesperada. Una señora mayor se acercó a ella, le ofreció ayuda con el niño y lo cargó. Ella lo tomó un rato hasta que lo durmió, y después conversó con la madre. El niño estaba dormido profundamente y la madre adolescente se calmó. Entendí que todas las madres como María requieren una mano de ayuda. Fue como una epifanía—. Encogió sus hombros.

Andrea anticipó sus lágrimas. Las contuvo frunciendo su ceño.

—Andrea... dime... —dijo él, pero ella lo interrumpió.

—Lo que pasa es que... tú....

Él dio unos pasos y ella se derritió ante su sonrisa. —Soy un gran hombre. Y muy atractivo. Lo sé. Hasta cuando no uso mi bata. —Tocó su mejilla.

—Me alegra que tengas esas percepciones sobre ti mismo.

Dejó de sonreír. —Tú construyes tu propio presente. No me necesitas para nada.

Sí lo necesitaba. Para venirse sobre él. En ese mismo instante. Entonces se reclinó y caminó hacia la puerta.

"Bueno, me distraje, pero quería comentarte sobre mi turno y preguntarte si puedo

llevarles algunos pasteles a Fernando y los chicos.

—Eso no es verdad.

Andrea negó con su cabeza—. ¿Cómo qué no?"

—Viniste porque te hacía falta verme.

—Claro que no....

—Vamos —le dijo interrumpiendo sus palabras. —Podías llamarme para pedirme lo que necesitaras. Y no lo hiciste. Preferiste mover tu culo rico hasta este cafetín para demostrar que te hacía falta. Entonces complácete a ti misma y ven a verme.

—Solo quería.... —Cortó sus palabras. Aceptaba que Antonio estaba en lo cierto. Sí tenía muchas ganas de verlo.

Su aliento salía con ansias. Y no era lo único. El miedo también la abrumaba. Sus exigencias. Las expectativas sobre Antonio. O sobre ella misma. Era un panorama desalentador. Y había mucho que pensar. Para ese momento o para después. O tal vez no pensaría en eso jamás. Dejó de luchar contra sí misma y empezó a caminar.

Pasó a su lado y le susurró. —Yo también te habría extrañado, pero viniste aquí.

Antonio se había enterado de lo que ella sentía. Ya no hacía falta reconocer nada más. Había dado un gran paso.

—Me dijiste que me mostrarías algo —le recordó.

—Sí. Ven. —Caminó para empujar a puerta que daba a la cocina y la dejó abierta para ella.

Andrea dio unos pasos con lentitud para conservar la distancia entre su cuerpo y el de Antonio. Solo así mantendría la cordura. Sin embargo, él cerró la puerta y ya no hubo distancia sino mucha cercanía.

La besó apasionadamente. Ella no tuvo tiempo de reaccionar, porque fue un encuentro cálido, húmedo y lento. Un beso con aroma a café. Y con su temperatura ideal.

Separó sus labios de los de Andrea y ella puso sus manos en su pecho mientras gemía. Él sonrió con presunción.

—¿Entonces eso era todo? —le preguntó al recuperar su aliento. Y su compostura.

—Exacto.

—Bueno, todavía besas bien.

Escuchó su comentario y puso sus manos en los bolsillos de sus vaqueros. —

Y no solo eso. Soy capaz de hacer que tengas muchas ganas de desvestirte para mí en el fondo de un cafetín.

Ella reaccionó con expectativa. —Ya siento esas ganas. Las he tenido desde hace dos semanas con mucha intensidad.

—Pero no lo noté. —Él sonreía, aunque su rostro estaba asombrado.

—¿Cómo lo notarías? Cuando estamos en el centro juvenil y te toco, sales corriendo como una gacela. —Hablaba con inexactitudes, dejándose llevar por su molestia.

—Pero no tienes ni idea de mis razones. —Se acercó a ella.

Apenas podía respirar por la lujuria que se asomaba en sus ojos. Negó con su cabeza, como era de esperarse. —Me alejo de ti porque lo único que quiero cuando estoy cerca de ti es desnudarte con violencia, llevarte contra un muro o lo que sea y que quedes sin aliento mientras te azoto el culo.

—Entonces... —dijo. Andrea abrió sus ojos de par en par y su respiración seguía entrecortada. Su vagina empezaba sentir los estragos de su excitación.

Él la interrumpió—. No puedo hacer eso en el centro. —Lucía desesperado. —Todos los chicos hacen cosas que me recuerdan que debo ser un hombre con valores y que debe realizar acciones ejemplares, recordándoles que la vida también puede ser buena.

Tomó aliento y continuó. —Siempre he procurado estar acompañado de personas que tengan el deseo de ayudar al prójimo. A las que les guste su trabajo y estén muy motivadas. Tu centro es diferente. Allí solo hay héroes y heroínas. Personas que han vivido experiencias terribles y han tenido que abandonar sus hogares. Pero eso no los detiene. Le agradecen a la vida y sonríen. Y se apoyan entre sí. Yo me contagié de esa energía. Me siento animado a apoyarlos también. Me encanta esa sensación, Andrea. Lo reconozco. Me siento contento cada vez que voy y quiero ser una buena persona. Y eso no intercede con mi deseo de que me quites la ropa en uno de los pasillos.

—Solo estamos juntos cuando nos rodea la gente —le dijo Andrea, recordando todas las cosas divertidas que habían vivido, esa especie de penitencia que ella debía pagar por los actos bondadosos de Antonio. Cosas que ya imaginaba que a él le gustaban tanto como estar en el centro.

Posó sus ojos sobre su mirada. Maldición. Su cuerpo también quería avanzar sobre el pecho de Antonio y gritar mientras él la penetraba. Buscaría una mesa y lo pondría sobre ella para cabalgar en su pene.

—Cierto, mucha gente —manifestó él.

—Pero me gustaría que pasáramos más tiempo juntos. A solas. Y que no estemos en el centro juvenil.

Su piel se erizó, pero se contuvo. —No creo que sea una buena idea.

Ella se sintió muy desmotivada. —No creo que hables en serio.

—Sí lo hago.

—Pero a mí sí me parece una buena idea.

—A mí no. —Tomó aire y luego mostró una expresión reflexiva. —Si nos vamos juntos, no querré separarme de ti. Sé que querré estar contigo. El resto de mi vida. No solo para dormir.

Andrea quedó sin aliento. Lo vio a los ojos durante un largo rato.

—Al principio solo quería estar contigo tres días —recordó. —Pero ahora, casi un mes después, trabajo contigo como voluntario en un centro juvenil mientras preparo proyectos para este cafetín. No puedo irme contigo, porque entonces me propondré salvar a las ballenas o firmar un acuerdo de paz entre todos los países.

Lo cual, aparentemente, no le parecía mala idea.

Andrea entendía que Antonio estaba adentrándose en un mar de complejos sentimientos y situaciones que los involucraban a los dos. Frases como “querría quedarme contigo para siempre” implicaban un compromiso que ambos tendrían que estar dispuestos a asumir. Notó que él tenía esa expresión de incertidumbre en su mirada.

Las cosas estaban saliéndose de control. Sin embargo, Andrea decidió apostar un alta de suma de emociones. —Si te quedas conmigo, yo te aceptaré en mi vida. Además, me encantaría verte todo mojado mientras salvas ballenas.

Antonio se asombró con sus palabras, pero luego sonrió. Entonces un brillo cálido apareció en su mirada, como si estuviera excitado. Pero salió del lugar.

Sus dedos la invitaron a salir. —Entonces vamos.

—Pero no has terminado.

—Elisa me dará permiso. No te preocupes.

Quiso aceptar, pero la razón de su visita volvió a su mente.

Se frustró rápidamente. —Recuerda que debo trabajar.

—No creo que nos tome mucho tiempo' —le comentó en voz leve.

—Lo cual no suena muy romántico. Y adicionalmente, estarías mintiéndome.

Besó cálidamente sus labios durante unos segundos. —Así es. Probar todo

tu cuerpo no es cuestión de unos minutos.

La anatomía de Andrea vibraba con intensidad cada vez que lo escuchaba hablar de esa manera. —Es verdad —le respondió con fuerza. —Por eso es buena idea tomarse un buen tiempo. —Estaba nuevamente sin aire.

Antonio abrió la puerta y ella pasó. Rió amablemente. —Esperaré que termines—. Cuando su oído estuvo frente a su cara, él fue sobre él. —Mejor no pinches a alguien sin querer mientras tus pensamientos me recuerdan o me imaginan desnudo sobre ti.

Andrea giró—. Espero que tú también pienses en lo que yo te haré. —Sus orejas estaban calientes por su aliento y sus palabras.

Antonio se pasmó con la declaración de Andrea, pero luego sonrió ampliamente. —Pues creo que a mis clientes no les gustará mi café y perderé el juego con los chicos.

Salió a su auto mientras su cuerpo aún emanaba gotas de excitación. La charla no había sido mala después de todo, se dijo Andrea al tomar unos pequeños pasteles y los probaba. Todo lo que había planeado se había ido al cubo de basura. Estuvo en la cafetería para decirle a Antonio que tendría que trabajar, pero luego llegaron a un punto en el que acordaron tener relaciones. Y quizás estarían juntos para siempre. Además, estaba el riesgo de pinchar a alguien en el hospital.

Otro de sus planes era que Antonio volviera a trabajar, pero él solo pensaba en preparar muchos cafés. Y, además, no planeaba enamorarse perdidamente de él. Sobre todo, porque sabía que él quería trabajar solamente en la cafetería.

Pero eso no le importaba a Andrea. Le encantaba verlo donde fuese. Que sonriera incluso haciendo cafés.

Hacer planes no era garantía de nada.

Antonio leía algunas revistas sobre celebridades mientras veía a los pacientes llegar.

Había mucho ajeteo, y los pacientes que llegaban no tenían dolencias graves, así que tenían que esperar que los médicos se desocuparan.

Una anciana en silla de ruedas a unos pasos de Antonio llamaba su atención. Su cara descansaba sobre sus manos y su expresión estaba perdida. Tenía ya unos quince minutos en la sala de espera. Su piel estaba pálida.

Antonio se ubicó en la esquina más alejada de la sala para esperar que Andrea terminara su labor. Él apenas había jugado unos minutos con los chicos. Javier invertía casi todo su tiempo acompañando a María en la sala de juegos, así que su equipo perdió ante el conjunto de jugadores seleccionados por Antonio. Entonces él se desocupó temprano. Y fue a esperarla.

Había ido no porque sentía solo o no tenía nada que hacer, sino por sus ganas de sorprender a su chica. Eso era lo que se repetía en su mente para convencerse.

Aunque ya empezaba a pensar que debería buscar algo para distraerse. Una actividad extra como lecciones de piano, por ejemplo. O volver a Emergencias.

Reaccionó moviendo la cabeza.

El director de Personal lo había llamado para decirle que podía reincorporarse cuando se sintiera listo. El paciente Alejandro Castillo había desistido de la idea de denunciarlo.

Pero él no contestó nada y colgó.

A pesar de esa reacción, los instintos de ayuda seguían dentro de Antonio. Al ver que un paciente fracturado llegaba al hospital, quiso operarlo inmediatamente. Sus manos empezaban a levantarse y sus pies quisieron levantar el resto de su cuerpo para moverse con rapidez. Escuchó con atención toda la información que daban los paramédicos que lo atendieron.

Estaba muy lastimado. Había sufrido una caída desde unos treinta metros. Tendrían que operarlo. Él tuvo que retroceder para no meterse de cabeza en el quirófano.

Un momento de tensión no podía lanzar al traste todo lo que había logrado hasta ahora. El golpe que le había dado al paciente que había manejado en estado de ebriedad no había sido el tema que lo había impulsado a salir del hospital. Solo había sido la gota que había rebosado el vaso. Su mente había estado ocupada pensando en sus compañeros de Tailandia durante varias noches antes de ese suceso. Había tomado la decisión una semana antes de golpearlo. Alejandro Castillo solo fue una especie de empujón.

Pero las ganas de moverse y prepararse para operar no eran tan fuertes como su talento para ver los síntomas en el cuerpo de alguien.

Él vio la revista y tomó aire. Se distraía con las mentiras sobre los famosos que leía. Las frivolidades no eran parte de la vida en Tailandia. La vida era más simple, con algunas celebraciones sencillas por cumpleaños o

algunos tragos por alguna fecha especial. Había algunos libros de ficción, música suave, una conexión aceptable a internet, comida de varios países y bebidas que sus familiares les enviaban desde sus países. Alguna que otra chica del grupo de doctores coqueteaba con uno de los médicos de vez en cuando. No pasaba de allí. La atención médica estaba en primer lugar. No podía romperse esa regla.

Volvió a ver a la anciana sentada en la silla de ruedas. Notó que sus manos temblaban.

Se levantó y buscó monedas en su bolsillo. Caminó por toda la sala de espera. Se puso frente a la máquina expendedora de gaseosas mientras tocaba las monedas. Simulaba pensar qué gaseosa elegir, pero veía de reojo a la anciana.

Movió su mano. La abrió y la cerró en varias oportunidades. Antonio se percató de la inflamación. Parecía que tenía artritis. Ella lo saludó. Pero no abría los ojos.

—¿Qué tiene, señora? —le preguntó Antonio.

Sus ojos seguían cerrados. La anciana siguió en silencio.

—Disculpe, señora —dijo Antonio mientras se acercaba a su silla de ruedas y tocaba su mano. —¿Usted puede verme?. —Ella abrió sus ojos con suma lentitud—. Sí, pero me mareo mucho cuando abro mis ojos.

Antonio escuchó y vio que la señora podía articular sus palabras con coherencia, lo que le pareció algo bueno. También notó que sus pupilas tenían un tamaño normal y lo veía.

—Me gustaría saber por qué viniste al hospital.

—Mi hija me dejó en esta sala porque fue a buscar a mi nieta. Estoy aquí porque me caí en mi casa.

—¿Cuál es el nombre de su nieta? —dijo mientras tocaba sus dedos para animarla y sentir sus pulsaciones. Tenían una frecuencia normal.

—Se llama Sandra Paredes —le contestó con alegría. Seguía hablando sin problemas.

—¿Tiene otros síntomas? —le preguntó. —¿Algún dolor o inflamación?

Negó con su cabeza. —Solo algún malestar, pero puedo soportarlo.

—¿Y sus extremidades? ¿Puede moverlas? —preguntó. Ella respondió estirándolas.

—¿Y su cuello?

Movió su cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha.

—¿Su cabeza está inflamada?

Tocó su cabeza y llevó su mano hasta su cuello. —Creo que no.

—¿Alguna enfermera o doctor te ha preguntado algo?. —Estaba cómodo con ella, pues respondía todas sus preguntas con sinceridad.

—Vino un médico y ordenó que me hicieran una radiografía.

—Qué bueno. Espero que todo salga bien.

Ella respiró con alivio. —¿Usted es doctor?

Antonio no supo qué responder. ¿Era doctor todavía? Podía contestar esa pregunta casi de forma automática, pero sus palabras no salían con tanta facilidad. Se había graduado y tenía su permiso vigente, pero no se sentía como doctor. Ya no. Había perdido el deseo de sacrificarse por los demás. No tenía la motivación para hacer del planeta un mundo mejor con sus operaciones. Ya se sentía derrotado y no sabía cómo volver a recuperar su alegría o sus ganas de volver al hospital.

Vio a la señora mayor. Después suspiró al recordar el centro juvenil y la larga lista de pacientes que iban a verlo. Tenían enfermedades como una terrible amigdalitis o una simple cortada en un dedo. Evocó las páginas del libro que le había regalado a Santiago y la conversación que había tenido con Javier cuando él quiso saber más sobre coches de bebés para que, entre todos, pudieran regalarle uno de calidad a María. También rememoró las galletas para diabéticos que habían preparado para la abuela de Manuel.

Esos pacientes del centro juvenil le pagaban con alimentos, pero una mujer excepcionalmente había cosido sus vaqueros rotos o un mecánico había instalado una pieza nueva en su auto. Antonio estaba contento con ese panorama.

—Lo soy —le dijo después de un rato. —Cirujano. Me llamo Antonio Peña —. Estrechó su mano.

Ella estrechó su mano también. —Es un gusto. Me llamo Estefanía Santos.

—Entonces esperas que te ingresen para hacerte la radiografía —preguntó Antonio.

—Exacto, doctor.

—¿Te gustaría ayudarme con algo mientras te atienden? —le pidió Antonio y se sentó en una silla a su lado.

—¿Qué necesitas?

Pensó que la señora Estefanía tenía mucha experiencia en la cocina. — Quiero encontrar unas recetas. —

—¿Para preparar qué tipo de comidas?

—Comida casera —dijo—. Que realmente sepa a hogar. Hace años que no

como una rica sopa o un delicioso bistec. Ya quiero probarlos.

—¿Mis ojos me traicionan o realmente usas un delantal?

Andrea abrió su boca de par en par y dejó una caja con donas en la mesa del aula de juegos. Vio a los chicos.

—Sí, estoy usándolo.

—Por todos los cielos —dijo Javier. —Me daré por satisfecho si veo esa imagen.

Ellos descansaban mientras esperaban que los llamaran. Javier estaba sentado y sus pies reposaban en el piso. A su lado estaba otro de los jóvenes, con sus piernas bien abiertas. Se entretenían con un videojuego, pero notaban el asombro de Andrea. Asombro al ver a Antonio.

—El delantal no es llamativo, pero ciertamente está usándolo —dijo Fernando. Hablaba desde la pequeña mesa en la que Andrea había dejado las donas. Él tomó la más grande. —Ya sabía que uno de nuestros médicos más reconocidos lo usaba porque hace días fui a revisar y lo vi preparando pastelitos.

—Pero dudo que él los haga —dijo Carlos. Estaba sentado en una silla y leía una revista. —Creo que los cocina Elisa. Pero hacen creer que es él quien los cocina.

—Y los untan con mucho chocolate —dijo Marcos a modo de burla. —No tendrían que hacerlo.

—Es cierto —dijo Carlos.

—Y tenemos que hablar sobre las galletas —dijo Fernando viendo a Andrea. —Un doctor invierte su tiempo en preguntarle a sus clientes si quiere una galletita de coco o de fresa. Un cirujano que estaba acostumbrado a sacar cuchillos del pecho de la gente, sin efectos secundarios de ningún tipo.

Andrea escuchó los comentarios y tomó aire. Se inclinó y ubicó su espalda en el mostrador. Sus brazos quedaron sobre su pecho. Había molestia en su mirada, porque entendía que las charlas de ese tipo eran inútiles. Todos ellos hablarían y hablarían y no llegarían a ninguna conclusión. Y ella no diría nada. Pero podía interrumpirlos con un silbato.

Ese sería el final de la conversación. No tenía más opciones que esperar. Pero quería escuchar un poco más.

Javier se movió hacia su derecha, como si de esa forma pudiera evitar que

su auto chocara.

—Galletas —dijo Marcos con algo de asco en su cara. —¿No son iguales a los malvaviscos?

—No —le respondió Lorenzo tajantemente Lorenzo. —Los malvaviscos son muy diferentes.

—Las galletas saben mejor —agregó Carlos. —Son más dulces y crocantes. Pero prepararlas es más lento y complicado.

—Hay unas que no tienen azúcar —dijo Fernando.

—Elisa prepara unas con tocineta y queso amarillo. Sin azúcar —dijo Carlos.

—Sí, las recuerdo —dijo Fernando mientras fruncía el ceño. Parecía estar convencido de estar resolviendo un gran acertijo en su mente.

—¿Y los pastelitos son salados? —preguntó Marcos.

—Los pastelitos son asados, creo —respondió Lorenzo, más pendiente del juego que de la conversación.

—¿En serio? —le preguntó Marcos.

—Sí.

—¿Pero ¿cómo es que sabes tanto sobre pastelitos? —le preguntó Marcos con curiosidad.

—Elisa prepara ensalada César y rellena los pastelitos con ella —contó Lorenzo. —Son como pastelitos dietéticos.

—¿Y no saben mal? —le preguntó Marcos con asombro.

—No. Por eso los cómo.

—Los pastelitos son comida para mujeres —agregó Marcos, haciendo un gesto con su mano.

Lorenzo chocó su auto sin querer. Imprecó en voz baja y se levantó. —Soy muy hombre. Y como muchos pastelitos.

Marcos dio la vuelta sobre el sofá y llegó a la meta. —No sabes cómo me alegra —dijo Marcos como respuesta al comentario de Lorenzo. —Me preguntaba qué te sucedía cuando te vi hace unos días con una corta camiseta multicolor de gatitos que mostraba tu cintura—. Se levantó y buscó una dona.

—¿Mostrabas tu ombligo? —le preguntó Lorenzo, ya levantado.

—No me había detenido a pensar que eso sería un problema.

—¿Es una camiseta de gatitos? —preguntó Marcos. —Si es así, creo que tienes asuntos que resolver.

"Me regalaron esa camiseta cuando gané la maratón de diez kilómetros

que corrí para ayudar a la Fundación para los Animales sin Hogar—, contó Lorenzo. Apartó a Marcos de la caja de donas.

Marcos sonrió. —Gatitos en tu camiseta. Ya lo había dicho.

Buscó una dona con maní, pero Lorenzo fue más rápido que él. Solo quedaba una de frutas. —No comerás donas porque odias a los animales.

Marcos tomó la dona restante. —No tengo nada contra los animales ni las camisetas multicolor. Lo que me asombra es que tú las uses. Me impresionas.

—Qué lindo verbo —dijo Carlos.

Marcos amplió su sonrisa—. Carajo, Antonio Peña tiene tanto talento para operar como para hacer estas donas—. Probó su dona.

—Recuerda que él no las hace —dijo Carlos. Ya caminaba por el salón.

Andrea los conocía muy bien, pero no dejaba de impresionarse al ver lo corpulentos que eran y cómo apenas cabían en un área que parecía quedarles pequeña.

—El café sí. —Fernando levantó sus manos. —Por eso no sabe a nada.

—Es verdad —afirmó Lorenzo—. Creo que debemos decírselo.

Andrea negó con su cabeza. Parecía que la tarea de cuidar a Antonio no les parecía suficiente a los chicos por los resultados. Tampoco había logrado que volviera al hospital.

—Estamos perdidos. Andrea no pudo convencerlo, lo que significa que nadie podrá hacerlo. —Marcos gesticuló para que los chicos recordaran que ella estaba en la sala.

—Tienes razón —dijo Carlos mientras movía su cabeza. —Debimos ofrecer otras cosas—. Andrea abrió su boca con asombro.

—No puedo creer que el mundo se pierda a Antonio —dijo Lorenzo—. Es un excelente doctor. ¿Recuerdan al paciente de la noche del jueves? ¿El que llegó con una daga en el corazón? Antonio pudo haberlo salvado.

—Se salvó —dijo Fernando. —Ya está en su casa.

—Pero Sarabia estaba nervioso. —Se refería a Diego Sarabia, otro de los cirujanos del hospital. —Jamás en todos estos meses vi nervios en la expresión de Antonio.

—Seguramente en algún momento se sentía asustado —señaló Carlos.

—No me cabe duda —contestó Lorenzo. —Pero hacía un esfuerzo para no mostrarlo. Es una forma de calmar a los pacientes. Y también a nosotros, carajo.

Andrea escuchó el comentario y se sintió un tanto molesta. Y sorprendida

por esa molestia. Recordó que la calma de Antonio hasta en las situaciones más difíciles le atraía. Y repentinamente entendió que su trabajo era hacer que la gente a su alrededor se calmara. Era injusto. ¿Por qué le impedían mostrar sus sentimientos o emociones? ¿Por qué estaba obligado a atender a todos los pacientes y tranquilizar al personal? ¿Quién se preocupó por él o se sintió obligado a cuidarlo cuando las cosas en su vida se complicaron?

Recordó la tranquilidad de Antonio en el cafetín. Su paz, su alegría. Un lugar como ese calmaba a cualquiera. Y Antonio merecía esa paz.

—Andrea....

Era Angélica, una de las enfermeras del área de Emergencias, quien la llamaba. Dejó de pensar en Antonio y sus emociones. —Dime.

—Tienes que venir. Un paciente fracturado está por ingresar. Tuvo un accidente. Localiza a su esposa, por favor.

“Perfecto. Ya voy—. Se movió para salir. —Nos vemos, chicos —dijo para despedirse.

—No le pidan regresar al hospital. Dejen en paz a Antonio.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Fernando. Estaba sorprendido.

—Quiere involucrarse más en la cafetería —dijo—. Dejémoslo tranquilo —contestó Andrea.

—Por favor explícanos —pidió Fernando. —¿Quiere ampliar el local o pintarlo?

—Nada que ver. Son cosas más serias —declaró.

—¿Más serias que salvar vidas y curar pacientes? —dijo Fernando.

Podía decir que sí porque ella respetaba las decisiones de Antonio y podía ponerse en su lugar, aunque también entendía que él usaba su tiempo para ayudarla en lugar de operar en el hospital.

—Para él es tan importante como operar —dijo después de unos minutos. Más importante para él, pensó decir. Había que salvar vidas, sí, pero también había que mejorarlas. Ambos asuntos eran importantes.

Dio unos pasos fuera del salón, pero pudo escuchar las palabras de Marcos: “Carajo. Qué talentoso es Peña. Andrea lo defiende y él no trabaja, en lugar de defendernos a nosotros.

Era verdad. El doctor Peña tenía mucho talento. Para todo. Hasta cuando estaba fuera del hospital lo tenía.

Había pasado casi una hora y Andrea no había podido contactar a la esposa del paciente fracturado, si bien sabía que estaba entre Palma Sola y Mongolia. El paciente aseguraba que su compañera estaba en un vuelo de Aerolíneas del Noreste.

Respiró con ansiedad. Esperaba que esa fuese la aerolínea correcta. Aguardaba al teléfono mientras una secretaria de la aerolínea chequeaba las listas de los pasajeros. No sabía cuántas horas podía tardar, pero sospechaba que la búsqueda sería infructuosa. Eso solo desataría su llanto y su frustración.

Andrea estiró sus brazos, movió sus piernas y cerró sus ojos. Le pidió a Dios que la secretaria respondiera rápidamente.

Sus colegas revisaban la fractura en el pie del sujeto. Había mejorado un poco, pues ya podían examinarlo sin que él se quejara. Los medicamentos habían hecho su trabajo. Si él no respondía bien, tendría un paro cardíaco y no podrán hacer nada más.

Una caída tan considerable como la que él había vivido era terrible. Todo lo que estaba pasando era milagroso. Sus signos vitales eran buenos. Lo sabía al ver la pantalla cardíaca de su habitación. Esperaba que se mantuviera así.

—¿Me oye?

Andrea reaccionó al oír la voz al otro lado del teléfono. —La oigo. Dígame.

—Disculpe la demora. Tenemos a la señora Soledad Higuera en uno de nuestros vuelos. Hará una escala en Las Rocas, en el estado de La Bahía. Tomará otro vuelo hasta Los Canarios, en Santa Cecilia, y después irá a Palma Sola. Su avión despegará en unos veinte minutos.

Andrea se sintió tranquila. —Me alegra mucho saberlo. Gracias a Dios —dijo. La secretaria estaba agotada después de la búsqueda. Andrea pudo ponerse en su lugar. Ya le había contado todo lo que pasaba desde el principio, así que ambas sabían la importancia de trabajar con rapidez y efectividad. Y Andrea también sabía la presión que se posaba sobre los hombros de la secretaria. —Necesito hablar con esa pasajera —dijo Andrea.

—Tendré que contactar a nuestros jefes en la sede de Las Rocas. Ellos nos contactarán a su vez con ese aeropuerto, después con el personal de la salida y uno de ellos hablaría con la señora Higuera.

—Estupenda idea. ¿Entonces me ayudarás? —le preguntó. —Nuestro paciente se encuentra estable, pero no sabemos por cuánto tiempo estará así.

—Claro que lo haré. Lo lamento, pero debo volver a ponerte en espera.

—No te preocupes. Y muchas gracias.

Andrea volteó para relajarse mientras volvía a esperar. Pensó que alejarse de la habitación donde estaba el paciente la ayudaría a sentirse mejor. Si se quedaba allí, acabaría comiéndose todas las uñas por el nerviosismo.

Se giró de nuevo y llevó sus ojos hacia el resto del hospital. Contempló la amplia sala de espera. Había un niño con un ojo inflamado, una señora mayor sentada en silla de ruedas, una mujer con un recién nacido llorando y un hombre apuesto con una camiseta de un equipo deportivo.

Su mirada se detuvo en ese hombre. Aunque no podía ver sus ojos, algo en él le hacía pensar que lo conocía de algún lado. Quizás eran sus hormonas o sus sentimientos los que habían anticipado quién era el hombre en cuestión.

—Antonio, ¿eres tú?

Él no podía oírla. Estaba distante, y había varios vidrios que los separaban. Además, el teléfono del hospital estaba sujeto con cables. Antonio hablaba como si fuese un paciente más. ¿Por qué actuaba de ese modo? Su cuerpo no mostraba ningún síntoma.

Vio al niño con el ojo inflamado. Su mejilla estaba morada. Lo saludó efusivamente.

—Hola, señorita.

La madre del niño vio a Andrea. Ella sonrió gratamente. La madre notó su nombre en el uniforme blanco. —Me llamo Andrea Márquez. Trabajo aquí como enfermera.

—Soy Leonel.

—Leonel, es un gusto. Me gustaría que tu mamá me ayudara con algo. No puedo moverme de aquí, pero alguien debe hacerme un gran favor.

Los ojos del niño encontraron los de su mamá. Estaba intrigada. —Seguro. ¿Qué pudo hacer por usted?

—Que vaya allí y llame la atención de ese sujeto que está allí sentado —le pidió Andrea mientras apuntaba a Antonio. —Lo conozco, pero no me ve desde ahí.

—También lo conozco. Es muy amable —contó Leonel con regocijo. — Fue quien consiguió hielo para mí.

Andrea notó los ojos de Antonio otra vez. Definitivamente, solo él podría ser tan bondadoso—. Perfecto. Ya que lo conoces podrás ayudarme.

Ellos se miraron fijamente. —De acuerdo.

Dejó la bolsa gélida en una silla y se levantó. Aunque el dolor en su ojo era notable, caminó como si nada le pasara.

Andrea tomó papel, lo que abundaba siempre en un centro médico grande como ese. Todos estaban llenos de indicaciones. Entonces buscó una servilleta y encontró una al otro lado de la oficina. Estiró su cuerpo hasta donde pudo para alcanzarla, pero no pudo. El cable telefónico no era tan largo. Volvió a intentarlo, ahora con el pie, y pudo tomarla con el dedo pulgar de su pie izquierdo. Hizo otro esfuerzo para dejarlo en el piso, lo más cerca de ella. Entonces se agachó y pudo tomarlo con su mano.

Escribió con velocidad. —¿Qué haces aquí? —y le entregó la servilleta a Leonel.

El chico salió corriendo apresuradamente. Antonio recibió la servilleta tras recibir un codazo del niño. Antonio rió con las letras escritas rápidamente y dijo algo en voz baja que nadie pudo escuchar. Le dijo algo en el oído al chico y este salió corriendo.

—Dice que no trajo bolígrafo.

Claro que no lo haría. Tampoco se levantaría para buscar uno o conversar con Andrea.

Ella entregó un bolígrafo azul al chico y él se lo cedió a Antonio. Él apuntó unas palabras en la cara de la servilleta que aún estaba blanca.

Amo tus pantalones azules. Supongo que los combinaste con una tanga azul.

Contuvo su risa, aunque le costó.

¿Trabajo con afán para salvar la vida de un paciente y te imaginas el color de mi tanga?

Supuso que el chico no sabía leer, sobre todo las letras que escribía un doctor, pero decidió doblar la servilleta.

—Me has ayudado mucho —le dijo con alegría cuando él recibió la servilleta. —Si tu mamá lo permite, te regalaré una manzana.

—¡Gracias! —Volvió a correr para entregar la nota a Antonio. Volvió apresuradamente al cabo de unos segundos.

Lo hacía siempre cuando operaba. Dime si me acerco. Así sabré de qué color es. ¿Nos encontramos en el quirófano dos o en el tres?

—Señorita, ¿me escucha?

Andrea escuchó la voz de la secretaria y dejó de pensar en el cuerpo de Antonio. —Aquí estoy —respondió mientras olvidaba los quirófanos dos y

tres y se enfocaba en el uno, donde estaba el paciente fracturado.

—Ya ubicamos el avión donde va la señora Higuera. Ahora mis colegas en Las Rocas están buscándola.

—Te lo agradezco infinitamente. —La idea de Antonio era una locura: los quirófanos uno y dos no eran los mejores sitios para tener relaciones. Tenían cámaras de seguridad y ventanas. Se concentró, y le pidió ayuda a Dios para que los signos vitales del paciente se mantuvieran estables.

—¿Con quién hablo?. —Andrea oyó otra voz en el teléfono. —Supongo que usted es la señora Higuera —dijo Andrea.

—Así es. Soy Soledad Higuera.

Andrea conversó con ella mientras su mente se orientaba al paciente y cómo ser cuidadosa para contarle a su esposa.

Oswaldo Higuera entró al quirófano un rato después. Su esposa volaba a Los Canarios. Andrea se sintió contenta por su labor. Su marido pudo contarle a Soledad que había guardado un obsequio para dárselo en su aniversario de bodas número veinte, y le reveló dónde estaba, por si las cosas salían mal. Ella, por su parte, le contó que tendrían un nieto pronto, a lo sumo en Navidad y que sería un varoncito. Al decirse esas cosas tan familiares y felices, ambos ya podían sentirse relajados y alegres. Si pasaba algo, al menos ya se habían contado cosas que debían saber.

Andrea vio cómo Oswaldo estrechaba su mano como muestra de gratitud. Recibió anestesia unos segundos después. Un símbolo de agradecimiento significaba mucho para Andrea, especialmente en esas circunstancias. Era genuino y humano. Aunque no sucediera lo que todos esperaban, Andrea sentía que era agradable formar parte de la historia. La llamada y la espera habían merecido todo el esfuerzo. Golpearse levemente buscando la servilleta también. Entender las historias de vida de estas personas y buscar cómo reunirlos también. Antonio estaba todavía en la sala de espera. Ella se acercó a él. Bebía una gaseosa y leía un periódico viejo. —Oye, ¿qué haces?

Se levantó y estiró sus brazos mientras bostezaba. Vio la hora en su reloj. —Pensé que tu turno terminaba hacía dos horas.

—Perdimos ciento veinte minutos de sexo salvaje.

Su piel se erizó y su columna vertebral se convirtió en un nido de escalofríos. Un pensamiento congeló su deseo. Había trabajado tiempo extra

mientras Antonio quería tener sexo con ella.

Recordó a los pacientes. —Tuve que buscar a la esposa de un hombre que está agonizando en el quirófano. Debían despedirse, por si acaso.

—No está agonizando. Mientes —dijo Antonio, y cruzó sus brazos.

—Tuvo una caída fortísima —le respondió con asombro.

—Y cuando llegó, sus signos vitales se estabilizaron —le contó Antonio. —Detuvieron la hemorragia. Pablo Miranda lo operó.

Hablaba del cirujano Miranda, considerado el mejor de Palma Sola después de él. Era un doctor tan talentoso como él—. No tiene heridas graves, pero tendrán que recuperar el tramo del colon que sufrió daños y revisar constantemente su columna. Me asombra que no se fracturara la cabeza ni el cuello. Y me alegra por él.

Ella sintió un asombro abismal. —¿Quién te contó todos esos detalles?

Encogió sus hombros y bajó sus brazos. —Los paramédicos los dijeron cuando lo trajeron. Cuando me levanté para ir a buscarte porque supuestamente terminaba tu turno, escuché la lectura del caso que hizo el doctor Contreras en su escritorio. Vi de reojo sus exámenes y la radiografía de su pecho.

Ella notó que hablaba con un tono presumido. Analizó cada palabra que había escuchado. —Entonces los viste de reojo.

—No sabía cuánto tiempo tendría que esperarte. No me he movido de aquí.

—¿Tanto querías verme?

La vio con tanta malicia que ella recordó sus preguntas previas sobre su ropa interior. —Mucho —dijo con simpleza.

Se sentía a gusto sabiendo que el deseo era mutuo. Antonio estaba en el hospital porque ella estaba ahí, trabajando, salvando vidas, curando heridas. Los ayudaba porque no podía evitarlo. Y también ayudaba a los que estaban en otros lugares. Todo ese esfuerzo y motivación constituían una valiosa parte de su personalidad.

—¿Leíste su expediente médico por mí? ¿No para saber más? —dijo mientras lo miraba profundamente. —¿No lo hiciste porque te interesaba su salud?

Él mantuvo su mirada sobre la de ella. No se atrevió a rechazar su planteamiento. —Me gustaría que nos fuéramos —dijo, esbozando una expresión de desgano.

—No nos iremos todavía. Primero quiero que reconozcas que lo que

hicimos nosotros por ese hombre, buscando mil formas de contactar a su esposa para que se despidieran, fue una acción importante. No me importa si no quieres involucrarte, pero al menos admite el valor de lo que hacemos aquí —. Hablaba en voz alta, como si quisiera reclamarle una respuesta contundente.

Finalmente, se lo había dicho. Le revelaba el dilema que enfrentaba. Antonio podía renunciar al hospital y dejar de hacer su trabajo ahí, y parecería que esa fuese una demostración de que el trabajo de Andrea no tenía ningún valor. Pero ella quería que él se lo diese, aunque no estuviera ya en Emergencias.

—Su esposa pudo haber esperado que saliera de la operación para hablar con él —señaló Antonio con frialdad.

Tocó uno de los botones de su camisa. Lo hacía para captar toda su atención. —No sabíamos si eso iba a pasar o no —le respondió. —Ninguno tenía la certeza de que saldría bien de la operación. Teníamos que garantizarle esa conversación. Hazte un favor y reconócelo. Aunque nuestros pacientes mueran, lo que hacemos por ellos tiene mucho valor para todos.

¿Por qué era importante que él lo reconociera? Ella no lo sabía, pero quería que él lo hiciera.

Ambos se vieron fijamente. No movían sus miradas, por lo que ella empezó a ponerse ansiosa.

Antonio tocó su muñeca derecha. Andrea se separó del botón. Su mano siguió sobre ella. Luego él la haló hacia su pecho. Notó la velocidad de los latidos de su corazón, como si fuese un auto de carreras.

—Tienes un don para hacer el bien. Eso me encanta. Te preocupas por los demás, y eso también me encanta. Quiero que estés conmigo siempre, no solo como enfermera, sino como mujer.

Vio un destello de honestidad en su expresión y tragó grueso mientras se contenía.

—Aunque debo decir... —dijo, pero se interrumpió.

—Las cosas pueden cambiar, aunque no seas una copia fiel de tu padre. No tienes que imitar todas sus acciones. —Su frase lo sorprendió—. Entiende que....

—Entiéndeme tú a mí —le dijo. —Los dos ayudamos como podemos. No pongas todo el peso de la ayuda a los demás sobre ti. No tienes que reventarte todas las noches en ese hospital. Deja que los demás también actúen y ayuden. Te relajarás. Además, ellos también *tienen que hacerlo*”.

Ella no sabía qué decir para rebatir esos argumentos. Quedó estupefacta.

—Oigan...

Una mujer les hablaba desde la entrada de la sala. Ella veía fijamente a Antonio.

—Vine porque... —dijo la mujer, y continuó, —creo que eres el doctor que habló con mi madre. ¿Fuiste tú quien conversó con Estefanía Santos mientras esperaba que le realizaran una radiografía?

Andrea vio ambos rostros. —¿Antonio?. —Sintió que estaba derrotada.

Capítulo 9

Carajo.

—¿Antonio, puedes decirme quién es Estefanía Santos? —le preguntó Andrea.

—Es una señora amistosa que conocí mientras esperaba.

—Continúa —le pidió Andrea.

—No tengo nada más que decir.

La mujer no disimulaba su asombro. Vio la ropa casual de Antonio. —¿Eres doctor? Mi madre me contó que había hablado con un médico que usaba camiseta y vaqueros y que estaba en la sala de espera. Me pareció raro.

—Sí es doctor —le dijo Andrea con velocidad. Suspiró.

—Vaya.... —Entonces se calmó. —Me pidió que te entregara esto.

Había trozos de papel arrancados de un cuaderno. Vio las notas y se le escapó una sonrisa. Había escrito recetas para sopas y pollo y otra que Estefanía había denominado “las donas especiales de Estefanía para romper la dieta.

Vio alegremente a su hija. —Te agradezco que hayas venido. Y por favor, agradécele de mi parte. Mi corazón se derrite al saber que ella hizo esto por mí.

—Le encantó hacerlo. Le ayudó a olvidar que pronto le entregarían los resultados de los exámenes médicos.

—Pensé que solo le harían una tomografía —le dijo Antonio. Hubiera podido pedir él mismo que le realizaran esas pruebas.

La mujer afirmó con su cabeza. —Sí, una radiografía y unas pruebas de sangre. Ellos me hablaron en unos términos médicos que no comprendí en absoluto. Detectaron una pequeña masa. Entendí que estaban satisfechos por haber detectado el problema a tiempo. También quieren revisar para comprobar que no hay nada más. Entonces me pidió que viniera a darte esto y que te preguntara si te parecía correcto que le realizaran esos exámenes.

Antonio estaba temeroso. Le pareció que los médicos tenían la intención de realizarle una resonancia para ver algo más. Habrían visto la tomografía y habrían sospechado algo. Sin embargo, sus manos estaban atadas. La señora Estefanía no estaba en su lista de pacientes. Esto no le incumbía.

No obstante, él ya la había ayudado y ella ya lo consideraba una persona especial. Una especie de héroe. Tendría que hacer más.

—Conozco a un doctor en este hospital. Es el mejor neurólogo del estado — le contó Antonio. Había planificado sorprender a Andrea y que ella se sintiera contenta por su juego de en el centro. Pero su crianza al lado de su padre, sus años duros en la universidad y su estadía en Tailandia le habían llevado a ciertos automatismos, como querer atender a una señora mayor cuyos resultados médicos despertaban alerta. —Le pediré que revise a tu madre —completó.

Paúl lo haría mejor que él. No se había contaminado poniendo sus sentimientos en el medio. Tampoco quería estar haciendo cosas buenas a cada rato para ver la alegría en la cara de Andrea.

—¿Antonio?. —Recordó que Andrea estaba allí. Qué cagada.

Él entrecerró sus ojos. Contempló a la mujer que había querido llevar a la cama, pero que en sus pensamientos aparecía sin que él lo solicitara como un ángel que ayudaba al resto de la gente con compasión y una cara solidaria. Ella estaba feliz. Lo supo por el brillo de sus ojos. Su felicidad no venía porque él le hubiera hecho el amor. Involucraba otras cosas muy distintas.

La mañana había sido agradable. La señora Santos esperaba sus resultados y el paciente fracturado de Andrea seguramente reaccionaría de la anestesia mientras su esposa lo acariciaba.

Él sabía que había conocido a Estefanía Santos por su deseo de estar con Andrea. Y si ella hubiera aceptado acostarse con él desde el primer momento, nada de esto hubiera pasado. Probablemente él ya estaría con otra chica.

Llamó por el teléfono del hospital.

—Habla el doctor Peña. Quiero ver los resultados de los exámenes de la paciente Estefanía Santos —le dijo a la enfermera que atendió la llamada.

La enfermera le dio toda la información que estaba solicitando unos minutos después.

—Se le agradezco, señorita. —Colgó la llamada. —Por favor dime dónde está tu mamá —le dijo Antonio a la mujer.

—Está en la habitación treinta y cinco.

Tomó el teléfono de nuevo y llamó a la habitación. Una voz lo saludó de inmediato. —¿Quién es?

—Estefanía, te habla Antonio. Conversamos en la sala de espera.

—¿Eres Antonio? ¿Mi hija Alicia habló contigo? Le dije que te buscara.

Estefanía era una anciana cándida incluso para hablar. Tenía que ayudarla. —Claro que sí. Está conmigo —le dijo—. Estefanía, ya tengo los resultados de los exámenes. Veo que tus doctores quieren realizar una resonancia, lo cual

me parece muy conveniente.

—¿En serio le parece una buena idea? —le preguntó Estefanía con temor.

—Por supuesto que sí. Hay que descartar todo —le dijo. —Pero no te preocupes. Los doctores son muy profesionales. Confía en ellos. Harán un buen trabajo.

—Confío solo en usted. Quiero que sea usted quien haga la resonancia.

Antonio mostró una sonrisa tímida. Tendría que enviarle rosas a Estefanía, pero evitando que Andrea se diera cuenta.

—No haría un buen trabajo como ellos —dijo—. No sé nada sobre cómo hacer resonancias. Te aseguro que estropearía las máquinas.

—Vaya.

—Le pedí al doctor Vásquez que pasé por tu habitación mañana a primera hora —dijo Antonio, frenando los argumentos cálidos de la señora. —Es mi amigo y revisará tu caso. Solo haz lo que te pida.

Recordó que debía llamar al doctor antes de ordenar flores para ella. Estefanía quedó en silencio. Después respiró profundamente a través del auricular—. De acuerdo.

—Acabo de recordar, supongo que no sabes dónde deleitarse con unas buenas galletas de maní en Palma Sola.

—¿Dijo galletas de maní? —preguntó con algo de asombro. —Sí lo sé. De hecho, soy yo quien las hace. Y me quedan deliciosas, modestia aparte.

Era la respuesta perfecta. —Entonces me gustaría que prepararas muchas galletas de maní cuando llegues a tu casa para que las regales a todos los doctores y enfermeras que te ayuden. ¿Lo harías?

Al plantearle esa idea, Antonio esperaba que Estefanía creyera que todo saldría bien y estaría en su casa en pocos días. Él no tenía ninguna certeza sobre lo que pasaría, pero sus frases evitaban que ella se sintiera nerviosa. Y si sabía hacer galletas, era oportuno que se las regalara al personal, pues ellos lo necesitaban para aliviarse un poco. Sin contar que las galletas de maní estaban en el primer lugar de su lista de galletas favoritas.

Se agitó con los pensamientos.

Él no las comería. Si le gustaban o no las galletas de maní no era relevante. Pero evitó agregar alguna frase cuando Estefanía retomó la conversación con su voz cálida. —Lo haré.

Colgaron los teléfonos. Antonio trató de ordenar su mente antes de ver los rostros expectantes de Alicia y Andrea. Estefanía Santos se había ganado su

cariño y pasaría por su habitación al menos una vez a la semana. O dos. Su cariño por ella sería aún mayor. Y podría saber en cuarenta y ocho horas si su cerebro estaba bien, tenía un tumor o algo más simple.

Qué cagada.

Él solo quería estar tranquilo. Pero la frustración, la molestia y la preocupación por la señora eran las emociones que lo acongojaban.

Todo por culpa de una enfermera con cabello rubio y ojos azules.

Debía buscar la manera de sacarse toda la presión de encima. Y su mente le dio la forma perfecta de hacerlo.

—Alicia —le dijo. Ella volteó—. Estefanía estará bien cuidada. Sabe qué quieren los médicos. Puedes estar calmada.

—Se lo agradezco, doctor....

—Antonio —dijo con firmeza. —No tienes que agradecerme nada. Tu mamá me hechizó desde el principio con su calidez.

Alicia sonreía al tiempo que lloraba de felicidad. —Lo sé. —Y salió.

—Tú y yo debemos irnos —le dijo a Andrea mientras tomaba su mano. Caminaron hacia la salida del hospital. De nuevo. Pero ahora Antonio estaba seguro de que nada lo detendría.

“¿Adónde me llevas? —le preguntó mientras corría. Ella iba unos pasos detrás de él.

—Fuera del hospital.

—¿Exactamente dónde?

—A cualquier sitio.

Andrea dejó de caminar. —¿Hablas en serio?

Andrea se sorprendió cuando vio el rostro de Antonio.

—Oye con atención —le dijo Antonio, mientras cruzaba sus brazos y fruncía su ceño. —Jugué con los chicos y conversé con ellos, Fui un hombre ejemplar mientras estuve ahí. Te esperé en el hospital dos horas. Estefanía Santos casi me adopta como su nieto. Creo que llevo varias acciones solidarias. Así que tienes que retribuirme con unas cuantas cosas alocadas. Me toca a mí hacer lo que quiero. Sube al auto.

Encendió su enorme camioneta mientras Andrea tomaba su bolso. Unos segundos después se paró frente a la puerta del copiloto y luego subió.

Abrochó su cinturón y puso el bolso bajo sus piernas. a tu apartamento —le dijo ella. Se abstuvo de comentar algo sobre lo que había pasado. Aparentemente, él quería iniciar una discusión. Y no llegarían a ninguna parte discutiendo.

—Tengo que detenerme.

—¿Para qué?

Antonio manejó fuera de la autopista. Tomó un carril para girar a la derecha y se detuvo en una luz roja—. Para que cambies tu vestuario—. La recorrió atrevidamente con sus ojos.

Andrea vio su uniforme. Estaba nerviosa. Portaba una bata rosada y zapatos blancos. —No entiendo para qué voy a cambiar mi uniforme"

—Hoy quiero ver tu lado sensual, con tan poca ropa que podríamos quitártela rápidamente. Ya no quiero verte vestida como la enfermera solidaria y que se preocupa porque todo salga bien. Vistes como la mujer que todas las noches cura a los heridos y respeta las reglas. La mujer que está convencida de que todos tienen que hacer lo mismo que tú.

Ahora lo entendía. Estaba llena de deseo, pero comprendía que había otras cosas en el medio. Ese uniforme le recordaba a Antonio las ganas que tenía de alejarse del hospital y esa rutina. Sin embargo, sí quería estar cerca de ella. Entonces tenía que cambiar su atuendo para olvidar todos los rastros del hospital y sentir que había algo más que una simple necesidad de tener relaciones.

Y a Andrea le parecía buena idea, porque quería mantenerlo a su lado. Tener relaciones en un momento como ese le parecía necesario para no tener que preocuparse por el rumbo que estaba tomando la relación.

Se convenció de poner toda su atención en tener un encuentro sexual con él y dejar lo demás en algún rincón apartado de su mente. Y pensar en eso después. Mucho después. Y un atuendo diferente la ayudaría, pues su uniforme solo le hacía adherirse más a la parte caritativa de su personalidad y no en la chica atrevida que se escondía bajo esa bata.

—¿Me prefieres con poca ropa o sin ropa? —le preguntó. —En mi caso, preferiría estar desnuda.

Antonio sonrió con picardía. Ella supo que estaba desnudándola mentalmente. Se acercó a ella y Andrea también se acercó sin pensarlo. —Tengo que decirte....

—Te oigo... —dijo con nerviosismo.

Su mano abrazó su boca. —Creo que nos harán falta unas botas altas.

Como las que usan las prostitutas.

—Pero... —dijo ella con titubeos. Se separó de él y esperó una respuesta diferente. —¿Hablas de botas negras de puta?

—Sí, botas altas, con largos tacones. Las botas negras que usan las chicas de la calle.

—Chicas de la calle—, repitió. Estaba impactada. Imaginó que Antonio la veía como una callejera.

—Me lo debes —dijo—. He respetado a todo el mundo y no me he involucrado en más líos. —Tocó su boca y se deslizó por ella.

Los labios de Andrea se humedecieron al sentir que Antonio retiraba su dedo.

—Creo que me toca ser atrevido a partir de ahora. —Vio su boca húmeda y el deseo cabalgó por su cuerpo.

—¿Ya estás pensando en algo?.

—Totalmente —le dijo con voz suave.

Había hecho muchas cosas positivas. Jugaba con los chicos del centro y los animaba a seguir adelante. En una ocasión había preparado comida tailandesa para ellos y los familiares que quisieran ir. Manuel había avanzado en su proyecto escolar sobre los síntomas de la diabetes gracias a él. Los había orientado para que compraran el mejor coche para el hijo de María. Una larga lista que demostraba sus nobles intenciones. Ciertamente, había respetado el acuerdo.

Pero la diversión también formaba parte de sus días, pues había conocido a una señora agradable en la sala de espera y había compartido con muchos conductores designados en el cafetín. Ahora quería otro tipo de diversión. Y Andrea comprendía qué tipo de diversión buscaba.

Y no le parecía mal después de todo. —Entonces vamos a una tienda —le pidió.

Podría haber ido a buscar ropa en su armario, pero las ropas atrevidas de su adolescencia ya no estaban ahí.

Antonio se mostró impactado, pero reaccionó luego con ligereza.

—Yo pagaré la factura —le dijo Andrea

—No sabes cuánto me divierte escuchar eso.

Andrea sonrió.

Él se mantuvo en silencio. Andrea podía pensar qué cosas pasarían durante la larga noche en ese tramo de enmudecimiento de Antonio mientras manejaba. Había mucha tensión sexual. Cada metro que recorrían solo ahondaba sus ganas de estar con él. Por un momento quiso salir o pedirle a Antonio que parara.

Antonio tocó intrépidamente sus piernas. Andrea se agitó.

Su mirada seguía en el camino y sus dedos sobre sus muslos.

Andrea se molestó. —¿Eso te enfada? —le preguntó, pero era ella la que estaba enfadada... y excitada. —Relájate —le pidió con voz firme.

—Me haces pensar en cómo te moverás cuando te penetre. Como no puedo cogerte aquí mismo, te pido que te controles, porque si te mueves de ese modo no puedo manejar con atención —dijo.

Se quedó inerte mientras su mano mantenía el contacto. Sin embargo, sus dedos cálidos no eran precisamente de mucha ayuda.

—Creo... —dijo ella con voz baja. Tomó aire y volvió a hablar. —Creo que deberíamos ir a tu apartamento. —Antonio la oyó con atención.

Él se negó. —El recuerdo de tu cuerpo en mi toalla no me ha abandonado. Quiero que luzcas otra cosa que no sea ese uniforme de enfermera o esa toalla. Así podré deleitarme con tu piel y hacer lo que me provoque.

No había forma de rechazar esa oferta.

Su mano comenzó a recorrer sus piernas y ella quedó sin aliento.

Otra luz roja hizo que Antonio detuviera el auto. Sus dedos pasaron desde su ingle hasta su cuello. Besó sus labios con fogosidad. Una llama de placer se encendió en el vientre de Andrea. Y luego en su clítoris. Los labios de Antonio se movían con frenesí sobre los de ella, pasando raudamente hacia su lengua. Ansiaba que él chupara sus tetas, que rozara su vagina sin clemencia y la llevara a lugares paradisiacos que ella ni siquiera había imaginado. Quería que él la tocara salvajemente para que acabara con tanta espera.

Un auto tocó el claxon detrás de Antonio. Él reaccionó sobresaltado. Retrocedió su cara mientras recuperaba el aire. —Sentir la dulzura de tu boca. Esa era la primera cosa que quería hacerte.

Comenzó a transitar otra vez por la carretera. Las llantas chirriaron levemente. Unos segundos después giró a la derecha.

—Me alegra saber que me percibes como una chica dulce. — Generalmente lo era. Y quería parecerlo más.

Antonio sonrió tímidamente. —Sí, lo tengo claro hace tiempo. Y lo que haremos te encantará, te lo aseguro. Te gustará tanto como a mí.

Ella pensó que podría tener razón.

Iban rumbo al centro comercial que tenía tiendas mayoristas de ropa. — ¿Cómo sabes tanto sobre botas de puta? —le preguntó Andrea.

—Lo único que sé es que quizás no has usado botas de ese tipo. —Volvió

a sonreír.

Realmente no las había usado. Nunca. Botas altas sí, pero no tan altas. Además, no eran sus predilectas. —Es verdad.

—Me encanta saberlo —dijo mientras veía las grandes tiendas del frente—. He pensado cómo será tu ropa interior y cómo me sentiré cuando te bese tanto que te quedes sin lápiz labial. Creo que es el momento—. Estacionó, apagó el auto y la vio.

Ella vio la tienda mayorista. Había muchas faldas negras cortas y blusas con círculos negros. Se alegró un poco de estar ahí, lo que la impactó. Aunque no tanto como cuando recordó lo que quería él. Sabía incluso mejor que Antonio lo que esperaba de esa noche. Él era creativo, pero ella tenía mucha experiencia.

Andrea salió de la camioneta mientras aplacaba las voces intrigantes de su mente y su memoria inquieta.

—¿Has venido aquí? —le preguntó.

—Sí. Vine varias veces a comprar discos en la tienda musical hace unos meses —le contó Antonio mientras señalaba la disco tienda al extremo derecho del centro comercial. —Es un sitio maravilloso y llamativo.

Llamativo. Precisamente como la tienda de ropa de putas. Lujuria.

—Entremos—. Andrea salió de la camioneta y caminó hacia la tienda. Los días de su adolescencia volvieron a su mente.

Su padre había hecho todo lo posible para que ella y sus hermanos entendieran cómo funcionaba el mundo y crecieran como seres humanos apasionados, viendo todo lo bueno y lo malo de la realidad. Les mostró las consecuencias de las adicciones, el odio, el racismo, la xenofobia, las infidelidades y la violencia. Pretendía que vieran la crudeza de la verdad y los abusos. Con Andrea, lo había logrado. Ahora era una mujer solidaria y respetuosa. Se motivaba a mejorar la vida de la gente. No obstante, se había descuidado y había olvidado cómo entretenerse.

Se encontró con Antonio en la puerta de la tienda. Recordó que estaba agotada de emprender esas discusiones con su padre y tratar de convencerlo de hacer lo contrario a lo que hacía. Agotada de sentirse molesta o triste por tanta presión. En su cumpleaños número dieciocho, decidió que era la hora de pasarla bien y olvidar todo lo que su padre le hacía.

Pero se divirtió tanto que dos años después casi muere. La había salvado su padre al llegar a su apartamento unas horas antes.

Él tomó su mano. —Parece que nos divertiremos mucho.

Mostró una sonrisa fingida. Sabía lo que era atravesar una crisis. La memoria la abrumaba. Había estado triste, nerviosa y sin un centavo en los bolsillos. Solo había podido valorar la vida una vez que su padre había fallecido. Su esfuerzo para levantar el centro había sido enorme. Tanto como el que había hecho para criar a sus hermanos. Una experiencia que le había demostrado que finalmente había aprendido, por las malas, las enseñanzas de su padre.

Antonio abrió la puerta de la tienda para que pasara. Una vendedora los saludó. Les dijo su nombre y apellido, pero ellos no escucharon. Solo podían ver la ropa, o la poca ropa, que usaba.

Su cuerpo le encantaría a cualquiera. Una mujer muy atractiva, sin duda. Sin embargo, incluso para ella parecía demasiado la ropa tan seductora. Una mínima tanga blanca, casi transparente, y un sostén que apenas tenía algunos hilos, se asomaba por su anatomía. —Ese me parece bien—dijo él señalando su tanga.

Andrea se sorprendió al ver que finalmente Antonio ya no veía, o desnudaba a la chica. —¿Buscas algo específico? —preguntó la sexy vendedora.

—No sé si haya algo más que puedas mostrarme —dijo Andrea con sarcasmo.

Antonio se contuvo para no reír—. Te diré qué puedes hacer por nosotros —. Le explicó a la vendedora que buscaba ropa sexy para Andrea mientras le daba dos billetes de cien. También le dijo que era un obsequio para ella y que esperaba que pudiera probárselo. Le dijo que le gustaría que Andrea aguardara en un probador mientras él buscaba. Y que eso era todo.

Ella recibió los billetes y mostró los probadores. Se notaba cansada. Aunque no había más compradores, su actitud era de irreverencia. Parecía que la satisfacción de los clientes no era su objetivo.

—¿Ya encontraste algo? —le preguntó Andrea a Antonio. Ya la chica se había ido.

—Quizás lo que me gusta a mí no sea de tu agrado —le respondió él. Él sonrió y se deleitó con toda la ropa que veía.

Andrea sonrió. —No creo que la ropa sea muy distinta.

Los atuendos, ciertamente, eran muy parecidos. El centro de la tienda estaba lleno de ropa con poca tela con descuento.

—Hay ropa para putas elegantes —dijo ella mientras miraba los “trajes”

elegantes. —También hay para más atrevidas —indicó mientras mostraba vestuarios como el vestido de enfermera o un traje de bailarina pervertida.

Veía la lencería con descuerdo—. Acá lo que no podía faltar: ropa para una fiesta de zorras—, continuó.

Antonio veía todos los trajes y su expresión era de alegría. —Creo que puedo mudarme a esta tienda. —Era el hombre más feliz que había visitado el lugar.

Andrea se sentó a esperar un rato. Después dio unos pasos por otro pasillo y descansó contra una de las columnas. Se vio en uno de los grandes espejos y sintió temor. Entonces volvió a sentarse para calmarse. Pero no podía relajarse por completo, así que volvió a levantarse. Se preguntó dónde estaba Antonio.

Un sonido anticipó su llegada. La puerta se abrió delante de él. Sonreía mientras sostenía una bolsa de la tienda. Era de un color rojo brillante. —¿Preparada para probarte la ropa?

—Claro que sí—. Quería negarse, pero sabía que en ese momento ya no podía

Fue a los probadores. Sintió que la tienda reducía su tamaño y ella apenas cabía. Pero se volvió muy íntimo en el momento en el que Antonio cerró de un portazo y cerró el probador con llave. Ella sintió que él quería devorarla. La vio con malicia.

Antonio quedó inmóvil mientras veía su cara y luego paseaba por su esbelta piel. Aunque no se tocaban, su cuerpo sentía el estremecimiento de su mirada. —Lo haremos como yo diga —le ordenó él. Ella dio un paso hacia él.

Esas palabras sonaron como una orden. Era el instante que esperaba. El instante en el que olvidaría todo. Ya ella había aprendido que podía pasarla bien en otro lugar que no fuese el hospital. Que podía ayudar a los demás y al mismo tiempo divertirse. Y que eso no tenía por qué hacerla sentir culpable. Y que incluso esas acciones que realizaba para sí misma le permitían tranquilizarse más para después trabajar de una forma más despreocupada.

Era el instante. El instante en el que Andrea sentía que lo obedecería sin aspavientos. Su mirada delataba el profundo deseo que sentía. Un deseo insaciable de querer lamer y tocar cada hebra de su piel mientras la penetraba. Sus venas

parecían saltar.

Dio otro paso, pero se contuvo para no tocarlo. —Así será —le dijo.

Eso solo le desató más hambre y excitación en Antonio.

—Me encantas —le dijo él con mucha suavidad. —Pasaste de protagonizar mis sueños más hermosos a ser la cara más agradable de mi realidad. —Él dio un paso y sus pies quedaron entre los de ella.

—Quiero que te quites esa blusa. —Hablaba como si fuera su jefe.

Ella se sintió excitada de inmediato, aunque con algo de culpa por no rechazar su tono de voz. Ella había procurado dominar las relaciones. No importaba si se trataba de amigos, compañeros de trabajo o novios que quisieran tocarla más de lo que a ella le parecía bien.

Pero con él podía dejarse dominar, y eso la asombró bastante.

Humedeció su boca. Quedó en silencio. Entonces tomó su camisa y se la quitó. Recordó qué sostén se había puesto la noche anterior. Era rosado brillante y se veía muy sexy sujetando a sus tetas.

—Me gusta —dijo él.

Su blusa cayó al piso unos segundos después. —Quítate esos pantalones.

Habló con más autoridad. A Andrea le estaba costando mantenerse en pie.

Él seguía contemplando la mirada de Andrea. Ella sintió cómo sus senos se levantaban de la emoción. Con su mirada penetrante, ella no tenía forma de responder sin que él no notara cómo su cuerpo ya se sentía erizado. Y era consciente de que Antonio lo hacía intencionalmente, para saber qué la ponía caliente. Y así calentarse él también.

Ella desabrochó sus pantalones. Estaba temblorosa, pero pudo hacerlo rápidamente. Antonio se deshizo de la bolsa y tocó su cintura. Ella saltó del nerviosismo. Sus pantalones cayeron.

—Se suponía que no iba a tocarte —le dijo besando sus hombros y después besando su cuello. —Pero no puedo detenerme.

Él todavía estaba vestido. Ella apenas llevaba sostén. Le encantó verse así a su lado.

Antonio sintió que su pene se levantaba. Estaba feliz de ver que las cosas sucedían como las había recreado en su mente. Era una fantasía que salía perfecta. Incluso el hecho de desnudarla en el probador, que había sido lo

último que se le había ocurrido, había salido perfecto.

Se asomó a la tienda para corroborar que no hubiera nadie que no fuese un vendedor al que pudiera sobornar. No había moros en la costa.

—Quítate ese sostén —le pidió con rudeza.

—Quedaré desnuda.

—Exacto. Elegí ropa que no amerita ese sostén —le dijo.

—¿Sin sostén? —reclamó.

Él rió y tapó su boca. Ella no había mostrado sus senos, al menos en público, pero le excitó saber que su erección aumentaría si ella se despojaba de su sostén.

—Hazlo.

Sin poder controlar sus dedos, los puso en su espalda y los dejó caer sobre el piso. Estaba en silencio otra vez.

Se sintió plena al mostrarse completamente desnuda. Pero necesitaba que él la tocara como si el mundo fuese a acabarse mañana. De lo contrario, perdería la razón rápidamente.

Antonio dio unos pasos hacia ella y la tomó para para que Andrea quedara frente al espejo. Él estaba detrás, con su abdomen tocando su espalda. Andrea movió su culo y Antonio se inquietó levemente, preguntándose si ella sabía lo que hacía o se movía por nerviosismo. Sus dedos se deslizaron sobre ella.

Tocó sus senos simultáneamente. Sintió que pedían sus caricias cuando Andrea retrocedió un poco para que sus manos pasaran sin problemas por su abdomen. Se excitó más. Una ola de deseo aún mayor pasó por su piel cuando la vio en el espejo. Andrea se vio y contempló su cabello sobre sus hombros y luego sobre las manos de Antonio. Su respiración estaba entrecortada. Como esos rizos rebeldes tapaban parte del panorama, tomó todo el cabello y lo llevó hacia atrás. Quiso acariciarlo con lentitud, pero se concentró en las tetas. Entonces las tocó mientras su respiración ansiosa se aceleraba. Las apretó con lujuria y luego las soltó poco a poco.

Andrea respondió con varios gemidos.

Los volvió a tocar sin piedad. Se recreaba con su mirada perdida y los gemidos contundentes que salían de sus labios húmedos. Bajó sus dedos y los dejó en su abdomen mientras ella se inclinaba hacia él.

Puso su cara en su hombro mientras ella trataba de apaciguar sus temblores.

—Debo quitarte estas bragas —le dijo con su voz cálida sobre su oído.

—Hazlo.

Recibió sus palabras con alegría. Entonces puso sus manos en su cintura y las deslizó por sus. Las haló hacia abajo. Quedaron en el piso al cabo de unos segundos.

Antonio dejó de moverse. Veía fijamente el espejo para descubrir otra vez el cuerpo desnudo de Andrea. Una anatomía que se mostraba exclusivamente para él en un espacio diseñado para que los cuerpos se mostraran con todo detalle bajo unas luces estruendosas.

—Vaya... Creo que ya te dije que eres hermosa, pero quiero repetírtelo —le dijo con aspereza.

Andrea iba a responderle, pero él tocó su clítoris y ella no pudo hablar. Ella gimió con cada movimiento palpitante de Antonio. Él metió dos dedos en sus labios vaginales y sintió el jugo de su interior recibéndolo—. Mierda, qué empapada estás —dijo exaltado.

Llevó sus manos a su propio cuerpo, tomándose por la cintura mientras apoyaba de nuevo su cabeza en el hombro de Andrea. Tomó su pene y lo llevó fuera de sus pantalones. Sintió la erección y suspiró, pero como no quería dejar de ver los ojos de Andrea en el espejo, volvió a mirarlos con firmeza.

Andrea se inclinó un poco, con su cara perdida por el placer. Sintió cómo las manos de Antonio volvían a tocarla y unos gemidos escaparon de su boca. Esa no era la respuesta que él quería oír. Necesitaba escuchar desenfreno, gritos y frases salvajes.

Entonces introdujo otro dedo en su cavidad y tomó su clítoris. Lo palpó con firmeza y logró que Andrea se retorciera con su movimiento. Para que ella no perdiera el equilibrio la contuvo con una mano en su muslo. Estaba muy empapada. Ella llevó su mano sobre la suya. Si hubiera sabido que eso era tan excitante, lo habría hecho hacía mucho tiempo, se dijo ella.

—Quiero tocarte, Antonio —le dijo entre murmullos y gemidos. —Y que me veas. Necesito que abras tus ojos.

Él sintió que controlar la situación no era algo que ella dejara que un hombre hiciera, y que se sentía cómoda con la novedad. Sabía que se sentía bien dejando que fuese Antonio el primer hombre que le ordenara cosas en medio de un momento de placer. Encontró sus ojos en el espejo. Sus labios se humedecieron nuevamente. Extendió sus dedos y los dejó caer sobre uno de los senos de Andrea mientras los otros empujaban en la vagina de Andrea. Y no dejaba de mirarla.

—Quiero que te vengas —le dijo al oído.

—Me parece una excelente idea —le respondió Andrea con placer. Quitó la mano que palpaba su clítoris, volteó para tomar su camisa, lo llevó sobre su cara y lo besó con toda la pasión posible. Sus lenguas quedaron atrapadas entre ellas.

Tomó su cintura y haló su cuerpo. Su vagina quedó apretada con su erección inmensa y vibrante.

Se mantuvieron allí, sintiéndose. —Eso es —le dijo, jadeante. —Es ahí donde quiero estar.

Ella llevó una de sus manos hacia abajo y sintió su pene sediento. —No te imaginas cuánto deseo que me poseas. Es lo que más quiero ahora.

La tomó por el cuello y la besó con el fuego inclemente de sus labios. Carajo. Todo en Andrea era sensacional. Todo. Su forma de hablar, la palma de su mano frotando su erección. La realidad superaba su fantasía.

Antonio se movía con agilidad por su cuerpo, pero ella quería ser penetrada por su pene erecto cuanto antes y que esa erección la llevara a la cumbre del placer. Por primera vez en toda su vida, Andrea sentía una excitación que la desbordaba.

Tomó de nuevo su erección. Era como si su piel reclamara la suya. Antonio soltó varios alaridos de placer y ella se sintió más excitada.

Él se reclinó mientras ella le proporcionaba placer con sus movimientos sobre su pene.

—Andrea, no quería que hiciéramos tanto —le informó con brusquedad. —Pero ya hemos hecho tantas cosas que ahora necesito meter mi pene dentro de ti. Moriré si no lo hago.

Ella recibió sus palabras con satisfacción. Iba a contestarle, pero alguien tocó la puerta del probador. —Dime cómo vas —dijo la vendedora. Andrea no podía recordar su nombre.

Andrea sonrió mientras lo veía intentar responder con alguna frase coherente. Él buscó algo de aliento para dejar que ella contestara la pregunta.

—Vamos... voy bien —dijo, pero su voz sonaba afónica.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó la vendedora. —¿Una talla más grande?

Ella contuvo una carcajada mientras tocaba el glande del pene de Antonio.
—No es necesario. Este tamaño está bien —dijo él. Ella lo tocó de nuevo.

—De acuerdo. Estaré aquí si necesitas algo —le dijo la vendedora con suavidad.

—Gracias. Te daré una buena propina —dijo. Cerró su boca y respiró profundo. —Compraré todo esto.

—Muy bien —dijo la chica, hablando con más suavidad. —Te esperaré en la caja.

—No creo que la necesitemos —le dijo Andrea a Antonio.

Antonio mantenía sus ojos cerrados, sus hombros muy tensos y sus oídos calientes mientras Andrea apretaba su pene.

—No la necesitaremos en absolutos —le dijo mientras le indicaba la bolsa en el suelo. —Solo te necesito a ti, con esa falda sexy —añadió con dificultad.

Ella escuchó, pero no se detuvo. Tomó su pene con mayor intensidad, esperando recibir de él miles de gemidos y súplicas de placer. Vio la expresión en su rostro y lo supo. Antonio pronto acabaría. Era suyo. En ese instante. Y durante toda la noche. Ella deseaba con ansiedad extrema tomarlo con todas sus fuerzas. Que no lograra pensar en otra cosa que no fuese ya.

Bajó sus pantalones lentamente y lo despojó de sus interiores. Se inclinó y lamió la punta de su pene.

Él calló su boca con sus manos. Retrocedió y la alejó de él.

—Así no —le ordenó.

Vio su pene de nuevo. —¿Por qué? —le preguntó.

—Porque no quiero que lo veas de esa manera—. Antonio haló su cabello y ella tuvo que verlo.

—¿Cómo?. —Empapó su boca.

—Como si *desearas mamarlo*—. *Antonio se alteró un poco.*

—Pero quiero hacerlo.

—Es que no quiero que lo hagas.

—¿Por qué? ¿El sexo oral no...?. —Ella se tensó con sus palabras. Le parecía que la reacción de Antonio era absurda.

Antonio aún estaba un poco tenso. —Quiero que te levantes—. La ayudó a pararse. —Verte en esa posición me dificulta pensar.

Lo vio con extrañeza. —Antonio, ¿qué te pasa? —le preguntó con crudeza.

—Muchas veces he tenido esa fantasía de que me hagas sexo oral —le contó secamente. —No te imaginas cuánto. Pero no quiero que lo hagas ahora. Primero

quiero penetrarte.

Andrea confió en sus palabras por la expresión de lujuria en su cara. Se alegró de escuchar su sinceridad—. De acuerdo, Antonio. —Quería que él la penetrara.

—De acuerdo no. Esta no fue mi fantasía.

—Guao —le dijo Andrea con sorpresa. —¿Cómo fue tu fantasía?

Mantuvo sus ojos en la cara de Andrea. Buscó entre sus pantalones y ropa interior, sacó un condón, lo abrió con sus dientes y lo puso sobre su pene. La levantó y puso sus manos en el trasero de Andrea. Ella respondió poniendo sus piernas en su cintura. Antonio se movió con fuerza hacia arriba y la penetró con dureza.

—Así fue mi fantasía. Justo así —le dijo con fuerza.

Una fantasía que lo hacía sentirse perfectamente bien. Una sensación que nunca había experimentado.

—Andrea, por Dios —dijo Antonio en medio de jadeos.

Ella retrocedió para llevar su espalda contra el espejo.

No podía decir nada. Él se alejó levemente, pero en un segundo volvió a penetrarla con todas sus fuerzas. Apenas la dejaba tomar aire antes de volver a introducir su pene en ella, lo cual hizo varias veces. Rápido, inclemente, salvaje. Andrea no pudo esperar mucho tiempo. Acabó después de varios empujones. Su orgasmo actuó como una flecha fogosa que atravesó todo su cuerpo y sació su alma. Cada hebra de su piel sintió el clímax inmenso que la desbordaba.

—Me encanta —dijo Antonio cuando escuchó su nombre saliendo como un alarido de la boca de Andrea.

Siguió galopando sobre la vagina de Andrea, con fuerza, con soltura, con intensidad. Andrea tomó toda la erección, sintiendo que ya su cuerpo no le pertenecía, sino que era de él, mientras él se movía sobre ella, hasta que un rato después él se quedó rígido y dejó de empujar. Se había venido. Ella escuchó sus ruidos roncós que informaban sobre su orgasmo y sintió que el eco se sentía hasta en lo más profundo de su espíritu.

Se mantuvieron inmóviles mientras se calmaban y recuperaban el aliento. Unos segundos después, se movió un poco hacia adelante para encontrar su hombro. Él se mantuvo sobre ella y dejó su mano sobre sus cuerpos.

—Guao —dijo ella finalmente.

—Exacto.

Retrocedió para que ella se separara de él y pudiera ponerse de pie. Tocó sus rizos y ella notó una intimidad y una calidez que antes no había sentido.

Besó sus labios apasionadamente cuando ella pudo pararse sin ayuda.

—Discúlpame por hacerte el amor de esta manera. Quería que fuese diferente.

Ella se extrañó con su declaración y vio sus ojos. —¿No querías hacerme el amor de esta manera?

—No. —Rió levemente. —Bueno, sí quería hacértelo, pero no así.

—Pero no tienes que disculparte —le dijo.

—Bueno, sí.

Él tocó sus cabellos de nuevo. —Lo que quiero decir es que estuvo maravilloso, pero me hubiera gustado que fuese más romántico.

Ella notó su cara apesumbrada y quería consolarlo, pero creía que había algo detrás de esa expresión y debían conversar sobre ello.

—A mí me encantó —le dijo Andrea. —Mucho romance me empalaga.

Él movió su cara. —Esa ropa te quedará mejor de lo que creí en mis fantasías. De todas formas, te aseguro que tu próximo orgasmo será más romántico.

Esas palabras resultaron inesperadas para Andrea. Dio unos pasos hacia él y lo besó mientras se miraban. —Ciertamente, esas botas y toda esa ropa lucirán en mi cuerpo. Si quieres comprar todo esto, perfecto. Pero lo que más quiero es que esta misma noche vuelvas a hacerme el amor.

Buscó una camiseta gris en la bolsa que apenas cubría sus senos y una falda roja que mostraba el inicio de su trasero. Se las puso, sabiendo que Antonio la vería con deseo.

—Andrea....

Ella vio su boca mientras intentaba ponerse sus botas sin caer.

—Vamos a tu apartamento. Ahora.

Se equilibró como pudo. Con cierta molestia. —Hagámoslo. En tu apartamento.

Le pareció perfecto—. Genial —le dijo con alegría—. Jamás podré irme de ahí si me haces el amor otra vez.

Era cierto, pensó mientras su pecho vibraba. —Vamos.

Capítulo 10

Antonio llevó de la mano a Andrea y fueron a la camioneta. Si no lo hacía, tendría que buscar otra pared para volver a penetrarla. Su cuerpo estaba a punto de estallar y volar por los aires. Si lo había maravillado siendo una chica respetuosa y agradable, ahora lo excitaba al extremo con sus ganas de vestirse como prostituta después de tener relaciones en el probador de una tienda. Eso sí era sexo atrevido.

Ella se sentó con calma a su lado. Antonio aún no había pisado la casa de Andrea, algo inusual después de conocerla tan bien. —Vamos cuanto antes —dijo.

Andrea rió y retrocedió el auto. No pudo dejar de mirar sus piernas rozagantes cuando ella aceleró.

Iban a tomar la carretera y ella recibió una llamada. —Es Ana —dijo Antonio al ver la pantalla.

—Respóndele.

—Ana, te habla Antonio.

—Oh, hola Antonio. ¿Y Andrea?. —Ana sonaba un poco tensa.

—Aquí está. —Vio sus piernas de nuevo y luego paseó su mirada con lujuria por el resto de su cuerpo. Pero el tono de voz de Ana lo inquietaba. —¿Pasó algo?

—De hecho, sí. Tengo que hablar con ella.

Antonio tensó sus hombros y reclinó su espalda. —De acuerdo.

Él vio su cara y notó la rigidez de su expresión. Entonces encendió el altavoz de su celular, pero lo dejó en sus manos.

—Tenemos un tubo roto en el baño de las chicas. Vamos a inundarnos y no sé cómo detener el flujo. Y ni siquiera hemos empezado a sacar el agua —dijo Ana con velocidad y un tono bastante alto.

Tomó la dirección contraria y Antonio supo que no irían a su apartamento. —Tranquila. Ya vamos para allá —dijo Andrea.

—Un momento —le dijo Antonio. —Ana, toma aire y cálmate.

Ana obedeció. Sin embargo, solo pudo respirar profundamente por unos segundos. Su voz se agitó de nuevo. —Pusimos sábanas en el borde inferior de las puertas para que el agua no llegara a los pasillos. Fue inútil. Llegará a los pisos de

madera de la cancha y lo arruinará. Y además....

—Ana, por favor —le dijo Antonio interrumpiéndola. —Si sigues especulando no te sentirás bien. Da un paso a la vez. Primero cierra la llave del agua. Y luego llama a Fernando. Cálmate. —Le decía todas esas cosas para calmar a Ana, para que no tuviera que ir Andrea y pudieran ir a su apartamento.

—¿Fernando? —preguntó Ana. —¿Para qué?

Ciertamente, Fernando no sería de mucha ayuda. —Mejor llama a Lorenzo —dijo Antonio. —Y a Carlos.

—Andrea podría....

—Ella no es plomera ni albañil. Andrea no podría hacer nada. Lorenzo podría buscar la tubería principal para cerrar el agua. Y algunas aspiradoras. Contactaremos a un fontanero para que revise la tubería lo más rápido que podamos. ¿Las chicas usarán ese sanitario hoy?

—No creo que sea necesario. Podríamos habilitar uno para ellas.

—Perfecto entonces —dijo, y colgó.

Andrea buscó un lugar para estacionar, apagó la camioneta y vio a Antonio. Él estaba en silencio, inmóvil, esperando que ella dijera algo. O pidiera algo. Ella buscó en su bolsillo y encontró su celular.

Lo puso en su oído después de marcar. —Lorenzo, por favor ve al centro. Ana necesita ayuda. Un tubo.... —Su ceño se frunció. —Lorenzo, ¿me oyes?. —Vio su celular.

—¿Te colgó? —le preguntó Antonio.

—Sí. Solo dijo que iría y colgó. No pude contarle lo de la tubería—. Él rió.

Volvieron a llamar a Ana. —Bueno, es perfecto. Lorenzo ya va rumbo al centro, Ana.

Ella respiró con nerviosismo. —Es una buena noticia.

—Le pediré a Carlos que vaya también —dijo Andrea. —Está a solo unos pasos del lugar. —Ana escuchó con atención. —Estupendo. Ellos resolverán el asunto.

—Claro que sí —dijo Antonio con calma. —Recuerda, un paso a la vez. Los baños solo tienen cerámica azul. Rápidamente las secarán. Cuando llegue el fontanero le pediremos que examine todas las paredes para que descarte más roturas o fugas. Mientras tanto, resolveremos lo que podamos.

—Genial.

—Y Ana —le dijo Antonio. —no dejes que tus nervios te dominen. Nos encargaremos del trabajo de reparación y el dinero.

Ana soltó un largo respiro. —Perfecto, Antonio. —Su voz ya transmitía calma.

—Te llamaremos después.

—Perfecto. Muchas gracias.

—Hasta luego.

—Hasta luego, Antonio. —Él vio a Andrea. Ella tenía sus brazos cruzados —. ¿Por qué me miras así? —le preguntó. —Creo que sería bueno que fuésemos al centro.

—Ya no es necesario.

—Lo dices porque solo quieres acostarte conmigo.

—Tienes razón. Pero no hablé con ella por ese motivo—. Movi6 su cabeza.

Andrea frunci6 su ce6o. —¿Por qué lo hiciste?. —Tenía curiosidad.

—Porque no quiero que resuelvas todas las cagadas como si no hubiera nadie más en el mundo.

—En realidad...—. Mordió sus labios, primero el superior y luego el inferior. No quería dejar que su hermana se enfrentara al problema de la tubería sin su ayuda. —¿Qué sucede? —le preguntó cuándo ya estaban en la autopista. —¿Te gusta ayudar, pero no delegas para que la gente te ayude?

Ella se quedó en silencio, inexpresiva. Después negó con su cabeza. —Lo hago por mi papá.

Antonio se asustó un poco. —¿No pudiste ayudarlo cuando recibió esos disparos?

Negó de nuevo con su cabeza y sus ojos vieron el panorama lleno de autos. —No. Es porque él me ayudaba a mí.

Él recibió sus palabras con alegría. —Me parece bueno que hayas vivido eso. A mí me pasó con mi madre.

Los ojos de Andrea se humedecieron. —Pasé momentos difíciles. Hice cosas que cualquier padre desaprobaría. Y, sin embargo, él siguió ayudándome. —Vio de nuevo la carretera y respiró profundo. —De acuerdo, voy a hacerlo.

—¿Vas a qué?

—A contarte más sobre mí"

Le encantó escuchar eso. Tanto como ver su piel erizada frente a él. —Te

escucho. —Movi6 su cuerpo hacia ella.

—Termin6 mis estudios secundarios y me alej6 de mi padre. Me costaba mucho llenar sus expectativas y cumplir sus sue6os. Lo que me ofrecía era tan perfecto que me parecía exagerado. Necesitaba aire fresco y un lugar para mí. Me fui en medio de una discusi6n, tom6 mi ropa y me fui. Trabaj6 medio tiempo como camarera en un restaurante del sur de la ciudad y con mi sueldo alquil6 un apartamento en el que antes vivían solo ratones y conocí a Isabel, otra de las camareras, con quien despu6s empec6 a salir.

—Lo que hiciste fue normal y hasta liberador. Cualquier adolescente se rebela ante sus padres.

Andrea sonri6 con timidez—. Habría sido liberador si no me hubiese sobrepasado —dijo—. Pero conocí poco despu6s a Roberto.

—¿Qui6n es Roberto?. —Él descubri6 la intranquilidad en su cara.

—Roberto Linares. Solía comer en el restaurante —le cont6. —Un tipo adinerado. O, mejor dicho, con un padre adinerado.

Antonio evit6 responder con los pensamientos atroces que invadieron su mente.

—Salimos despu6s de unos meses. Esper6 esa invitaci6n desde que lo conocí.

El rumbo que estaba tomando la historia no le gustaba. —Aceptaste sin pensarlo dos veces —dijo Antonio.

Andrea lo vio con calma. —Acept6. Nos vimos por unos ocho meses. Íbamos a bares o clubes todo el tiempo. Me llev6 a Moscú. A Oslo. Nos quedábam6s en hoteles cinco estrellas. Y me dejaba comprar todo lo que se me ocurriera. Era un derroche y un desinter6s que contrastaba con las expectativas de mi padre.

—Es solo una especulaci6n, pero imagino que no le importaba mucho ayudar al resto de la gente —dijo Antonio con frialdad.

—Lo que quería era mostrar una actitud de irreverencia y locura ante su papá.

—Y encontr6 la compa6ía perfecta. Otra jovencita que quería soltarse el cabello mientras tambi6n rechazaba la actitud de *su padre*

Ella neg6 con su cabeza. —Que mi padre se enfadara no era mi intenci6n. Convencerlo sí lo era.

—Tenías la intenci6n de convencerlo de....

—De que hacía todo lo posible para no vivir como él que quería que yo viviera. Con esos valores como la solidaridad, la empatía, la austeridad. Esa

historia.

—¿Qué pasó con tu padre?. —Antonio estaba tenso, pero trató de calmarse. Si no lo hacía, su mandíbula estallaría.

—Todo se fue por un barranco. A él no le gustaba lo que hacía —le contó Andrea. —Cada paso que yo daba le molestaba. Y.... —Se quedó en un profundo silencio—. Salimos a más bares y cada vez era peor. Había mucho alcohol, pero sobre todo drogas. Roberto hizo trucos que no estaban en el libreto —dijo al retomar sus palabras.

Él escuchó y se sobresaltó. —No entiendo.

Andrea tomó aire. —Él y yo no éramos novios. Salíamos para divertirnos y me imaginé que solo se acostaba conmigo. —"Se me salió todo de las manos. Ya no sentía ganas de divertirme ni salir con él. No podía volver atrás, pero tampoco avanzar. Estaba arruinada y no sabía qué hacer. Así que... una noche, llamé a mi padre desde Malta. Sin avisar ni nada. Tras largas semanas sin contacto. Y después de ponerme en su contra y actuar como una rebelde descarriada. Me respondió, y solo atiné a decirle que quería regresar. Aceptó y me dijo que compraría un pasaje de avión para que regresara pronto. —Lo vio y siguió contando su historia. —Gastó casi diez mil pesos que no tenía. Así cumplió su promesa. Pidió ese monto prestado y yo regresé al día siguiente—. Sus ojos vieron la autopista y soltó un largo suspiro. —Era su hija consentida. Su hija mayor. Y él me traía paz. Una paz que yo necesitaba para calmar los huracanes que yo misma había causado. —Volvió a respirar profundamente

Tras escuchar lo que había pensado que era el final de la historia, Antonio sintió ganas de haber conocido al padre de Andrea. —Unas semanas después, lo mataron.

Los ojos de Antonio se congelaron. Quería abrazarla y darle algo de ánimo. Pero no sabía cómo actuar, qué decirle. Su piel no tenía heridas y sus órganos estaban bien. Esa era su forma de arreglar los problemas. Sin embargo, podía lograr que se detuviera.

—Andrea, detén el auto.

—¿Cómo dices?. —Ella lo vio extrañada.

—Que pares la camioneta.

—No entiendo. ¿Por qué me pides que me detenga?.

—Solo hazlo. Ahora—. Le indicó una corta calle de tierra que llevaba a una enorme mansión erigida sobre una pequeña meseta.

Andrea escuchó su petición y decidió tomar esa dirección. Escuchó cómo las llantas derrapaban antes de que frenara.

—Ahora dime qué carajos sucede—. Apagó el motor y vio su cara.

—Apaga las luces también, por favor—. Él se desabrochó el cinturón de seguridad de inmediato.

Ella apagó las luces. No escondía su rabia—. ¿Qué más quieres que haga? —le dijo con ironía.

—Que vengas aquí—. Hablaba con ternura, pero detrás de ese tono había un dejo de autoridad.

Las palabras solo profundizaron su rabia. —¿Cómo dijiste?

—Que vengas aquí.

—¿Adónde quieres que vaya? —le preguntó, con un tono de precaución. Bajó el tono de su molestia—. Justo aquí. Y quiero que lo hagas ya. Sin protestas—. Él abrió sus brazos para que ella se acercara.

Sin embargo, ella no se movía. Antonio empezó a incomodarse. Tomó su mano, la despojó de su cinturón de seguridad, la rodeó por sus caderas y la llevó a sus piernas.

Se miraron con delicadeza. Antonio notó cómo su falda se subía, mostrando más su piel. —Antonio, ¿qué carajo haces?

—Andrea, quieres ser el apoyo de todos, así como él te apoyó a ti. Pero no te das cuenta que no puedes hacer todo sola. Fíjate: Carlos y Lorenzo ayudan a Ana en el centro. Ella y Fernando y todos los chicos mayores ayudan a los otros chicos cuando no estás presente. Carajo, ellos se apoyan. Les has enseñado a ayudarse, así que pon en práctica esas enseñanzas y ayúdate a ti misma. Date libertad. Si necesitas apoyo, como ahora, ellos te lo darán. Fernando, Ana, y todos los jóvenes. Y también yo. Quiero ser la persona que más te apoye en el mundo. Por eso hago lo que mereces que hagan por ti. Decirte que hay personas en el mundo que están dispuestos a ayudarte. Entiendo que extrañas a tu padre y que crees que no le demostraste que lo amabas. Y también sé que tuviste que llevar una vida que no pediste después de su muerte. No has podido despegarte de esa necesidad de ayudar o el afán sacar adelante a tus hermanos desde ese momento.

Entendió que las palabras podían sonar poco convincentes viniendo de él. Quería ser esa persona que la ayudara a divertirse como nunca había hecho, visitando lugares que no conocía y olvidándose de sus compromisos. Pero, sobre todo, quería que pudiera creer en él ciegamente. Ser esa persona que

podía descubrir sus sentimientos más tristes y ayudarla a avanzar.

La acariciaba con cariño y gentileza, aunque sentía algo de celos por el tal Roberto. Y no solo por él, sino por Andrea. Sentía molestia por no haberla conocido antes, siendo ella una de las mujeres más atractivas del mundo, así como bondadosa y humilde. Tomó su cuello, al tiempo que con su otra mano se deslizaba por su boca. No dejaría un tramo de su piel sin besar.

Apartó sus dedos y dejó sus labios hasta dejarla sin aliento. Tomó sus senos con sus pulgares.

—¿Ese pendejo del que me hablaste te hizo el amor en una camioneta? —le preguntó en su oreja.

Quiso negar con su cabeza, pero no podía por el estrecho espacio entre ambos. —Ni él ni nadie —le dijo en voz baja.

—¿Y en alguna calle de Moscú?

—Con tanto frío yo no me hubiera atrevido. Lo hicimos en los hoteles, con las luces apagadas y en la misma posición: él se ponía encima de mí. —Su boca asomó una leve sonrisa.

Recorrió sus piernas y después paseó por su culo turgente. —Me alegra saberlo.

—¿Alguien se habrá animado a hacerlo en pleno invierno moscovita? —se preguntó con un dedo en su boca.

Entonces su cuerpo recibió una descarga de electricidad, de placer, de fuego. Sus labios se encontraron apasionadamente, con sus labios moviéndose por cada rincón de su boca y su lengua deslizándose animadamente sobre la de Andrea.

Unos minutos después se separó de ella. —No quiero pensar en lo que él te hizo. Es solo que....

—Entiendo. Contigo será otra cosa —le dijo, interrumpiendo sus titubeos.

—Siento que ya es otra cosa —le respondió mientras sonreía.

Hablaba con convicción, pero sabía que debía hacer más. No había completado lo que había empezado en la tienda. Le haría olvidar todo lo que había vivido con ese idiota rico.

—¿Qué quieres que haga?

—No entiendo. —Ella lo vio mientras se acomodaba.

—Dime todo lo que más te place, lo que sientes que necesitas. Todo.

Mordió sus labios mientras pensaba cómo responder. Vio su rostro expectante. Antonio ya sospechaba que sentiría pena. Una inmensa pena de confesarle sus más oscuros deseos. O vergüenza de no reconocer que no sabía

lo que quería.

—Si crees que... —empezó a decir Antonio.

—Quiero que me chupes los senos —dijo con ferocidad.

Vio su cara sin poder decir ni una sola palabra. Su corazón casi sale de su pecho al oírla. Ella se deshizo de su blusa y llevó sus tetas a su boca.

—¿Ya te dije que tienes las tetas más lindas que mis dedos han tocado? —le confesó Antonio con frialdad mientras acariciaba.

—Ya sé que has tocado muchos senos, pero me gustaría que te concentraras en las mías y hagas lo que quieras con ellas.

Tus deseos son órdenes, pensó. Se puso manos a la obra. Se deleitó con uno de sus senos, chupándolo lentamente dos veces. Varias veces. Unas cuantas veces. Muchas veces.

Antes había estado aguantando la respiración. Ahora le costaba tomar aire.

Fue hacia el otro seno. Lo besó calmadamente y luego lo chupó. Después se movió con más rapidez. Andrea no quería que parara. Él lo supo cuando ella lo sujetó por el cuello.

—¿Algo más? —le dijo después de un rato.

—Tantos preliminares no me agradan —le confesó con su respiración entrecortada.

—Será como digas—. Un mar de alaridos salió de su boca mientras se meneaba sobre él. Tocó sus pezones erectos.

—Quiero que me toques.

—Solo dime dónde —le pidió.

—Sabes dónde me gusta —le dijo en voz baja.

—Quiero que lo digas.

—No lo haré. Mejor te muestro.

Él se quedó con las ganas de escuchar sus palabras, pero se sintió extasiado cuando tomó su mano y la llevó al medio de sus piernas, abrió sus muslos y le mostraba cuán empapada estaba.

—Justo ahí —le dijo con malicia. Él llevo uno de sus dedos a la tanga y la pasó dentro de ella.

—Llegué adonde querías.

A Antonio le pareció increíble. Había estado a su lado casi un año. Había trabajado con ella cada noche, y no había podido llegar a ese momento tan placentero.

—Prepárate —le dijo. Se movió con más fuerza.

Su rostro lucía dorado bajo las luces del exterior cayendo sobre sus párpados. Le brindaba a Antonio una imagen bastante sensual. La mejor que había visto en su vida.

Andrea puso su mano sobre la de él para guiarlo. Sus dedos empezaron a presionar más fuerte sobre los de él.

Tomó su pezón de nuevo y Andrea tomó su cuello sin ningún tipo de delicadeza. Estaba al borde del clímax. —Andrea, mejor quita tu mano —le dijo con firmeza.

—Me encanta —dijo entre gritos. —Por Dios, me encanta.

Empujó dentro de ella sin detenerse ni un segundo. Andrea respondió acercándose a su cintura, dejando que su clítoris quedara justo sobre la palma de su ansiosa mano. Unos segundos después, su cuerpo se tensó. Un orgasmo ardiente como el sol la colmó de calor, —Antonio —gritó, y él sintió sus manos rígidas en su cuello.

Andrea abrió los ojos y sonrió. Cayó sobre su cara. Estaba experimentando una alegría orgásmica que nunca había sentido. Andrés la contuvo con sus manos y acarició su espalda, deteniéndose cada segundo en su piel para sentir toda la calidez de su anatomía y recibir el aire entrecortado de sus pulmones. Poco a poco, se calmó y su expresión volvió a ser tranquila.

—No creo que una noche de sexo callejero en Moscú supere esto —le dijo finalmente. —El frío debe ser descomunal.

Él sonrió. —Eso no me preocupa. Puedo hacértelo con cualquier temperatura.

Andrea se vio a sí misma haciendo el amor con Antonio en la playa, cerca de un volcán y en el Polo Norte, y se sintió que su cuerpo temblaba. —¿En serio lo harías?

Antonio sonrió. Ella vio hacia la calle. —Sí, pero por ahora podríamos ir a tu apartamento.

Se asomó por su ventana por un rato. —¿Qué lugar es este?

—Estamos cerca de la autopista.

—Pensé que había tomado el camino incorrecto por hablar contigo. Mejor dicho, dos caminos incorrectos. —Respiró profundo mientras recogía su cabello.

Él besó sus labios sin avisar. Andrea notó que su beso era cálido y al

mismo tiempo salvaje. Notó que tenía unas inmensas y repentinas ganas de llorar. Se sintió como una estúpida al pensar que podía derramarse en llanto en un momento como ese. Además, era la primera vez que se sentía tan cómoda en mucho tiempo. En toda su vida, en realidad. Y sonrió sin poder evitarlo.

Él la vio con sorpresa. Andrea vio una tímida sonrisa. —No sabía que mi cara era chistosa —dijo él.

—No me río por ti. Solo recordaba que Fernando dijo algo que quizás era cierto.

—¿Qué dijo?

—Que me hacía falta tener sexo. Lo recordé, y debo decir que me siento mejor que nunca.

Ella trataba de acomodarse en su lugar. Él, mientras tanto, rió a carcajadas.

—Es mi mayor deseo, que te sientas como nunca —le contó. Esas palabras hicieron que su ilusión se acrecentara—. ¿Me harías sentir bien... esta noche? —le preguntó con expectativa.

—Y no solo esta noche.

—Le pediré a Fernando que te compre un obsequio como muestra de mi gratitud.

Él la vio con alegría. También acomodó su cuerpo. —No es necesario. Hace unos días lo envié al bar.

Ella notó como su pecho vibraba de la emoción. Ciertamente, el sexo con Antonio era muy placentero, pero no solo porque Antonio sabía hacerlo, sino porque le gustaba estar con él. Se dio cuenta: estaba enamorada.

Entonces, el ruido de un golpe tocando la ventana del copiloto la sobresaltó. Y también a Antonio.

Ella tomó su blusa y protegió sus senos. Un hombre muy alto se asomaba por la ventana del lado de Antonio. Una fuerte luz impactó los ojos de Andrea.

—Qué mierda —dijo Antonio en voz baja.

Andrea estaba bastante nerviosa. No sabía que pensar ni qué decir, pero tuvo el impulso de bajar los seguros de las ventanas de la camioneta.

El hombre volvió a golpear con dureza la ventana. —Le ordeno que baje la ventana. Soy agente de Policía.

¿Policía?, se preguntó mientras veía a Antonio.

Él separó su mano del botón de los seguros y bajó la ventana.

—¡No es seguro! Deberías....

—Andrea, cálmate. —Bajó la ventana solo unos centímetros. —¿Tiene su placa, oficial?. —El agente se la mostró, iluminándola con su gran linterna.

—Es real —le informó Antonio. —Vístete.

—Debe salir del auto —dijo el oficial.

Andrea trató por todos sus medios de poner su blusa para que ocultara sus pechos, pero no lo lograba. El policía ya los había visto.

Los policías, notó Andrea. Vio que eran dos cuando salió de la camioneta. Buscó a Antonio para pararse a su lado. Lo tomó de la mano con nerviosismo.

—Están en una zona privada —les dijo el primer policía con fiereza. —
¿Ya lo sabían?

—No lo sabíamos. Creímos que era una calle de servicio—. Ella vio la mansión construida en la meseta.

—Pues se equivocó —le dijo el agente que estaba más lejos. —Sí es una calle de servicio, pero a la mansión del señor González. Y esas de ahí son sus flores, galardonadas miles de veces. —El agente se volvió para indicarles los ramos de rosas a los lados de la mansión. —Ahí está el dormitorio de su hijo menor. El hijo que recibió hace unos días un telescopio como obsequio por sus altas calificaciones. El mismo que usaba justo cuando ustedes llegaron.

Andrea contuvo sus suspiros. ¿Cómo podía haber llegado a una calle en la que justo vivía un chico que tenía un telescopio y estaba usándolo?

No tuvo tiempo para pensar, porque solo unos minutos después estaba en prisión.

Habían presentado cargos contra ellos por actos lascivos. Claramente le habían dejado una imagen perturbadora al hijo del señor González. Además, habían invadido propiedad privada y causado destrozos. Ese era el principal motivo del enojo del señor González. No le importaba que su hijo hubiera visto las tetas de Andrea, pero sus flores estropeadas habían sido bastante como para acusarlos formalmente.

Y no solo eso. Andrea tenía que soportar estar en la misma celda con Antonio.

El hecho de tener que estar ahí le molestaba, pero más le enfadaba el hecho de tener que escuchar las historias que él contaba. Hablaba con un tono divertido para relatar las novedades de las vidas de las celebridades. En sus manos tenía una vieja revista de chismes y los leía en voz alta mientras reía. Ella sentía que no soportaría mucho tiempo.

No podía evitar su enfado. Se sintió como una jovencita haciendo el amor por primera vez. Un policía había visto la mitad de su cuerpo desnudo mientras un hombre la cogía en el medio de una calle. Y ahora su rabia se incrementaba, pues a Antonio parecía no importarle un carajo.

—Vaya. Es la segunda infidelidad de este cantante —dijo, señalando una foto.

—Todos los habitantes de este planeta saben sobre esa infidelidad —le dijo Andrea entre gritos. —Ocurrió hace un año. O un siglo.

—¿Estás molesta? —le preguntó con sorpresa.

—¿Qué crees? ¡Estamos en una prisión! ¡Obvio que lo estoy!

—Pero obedecemos a los policías —le respondió Antonio con naturalidad mientras volvía a ver la revista.

—¡No herimos a nadie!

—Herimos a las pobres rosas —le dijo Antonio sin despegar sus ojos de la página. Estaba molesta, pero no quería iniciar una discusión justo el mismo día en el que habían hecho el amor por primera vez.

Pero él empezó a tararear una canción y ella sintió el deseo de lanzarle una taza de café. Llena.

Capítulo 11

—Permítame manifestarle mi admiración, doctor Peña —dijo alguien desde la esquina. Ambos conocían esa voz. La voz áspera de alguien que siempre les había hablado. —Deberías recibir el premio de Hombre del Año.

Andrea emitió un gemido de reclamo. —¿No llamaste a Fernando?

—Sí, y dijo que se haría cargo —le contó Antonio con tranquilidad. Luego se levantó y ponía la revista al costado. Esbozó una sonrisa cuando vio a los chicos llegar.

Andrea no tuvo que girar. Marcos estaba allí y ella lo sabía. También Carlos. Solían ir juntos siempre cuando se trataba de diversión. Ella giró por fin, y él se percató de que debía escucharla para que no se alterara.

—¿Tú no estabas en el centro? —le preguntó a Carlos con frialdad.

—Oh, sí. Estábamos allá. Ya resolvimos lo de la tubería. Limpiábamos el piso cuando tu hermano nos llamó. Lorenzo se quedó con Ana.

—¿Y Fernando?

—Cuando nos llamaste estaba manejando la ambulancia. Decidió tomar otro turno para tener una cita con la enfermera que acaba de incorporarse —le contó Marcos con complicidad.

—¡Ella solo tiene veintidós años! —dijo Andrea con asombro.

Marcos sonrió con alegría. —Genial —dijo.

—Lo llamé y no me dijo que no podía venir. —Andrea se tensó.

—Él nos conoce —dijo Marcos mientras miraba entre las barras de metal gris de la celda. —Y supo que nos encantaría ver esto que estamos viendo.

Ella recordó que había buscado la bolsa de ropa de Lujuria y le agradeció a Dios por haberse puesto la blusa antes de que los policías los metieran en la prisión. Sus senos estaban cubiertos, pero su falda revelaba demasiado y sus botas no ayudaban. Hubiera preferido no usar zapatos de ningún tipo, aunque se llenara de gérmenes en la sucia cárcel, si se hubiera enterado que ellos irían a buscarla.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Carlos.

—Bien —dijo. Lo estaría, si no se sintiera frustrada y avergonzada. Fernando y Marcos no pensaban en esas sensaciones.

—Antonio, mis respetos para ti. Lo digo con sinceridad —le dijo Marcos con tono serio. —Le hiciste el amor y la dejaste sin ropa, literalmente. Alguien

debería premiarte.

Andrea estaba muy molesta, pero no podía dejar de ver a Marcos—. Solo fuimos a comprar algo de ropa—, confesó. No confirmaba ni negaba las sospechas que ella sabía que tenían Marcos y Carlos.

—¿Hicieron esas compras antes de que te atraparan en el coche? — preguntó mientras sus manos hacían el gesto de una nalgada.

—¿Quién te dijo...?. —Andrea abrió su mandíbula ampliamente.

Marcos respondió con una sonrisa. —Soy amigo de Gabriel hace años—. Gabriel, el agente que los había arrestado. Genial.

Andrea estaba agotada de estar ahí. Además, sabía que el chisme se esparciría pronto. Y llegaría al hospital. —¿Le preguntaste a tu amiguito cuándo saldremos de este lugar? —le preguntó.

—Llegaré pronto. Está firmando los documentos para la fianza —dijo Marcos entre sonrisas.

Efectivamente, Gabriel llegó un rato después. La puerta se abrió de par en par y las llaves sonaron estruendosamente.

—Les pagaré el monto de la fianza —les dijo Antonio a los chicos cuando salieron de la estación.

—Estamos seguros de que lo harás —dijo Marcos viendo a Andrea otra vez.

Antonio respiró profundamente. Se puso delante de ellos. Él estaba un tanto molesto y no le importó hablarle con fuerza a Marcos, a pesar de que era más fuerte que él—. No volverás a ver el cuerpo de Andrea de esa forma ni le dirás a nadie lo de hoy. ¿Entendiste?

Andrea notó el miedo en la cara de Marcos. Sonrió tímidamente.

—Pero te perderías los tributos y la fama —le dijo Marcos. —¿No quieres recibir un premio?

Marcos quería que le dieran un premio a Antonio por hacer el amor con ‘la Dictadora’ de Emergencias. Andrea se sorprendió.

Antonio se calmó, pero su voz seguía tensa. —Respecto a ese premio —le dijo Antonio, y continuó. —Si me lo dan podría meterlo en el cuerpo de alguien, como tú, tan rápido como saco otros objetos. No me retes, porque podría considerar no usar anestesia.

Andrea estaba tremendamente expectante. Pagaría por escuchar las palabras de Marcos.

Él sonrió poco a poco. —Me hubiera gustado verte recibir ese premio de

parte de todos —dijo al palmear a Antonio en su hombro.

Ella tomó aire con mucha calma. Marcos no se sentiría incomodado por las palabras de Antonio. Solo las escucharía con ligereza.

—Me dejaste asombrada —le dijo mientras Marcos y Carlos se dirigían a su camioneta.

Él la observó fijamente. —Solo quiero seguir contigo. No quiero ser el Hombre del Año. Quiero ser el Hombre de la Década.

Ella frunció su ceño. —¿Hombre de la Década?

—Me darían el premio del Hombre del Año por hacerte el amor. Si hacemos el amor dos veces esta noche, ¿qué crees que me den?.

Andrea rió a carcajadas. —Aunque no hemos llegado a una cama, ya hemos hecho el amor dos veces.

Caminó hacia ella y tocó su cuello. —Con respecto a lo de la cama, te pido disculpas. Espero llevarte a una cuanto antes. Y sobre lo de la cantidad, no quisiera llevar la cuenta porque sé que la perderé pronto.

—Los lugares donde lo hemos hecho me parecen bien —dijo mientras su mente se llenaba de recuerdos excitantes—. Aunque una cama sería agradable. —Su piel palpité.

—¿Te refieres a mi cama o la tuya? —le preguntó con inquietud.

—La que esté más cerca.

—Veo que pensamos de la misma manera —le dijo entre sonrisas. La inclinó para besarla con un sensual ardor. Ella recibió su beso y pensó que la pared de la estación podría servir. Era sólida. Y estaba *muy cerca*.

Su celular sonó. *Carajo, pensó—. Debe ser Fernando para saber cómo vamos —dijo. Buscó su teléfono en su bolso.*

—O para saber todo el chisme —le respondió con sarcasmo.

—O para reírse de lo que nos pasó y felicitarte porque Marcos ya le contó todo,— completó ella. Encontró su celular y respondió.

—Andrea, te habla Fernando. Te llamo porque....

—Me llevaré a Antonio a mi apartamento para terminar un rico asunto que tenemos pendiente. ¿Podrías contener tu curiosidad hasta mañana?

Antonio la vio con lujuria después de escucharla.

Fernando estaba nervioso. Después reaccionó. —Es Javier. Se desmayó y no sabemos por qué. Vamos para allá.

Andrea sintió que su corazón saldría de su pecho. —Voy saliendo. Iré con Antonio—. Él la vio con zozobra. —¿Adónde? —fue lo que atinó a decir.

—Al Hospital Universitario.
Salieron veloces al hospital.

Tras unos minutos que se hicieron eternos, llegaron entre gritos al servicio de Emergencias. Andrea entró primero y Antonio apagó la camioneta.

—Ayuda —le dijo alguien a Antonio cuando corría para entrar. —¡Voy! —dijo él.

Él entró con Andrea, pero ella se frenó. Él casi se da de bruces contra su cuerpo. Entonces él supo por qué ella había atajado sus pasos. Fernando estaba vestido con su uniforme y caminaba hacia ellos. Quizás él mismo lo había recogido. Antonio notó la preocupación en el rostro pálido de Andrea al ver que su hermano se acercaba para contarle sobre Javier.

—¿Adónde lo llevaron?" preguntó Antonio.

—A la sala de revisión tres —le dijo Fernando. Empezó a contar. —Estaba en el centro. María nos dijo que estaba muy callado, pero que lo vio bien. Cuando iba a levantarse de su silla se desmayó.

—¿Y sus signos vitales? —le preguntó Antonio.

—Parece que están mal. Su presión arterial es muy baja. Peligrosamente baja.

La mente de Antonio examinaba miles de motivos posibles. Eran demasiados. Tenía que saber más. Revisar su expediente, examinarlo.

Entonces lo supo.

Carajo.

Tenía que entrar a Emergencias. Como cirujano.

Marcos lo necesitaba. No podía dejarlo en manos de otro médico, aunque fuese excelente.

No quería volver, pero su responsabilidad y sus ganas de ayudar superaban ese deseo de hacerse a un lado.

—Mierda. Mierda sobre la mierda —dijo en voz alta cuando se dirigió a la sala de revisión. Entró después de golpear las puertas y dejarlas abiertas de par en par.

—Necesito una bata. Ahora —le dijo entre gruñidos a la primera enfermera que se atravesó en su camino.

Tomó una para dársela, pero él se la quitó de sus manos.

—Carajo, doctor Peña, ¿qué le sucede? —dijo Daniel Medina, el doctor de emergencias que atendía a Javier. Estaba tenso cuando hizo la pregunta.

Medina preguntaba de esa forma por solo una razón. Era engreído y charlatán. Y, además, siempre había sentido envidia de Antonio por su talento.

—Vine a operarlo —respondió Antonio mientras se ponía los guantes quirúrgicos. —¿En qué fase de la operación están?

—Mejor vete por donde entraste —le dijo el doctor con fiereza—. Ya no trabajas en este hospital.

Con una mano examinaba a Javier y con la otra le hacía gestos a Antonio para que se marchara.

Se concentró en su preocupante presión arterial en lugar de los insultos del doctor Medina. —Sí trabajo en este hospital —le contestó Antonio, al tiempo que se acercaba a Javier.

—Hasta donde sé, los jefes te suspendieron y no han dado la orden de reincorporarte —dijo el doctor.

—Doctor Medina, aquí están el ultrasonido que pidió —informó Rosa, una de las enfermeras, cuando entró a la sala. Vio a Antonio y frunció su ceño. —Qué bueno volver a verlo, doctor Peña.

Antonio se apartó para dar paso a la máquina de ultrasonido. Quiso tomar las radiografías que la enfermera tenía en sus manos, pero no pudo. Daniel lo hizo primero.

—No puedes reincorporarte —le dijo una vez más mientras volvía a hacerle gestos para que saliera.

—Tú puedes dar la orden —le dijo Antonio con aspereza.

—No. Disculpa, pero no puedo hacer eso. —Daniel hablaba como si lo disfrutara.

—Yo sí puedo hacerlo.

El doctor Omar Hernández llegaba a la sala. Los doctores y las enfermeras lo vieron pasar. —Doctor Peña, puedes reincorporarte al hospital. Ya he firmado la orden. Y por favor, no golpees a más pacientes. —Tenía una expresión seria en su rostro.

Omar esperó un gesto afirmativo de Antonio. Él asintió con su cabeza. El doctor Medina resopló.

—¿Y Medina se quedará aquí? —preguntó Antonio mientras señalaba al otro doctor.

Omar evitó responder. Sin embargo, sus ojos vieron con detenimientos al doctor Medina. Él se contuvo hasta que Omar giró. Entonces suspiró profundamente.

—Encienda esa máquina —ordenó Omar. Tomó las radiografías de las manos de Rosa. Las puso en la pantalla de la sala. Daniel y Antonio se pusieron detrás de él. —Veo que tiene cuatro fracturas en las costillas—, señaló Omar.

—Por favor, denme algo de espacio —les pidió Rosa.

Había encendido la máquina. Delia, la doctora de turno de Emergencias, revisaba el pecho de Mario con ella. Antonio fue a su lado. Javier tenía el abdomen inflamado.

—Miren esta parte—, gritó Antonio, señalando a la pantalla de ultrasonido. —Hay mucha sangre. Carajo, es una hemorragia. Hay que operarlo.

Y él sería quien lo operara. Era su cirujano. Debía salvarlo.

"Pensé que ya no vendrías —dijo Andrea cuando vio a Ana. Por un momento dejó de asomarse por la ventanilla de la sala de revisión para revisar la cara de su hermana. Notó que sus ojos estaban rojos y su maquillaje había desaparecido. Quizás había tenido una larga noche por la tubería rota.

—Tardamos porque... Íbamos a.... —titubeó, sabiendo que tenía que mentirle a Andrea.

—Dime dónde estabas —le preguntó ella, interrumpiéndola.

—En los baños. —Ana abrió sus ojos de par en par al ver la ropa de Andrea. —¿Por qué estás vestida así?

—No importa —le respondió Andrea con velocidad.

—¿Y Javier? ¿Antonio te acompañó hasta aquí? —le preguntó Ana.

—Así es. Está adentro. —Andrea se acercó a Ana con una expresión relajada. —Cuéntame qué sucedió con Javier.

—La verdad es que no lo sé. —Andrea volvió a ver hacia la sala de revisión. —Andrea, lo vi muy pálido y débil antes de derrumbarse —dijo con su voz quebrada.

—¿Qué más viste?

—No mucho. Hablaba poco y su cara estaba como distraída mientras

conversaba con María. Nunca reaccionó por completo —le contó.

—¿Y luego qué hiciste?" le preguntó Andrea con calma.

—Tomé su muñeca para revisar sus pulsaciones, tal como me enseñaste hace tiempo. Vi su cuerpo para comprobar que no tuviera hemorragias. Acerqué mi oído a su boca para comprobar que estuviera respirando. Lo hacía, por lo que supe que no tendría que aplicarle reanimación cardiopulmonar. Sin embargo, me quedé a su lado para revisar constantemente en caso de que empeorara. La ayuda llegó en un rato, pero a mí me pareció un milenio.

Andrea se sintió nerviosa.

Trató de calmarse, aunque la adrenalina hacía que su musculatura se tensara y su respiración se entrecortara.

Ana hablaba con su dulzura característica, aunque la situación la ponía tensa también.

Pero Andrea quería respuestas, no candidez. Le hablaría de una forma que haría que sus pies se movieran. —¿Y cómo lo dejaste cuando llegó la ambulancia?

Ana negó con su cabeza. —Cuando llegaron, no supe nada más. Ellos no quisieron decirme nada. Fernando se hizo cargo desde que llegaron hasta que lo trajeron.

Andrea volvió a ver la sala con curiosidad. Sintió un gran deseo de ir a ayudar...pero se convenció de no hacerlo. Podría hacer que Antonio perdiera la concentración, y era necesario que se enfocara en Javier.

—Quiero saber qué le sucede. Me aterra la posibilidad de que le pase algo —dijo Ana, y Andrea caminó de ida y vuelta. Puso sus manos en los bolsillos de una bata que se había puesto. De lo contrario, se comería todas las uñas.

—Antonio está aquí. Eso me tranquiliza —añadió Ana.

Andrea dejó de caminar y la vio con firmeza. —¿Por qué lo dices? No sabemos qué tiene.

Ana encogió sus hombros. —Eso no importa, porque él lo sabrá —dijo mientras veía a Andrea con inquietud. —¿O no?

Andrea se quedó en silencio. Su rostro estaba petrificado. Ana tenía esa percepción porque Andrea se la había transmitido. Lo veían como un superhéroe que siempre trataba de salvar a todos sus pacientes.

Ana esperaba la respuesta de su hermana. —Oye, Antonio sabe muy bien

lo que hace, aunque... —dijo Andrea, pero no pudo seguir.

—¿Sabe lo que hace? Querrás decir que es el mejor cirujano de nuestra ciudad —dijo Ana cruzándose de brazos. —Es lo que he oído. —Andrea no recordaba cuántas cosas sobre Antonio le había contado a su hermana menor.

—Es el mejor de toda la región —le dijo Andrea.

—Así es. Tú lo has dicho —dijo Ana, moviendo su cabeza hacia arriba y hacia abajo. —Sé que Javier saldrá de esta porque él lo ayudará. —Sonrió con nerviosismo y tomó aire. —Afortunadamente lo trajiste a tiempo.

Quizás Antonio no podría hacer lo suficiente, pensó Andrea. La sensación de un miedo terrible pasó por su cuerpo y no quiso contarle sobre sus sospechas a Ana. Sería terrible si le pasaba algo o Javier estaba tan mal que Antonio no podría hacer mucho.

Andrea cerró sus ojos y sus pies volvieron a moverse con impaciencia. Su mente divagaba entre el temor por Javier y su preocupación por Antonio. La salud de Javier era solo una parte de la larga lista de complicaciones que había tenido. Sabía que todo lo que sucedía era injusto para Antonio. Él se esforzaría, pero no se le podía pedir demasiado. Nada de esto estaba en los planes de él. Nada de esto había sido su elección. Solo había ido a esperarla. Sus planes eran huir de un hospital, no tener que operar más pacientes. Esos sí eran sus deseos. Pero Andrea insistía e insistía, pidiéndole que regresara al hospital, a Emergencias, para que volviera a vivir momentos estresantes que muchas veces no resultaban como él quería y lo hacían sentir frustrado y triste.

—Ana, es necesario que sepas que....

—Dios no puede permitir que muera. —Javier apenas está empezando a vivir —le dijo Ana con firmeza.

—Entiendo. Sé que Antonio hará su mayor esfuerzo—. Estaba convencida de lo que decía. Él sí haría su mayor esfuerzo. Aunque no saliera del todo bien o luego se desanimara. Lo sabía con convicción porque estaba haciendo su mayor esfuerzo con ella.

—Todo saldrá como esperamos. Me convenciste —le respondió Ana con. Vio a alguien que se acercaba. —¡Fernando! —gritó Ana mientras se acercaba a Andrea. —Cuéntanos de Javier.

—Están revisándolo. Tiene varias fracturas costillas y problemas en su bazo —. Acarició el hombro de Ana.

—No entiendo —dijo Ana.

—Van a operarlo. Se rompió una de las arterias de su bazo. Cuando se desmayó, había perdido mucha sangre —dijo Fernando y giró para ver a su hermana mayor—. Y Antonio va a operarlo.

Ana relajó sus hombros y respiró con alegría. Pero Andrea quiso gritar que no quería que eso sucediera, pero no lo hizo. Aunque ella no quisiera, Antonio sí operaría a Javier.

Andrea se sintió mal. Mucho peor que unos minutos antes. Sentía un gran remordimiento. Él había llegado al hospital a buscarla, pero ya iba a comenzar una operación muy compleja, que podría destrozarlo completamente. Y todo porque ella lo había empujado al centro, al hospital y a su vida.

Alguien abrió de un portazo la sala de revisión. Ana abrazó a Andrea cuando vio que estaban llevando a Javier al ascensor. Su piel estaba muy blanca y en su boca estaba un gran tubo para que pudiera continuar respirando.

Andrea se dio fuerzas. Y contuvo su aliento.

Él tenía que vivir. Por lo menos para despedirse de sus seres queridos.

Antonio la vio desde la distancia. Se acercó a ella con lentitud. —Debo subir a operarlo —le dijo. Andrea movió su cabeza. Lo esperaría afuera para conocer los resultados.

—No te prometo nada —le dijo en un tono susurrante para que nadie más escuchara sus palabras. —Pero sí sé que haré todo lo que pueda—. Andrea lo vio con seriedad. —Lo sé.

Él quería abrazarla y besar sus labios, pero no lo hizo. En vez de eso, caminó hacia el ascensor. La máquina subió, y él dejó de verla mientras se despedía con su mano.

Unas cuatro horas después, Andrea había pensado tanto en todas las posibilidades que su cabeza y su cuello le dolían. Había caminado tanto por la sala de espera con sus botas altas que sus pies también le dolían.

Ana, mientras tanto, estaba dormida sobre el regazo de Fernando. Él también estaba dormido.

Andrea vio la imagen de sus hermanos durmiendo y recordó cuando eran solo unos niños. Se sintió contenta de verlos, a pesar de que sabía que ellos se habían asustado muchísimo.

No le molestaba que ellos estuvieran dormidos. Ellos también querían a Javier y les inquietaba su salud. Pero ella era la única enfermera. Tenía amplia experiencia en esos menesteres y sabía que no podría dormir.

Ana había sabido antes de dormir que Javier había tenido una pelea. Una pelea que habían llevado a cabo a una hora en la que los chicos no acostumbraban hacerlo. Andrea se sintió destrozada. Recordó que Javier ya había renunciado a esas actividades. Sin embargo, había un detalle que había movido sus impulsos. Javier estaba empezando a enamorarse de María. Ella también. El padre del bebé estaba molestándola, así que Javier le dijo que la dejara tranquila. El padre del niño le aseguró a Javier que no la molestaría más si ambos peleaban... Y Javier perdía a propósito.

Javier aceptó. Por María. Olvidó que ya no era un chico violento. Y también olvidó que tenía que estar bien para cuando naciera el niño.

La pelea había sido terrible. El padre del bebé llevó a alguno de sus amigos para asegurarse de que terminara la pelea después de darle todos los golpes que pudiera.

Andrea entonces se preocupó más. Y caminó más y más.

Aunque Antonio no estuviera a su lado para que se preocupara por él también.

Quería saber qué pasaba puertas adentro. Con una cirugía tan larga y una persona cercana, podría sentirse agotado.

Sabía que Antonio era como un amigo para Javier, que habían compartido muchas noches y jugado en el centro. ¿Habría algo que dificultara más la operación, además de saber que, si algo le pasaba, Antonio sentiría un gran peso sobre sus hombros?

Antonio se culparía si Javier no sobrevivía.

Sintió que no era ella la persona más adecuada para empujarlo a seguir luchando por los pacientes ni desafiarlo a continuar ejerciendo su carrera cuando ya él sentía que había hecho todo lo que tenía que hacer. Tantos pensamientos por poco la persuaden de entrar al quirófano para tomar a Antonio por sus brazos y sacarlo del hospital para que no tuviera que vivir eso.

No se conformaba con saber que Antonio había hecho bastante para entender el dolor de sus pacientes y actuar para acabarlo, pero sintió que tenía que hacerlo. Que debía sentirse satisfecha de saber que él siempre daba lo mejor de sí para que todos mejoraran.

A Andrea solo le importaba saber que lo quería. Y mucho. Sintió que no importaba si él quería pasar su vida preparando cafés u operando pacientes.

Y ya había demostrado que no les huiría a los problemas, por más fuertes que fuesen. Aunque no tenía que operar a Javier, estaba haciéndolo. Porque quería. Una forma más de demostrar que la amaba.

Vio las plantas decorativas en la entrada del hospital.

¿En serio la amaba como ella se decía en su mente? Esa era la inquietud que la aturdió y tenía que responder cuando antes. Y sin importar si su respuesta era positiva o negativa, ella sí sabía que lo amaba.

—¿Andrea? —dijo una voz cansada.

Ella oyó su nombre y giró rápidamente para hablarle.

Caminó y sus botas sonaban fuertemente en cada paso. Era el sonido que llenaba toda la sala, aunque los ronquidos de Fernando competían por el primer lugar.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

Parecía una pregunta capciosa, pero no lo era. Él lucía como un fantasma. Además, su corazón estaba abrumado. Quiso abrazarlo y consolarlo como él había hecho antes. Pero no sabía si podría hablarle con sinceridad, y eso la entristeció. Su intención no era ponerlo en una situación que lo hiciera sentir triste. El rostro de pesar de Antonio la hacía sentir peor que pensar en la posibilidad de que él la abandonara, así que decidió no insistir en que volviera al hospital.

Llevó su mano a su frente. —Me siento... bien —le dijo—. Javier ya está en la sala de recuperación.

Sintió una llama de ilusión en su corazón y su alma. —¿Y cómo está? —le preguntó mientras tomaba su antebrazo.

Él tomó aire para responderle. —Está... estable. Hay que esperar.

Andrea no sabía qué decir. Su garganta se quebró.

—Antonio, agradezco todo lo que hiciste —le dijo con sinceridad unos segundos después.

Él tragó grueso y después tomó aire para responder. —Está anestesiado.

—Podemos ir a mi apartamento entonces —le dijo para invitarlo a su hogar y consolarlo, que descansara y se relajara. Además, quería hablarle de lo que sentía por él.

—Gracias, pero prefiero quedarme. Puedes ir si quieres.

—No quisiera que tú....

—Quiero estar aquí cuando despierte. Anda, no te preocupes. Toma una

siesta. La necesitas. Podrás estar descansada para que ayudes a Javier.

Él estaba agotado. Era evidente. Pero Andrea quería contarle sobre sus sentimientos. Ya.

Aunque las lámparas eran muy blancas, no había música romántica y solo había café viejo, ya había estado con él en lugares más incómodos. Y lo habían disfrutado. En sus sueños más hermosos, Andrea se había entretenido imaginando a su príncipe azul declarando su amor, y luego confesando que ella también sentía lo mismo mientras en el fondo las velas iluminaban sus rostros y la música romántica envolvía sus oídos mientras la ciudad se llenaba de luces. La sala de espera, a pesar de no ser ese sitio especial, también sería un buen lugar, pensó.

—Quería conversar contigo —le dijo.

El negó con su cabeza. —No es un buen momento.

—Solo necesito que me des unos minutos. —O segundos, tomando en cuenta que solo diría dos palabras. Las palabras que más necesitaba sacarse de su pecho.

—Por favor —le respondió con dureza. —No me siento bien. No me presiones, porque no sé cómo describir lo que siento.

Pensó en la operación que había realizado Antonio minutos antes. Ella se había quedado en la sala de espera, caminando y pensando en sus sentimientos mientras él llenaba sus manos de sangre y otros fluidos. Tal como ella había querido. Entonces no lo presionaría. *Por favor, se dijo Andrea, repitiendo las palabras de Antonio. Entendió que no debía presionar, como él le pedía.*

Solo le diría las palabras y dejaría que se marchara. —Solo quiero decirte que..."

—Te repito que no. No aquí ni ahora. No puedo pensar con claridad. Ya no quiero hablar decir ni que me digas nada. —Tomó sus brazos con calma, pero su cara mostraba firmeza.

La vio con frialdad y Andrea pensó que sabía lo que papaba por su mente en ese preciso instante. —De acuerdo —le respondió con resignación, aunque estaba molesta. —Quisiera ver a Javier un momento antes de irme al apartamento.

—Mejor no lo hagas. No puedo pensar en nada si no te vas.

¿Hablaba para halagarla o para que se marchara de inmediato? No lo supo, pero aceptó sin refutar. —Entonces me voy. Peor volveré.

Antonio se quedó pensativo.

—¿Te irás con Fernando? —le preguntó con tranquilidad.

Andrea trató de mostrarse serena. —Me iré con Ana. Fernando no querrá irse bajo ninguna circunstancia. Todos jugaron cartas para saber quién se quedaba aquí y él ganó.

Antonio sonrió tímidamente. Besó cálidamente su mejilla y se adentró en los vestuarios de los doctores.

Y ella no supo cuándo podría hablar con él.

No había señoras mayores en la sala de espera. De hecho, no había nadie, por lo que Antonio se sintió despreocupado. Fue a la nevera y después se reclinó en sofá que estaba al lado de la pared. Abrió su botella de jugo de manzana. Aunque no sentía la misma adrenalina de las noches llenas de pacientes de antes, pensó que podría esperar a otro paciente para seguir trabajando. Puso sus pies en la pequeña mesa frente a él y descansó su cabeza.

Como solía pasarle, sus pensamientos se detuvieron secuencialmente en la noche anterior.

Había llegado un niño pequeño con un apéndice que debía ser extirpado cuanto antes.

Una joven pareja sin hijos ya se había ido a casa. El esposo había tenido un gran corte en su mano mientras preparaba una parrilla familiar. Pero como la herida no había sido considerable, ya podía salir del hospital.

Había tenido una noche para el recuerdo, sin duda. Había tenido éxito en dos de sus tres casos. Afortunadamente, una tasa más alta que la habitual. Pero no sabía cómo estaría Javier, aunque la operación había sido exitosa. Entonces el éxito alcanzaría el cien por ciento.

Solían ser así las noches, a pesar de los obstáculos. Una operación no salía bien, pero otras dos, o más, eran exitosas. ¿Por qué su desánimo lo hacía recordar solo los resultados negativos?

Sonó su celular y sus pensamientos se esfumaron. Se levantó y lo buscó. Era un movimiento automático. Era un mensaje de texto. Posoperatorio, decía. Vio su reloj. Ya eran las seis de la mañana. Tenía que ser sobre Javier. Definitivamente.

Subió por las escaleras con rapidez. Caminó aceleradamente por el pasillo

y su bata blanca se movía al ritmo de sus pasos. Ya se sentía cómodo nuevamente con la ropa médica. Se la había dejado más tiempo que cuando se la había puesto por primera vez.

—Buenos días. Soy todo oídos —dijo cuándo se vio a unos metros de la sala de enfermeras.

—Es Javier Mesina —dijo Luna, la enfermera de turno. —Su ojo izquierdo no se mueve—. Le dio el expediente de Javier.

Él la vio con curiosidad. —¿Desde cuándo?"

—Desde ahora. Ha estado somnoliento, pero tuvimos que despertarlo para revisarlo. Vimos que no puede mover su ojo ni su mano izquierda.

—¿Y sus signos vitales? —preguntó.

—Su presión sanguínea sigue baja. No tiene fiebre, pero su pulso es muy débil. Está conmocionado y dice que le duele mucho la cabeza.

—Qué mierda —dijo Antonio en voz muy baja. Las cosas no habían terminado. —Hay que hacerle una resonancia —dijo. Luna asintió y buscó los equipos.

Unos minutos después, Antonio vio la máquina y supo que sus terribles sospechas eran ciertas. El cerebro de Javier tenía una hemorragia. Esa era la razón de sus dolores, sus mareos y sus problemas de movilidad.

—Necesito que llames al doctor Paúl Vásquez —le pidió Antonio. Paúl lo revisaría, pero era inevitable que lo operaran nuevamente. Tenían que lograr que la presión en su cabeza se redujera o moriría.

Pero él no quería hacerlo. La neurología no era su especialidad. Tenía sus manos atadas.

Y eso no lo relajó en absoluto. Al contrario, estaba enojado, nervioso, frustrado. Sentía el inmenso deseo de ayudar, de hacer algo, lo que fuese. Quería operarlo, dirigir el quirófano y tomar decisiones cada vez que algo surgiera.

Si no lo hacía, tendría que irse. Podría enloquecer o convencerse de volver a trabajar.

Capítulo 12

¿Por qué no estaban dormidos si habían comido carne?, se preguntó Andrea.

Se sintió molesta después de todo. Ya tenía en su estómago dos emparedados de carne, pero no lograba conciliar el sueño. Frente a ella había una mesa de café con una taza de chocolate recién preparado, una taza de té a la que solo le quedaba un poco, café descafeinado, obviamente, un vaso de leche, ya tibia, agua y una copa de vino.

El vino era la bebida que más había bebido, pero seguía con sus ojos bien abiertos. Sentía que sus temores le impedirían dormir. Pero se sentía contenta a pesar de todo.

Había tenido relaciones muy placenteras. Además, ya sabía que estaba enamorada, había estado en la cárcel y había caminado sin haber comido nada, lo que había despertado su hambre. Y, sin embargo, no estaba cansada.

Escuchó que alguien tocaba la puerta y se exaltó. Pronto serían las nueve de la mañana. Era tarde para que llegaran los religiosos que solían llegar para hablar sobre la bondad de Dios y temprano para que sus vecinos le pidieran algo que necesitaran para preparar su almuerzo, pero se sintió contenta de que alguien se acercara y así ella pudiera hablar y olvidarse de su insomnio.

Era Antonio. Estaba frente a ella y sus manos reposaban en la puerta mientras su cabeza veía el piso.

Y estaba agotado. Parecía acumular su cansancio y el que Andrea no sentía.

Le hizo un gesto para que pasara. Lucía la ropa que había tenido durante la noche. —Antonio, ¿cómo estás? —preguntó ella.

Él no lo hizo. La vio con una expresión reflexiva. Andrea se asustó de inmediato.

—No me digas que....

—No. Está estable.

Respiró para tomar aire y asimilar su frase. —¿Entonces despertó? —le preguntó.

Él asintió con su cabeza. —Preguntó por ti. —Lo tomó de la mano y lo hizo entrar. —¿Cómo lo viste esta mañana?

—Su lado izquierdo no se mueve. Le hicimos exámenes. Tiene un hematoma en su cerebro. Le pedí a Paúl Vásquez que fuera. Ya lo estabilizó.

Soltó su brazo y caminó hacia la sala de estar.

Andrea caminó con rapidez para escuchar sus palabras. —Pero....

Antonio llevó sus manos a sus ojos mientras se lanzaba al sofá.

Andrea no pudo evitarlo. Se puso justo frente a él, casi pegando su cuerpo al suyo, y dejó sus manos en su cintura. —¿Cómo te sientes tú?. —Sí, quería saber sobre la salud de Javier, pero ya Antonio le había informado las novedades más recientes. Antonio estaba con ella. En su apartamento. No estaría ahí si la salud de Javier estuviera muy comprometida. Y Fernando se había quedado en el hospital. Los contactaría si algo pasara.

Él llevó su pecho hacia adelante. La invitó a acercarse y la tomó por su cintura. Su cara quedó en los hombros de Andrea.

Ella se sorprendió con sus movimientos. Acarició su cabello y esperó sus palabras.

Él tomó aire por varios segundos. —Javier está estable, pero no sé por cuánto tiempo. Esta hemorragia... en su cerebro... tan rápida. Qué mierda.

El corazón de Andrea latía con furia, como si quisiera salir de su pecho. Lo hacía por Javier. Y por Antonio. Porque él también se sentía muy mal.

—¿Debo enojarme contigo por involucrarme en esto? —le preguntó. Seguía sobre ella.

No parecía estar enfadado. Más bien continuaba apretándola con fuerza, como si quisiera que ella lo reconfortara.

—No lo sé, pero si sientes rabia, te pido disculpas —le respondió ella con su voz rota. —Si no hubieras estado a mi lado, igualmente te habría llamado. Habría necesitado que fueras.

Habría necesitado su presencia, no por ser un cirujano exitoso, sino porque él la relajaba con su compañía. Sabía que haría todo lo necesario para operar a Javier exitosamente y ayudar a todos los que lo necesitaran. Antonio era un profesional muy talentoso, un superhéroe, alguien que no se rendía con facilidad. Y eso era lo que le hacía falta a Andrea. Más allá de los resultados, requería al hombre capaz de hacer lo que le parecía correcto.

Antonio movió su cabeza contra el pecho de Andrea. Sus dedos seguían en su cintura, sin fuerza, pero con algo de firmeza. Notó que su ropa era bastante suave. De pronto se sintió caliente. La piel de sus brazos se erizó cuando notó que la ropa de Andrea cedía y dejaba al descubierto parte de su piel.

—Ya no quiero hablar de hospitales ni suturas —le dijo con molestia. — Olvidar todo lo negativo, aunque sea unos minutos.

El eco de su respiración en su piel la excitó. Después llegaron sus labios a su cuerpo. Cuatro veces besó su cintura asomada en su pijama, mientras las manos de Andrea tocaban sus dedos. Ella cerró sus ojos cuando sintió que él chupó su vientre.

—Qué agradable sabor —le dijo al besarla.

Ella sintió que sus senos recibían una oleada de tensión, y sus pezones intentaban salir de su ropa. Antonio no había descubierto la lujuria en su mirada, pero sus labios no pararon de deleitarse con su vientre. Unos labios que la hechizaban. Tanto, que ya quería deshacerse de su ropa. Y después de la suya.

—Me parece que deberíamos contarme lo que sucedió y desahogarte.

—Andrea, no me jodas. Tú no eres psicóloga —dijo con molestia. —No me analices. —Retiró sus labios solo unos milímetros.

—¿Entonces por qué viniste?. —No tenía que decírselo, porque ella ya lo sabía. Solo lo decía para escucharlo, para distraerse. Si se lo dijera, ¿se convencería de dormir con él? Por supuesto. Y si ella pudiera consolarlo, él cedería y hablaría. Sin llegar al extremo de iniciar una consulta psicológica.

—Vine porque quiero pensar que no hay dolor en mi vida, enfermedades incurables o síntomas fastidiosos, aunque sea unos minutos. Estar bien conmigo mismo. —La vio con lujuria. La pasión en su mirada era inédita para ella, incluso en sus sueños más pervertidos. La necesidad de Andrea trascendía el placer sexual. Era mucho más profunda.

La tomó con fuerza. —Ya fui héroe muchas veces. Ahora me gustaría ser un villano terrible. —Su cabeza se movió de izquierda a derecha sobre su vientre. Y Andrea no pudo quedarse quieta. Se erizó por completo.

—¿Un villano que se divierte? ¿Que se distrae con las banalidades? —le preguntó.

Él finalmente la vio—. No hay nada banal entre nosotros—. Estaba tenso. Andrea movió su cabeza y le costó hablar.

—Pero sí ha sido muy divertido —dijo él.

—Así es —dijo Andrea secamente. —Creo que tiene mucha ropa, cirujano Peña.

Antonio la vio con placer y excitación. —Tiene razón, señora dictadora.

Tomó sus pijamas y la llevó a sus piernas. Entonces pasó sus manos por la

parte superior de su pijama y las subió por su cabeza. Sus dedos no se calmaron. Siguieron deslizándose por su piel. Tocó sus senos y los besó con sus labios ardientes.

Unos segundos después, giró su cuerpo y la puso bajo su dominio. Su piel quedó adherida a la de ella. Andrea se retorció con sus movimientos.

—Antonio.... —Tomó el aire que necesitaba, pero él no dejaba de moverse.

Tocó su culo para ponerla frente a él con comodidad.

—Te amo, Antonio —le confesó, separando sus labios.

Él se quedó atónito, con su cabeza inmersa en miles de pensamientos. —¿Qué acabas de decir? —le preguntó con aspereza. Le costaba concentrarse.

Andrea besó sus labios. —Que te amo. Y que, aunque estamos a punto de hacer el amor, para mí esto no se trata de sexo casual solamente.

Sí. Lo amaba. Desde lo más profundo de su corazón. El mismo que ya no latía con fuerza. Que parecía haber dejado de latir.

Excitación, calma, satisfacción, alegría, miedo. Todas las emociones pasaron por su mente y su pecho. Había creído que Andrea ya había hecho bastante para que él deseara hacerle el amor, y ahora salía con su declaración. Lo amaba.

—Repítelo —le pidió con firmeza.

—Bueno... —dijo, llevando su boca al hombro de Antonio.

Entonces besó su cuello. —Andrea, repítelo —le pidió en su oreja.

—Antonio, te amo.

Lo había confesado dos veces. Y el cerebro de Antonio también lo había repetido dos veces para estar seguro. —Muy bien, dictadora —le dijo, moviendo su cuerpo y tomándola de la mano para que se levantara. —Espero que esta vez podamos contenernos y llegar a una cama.

Andrea tomó su mano y lo llevó por un pasillo. Llegaron a su cuarto, y una vez allí Antonio lo puso en la orilla de su cama. Ella tomó aire, se sentó, le permitió que le quitara el pijama, lo despojó de sus vaqueros y puso un condón en su pene. Él la inclinó hacia atrás con suma lentitud y llevó su cabeza a sus rodillas, viéndola con deseo.

—Andrea, repítelo una vez más.

—No me parece justo que me lo pidas de nuevo. —Le quitó sus bragas mientras ella volteaba su cabeza sintiendo sus besos.

Él se deslizó lentamente hacia arriba—. No lo es, pero me divierte.

—Por favor....

—Dilo y no lo pediré más. Son solo unas palabras. Te haré muy feliz si me complaces—. El deseo arreció dentro de ella cuando él tocó levemente su clítoris.

—Antonio, te amo —dijo con calma. —Te amo y siempre lo haré. — Entonces el cumplió su promesa y avanzó sobre ella. Eran las palabras más hermosas que alguien le había dicho.

Unos segundos después se encontraron sus cuerpos e hicieron el amor apasionadamente. Se vinieron simultáneamente mientras gritaban sus nombres.

“Por, favor, dilo una vez más —dijo cuando ya se había calmado. Ella llevó su cabeza a su abdomen. Doctor Peña, lo amo.

Antonio supo que nunca podría dejar a Andrea unos días después de ese grato encuentro sexual. Sin embargo, no quería levantarse en medio de la madrugada para escucharla hablar con otro hombre en el cuarto contiguo no le parecía una buena idea.

Antonio se levantó con molestia. Quería saber qué carajo sucedía. Entonces se encontró con el aroma de la piel de Amanda en el espacio vacío de su cama. Su olor agradable nunca la abandonaba. Lo supo en ese momento, así como otras tantas cosas de ella que no sabía ni había vivido estando a su lado.

Como levantarse con Andrea. Los husos horarios diferentes en Tailandia más sus largas horas de estudios y prácticas en la universidad habían alterado sus hábitos de dormir. Y no solo eso. Los cambios climáticos, los disparos y amenazas de los asaltantes y los enfermos también lo habían dejado con problemas de insomnio. Y, por último, las jornadas nocturnas en el Hospital Universitario llenas de pacientes con lesiones o fracturas también lo hacían sentir que jamás volvería a dormir de noche. Por primera vez en muchos años podía dormir muchas horas.

Había logrado dormir y relajarse con Andrea. Bastante. Durante tres

noches.

Se puso a un lado de la cama y se congratuló por sentirse tan relajado. Se sentía de esa manera no solo por las ricas relaciones sexuales, sino también por esas noches de sueño de calidad. Un sueño que le permitía descansar suficiente y sentirse recuperado. Y supo que la compañía de ella también ayudaba a que experimentara esa sensación de paz. Con Andrea podía abrirse y expresar sus sentimientos más profundos. Incluso pudo abrirse para mostrar que no sabía que sentía. Y de esa manera supo que no tenía que llevar una vida acelerada, que no tenía que soportar una mochila de culpa ni hacerse cargo de todo sin dejarse ayudar por nadie. Y le había transmitido esa idea a Andrea.

Pero una risa masculina se oyó desde el dormitorio sacudió sus pensamientos. Antonio frunció su ceño. Y había una chica conversando con el hombre en cuestión.

Él salió a la sala de estar cuando aún no había terminado de ponerse una camiseta. Estaba un poco molesto.

Se encontró con Andrea. Aunque ella estuviera en una calle lejana en medio de un día feriado podría encontrarla, porque ella no lo abandonaría. Nunca lo haría.

Ella llevaba ropa de dormir. Un pijama muy corto, de suave algodón y colores tenues. Estaba sentada en una pequeña silla. Cruzaba sus pies y los llevaba debajo de sus muslos. Tenía una expresión de cansancio, pero reía. Parecía divertirse con el hecho de verse a sí misma sentada en una sala de estar, conversando y contando historias sin fin.

Había otra persona en la sala. Un hombre muy masculino y rudimentario. Antonio giró su cara. Abandonó por un momento esa expresión de cansancio que luego fue reemplazada por una mirada de satisfacción. Y amor. Quería ver esa cara todos los días.

Lo haría. Porque Andrea lo amaba con locura.

Recordaba sus palabras una y otra vez en sus pensamientos incesantes. Sentía unas ganas inmensas de tomarla por las caderas y ponerla contra la pared y hacerla suya.

También podía hacerlo ella misma. Tomarlo a él, quitarle su ropa, dejar que él la levantara y la pusiera frente a él.

Pero entonces vio a la figura masculina.

Era Fernando. Quizás había auxiliado a algún paciente y estaba recién llegado.

Antonio puso sus manos entre sus bolsillos delanteros para ocultar su erección. Fernando y Andrea lo vieron, repasaron su rostro y entendieron que

estaba deseoso. Pero no pudieron notar la furia que le provocaba no poder hacer el amor en ese momento.

—Fernando, tu hermana pudo haberse venido conmigo en ese mismo mueble —dijo.

Fernando escuchó justo cuando iba a sentarse en el sofá. Con una mano sostenía el plato con su desayuno: tocino, mantequilla y pan tostado, y con la otra sujetaba su taza de café negro. Apenas unas gotas salieron de la tasa humeante mientras él se esforzaba para no caer.

Llevó la comida en sus manos a la mesa. —Ahí también pude haberle hecho el amor.

Fernando tomó su plato justo al lado de la mesa. Vio a Antonio y después observó una pequeña mesa de juegos entre la sala de estar y la cocina.

—Dime si hay algún sitio que esté libre de impurezas.

—No creo que haya uno a estas alturas —dijo Antonio mientras encogía sus hombros.

Andrea tomó un cojín y lo lanzó a la cara de Antonio. —¡Oye!

Él rió. —¿Oye qué? No olvides que es tu hermano. Cualquier cosa que tenga que ver con sexo no debe darte ni un mínimo de vergüenza. Él ha hecho todo lo que se te ocurra. Y más.

—Por eso no comparto mucho con los amigos de Fernando —dijo con malestar—. Saben más de lo que deberían.

—¿Y eso te avergüenza? —le preguntó Fernando.

Andrea rió. —Para nada.

—Pero me lanzaste un cojín —le preguntó Antonio.

—Sabes que no haría el amor contigo en esa mesa —dijo mientras la apuntaba.

—¿Te da miedo? —le preguntó Fernando entre risas.

—Sí. Es muy pequeña. No soportaría una noche de sexo como las que tengo con Antonio. Tienen que ser cosas muy sólidas y resistentes.

Ellos respondieron con silencio y asombro. Después de unos segundos, Fernando reaccionó sonriendo. A Andrea no le gustó. —Es cierto. Nos hubiéramos podido lesionar ahí.

Antonio recordó que esa era una de las razones por las que nunca buscaría otra mujer.

—Es bueno que todos tengamos claro que todos los lugares de los que han hablado son buenos para los almuerzos —le contó Andrea a Fernando.

Él vio a Antonio con inquietud. De todas maneras, decidió dejar su plato en la mesa.

Antonio rió mientras salía. —Solo dije que podríamos haber tenido relaciones sexuales ahí.

Fernando vio a Andrea y Antonio. Ella salió al pasillo detrás de él. Él se asomó para verlos.

—Menos mal está teniendo sexo. No me importa dónde.

Andrea giró y le lanzó otro cojín. Otras gotas salieron de su taza.

—¡Oye, soy tu hermano!

—Sí. Así que obedece. Anda a sentarte y comer —le ordenó. Estaba tranquila.

—Puedes tomar tu comida y desayunar en tu auto —le pidió Antonio. Iba rumbo a la cocina a cocinar para sí mismo.

Pero Fernando no hizo caso. Se acomodó en el mueble, tomó su plato y probó sus huevos mientras cruzaba los pies frente a la mesa.

—Me encargaré de olvidar lo que tenga que ver con el sexo que ustedes tienen cuando me vaya.

—Lo que harás en... —dijo Antonio con voz alta. Ya había llegado a la cocina.

—Unos minutos. Cuando termine de desayunar —informó Fernando.

Antonio abrió sus ojos de par en par ante la sorpresiva llegada de Fernando a la cocina. Tomó cuatro panes tostados en su plato y los llenó de mantequilla y miel. Se sirvió más café negro y volvió a su sofá en la sala de estar.

—Recuérdame a qué viniste—, pidió Antonio.

Antonio no se sentía muy a gusto con las visitas de Fernando. Él prefería a otra integrante de la familia. Y le gustaba verla desnuda. Y él también sentía ganas de desnudarse al verla.

—A desayunar —le recordó Fernando con su boca colmada de migajas.

—Pero tienes un apartamento —le dijo Antonio. Se sentó al lado de Andrea. Ella se movió y sus cuerpos se rozaron. Él sonrió, aunque sabía que solo lo había tocado con casualidad. Aunque Andrea quería tocarlo y hacer el amor con él, se sentía satisfecha con solo tocarlo levemente. En ese momento. Sabía que después querría más.

—Allí no tengo huevos —dijo Fernando. Comió otro trozo de huevos y continuó entre mordidas. —Ni margarina.

—¿Y tocino tampoco?" preguntó Antonio con una sonrisa.

—Sí tengo, pero no tengo azúcar para el café.

Antonio soltó una carcajada. Le sirvió café negro a Andrea para que ella lo comiera con sus panes. Lo probó y luego se lo pasó. Notó cómo la intensidad crecía entre ellos. Aunque solo tomaban café, sintió cómo la emoción de estar con ella en su cocina mientras comían lo hacía sentir muy feliz y satisfecho. Compartir con ella y Fernando, su cuñado y su mejor amigo, desayunar y soportar los comentarios que él hacía para que se sintiera incómodo, pero sin lograrlo. Solamente faltaba la satisfacción de tomar a Andrea y llevarla a su cuarto, hacerle el amor en medio de las sábanas cálidas y escuchar su nombre entre gritos placenteros, y el día estaría completo.

Eso no lo perturbaba. Estaba feliz con esa cotidianidad, poder sentarse en la cocina y tomar un café negro mientras charlaban. Solo estar. Era todo novedoso y aún se acostumbraba, pero sabía que podía estar bien si lo convertía en una rutina. Sería un lugar cómodo para calmarse y disfrutar cada hora, y también para tener un delicioso sexo con Andrea cada día o cada noche. Incluso pensó que no estaría mal volver a trabajar en el Hospital Universitario.

Tomó un trozo de pan y algunas migajas quedaron atascadas en su paladar. Le costaba respirar.

Para zafar las migajas tosió y tomó algo de agua. No quería sentirse nervioso.

Luego tomó café. Repitió la secuencia mientras se preguntaba si realmente estaba pensando volver a Emergencias.

Vio a Andrea. Ella ya lo veía con curiosidad. Podría trabajar en Emergencias e intentar retomar el gusto, aun sabiendo que se sentiría muy triste durante días enteros. Andrea estaría contenta con su decisión, pero también lo había respaldado en su decisión de trabajar en una cafetería. Y además le había demostrado su amor.

—¿Hay alguien con Javier en este momento? —dijo Antonio cambiando el tema.

Fernando, Ana, Andrea, Antonio y algunos chicos del centro habían procurado que Javier estuviera acompañado siempre desde las operaciones.

—Ana dijo que iría. Debería llegar a las seis—, contó Fernando mientras se levantaba. —Lo dejé dormido. Anoche a las ocho se levantó para comer. Se devoró la pizza que alguien le llevó. Quedó noqueado.

—¿Dices que se levantó para comer? —le preguntó Antonio. Javier ya

estaba recuperándose, pero continuaba muy débil. —Me alegra saberlo—. Se notaba el deseo del chico de sanar.

Andrea sonrió al escuchar a Antonio. —Supongo que deberé llevarle sus salchichas favoritas esta tarde, cuando vaya al hospital.

—¿Irás esta tarde? —le preguntó Antonio.

—Sí, como a las cinco, creo —dijo.

—¿No crees que es muy tarde? —le dijo. Estaba asombrado al ver que ella no estaba desesperada por ir a verlo recuperarse.

Andrea volvió hacia él y le sonrió levemente. —Bueno, estará bien acompañado.

—Lo sé. Solo pensaba que querrías ir más temprano.

—Prefiero estar aquí —dijo. Su rostro apenas mostró una mínima expresión, pero Antonio entendió lo que intentaba decirle. Su pene reaccionó subiendo lentamente.

Quería quedarse con él. —En ese caso te acompañaré —le dijo.

Andrea iba contestarle con un beso, pero su celular sonó varias veces. Estaba en su bolso. Luego retumbó el de Fernando y por último sonó el de Antonio en la mesa de noche al lado del sofá.

Supieron que tantas llamadas solo podían significar una cosa. Terminaron de comer y tomar café con ansiedad. Andrea vio el suyo primero que ellos.

—Maldita sea —dijo.

Andrea tomó su teléfono y Antonio buscó el suyo. —Llaman desde el hospital —dijo él viendo la pantalla.

—A mí también —dijo, viendo las llamadas perdidas de su celular. — ¿Quién te llamó? —le preguntó a su hermano.

Fernando estaba un poco perdido. —Ana —dijo escuetamente. Antonio tuvo un mal presentimiento. Parecía que algo andaba mal.

Antonio devolvió la llamada. —Soy el doctor Peña —le dijo a la mujer que respondió un momento después.

—Le habla Teresa, doctor Peña. Soy la jefa de enfermería esta noche.

—Dígame qué sucede.

—Lo llamé por el paciente Javier Mesina.

—¿Qué le sucedió? —le dijo con rapidez.

—No sabemos dónde está.

Antonio trató de procesar la respuesta de la enfermera. —¿Cómo dice?. —
Habló tan fuerte que Fernando y su hermana se inquietaron.

—Que se fue —dijo la enfermera sin agregar nada más.

Alguien en el hospital tendría que responder muchas preguntas. —¿Ustedes lo
dieron de alta? —preguntó Antonio con dureza, aunque sabía que eso era imposible,
pues no estaba sano como para que lo dieran de alta.

—No lo hicimos. Huyó.

En lugar de seguir el tratamiento. ¿Cómo...? —¿Cuándo lo hizo?

—No sabemos... con certeza —dijo la enfermera, titubeando.

Antonio llevó su mano a su frente. —¿Entonces solo huyó?. —Hubo un
silencio. La enfermera Teresa dijo después de un rato. —Así fue.

Qué cagada.

Pudo calmarse para seguir la charla. —¿Cómo estaban sus signos vitales
cuando lo revisaron antes de que huyera?. —María le dijo los indicadores y
Antonio volvió a tomar aliento para no decir alguna grosería. Apenas pudo
hacerlo. —¿Le dijeron al doctor Vásquez? —le preguntó Antonio.

—Está preocupado y pensó que usted sabría dónde podría estar el paciente.
Fue él quien me pidió que lo contactara.

—La llamaré después —dijo Antonio. —Y si usted sabe algo, no dude en
informarme.

Él colgó mientras tomaba aire para calmarse. Tomó su celular y por un
momento quiso arrojarlo contra la pared. Sin embargo, se relajó y esperó que
sus músculos tensos se aquietaran. No lo logró.

Javier había huido.

—¿Qué mierda! —dijo Antonio lanzando finalmente el celular contra una
pared.

Fernando abrió su boca de par en par. Le explicó a Ana que debía colgar.
Andrea se sobresaltó y también abrió sus ojos ampliamente. Lo miró y notó la
furia de Antonio. Terminó la llamada sin haber hablado con la otra persona al
otro lado del celular.

Antonio llevó sus manos a sus ojos. Vio los restos del celular dispersos en
el piso. No estaba arrepentido de su acción, pero tampoco se sentía mejor.
Quizás si lo arrojaba otra vez se sentiría bien. O si rompía alguna ventana.

—Antonio... —le dijo Andrea.

Él caminó una y otra vez y sintió que le faltaba el aire. Se mantuvo en silencio.

—¿Por qué hizo eso? —gritó Antonio cuando sintió que ya no podía más. —
¡Si apenas puede caminar sin ayuda!

—Te entiendo.

Él giró para verla. —¿Dónde podría estar?

Ella negó con su cabeza. —No lo sé. Simplemente no lo sé.

—¿No se te ocurre dónde podría estar? —le preguntó acercándose a ella.
Ella dio unos pasos hacia atrás con miedo, pero él siguió caminando hacia su cuerpo. —Piensa.

—Podría estar... en el centro juvenil....

—Ana me dijo que ha conversado con los chicos. Con todos. Pero nadie sabe nada —dijo Fernando, interrumpiendo. —No ha podido hablar con Manuel ni Santiago.

Antonio tuvo una sospecha y su cuerpo se agitó más. —Fueron ellos. Lo ayudaron a escapar.

—Puede ser —dijo Fernando.

—"Qué cagada. Son tres chicos inmaduros actuando como unos grandes pendejos —dijo Antonio con crueldad. Vio a Andrea con molestia otra vez. —
¿Dónde más podría estar? ¡Dime! ¡Hazlo ahora!

Andrea también lo vio con rabia. —Carajo, cálmate. También estamos preocupados.

Entonces sintió que era un estúpido, dejándose llevar por sus emociones y gritándole a Andrea. Ella no tenía la culpa del escape de Javier. No sentía nada de lo que decía, pero no podía relajarse. Solo estaba muy molesto, frustrado. Y decepcionado. Además, estaba preocupado. Y arrepentido de haber decidido formar parte de ese caos.

Un caos que sí había causado Andrea.

—¿Por qué hace lo que está haciendo? —se preguntó Antonio mientras caminaba y cerraba sus ojos. —Su salud no está bien. Podría tener un accidente y lastimarse fatalmente.

—Así es —dijo Andrea.

Antonio caminó en otra dirección. —Sus suturas podrían abrirse y causar otra hemorragia. O tener ya otra hemorragia que no vimos. ¡Incluso podría desangrarse y morir por su estupidez!

—Así es —repitió Andrea, con un tono más fuerte.

Antonio siguió caminando, con más rapidez—. ¿Tantos golpes le dieron?

¿O le dieron una paliza tan contundente que no entiende los riesgos que corre? No sé cómo salió, para empezar. ¿Cómo salía dónde llegar? ¿Podría morir por su estupidez!

—¡Ya lo sé! —gritó estruendosamente Andrea.

Antonio dejó de caminar. Vio sus ojos. Lo que hacía estaba mal, pero no podía dejar de hacerlo. Al gritar se deshacía de una parte de su estrés.

Javier había salido y se había olvidado de todo lo que todo el mundo había hecho por él. No había pensado en Andrea, Ana, Fernando. En nadie. —¡Qué ingrato es ese pendejo! —dijo Antonio mientras retomaba sus pasos. —¡Nos esforzamos por él para que se recuperara y lo primero que hizo fue salir de ahí! — Aunque hablaba con furia, no era suficiente para desahogarse y drenar toda su ira.

—Él es muy joven. No entiende los riesgos que corre ni lo grave que está. Y no sabe que fuiste tú quien lo operó —le respondió Andrea con suavidad. Se acercó a él.

Él apretó tanto sus puños que sus manos le dolieron. —¿Pero no vio la aguja en su brazo, las enfermeras que le administraban tratamiento o sus moretones? ¿No vio a los doctores llegando cada hora para que se sintiera bien y siguiera...con vida? Perdí mi tiempo —le dijo Antonio, con mucha ironía en su voz. —¡Lo que hizo fue burlarse de ellos! Hasta de tu hermana, que fue la que llamó a los paramédicos —le dijo Antonio, recordando a Ana. —Y a ti, que fuiste corriendo al hospital por él. Y a tus chicos —dijo mientras veía a Fernando. —Todos se dedicaron a él para viviera más. ¿Qué hizo ese malagradecido? Escapar cuando se le presentó la primera oportunidad..

"Lo dices porque estás molesto —le respondió Andrea, casi sin aliento.

Ciertamente estaba muy molesto. Ella comprendía su molestia, pues no sentía precisamente alegría con todo lo que pasaba. Lo que sentía era una grandísima preocupación por no saber el paradero de Javier ni qué podría pasarle.

—¿O porque tengo razón? —le dijo Antonio. La abrumaba con sus palabras.

Vio su cara fijamente por tantos segundos que ella se asustó. Recogió su cabello y tomó aire. Ella entendió que podía captar su alma con solo ver sus ojos. Además, había visto cada parte de su cuerpo como nadie más y se había recreado durante meses con el sexo como tampoco había hecho nadie más. Recordó que

solamente unas horas antes habían hecho el amor de una forma muy íntima, como solo personas enamoradas podían lograrlo.

Entonces pensó que quería captar su alma también. —Pareces el mismo Antonio que golpeó a Alejandro Castillo —le dijo, tensando sus hombros.

Antonio se acercó mientras abría bien sus ojos—. Puede que no haya cambiado. Que sigo molesto por operar a personas a las que le sabe a mierda su salud y la gente que los rodea. ¿Qué te parece? —le dijo al verla y detenerse frente a su cuerpo.

Andrea contuvo sus lágrimas inquietas cerrando sus ojos y se dio fuerzas tocando su cintura. Evitó mostrar el más mínimo atisbo de ansiedad o temor.

—Yo no sospechaba nada. Si lo hubiera hecho, no habría malgastado tantas horas en ese hospital, esperando que recibiera su tratamiento y lo trataran bien. Salvé su vida en vez de quedarme acá, contigo, haciéndote el amor, viendo una película o cenando. O podando el jardín. Cualquiera cosa de esa me habría hecho más feliz y más útil.

El mayor deseo de Andrea era no llorar y no decir nada de lo que se arrepintiera después. Cerró sus ojos con más fuerza

—Antonio, cálmate —le pidió Fernando con voz firme.

Antonio pareció no escuchar o no querer hacerlo. Antonio la trataba de ese modo porque ella lo ayudaba con sus emociones. Pero ella ya no quería recibir esa ola de estridencia. Fernando se levantó, pero Andrea puso su mano en su pecho para detenerlo. Haría cualquier cosa si Antonio no se iba pronto. Él estaba molesto y se justificaba con esa rabia para hablar con un tono soez y así discutir. Algo que quería hacer. Y ella también estaba nerviosa por Javier. Irse del hospital le había parecido una terrible decisión. Pero se aseguraba de no tomárselo de forma personal.

—A veces hacemos cosas que no son divertidas, pero hay que hacerlas —dijo.

Había mucha verdad en esas palabras. Toda su vida había girado en torno a acciones que no eran precisamente entretenidas, pero que sentía que debía hacer, porque eran su obligación o parte de sus compromisos.

—Lo que me recuerda que he renunciado a esas cosas —le dijo él.

Hablaba con tanta convicción que ella empezó a creer que saldría de ahí y no se preocuparía más por Javier, por lo que le pasara... Pero si lo hacía, había un problema. Si se marchaba, tendría que alejarse de ella también. Y ella sintió que no sería capaz de llegar a ese extremo.

Andrea se dijo que debía tener la certeza de que Antonio no se iría. Que estaría ahí siempre, en las buenas y las malas. Porque si no era así...

Había muchos temas que resolver, pero la prioridad era Javier. Entonces dejó de pensar.

—Hay que buscarlo. Contarle lo que le puede pasar. Que esté al tanto de todo.

Antonio contuvo el aliento. La vio con seriedad. Después negó con su cabeza. —No —dijo tajantemente.

Andrea se negaba a aceptar lo que escuchaba. —¿Qué dices?

—Que no cuentes conmigo. Ya sé lo que quieres, pero no iré.

—Pero es tu obligación—. Ella sentía que era su obligación. Que él sintiera la necesidad de apoyarla y prometerle que todo saldría bien. Ella buscaría a Javier mientras él la consolaba y le daba ánimo.

—No —repitió Antonio. Cruzó sus brazos. Una expresión de desafío se apareció en su cara. —Al escapar del hospital, dejó de ser mi paciente.

Ella siguió tratando de convencerlo y empezó a hablar con voz suplicante. —Pero Antonio, él te necesita más que antes—. *Y yo también te necesito, pensó decirle, pero no pudo. El miedo la frenaba.*

No quería que él rechazara sus palabras y le demostrara que realmente le importaban un bledo sus sentimientos. Ni en ese momento ni después.

—Lo sé, pero debió haber pensado en eso en lugar de huir.

—Pero es inmaduro y tenemos que encontrarlo para guiarlo por el camino correcto. Es solo un chico.

—Hazlo tú.

—No puedo sola —le dijo—. Además, recuerda que lo operaste, aunque no querías volver al hospital. —La presión sobre su pecho se hacía más fuerte.

Ella pudo ver cómo su cuerpo se ponía aún más tenso y sus ojos se cargaban de una profunda ira. Era como un volcán a punto de hacer erupción.

—¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera hecho nada?

—¿Cómo dices?

—¿Qué hubiera sucedido si yo no lo hubiera operado? —dijo, con sus ojos rojos de rabia. —¿Si no lo hubiera atendido esa noche ni después?. —Su rostro dejó filtrar la ira hacia su cara—. Debí haberme negado, ¿no crees?

Andrea lo vio, aunque le costaba mantenerse en pie y ver su cara desafiante. Sintió repentinamente que se convertía en su padre.

Recordó que en muchas ocasiones lo había retado, hablándole de tal forma que

no complacía ninguna de sus peticiones. En muchas ocasiones. Tantas que no podía recordarlas.

Empezó a llorar como nunca. Un síntoma de su dolor. Un dolor que la superaba.

Eran lágrimas incontrolables las que mojaban su piel.

¿Y cómo reaccionaba su padre cuando ella actuaba de ese modo? Recordó el momento exacto en el que le dijo que se iría de todos modos, sin importar lo que él pensara. Y también recordó sus palabras. Le había dicho que la amaba. Como siempre hacía. Y que siempre la esperaría con los brazos abiertos.

Tomó aire y cerró sus ojos. —Aunque lo hubieras hecho, te seguiría amando —le confesó. —Te hubieras negado, tal vez, pero yo sentiría lo mismo por ti.

No había ni un gramo de mentira en sus palabras. Todo era cierto, y Andrea era consciente de que él necesitaba escuchar cada una de esas palabras, así como ella necesitaba decirlas con toda sinceridad. El amor que sentía por él no había nacido por su talento para operar ni sus ganas de divertirse o preparar café. Había nacido por la nobleza de su corazón y la pureza de sus sentimientos.

Y por eso quería que la acompañara.

—¿Ya no estás molesto? —le preguntó calmadamente.

—Claro que estoy sumamente molesto.

—¿Y también estas desilusionado por lo que hizo Javier?

—Bastante. Creo que lo he dejado claro.

—¿Pero pedirás disculpas por lo que dijiste?.

Sabía que quería hacerlo. Se notaba. Y aunque no sabía qué pasaría después, si todo se arreglaría con él o lograban encontrar a Javier, su padre le había enseñado lo que significaba amar a otra persona sin detenerse a pensar en nada más.

—No me arrepiento de nada de lo que dije. —La vio fijamente con molestia. Entonces dijo: —No te pediré disculpas.

—Bien.

—Iré a jugar billar al bar.

Andrea se congeló. Luego sintió que se derrumbaría. Entendió que no quería acompañarla. Que no le daría ánimo—. Muy bien, Antonio —le respondió resignada, mientras sus lágrimas se agolpaban en sus ojos.

Esperaba que desde el lugar en el que estuviera descansando en paz, su

padre aún pudiera darle la fuerza que necesitaba para amar a otra que la había decepcionado contundentemente.

Capítulo 13

Antonio quería que su pene se levantara.

Para cogerse a otra mujer que no fuese Andrea.

Una chica deliciosa como Flor.

Ella estaba en la mesa de billar, lista para jugar. Tenía una sexy falda amarilla ceñida a sus nalgas.

Estaba consciente de lo buena que estaba. Le pareció perfecta. Era del tipo de mujeres que le encantaban, con grandes curvas y muy morena.

Y ella lo deseaba. Todos, incluso el camarero, que estaba bastante ocupado, notó la atracción que ella sentía, y Antonio pudo darse cuenta de que a ella no le importaba nada más que el sexo. No se detendría a pensar si el solo quería divertirse o tomar bastante alcohol, y tampoco buscaría a otro hombre para que la hiciera sentir bien después de una larga jornada laboral.

Flor no perdió tiempo. Miró con lujuria a Antonio para hacerle saber que lo deseaba. Pero él no sintió deseo.

Quería sentirlo, pero no podía. Se dejaba mirar, seducir, tocar su piel y ver cómo ella también se tocaba la suya para deleitarlo. Con mucha sensualidad. Y, sin embargo, no pasaba nada que lo convenciera de llevarla a la cama. Él no supo si era el lugar o alguna otra cosa lo que estaba congelando sus ganas.

Se dijo a sí mismo que podía estar tranquilo, pues tarde o temprano encontraría a una persona con la que sí quisiera hacer el amor con deseo, además de brindarle una grata compañía que él no querría abandonar jamás.

Como le había sucedido con Andrea. Pero mientras esa persona no llegara, decidió tomar cerveza. Unas cuantas. Muchas.

Cuando salió del apartamento de Andrea y la dejó allí con su hermano, se decidió a tomar todo el licor que pudiera hasta que su mente y su cuerpo se acabaran. Y si bien los clubes estaban cerrados al mediodía, había encontrado tres licorerías abiertas. Nunca cerraban.

Pero no entró ahí. Fue a su apartamento y entró al gimnasio de su edificio. El billar solo fue una mentira que le había dicho a Andrea. No tenía la intención de jugar, pues estar ahí le recordaba a Andrea y la ocasión en la que jugaron y él presionó su cuerpo.

Lo cual era justo, pues ella siempre lo presionaba.

Lo presionaba. Lo ponía a prueba y retaba su determinación. ¿Y cuál fue la última respuesta que recibió de sus labios cuando él la desafió? Lo dijo que lo amaría, pasara lo que pasara. Él creyó cada una de sus palabras.

Y entonces se decidió a tomar todas las cervezas que pudiera cuando su bar favorito abrió. Si le quedaba alguna duda de hacerlo, esta se disipó cuando recordó la expresión de frustración en la mirada de Andrea.

Él era consciente del amor que ella sentía por él, así que sabía que ella estaría a su lado, aunque él se esforzara por alejarse.

Evocó los años de Andrea al frente del centro juvenil. Todos ellos habían cometido errores, muchas veces, pero Andrea igualmente los recibía con los brazos abiertos, abrazarlos y orientarlos para que se sintieran bien.

Y con él se comportaría de la misma manera.

Aunque por momentos no le agradaran sus acciones ni sus palabras. Pero eso no era motivo suficiente para arrancarse los cabellos ni la hacía sentir ni el más mínimo arrepentimiento por haber abierto su corazón para él.

Flor se movía sin cesar a su lado. Quería *sentir ganas de cogerla, pero no podía. Un olor a ron barato lo sacudió. Aunque su cerveza estaba fría, a su lado derecho estaba sentado un sujeto que no había tomado un trago de su vaso desde hacía media hora. Había cerveza, ginebra, whisky y todo lo que quisiera pedir, pero tampoco quería hacerlo. Y la música de fondo no lo animaba, como tampoco lo hacía el juego de billar o las charlas estúpidas que oía sin querer. Estaba aburrido y desanimado.*

Por Andrea.

Pero no exclusivamente por ella. También por Javier.

En el fondo de su alma sabía que, aunque sintiera la necesidad de dejar de tratar a sus pacientes cuando ellos actuaban como médicos y se convencían de que ya estaban sanos y podían hacer lo que quisieran, ninguna actividad en el mundo lo llenaba como mejorar la salud de las personas. Y si en algún momento las cosas salían mal, Andrea estaría ahí para darle aliento como había hecho hasta ahora.

Sí, su chica Andrea.

Como cuando lo había perdonado por comportarse como el gran pendejo que se empeñaba en ser.

Ese perdón era una demostración de humildad, de cariño, de respeto por sus acciones, aunque él mismo no creyera en ellas. Era un alivio para su espíritu.

Necesitaba estar mejor y esperaba que Andrea le mostrara cómo recuperarse. Ella sí creía en él. Y no solo en él sino en Fernando, Ana, Javier y el resto de los adolescentes del centro juvenil. Antonio también había creído en sí mismo, pero no recordaba cómo ni cuándo había perdido esa ilusión.

Dejó su cerveza en la barra. Extendió unos billetes para pagar y no esperó el cambio.

Unos minutos después llegaba a la sala de Emergencias. Todos lo vieron y las miradas de asombro eran el común denominador. Luego vinieron los susurros. No les prestó atención. Se concentró en la lista de pacientes del gran pizarrón y caminó hacia la habitación número cuatro.

Entró y vio al cirujano. Era Tomás Anzola, uno de los doctores del hospital, Estaba intubando al paciente que estaba en la camilla.

—Llegó tu reemplazo —dijo Antonio con firmeza.

Una enfermera le puso los guantes a Antonio después de que se lavara las manos y luego sostuvo una bata para él. Entonces vio al doctor Anzola—. ¿Antonio...? —dijo el doctor.

—Apártate —le dijo Antonio.

El cirujano asintió. —Por fin alguien me escucha, carajo.

Unas horas después, una enfermera tocó la puerta y abrió la puerta de la sala de proyecciones. —Doctor Peña, lo solicitan —dijo una mujer con un tono dubitativo.

Él no giró. Estaba concentrado viendo las radiografías. —¿Quién me busca?

—Es el señor Fernando Márquez —respondió. —Y no acepta un no como respuesta—. Era evidente.

Por un momento se olvidó de las radiografías y tomó el teléfono. Tomó aire para hablar con él.

Esperaba que la llamada se debiera a Javier. Ya Antonio había llamado a todos los hospitales para que le informaran en caso de que Javier llegara a alguno de ellos.

Pero ninguno lo había llamado.

Javier era muy inteligente. Antonio lo sabía y le molestaba que tomara ese camino. Luego pensó que, si había huido, quizás tenía una razón de peso para hacerlo. Pero eso no restaba peligro a sus actos.

—¿Qué sabes de Javier?— le preguntó con brusquedad.

—¿Estás en el Hospital Universitario?

Ya Fernando lo sabía, pero a Antonio no le importaba. Tal vez un paramédico en Emergencias lo había visto entrar y había llamado a Fernando.

—¿Ya encontraste al chico? —le dijo Antonio. —Si no es así, deberé colgar.

—Lo encontramos. No salió nunca del hospital. Se fue a la sala de partos cuando supo que María tenía contracciones, pero volvió a desmayarse. Está en Emergencias.

Antonio sintió que su estómago se apretaba. —Carajo. —Tensó sus hombros.

—Será mejor que te muevas —le ordenó Fernando. —En un rato estaré con él.

Antonio movía su cabeza y sus pies. —Fernando, no puedo ayudarlo.

—¡Carajo, Fernando! Sabes que eso no es verdad —gritó Fernando. —Te encontraré y te sacaré a patadas si tengo que hacerlo. Necesitamos que el mejor cirujano lo ayude. Iré al infierno a buscarte si es necesario —le respondió Fernando con dureza.

—¡Fernando, no soy neurocirujano! —dijo Antonio, pero sabía que tenía muchas ganas de ayudar. Quería operar a Javier, pero sentía que no podía hacerlo porque no era su especialidad.

Sin embargo, sabía que lo dejarían hacerlo si lo pedía.

Apagó los proyectores y salió.

—Antonio, no es un caso de neurocirugía —le contó Fernando. —Tiene otra hemorragia interna—. Antonio no creía lo que escuchaba, pero lo hizo rápidamente—. Mierda —gritó Antonio. —No las vi cuando lo operé.

—Tuvo una pequeña. En su bazo. Y....

—¿Ya está consciente? —dijo Antonio interrumpiéndolo. No le interesaba oír nada más. Javier había tenido una pequeña herida esplénica. Sucedió con regularidad. En la operación había ubicado y corregido las dos lesiones graves, y después vio el hematoma. También lo había arreglado. Pero no vio la pequeña herida abierta. Y siguió sangrando. Qué cagada.

—No tengo idea. Después de enterarse de la hemorragia, vi que lo llevaron al quirófano.

Antonio no sabía en qué punto exacto estaba, pero decidió tomar las

escaleras en lugar de perder tiempo buscando el ascensor.

—Fernando, tienes que operarlo —le pidió Fernando con una calma que contrastaba con su molestia anterior. Antonio corrió por las escaleras y llegó a los quirófanos. Leyó “Javier” en la pizarra y fue al último quirófano—. Créeme, Fernando. Solo podrían sacarme de aquí muerto. Operaré a Javier cueste lo que cueste.

Andrea tenía unas sandalias con suela corta que ya estaban desgastadas por su nerviosa caminata. Supo que caminar con ellas era igual de incómodo que andar con las botas de prostituta. Y solo habían pasado veinte minutos desde que el chico había ingresado otra vez al quirófano.

No solo estaba agotada. Estaba nerviosa por la salud de Javier. Y peor aún, estaba en una sala de espera, sola. Sus pies estaban agrietados del dolor y sus dedos estaban casi congelados.

¿Por qué me cuesta aceptarlo?, pensó. Había estado sola desde la muerte de su padre. Ana no había podido ayudarla porque era muy joven y solo podía hacer cosas como lavar los platos y sacar la basura. Fernando apenas ayudaba, aunque lo hacía cuando las cosas se complicaban muchos. Y para convencerlo había que darle algún soborno con frecuencia.

Se sintió como una tonta al descubrir la ilusión en su mente. La esperanza de que Antonio llegara y la abrazara.

Puso su cabeza frente a la ventana y vio los autos pasar. Sintió una bocanada de aire viniendo del sistema de ventilación del hospital y cayendo a sus rizos. No quería estar sola en un momento como este. Aunque no estuviera Antonio, necesitaba algo de compañía.

—Oye, Andrea....

Era Ana. Salía del ascensor y se dirigía a la sala de espera.

Se abrazaron en el medio del pasillo. —¿Y los chicos? —preguntó Andrea cuando la soltó.

Ana tomó aire. —Están bien. Dos voluntarios fueron para acompañarlos, y así pude venir. Les llevaron pollo frito—. Encogió sus hombros. —No creo que eso les moleste.

Ella sonrió levemente. —Gracias por venir. No sabes cuánto me alegra.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ana mientras buscaba café.

—No sé.

Ana se inquietó. —No entiendo.

—No sé nada de nada. Ninguno ha salido del quirófano.

—Antonio tiene enterarse de lo que pasa aquí. Supuse que alguien se lo diría —. Ana le pasó una taza de café y la vio.

Andrea se conmocionó. —¿Antonio? ¿Cómo dices?

Ana la vio con firmeza. —Antonio. Antonio Peña. Tu compañero sexual.

Andrea contuvo el llanto que amenazaba con salir de su boca—. “Compañero sexual” no era una descripción justa para él. Tensó sus hombros otra vez. Era más que simplemente un semental. Ella lo percibía así, aunque no sabía qué pensaba él. —Antonio no vino al hospital. Sé que.... —Le costaba hablar e hilvanar ideas. —Se fue cuando supo que Javier se había escapado del hospital.

Ana estaba extrañada con las palabras de su hermana. —Él no salió del hospital. Estaba con María en la sala de parto.

Andrea lo recordó y se sintió calmada. —Sí, ya lo sabía, pero Antonio no. Lanzó su celular contra la pared y no sé dónde está. Salió con mucha rabia de mi apartamento.

Ana quedó sorprendida. —¿De verdad hizo eso?

Ella movió su cabeza en señal de afirmación. No quería recordar la salida brusca de Antonio de su apartamento. Ni cómo su rostro la retaba como ella misma lo había retado en varias ocasiones.

—Lo hizo porque estaba alterado. Fue algo fuerte para ambos.

—Lo fuerte es que Javier lo necesitaba, sin importar si había escapado o no lo había hecho. —Ana sonaba molesta. Levantó su mano libre—. Él es cirujano. El cirujano de Javier. ¿Y también lo abandona?—. Su café se enfriaba.

Andrea se asombró de escuchar sus frases altisonantes—. Antonio puede equivocarse. Es un ser humano y las emociones lo desbordan a veces. Ayudó a Javier y luego sintió que el chico no estaba haciendo lo correcto. Yo también pensé lo mismo hasta que supe que estaba aquí.

—¡No es suficiente! —gritó Ana. —Él tenía que ayudar a Javier. Me equivoqué creyendo que Antonio era un sujeto con el que podíamos contar y quería hacer las cosas bien. Veo que....

—¡Cállate! —gritó Andrea. Ana quedó en silencio mientras su mandíbula parecía caer.

Ana se vació de aire y luego continuó. —Ana, Antonio es un excelente

cirujano. He conocido pocos médicos tan buenos como él. Y no solo eso. Es un lindo ser humano. Un gran hombre. Lo amo y ya desistí de la idea de luchar contra mis sentimientos por él—. Exhaló profusamente. —Pero debemos dejarlo tranquilo mientras se da cuenta.

—¿Se da cuenta de qué? —le preguntó Sara.

—De que haga lo que creo que tiene que hacer —le respondió.

—¿Y si se va a la cafetería en lugar de venir aquí?

—En ese caso será el mejor camarero de Palma Sola. Y los clientes del cafetín estarán contentos de ir al lugar.

El doctor Pablo Miranda entró y la charla cesó. Se sacó su bata y sus guantes y los lanzó a un pote de desechos quirúrgicos.

Ellas voltearon rápidamente. —¿Cómo está Javier? —le preguntó Sara con nerviosismo mientras daba unos pasos hacia él. Ya no pensaban en el doctor Antonio Peña, el compañero sexual, el cirujano, el amor de Andrea.

—Está bien. Es un joven saludable —dijo el doctor. —Sus signos vitales son buenos y se está recuperando—. Andrea volvió a contener su llanto.

—Aunque es pronto para dar un pronóstico, creo que en pocas horas estará completamente bien—. —Muchas gracias, doctor. No sabe cuánto se lo agradecemos mi hermana y yo. Todos en realidad —le dijo Andrea. Tomó al doctor y le dio un fuerte abrazo.

—Bueno... —dijo el doctor Medina retrocediendo y alejándose de los brazos de Andrea. —En realidad no me lo deben solo a mí. Hay un equipo de trabajo y todos hacemos lo que nos corresponde.

Andrea sonrió amablemente al oír su tono diplomático. Sabía de quiénes hablaba y entendía que ninguno de ellos lo veía como un trabajo sino como una linda labor que los llenaba de satisfacción.

—¿No quisieras tomar una siesta en tu apartamento? —le sugirió el cirujano. —Te noto muy cansada. Si hay una novedad yo mismo te llamaré—. Escuchar esas relajantes palabras la hacían sentir calmada por primera vez en todo el día. Una sensación que había escapado de su cuerpo desde que había sabido que Javier ya no estaba en su cama. Entonces no pudo contenerse más. Su rostro se convirtió en un mar de llanto —Doctor, ¿está consciente? —preguntó con su voz quebrada.

—No. Está sedado y lo mantendremos así para chequear su estado hasta que veamos que esté bien y podamos llevarlo a la unidad de recuperación. No despertará por ahora.

Andrea que ver a Javier cuanto antes, pero sabía que él estaba bien

cuidado. También quería ver a Antonio y abrazarlo. Y besarlo.

—Luego te llamo —dijo Pablo.

—Una vez más, doctor, gracias —dijo Andrea mientras él se despedía. Tomó su bolso y sus estropeadas sandalias. —Ana, debo dejarte. Necesito ir a un lugar ya.

Ella rió. —De acuerdo. Tráeme café con leche.

Andrea sabía que ya no había tiempo para hablar. Era tiempo de hacer. Sabía que tenía que ir cuanto antes a ese lugar, así que dejó de hablar consigo misma en medio de sus pensamientos y salió corriendo.

Estaba consciente de su pasado, de todo lo que había hecho para demostrarle a su papá que quería ser independiente. Él también le había demostrado que en vez de hablar mucho había que hacer. Durante. Él había dicho que la amaba, pero ese amor siempre había estado respaldado con sus acciones, pues cada vez que ella se equivocaba, él la recibía y la abrazaba. Sus acciones eran la mayor prueba de su amor. Y después de su muerte, ella se había concentrado en demostrar con acciones que podía cuidar a sus hermanos y dirigir el centro juvenil.

Ya le había dicho a Antonio que lo amaría, aunque él tomara decisiones que a ella no le gustaran. Era el momento de demostrarlo. Con creatividad, con dinamismo... y ropa atrevida.

Entró a Lujuria y estaba la chica que la había atendido la última vez que había estado allí. Ahora usaba un vestido negro ceñido a cada parte de su cuerpo que se sostenía con una correa de cuero en su hombro derecho. El escote revelaba casi la mitad de sus senos. Si se movía unos centímetros, podía verle los pezones, una de las pocas partes de su cuerpo que no quedaba al descubierto. En su espalda, el vestido apenas tenía algo de tela para cubrir su trasero y dejar el resto al descubierto. En sus caderas y su cintura el vestido tenía cortes triangulares para mostrar partes de su piel que cualquiera quisiera ver.

Todos los hombres que llegaban a la tienda lo hacían. Una imagen que representaba todo lo que no había querido hacer Andrea desde la muerte de su padre. Irreverencia, rebeldía, lujuria. Pero esa noche, Andrea sí quería portarse mal y destaparse.

Aunque Andrea nunca había llamado la atención con un vestuario provocativo, notó que todos los clientes callaron cuando abrió la puerta de la cafetería de Elisa.

Ella quería ver a Antonio. Pero todos querían verla a ella. Todas las mandíbulas de los clientes quedaron en las mesas.

—¿Andrea? ¿Qué...?

Ella escuchó la voz masculina y su sonrisa se abrió de par en par. Unos segundos después entendió que no se trataba de Antonio sino de otro hombre. Por un momento su corazón dio un vuelco, pero incluso antes de girar sabía que no era Antonio. Marcos, Lorenzo y Carlos estaban tomando café en una mesa cerca de ella. La conmoción en sus caras era infinita.

—¿Estoy viendo bien o mis ojos alucinan? —dijo Lorenzo. El hilo de su voz era lo primero que se oía por un buen rato en el silencioso y sorprendido cafetín.

—¿Qué caraj...? —dijo Carlos, que por lo impresionado que estaba no pudo decir nada más. Aunque trataba de no hacerlo, no podía dejar de verlo.

No era usual verlos en un lugar con señoras mayores, café con galletas y música antigua de una rockola. —Chicos, ¿qué hacen en este lugar?

No dejaban de mirarla.

—¿Han visto a Antonio? —preguntó. Deseaba salir para que ellos no la vieran con asombro.

—¿No has hablado con Fernando? No creo que sepa que usas esa ropa —dijo Lorenzo cuando pudo hablar.

Ella vio su ropa y frunció su ceño. —No he hablado con él. Está manejando la ambulancia. ¿Han visto a Antonio?

—Aquí no. Está en el hospital —le dijo Marcos—. Carajo, Andrea. Cómo quisiera no haber sido un pendejo respetuoso todo este tiempo. Si hubiera sabido que usabas esa ropa, no me hubiera importado que seas la hermana de Fernando.

—Te agradezco el... ¿cumplido? —dijo Andrea. Suspiró y mostró una pose sugestiva.

Ella descubrió las miradas inquisitivas y se sintió contenta. Posó sus dedos sobre su hombro después de acercarse. Quería saber sobre Antonio, así que no quería invertir tiempo en charlas o cumplidos. No podía perder

tiempo. Además, Carlos era practicante del cristianismo. Los placeres carnales como ese eran pecado.

—Carlos, ayuda a una hermana en problemas. Amo a Antonio. Quiero verlo ahora. ¿Puedes decirme dónde está?

Marcos y Fernando hacían un esfuerzo por no ver esos enormes pechos. Se deleitaban como si fuesen un alimento caído del cielo. Y nada los distraía. Carlos, en tanto, retiró su mirada de sus senos, con mucha lentitud, para mostrarle que podía controlarse.

—Ya te dijimos que está en el hospital —le reiteró Carlos mientras luchaba consigo mismo para mirarla a los ojos.

—No me mientas. Estoy hablando de Antonio, el que prepara los ricos cafés aquí. —Dijo Andrea, y negó con su cabeza.

La cara de Lorenzo estaba llena de una enorme sonrisa. —Andrea, dame una patada en las bolas si quieres por fantasear contigo en este momento —le dijo—. Es imposible no hacerlo con ese atuendo tan provocativo. Supongo que no quieres manejar de vuelta al Hospital Universitario. Podría llevarte. Pídemelo lo que quieras. Y olvídate de Carlos. Podrías descenderlo en su trabajo y no le importaría—. Lorenzo apuntó con su dedo a Carlos.

—Él se sentiría feliz si eres tú la que lo hace —completó Marcos entre sonoras risas. —Supongo que ninguna mujer ha hecho mucho por él hace años.

—Es verdad —dijo Carlos mientras tomaba café. —Y no me importa nada.

Andrea abrió sus ojos de par en par. Eran sus amigos y los quería, aunque a veces no se comportaran exactamente como amigos.

Ella recordó el motivo de su visita y levantó sus hombros. —Chicos, ya es suficiente. ¿Dónde puedo encontrar a Antonio?"

—Ya te lo dijimos. Está en el hospital —dijo Lorenzo. —En el Hospital Universitario.

Ella se inquietó con las posibilidades. —¿Está allí? ¿Fue a visitar a Javier?

Carlos la vio y sonrió levemente. —Antes de confesarle tu amor dile que estás feliz de que haya vuelto al hospital.

Lo vio con asombro. —¿Volvió al hospital? ¿Qué estás diciendo?

"Volvió incluso antes de saber que Javier estaba en Emergencias —dijo Marcos. —Y cuando Fernando lo llamó, ya estaba allí. Trabajando, operando, firmando expedientes. Es decir, haciendo todo.

Andrea no sabía qué decir. Sin embargo, ya sabía dónde encontrarlo. Lo

demás no importaba.

—Voy a buscarlo. Espero que todo salga bien—les dijo.

—Con esa ropa todo lo que te propongas saldrá muy bien—dijo Marcos. Le lanzó una mirada perversa.

—¿Irás al hospital vestida así? —le preguntó Carlos con evidente asombro.

Pero ella no contestó. Su vestido había costado trescientos pesos. Y lo había comprado para expresarle a Antonio todo su amor. Ya no quería mostrarle su lado preocupado. Solo que tenía ganas de estar al lado de un hombre ideal. Quería mostrarle que, para ella, aunque él no fuese ideal, era su hombre perfecto.

Capítulo 14

Cuando terminó su turno, se quedó en el hospital. Por primera vez en su vida se quedaba en su lugar de trabajo después de terminar de laborar. Después de salir, no tenía ganas de hablar con nadie ni ver más caras de dolor. Pero Andrea le había enseñado que debía atreverse a hacer muchas cosas que nunca había hecho.

¿Pero dónde estaba ella?

Había llegado a la sala de espera con mucha esperanza de encontrarla ahí, pero solo vio a Fernando. Quiso correr a buscarla, pero Fernando recibió una llamada y él le había pedido esperar. Fernando colgó su llamada y le gritó que Andrea había estado en el Café del Centro, pero que ya iba camino al hospital.

Entonces se la imaginó vestida con el uniforme de enfermera y unas tangas azules bajo esa ropa.

Él analizaba todo lo que había sucedido entre ellos. Nunca había querido enamorarse. Tampoco había pensado estar toda la vida con otra mujer. Pero con Andrea había experimentado muchas emociones que lo convencían de querer pasar toda su existencia con ella. Eran emociones muy placenteras. Sensaciones que le decían que ella valía la pena. Que él había cambiado con su presencia y sus acciones, y que eso debería bastar para declararle su amor y pedirle matrimonio. Giró para caminar por el pasillo mientras sus pensamientos lo aturdían.

Se devolvió para buscar sus cosas, pero tuvo que detenerse de inmediato.

Aunque su amor por Andrea era lo más profundo que había sentido en toda su vida y no podría ni siquiera pensar en pasar, aunque fuese una hora con otra persona, no había forma posible de ignorar la escultural belleza que entraba por la puerta de personal de Emergencias envuelta en un provocativo vestido negro de cuero y unas botas sensuales.

Laura, la recepcionista, apuntó con su dedo. Ella se volteó. Sus pies se desbalancearon y ella luchó para no caer ante la sorpresa.

Miles de emociones pasaron por sus pensamientos y su cuerpo. Había amor, placer, felicidad, deseo.

Una frase saltó a su cabeza. ¿Por qué está vestida de esa forma si sabe que todos los hombres la desearán?

Andrea lo descubrió y él supo la respuesta a su inquietud. Sus ojos lo contemplaron y notaron su expresión de incredulidad. Antonio sospechó que

ella se percató de su mirada depredadora y sus ganas de hacerla suya. Y ella quería ser suya.

Se acercó a él. —Antonio, vine porque... —dijo balbuceante Andrea.

Pero él no la dejó hablar. La tomó con rapidez y la puso en sus brazos. La llevó a la sala de exámenes número siete. Era una de las tres de Emergencias que tenía paredes y puertas en lugar de cortinas solamente.

Ella se dejó llevar por la sorpresa. Luego se atrevió a hablar. —¿Adónde me llevas?

—A la sala de exámenes siete —dijo sin ver sus ojos. Si no lo hacía, sentiría deseo de hacerle el amor en ese mismo pasillo. Tenía tanto deseo que sentía que podía pasarlo de su cuerpo a su vestido. Carajo, pensó. Solo quería arrancarle esa ropa, pero tenía que llevarla primero a la sala de exámenes. Y también conversar sobre algunos temas. También recordó el pastel. Si lo estropeaba, alguien llegaría y los descubriría.

—Antonio... —dijo ella mientras movía sus labios con sensualidad. Se sentía muy deseada.

—Dime.... —Se negaba a ver su cara, pero su cuerpo podía frotar el de Andrea. El pasillo parecía no tener fin.

—Tengo muchas ganas de que me lleves, pero quiero confesarte una cosa.

—Dame unos segundos y podrás decirme lo que quieras —le pidió. Se los daría una vez que él dijera lo que tenía que decir. A solas. Desnudos.

—No puedo esperar. Debo decirlo. —Deslizó sus pies para apoyarse en el piso.

—Bueno, hazlo —le dijo. Sus brazos seguían sobre ella. No quería soltarla.

—Y necesito que me oigas —le dijo con firmeza.

Pararon sus pies a mitad del pasillo, justo donde se bifurcaba para dirigir al personal hacia la cafetería, al laboratorio y al estacionamiento.

Un grupo de médicos abandonaba la habitación a la derecha de Antonio después de enviar a un paciente al quirófano. Una habitación para las enfermeras y la entrada del personal médico estaba al otro lado. Comenzaba el relevo del personal de salud y los obreros, así que muchos doctores y enfermeras entraban y salían. Los saludaban al pasar. Era el lugar más público que podían conseguir.

Retiró su brazo y la ayudó a sostenerse por sí misma. —Puedes estar segura de que oiré todo lo que me digas —dijo con la respiración entrecortada—. Lo hago desde que te conocí.

Abrió sus brazos. Sus suspiros dieron paso a una sonrisa. Se percató que

los doctores ya no salían y que las enfermeras los veían con detenimiento. Estaban pendientes de lo que hacían y lo que decían.

No le importó. Sus miradas de asombro más bien lo animaron. Y aunque tenían años de experiencia, en los que habían visto miles de cosas increíbles y pacientes con dolencias terribles, nada los había preparado para ver a ‘la Dictadora’ entrando en Emergencias, con un vestido de cuero y botas altas, acompañada del mejor cirujano de toda la región.

Sus ojos derramaban lágrimas de felicidad. Antonio quiso abrazarla, pero ella retrocedió unos pasos. —Siempre pensé que había hecho las cosas de la mejor manera. Que todo debía estar muy planificado y que estaba segura de que estaba haciendo lo correcto —dijo ella mientras él escuchaba atentamente. —Y cuando te conocí, supe que nunca dejarías de ser parte de mi vida, aunque hubieras llegado para aportar la parte divertida que siempre me había negado a vivir. —Por primera vez en el hospital, ningún médico hacía algún comentario sobre algún paciente. Todos estaban mudos por la expectativa.

Quería consolarla. —Oye... —dijo avanzando hacia ella.

Pero ella volvió a retroceder y sus ojos cerraron. —Me falta muy poco. Por favor, no me toques, porque sentiré el deseo de desnudarme y no podré decirte todo solo necesito unos segundos más.

El silencio de los médicos y enfermeras se rompió con esa confesión. Andrea sintió cosquillas en todas sus piernas.

—Andrea....

—Te amo —le dijo, interrumpiéndolo. —Ya no me preocupa....

—Buenos días. Necesito un médico —dijo un señor de unos sesenta años al pasar al lado de los doctores. Su mano tocaba su vientre y Andrea pudo ver una toalla en su mano. Estaba llena de sangre.

Antonio vio a los doctores. Ellos vieron al paciente, pero nadie se movió de su posición. Querían ver qué pasaría después entre Antonio y Andrea. —¿Cómo se produjo esta herida? —preguntó finalmente uno de los doctores.

—Con una máquina de cortar grama —dijo el hombre. —Saqué la hoja y accidentalmente me corté. Me parece que la herida es profunda.

El resto de los médicos seguía concentrado en Antonio y Andrea. El estremecedor silencio apenas se cortaba con el sonido de una pajilla o un vaso de papel cayendo a la basura. Pero nadie quería perderse el desenlace de ese episodio dramático, que parecía el calco de una telenovela nocturna.

—¿Te sientes bien? —le preguntó el doctor al paciente.

—Digamos que sí —dijo el hombre con tranquilidad.

—¿Te duele?

—No tanto. La contuve con unas toallas después de lavarla con agua limpia.

El señor pudo ver que había un numeroso grupo de enfermeras y doctores rodeando a Andrea y Antonio. Cuando vio el atuendo de ella, se quedó en su cuerpo para comprobar que veía bien y su miopía no lo traicionaba. —Entonces me gustaría que esperaras un poco —dijo el doctor mientras veía a Andrea.

—Es que Andrea dijo que podría desnudarse si....

—¿Andrea es la que viste de cuero negro? —dijo el paciente.

—Sí.

Mantuvo su mano en su toalla y con la otra se ayudó a sentarse. —En ese caso, esperaré —dijo el señor.

Andrea recuperó la concentración. Vio a Antonio. —Ya no me interesa qué decidas hacer. Si no trabajas, si te vas a un cafetín o te quedas aquí. Lo que me importa es que vivas.

—¡Andrea! —Los gritos de su nombre volvieron a hacer que Antonio se sintiera molesto por las interrupciones. Otra persona se abrió paso entre los médicos.

Era Ana. —Andrea, creo que.... —Se percató de la ropa de su hermana. —¿Qué mierda es esa?

—Quiero pedirle matrimonio a Antonio —dijo Andrea. Estaba visiblemente tensa. —¿Qué sucede ahora? Deberías estar acompañando a Javier.

—Bueno... —dijo Ana viéndola fijamente, y luego viendo a Antonio. —De hecho, vine a decirte que despertó. María está en su habitación.

—Qué alegría —dijo Andrea. Sonrió y de nuevo trató de confesarle todos sus sentimientos a Antonio. —Antonio, te amo. Y espero que seas feliz. Es lo que más deseo. Lo que te haga feliz no me importa. Lo que importa es que sigas a mi lado.

Antonio sonrió. Lo sabía por primera vez en su vida: sus sentimientos también estaban muy claros. Entendió los deseos de Andrea y supo en qué lugar exacto quería estar con ella.

—Pensé que primero ibas a preguntarme algo —dijo mientras la miraba con

alegría.

—¿Quisieras llevarme a la sala de exámenes? —le preguntó con deseo.

Antonio rió a carcajadas. —Estupenda idea. —Volvió a cargarla y los médicos, en lugar de aplaudir, empezaron a abuchearlos por no permitirles conocer el resto de la historia. Andrea sonrió y él hacía malabares para no caer mientras abría la puerta y la sostenía.

Andrea dejó que él abriera la puerta y luego tocó su mano.

Antonio cerró la puerta y la puso sobre la mesa de examinación. —Quieres casarte conmigo, ¿cierto? —le preguntó ella.

—Claro que sí —le contó, tratando de bajar su vestido por la parte de la espalda—. Ahora debo pedirte que me llames doctor Peña mientras estemos aquí. Me recuerda cuando veía tus tangas en Emergencias.

Los besos de Antonio en su cuello le arrancaron varios gemidos. —Pero eres tú quien debe cumplir mis deseos. Esta es mi fantasía. —Apenas pudo decir esas palabras.

—Vaya, es verdad—, recordó mientras la veía. —Disculpa, dictadora. Puedes hablarme sobre tu fantasía. Y no omitas ningún detalle.

—Bueno... Mi fantasía eres tú —le dijo. Unas lágrimas saltarinas humedecieron sus mejillas —Eres toda mi fantasía. Porque me amas.

—Perfecto —dijo, deleitándose con su mirada.

Andrea tomó aire y mostró una amplia sonrisa. —Y espero que siempre lo hagas. Y que estés conmigo para siempre. Sin importar que tengamos problemas. Entonces quizás también seas mi sueño hecho realidad.

Sus labios volvieron a besarla con fuerza. —No creo —dijo al besar su boca. —No me parece divertido. Aunque confieso que estando contigo lo quiero todo a la vez. Hablo de divertirme, tener relaciones sexuales contigo, ayudar a todo el que pueda ayudar, y todo lo demás.

—Bueno, hagámoslo —le dijo con firmeza mientras lo tomaba por el cuello. —Quiero hacer todo contigo—. Ahora era ella quien lo besaba. Antonio sintió el calor en su cuello. Llevarla a ese lugar no había sido la decisión más inteligente, porque podría pasar todo el día con ella. O toda la semana. Pero recordó que todos los médicos de Emergencias, y otros que no trabajaban ahí, como Ana, sabían que ellos ocupaban ese lugar. Así que tenía solo unos diez minutos. Luego alguien tocaría la puerta de la sala.

Y recordó la torta.

Tendría que hacerle el amor y luego vendría lo demás.

Pero para eso, tenía que desnudarla. Y ponerle otra ropa. Algo como un uniforme médico. Algo que no ciñera a su piel.

—Andrea —dijo mientras sus pensamientos reemplazaban a su excitación.

—Dime, Antonio. Dime lo que tú quieras.

Él tomó aire para decir lo que tenía que informarle. —Hay una torta.

Estaba un poco sorprendida—. ¿Cómo dices, Antonio?. —Ella dio dos pasos hacia atrás.

—Que hay una torta.

—Bueno, usa esa torta para que me llenes de crema —le pidió.

No había pensado, pero le pareció excitante poder usar crema batida para chuparla de sus tetas mientras ella usaba un uniforme de enfermera.

—Hablo de que Ana hará una fiesta para María y Javier —le contó. —Es una fiesta sorpresa en la sala de descanso. Y empieza en unos cinco minutos.

—Oh... ¿Dijiste María y Javier?. —Suspiró y luego su cara se tensó.

—Sí. Parece que Javier tomó cartas en el asunto y quiere ser el padre del hijo de María.

—Eso es increíble.

—Así es —le dijo. —Para que yo pueda ponerme otra ropa.

Él sonrió y asintió con su cabeza. —Que también te quitaré.

Andrea lo besó con suma velocidad y se movió para llegar al final de la mesa. —Después de que comamos torta —dijo—. Por lo menos ya me deshice de la cremallera.

Movió sus manos para quitarle su vestido y luego volteó con prisa. Ella sonrió. Estaba de espaldas. —¿De verdad? —le preguntó.

—Sí. Iremos a la fiesta unos diez minutos. Después vamos a la camioneta. Y te dejarás ese vestido. Además, llevaremos torta con abundante crema —le contó.

Andrea volvió a reír. —Ya puedes voltear—. Antonio empezó a contagiarse con su sonrisa.

Ahora lucía un uniforme de enfermera. Y no era tan amplio. Pero sí era de color rosado. Antonio gimió varias veces. —Si tienes una tanga azul no podré salir a la fiesta.

Tomó su mano derecha y caminó. Se paró al lado de la puerta. —No llevo tangas azules —le dijo mientras abría para salir. —De hecho, no llevo ropa interior.

Antonio sintió cómo su cuerpo se estremecía. Buscó una frase en su mente para responder, pero no pudo. Ana estaba cerca.

—¡Andrea! ¡Ven, por favor!.

Él no tuvo tiempo para hablar. Ana la tomó por la mano y ya la sacaba hacia la sala de descanso.

Andrea lo vio desde el pasillo. Sonrió al ver su mirada—. ¿Ya comenzó la fiesta?.

—Comenzó hace cinco minutos —le dijo moviendo las manos.

Ella sonrió. Caminó detrás de Ana y se dirigieron a la sala de descanso. Antonio llegó después, suspirando. Recordó cuánto le encantaba la torta en cualquiera de sus presentaciones. Y pensó que sería mejor comerlo en los senos de Andrea, pero estando allí también le gustaría.

Una media hora después, que pareció infinita, seguía en la sala de descanso viendo a Andrea. Ya sabía que ella nunca se iría de sus brazos y se sintió excitado al recordarlo.

—Doctor.

Cuando vio, supo que Fernando estaba llegando. —Hola, Márquez.

—¿Seremos cuñados? —le preguntó Fernando.

—Así parece.

—Guao.

Esa había sido la demostración de alegría de Fernando Márquez.

Antonio comió otro trozo de pastel de frutas. En la mesa quedaba un pastel de moras azules. Se la llevarían al apartamento esa noche. Todo lo que fuese azul le recordaba a Andrea.

—Oye, compré algo para ti —dijo Fernando, con una botella pequeña en su mano. Antonio la tomó y empezó a reír a carcajadas.

—¿De verdad es para mí?

—Lo vi en Lujuria y me acordé de ti —dijo mientras encogía sus hombros.

—Si vas a Lujuria no tienes que acordarte de mí. Además, sé que vas allá a comprar gel lubricante femenino.

—¿Por qué no compras gel para que te bañes en mierda? —le dijo Fernando entre risas. —Quiero echarte una mano.

—Pero estoy con tu hermana. ¿No te parece incómodo? —preguntó Antonio. Movié su cabeza y dejó la pequeña botella en su bolsillo derecho.

Volvió a encoger sus hombros. —No. Andrea tiene que divertirse, y me alegra que seas tú quien la divierta.

—Gracias, Fernando —dijo Antonio. Estaba sorprendido. Pensó que Fernando se convertiría en millonario si lograba producir un perfume que

ayudara a todos los hombres a ser tan relajados como él.

—Si fuese Ana, sería distinto —dijo Fernando.

—¿Por qué? —le pregunto Antonio. Vio a Ana en medio de todos. Comía torta al lado derecho de Carlos. Al otro lado estaba Marcos. Incluso con ellos ahí, Germán Arias no dejaba de insistir en sonreírle. Estaba frente a ella y quería conquistarla. Antonio tenía muy claro que los chicos le impedirían acercarse más. Ana era como la hermana pequeña de todos. Carlos y Marcos la cuidaban siempre. Tanto como hacía Fernando.

Además, en la sala estaba Lorenzo, que también la protegía. Notó sus ojos marrones resaltando en su enorme musculatura. Quizás él era el único que lo había notado que no dejaba de verla. Nunca lo hacía. Y cuando compartían todos, como en ese momento, siempre estaba cerca de ella.

—Porque Ana es muy dulce —dijo Fernando—. Su temperamento es muy distinto al de Andrea. No podría entrar en un lugar como Lujuria—. Antonio se quedó pensando al escucharlo. Y vio a Lorenzo una vez más. Entendió que era uno de los hombres que se preocupaba por cuidar a las chicas y esperar el momento correcto. —Quieres estar con una chica que te distraiga, ¿cierto? —le preguntó a Fernando.

—Veo que me conoces—. Fernando levantó su gaseosa.

—¿Solo la quieres para pasarla bien?

—Sí, porque no quiero enredar mi vida —dijo, y asintió con su cabeza.

Sus intenciones estaban claras. Lo decía en serio. Y Antonio lo sabía.

—Pues como ya sé que no te perturbas con mis palabras, voy a ir a mi apartamento, me cogeré a tu hermana y usaré esta torta y esta botella de gel con ella.

—Torta. Se ve interesante —dijo Fernando mientras llevaba un dedo a su boca.

Antonio sonrió. —Dudo que te den el premio al Hermano del Año, pero eres un gran amigo, Fernando. —Golpeó su hombro juguetonamente.

Antonio se levantó para acercarse a Andrea, pero una catarata de llamadas empezó a sonar en la sala. Sus celulares sonaron. Todos atendían sus llamadas y salían por el pasillo. La tensión se hizo evidente.

—¿Pasó algo? —dijo Antonio en voz alta. —Hubo un accidente de tráfico y hay varios heridos —le respondió una enfermera.

Antonio vio a Andrea después de escuchar esa frase. Solo Ana, María, Javier, Fernando, los chicos y Andrea quedaron en la sala. —Entonces... ¿nos

vamos? —le preguntó sonriendo, viendo la torta.

—Por supuesto.

Después vio la puerta y sintió un gran deseo de salir.

—Pero también podríamos cerciorarnos de que no nos necesitan.

Él movió su cabeza. —Tú lo has dicho, ‘podríamos’. No tenemos que ir porque nuestro turno terminó. Además, todos son profesionales y están capacitados para hacer su trabajo.

Andrea asintió. —Tienes razón. Y no he olvidado que tenemos torta.

—Yo tampoco —dijo, y sonrió.

—Sin embargo —le dijo Andrea, —podemos quedarnos y después comer torta.

—En ese caso, ayudemos a esos pacientes y después nos vamos a comer nuestra torta —le respondió Antonio.

—Es un plan perfecto.

—Lo mismo digo—. Estaba convencida de que quería vivir su vida de esa manera. Antonio tomó su mano y salieron hacia la sala de emergencias. —Y me agacharé todas las veces que me lo pidas.

—Así me gusta. Vayamos a salvar vidas —dijo. Estaba más alegre que nunca. Satisfecho. Encantado de la vida que llevaba.

~~~~~

Andrea y Antonio salieron de la mano con las ganas de ayudar a los demás. Ambos eran excelentes profesionales y personas, y cuando estaban juntos se sentían aún mejor. Nada los detendría en su afán de ayudar a los demás.

Fernando estaba feliz. Por Andrea. Pensaba que, si alguien en el mundo debía ser feliz, era precisamente ella.

Tomó lo que quedaba de su gaseosa y dejó la lata en el pote de basura.

Sintió un leve espasmo de envidia por la vida que estaba teniendo Andrea. No lo sentía tanto porque Andrea estaba enamorada de Antonio, sino porque él se la había llevado para siempre.

Y no quería que él la desilusionara.

Ahora ella adoraba a Antonio. Todos sus sentimientos se dirigían hacia él. Sabía que harían el amor con mucha frecuencia.

Y eso no le importaba a Fernando. Solo quería que él no la hiciera sentir mal.

Antonio le agradaba y no quería llegar al extremo de tener que golpearlo.

Fernando dio unos pasos. Carlos estaba al lado de Ana y conversaba con ella. Evitaba que Germán se le acercara. Él era cirujano ortopédico, por lo que se había quedado en la sala hasta que lo necesitaran en Emergencias. Qué porquería.

Carlos abrió un espacio para que Fernando se sentara al lado de su hermana. Fernando le hizo un pequeño gesto de agradecimiento a su amigo. Rodeó el cuello de su hermana con su brazo. Le agradaba la idea de que sus amigos consideraran a Ana como una hermana menor. Al ser tan dulce y atractiva, siempre había chicos tratando de conquistarla. Se sintió reconfortado de saber que ellos lo habían ayudado a protegerla.

—Me encantó la fiesta —dijo Ana entre sonrisas.

—Lo hiciste increíble —le dijo—. A mí también me gustó. Te felicito.

Ana volvió a conversar con Germán, aunque él no quería conversar mucho. Solo quería hacerle otras cosas. No le importaba que Fernando estuviera ahí. Era como si los chicos hubieran traído a alguien para que les disparara en el pie. Seguía contando anécdotas sobre sus turnos en la sala de Emergencias. Obviamente, eran historias que él exageraba.

Fernando lo vio con molestia. Casi como si lo invitara irse. Pero Germán solo sonrió.

Entonces Fernando entrecerró sus ojos. Cuidar a Ana era muy distinto que estar pendiente de Andrea. Ya su hermana mayor sabía lo que hacía y estaba con alguien que la trataba de lo mejor.

Pero Fernando no había conocido hasta ahora a un chico que estuviera a la altura de Ana.

—Ana, ¿quieres que te lleve a tu casa?

Ana y Fernando vieron a Lorenzo. —Estupendo —dijo ella mientras sonreía. Lorenzo tomó su mano y la ayudó a levantarse.

—Y antes podríamos comer helado —le dijo.

Ana vio a Lorenzo con algo de molestia.

Lorenzo vio su rostro y le mostró tranquilidad. —No hay problema.

—Será mejor que no la lleves a La Gelatería —le sugirió Fernando. Era la heladería preferida Ana y estaba a unos quince minutos de distancia, en dirección opuesta a la de su apartamento.

Lorenzo seguía con su mano sobre la de Ana. Fernando notó el gesto. Ana se quedó adherida a su cara. —Entonces iremos a Los Conos. —Lorenzo se



extrañó.

—Allí no venden tu sabor favorito, el de chocolate amargo.

—Es cierto —recordó ella.

—Entonces iremos a La Gelatería —dijo Lorenzo mientras salía por la puerta de la mano de Ana.

Ella sonrió y Fernando agitó sus manos. Recordó que ella siempre lograba lo que quería. Cuando se trataba de sus amigos, ellos siempre le daban lo que ella pidiera. Especialmente Lorenzo, recordó Antonio. Parecía que Lorenzo tenía muchas ganas de hacer feliz a su hermana. Se quedó pensando en ellos dos.

Dejó de pensar en ellos como posibles novios. Lorenzo era un buen amigo y compañero de trabajo. Nada más. Él veía a Ana como su hermana menor, al igual que los otros compañeros. Y, además, ella era once años menor que él. Fernando no veía alguna forma de que la viera como mujer.

Sin embargo, se molestó. Lorenzo era un buen amigo, un buen compañero, sí, pero eso no lo hacía lo suficientemente bueno como para estar al lado de Andrea.

—Fernando, ¿qué tal?

Ese saludo femenino lo sacó de sus pensamientos. Era Liset quien lo saludaba. Una de las enfermeras más atractivas de Emergencia entraba para buscar algo en la nevera de la sala de descanso.

—Todo bien, Liset. ¿Y tú?

—Estoy genial. De hecho, quería darte las gracias por tu... sugerencia —dijo ella mientras sacaba una botella de jugo de durazno de la nevera. Lo vio después de girar y él dejó de ver su trasero.

—¿Fue útil?

—A mi novio le encantó —dijo Liset. Sonrió con malicia.

A Fernando le hubiera encantado hacer el amor con ella y poner en práctica las sugerencias que le había hecho. Incluso se lo había planteado cuando le dio los consejos, pero ella solo quería esas recomendaciones porque ya tenía novio. Y se disponían a celebrar su aniversario.

—Podrías devolverme el favor pronto —dijo él.

Ella sonrió. —De acuerdo. Solo dime qué necesitas —le dijo.

—Una mujer atrevida que quiera hacer todo lo que te sugerí que hicieras. Eso es todo lo que quiero para ser feliz —le respondió. Sin duda, su recomendación había funcionado con ella.

—No podría ayudarte. Todas las chicas que conozco son muy reservadas —dijo sonriendo.

—Detrás de cada chica buena hay una mujer atrevida que no ha podido demostrar lo atrevida que puede llegar a ser —dijo Fernando.

Liset asintió. —Suenan interesantes.

Guiño su ojo. Liset salió. Fernando puso sus manos detrás de su cabeza e inclinó su espalda.

—No dejas de asombrarme —dijo Marcos cuando se acercó a él.

—Lo sé —dijo Fernando moviendo su cabeza.

Todas las chicas que habían pasado por su cama o recibido sus consejos habían sido muy felices. A su manera, Fernando aportaba su grano de arena para que el mundo fuese un lugar mejor. De hecho, su contribución era importante.

Marcos quedó a su lado, pensativo.

Fernando aguardó por sus palabras. —No me digas que tendré que pedirte.

—No te lo pediré. Solo quiero que me pagues —dijo Fernando entre sonrisas.

Marcos respiró profundamente. —¿Cuánto te debo? —preguntó.

—No quiero dinero. Solo una parrillada con papas fritas, cervezas y luego un trozo de torta. —Pero ya comiste torta —le recordó Marcos.

—Otro trozo me engordará. Así podrás seguir admirándome —le aseguró Fernando cuando se levantó.

Marcos también se puso de pie. —No me importa si tu culo crece —le dijo.

—Debería importarte, porque yo abro las puertas para que pases cuando llevamos a un paciente —le dijo Fernando.

—Te crees el hombre más lindo del mundo —le dijo Marcos mientras abría la puerta para él. —Creo que tu ego es muy grande.

Fernando se mostró inquieto. —¿Mi ego? —le preguntó.

—Sí. Crees que tienes muchos trucos bajo tu manga.

—Los tengo —le dijo Fernando. —Y si no se los enseño a chicas como Liset, no disfrutarían del sexo.

—Necesitarás creyones. Quizás puedas explicar tus trucos con imágenes —señaló Marcos.

—Siempre.

Iban a salir y Carlos se acercó a ellos. Tenía un chocolate en su mano. — ¿Adónde van? —les preguntó.

Ellos se vieron y después vieron a Carlos. —Vamos a cenar —le informó Marcos.

—Parrilla —agregó Fernando.

Carlos se mostró interesado. —Iré con ustedes.

Fueron hacia el estacionamiento y se golpearon las espaldas efusivamente. Solían conversar sobre las sugerencias de Fernando a las chicas si veían que Carlos no quería irse, de tal forma que comían los restos de su comida. Para ellos era agradable ver a un tipo tan musculoso y atlético, con un pasado deportivo, llenarse de vergüenza al oír comentarios subidos de tono.

—Tendré que desarrollar más la idea que le di a Liset para que funcione aún mejor —dijo Fernando.

—Buena idea —dijo Marcos. Caminaban hacia la camioneta de Fernando.

—Podrías decirle que hay hombres que no usan peines ni hongos —dijo Carlos.

Marcos estuvo en silencio el resto del camino. Carlos ya estaba en el asiento trasero.. —¿Pero te gustaría usar...? —preguntó Marcos al verlo.

Fernando contempló todas las posibilidades mientras encendía el motor de su camioneta. Condujo hasta El Capitán de la Carne. Podía ser una buena idea lo de los hongos. También el peine, aunque habría que buscar una mujer atrevida...

—Les informaré qué tal me va —le dijo Fernando.

—Fernando, siempre te he considerado un gran amigo. Y de ahora en adelante, lo creeré aún más. Ordena hongos con tu carne para tu cena —dijo Marcos.

Una amplia sonrisa se asomó en la cara de Fernando. Iba a ordenar hongos de todas maneras, pero solo para regalárselos a Marcos. Así le demostraba su espíritu caritativo. Demostraba que ayudaba a los demás. Algunos doctores y enfermeras curaban pacientes. Otros arreglaban autos. Fernando enseñaba trucos para que las mujeres acabaran y también las hacía acabar

Ahora solo aguardaba que Liset les hablara sobre sus trucos a sus amigas. Además, él podía enseñar muchos trucos. Incluso alguno que incluyera hongos.

*Fin*